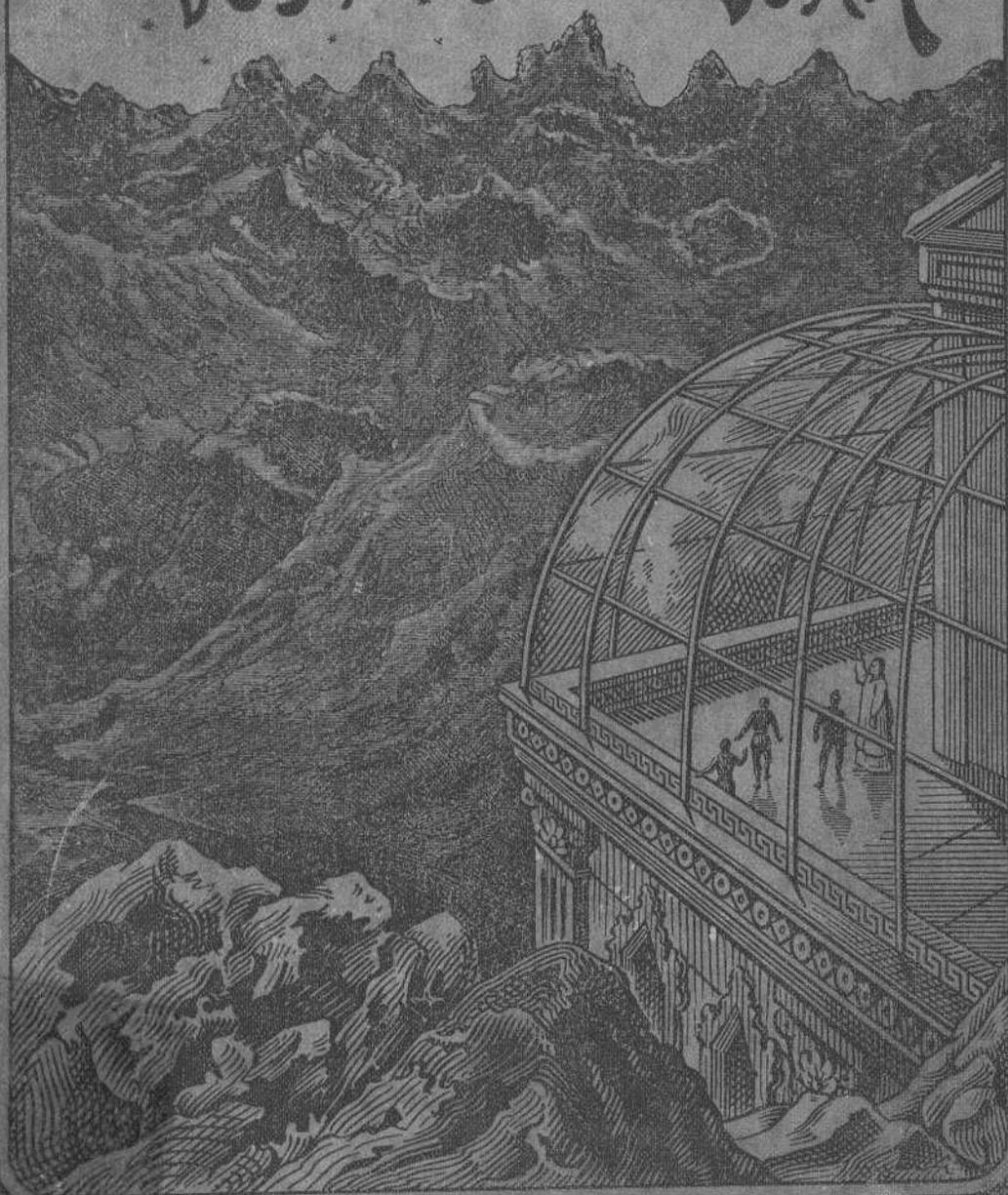
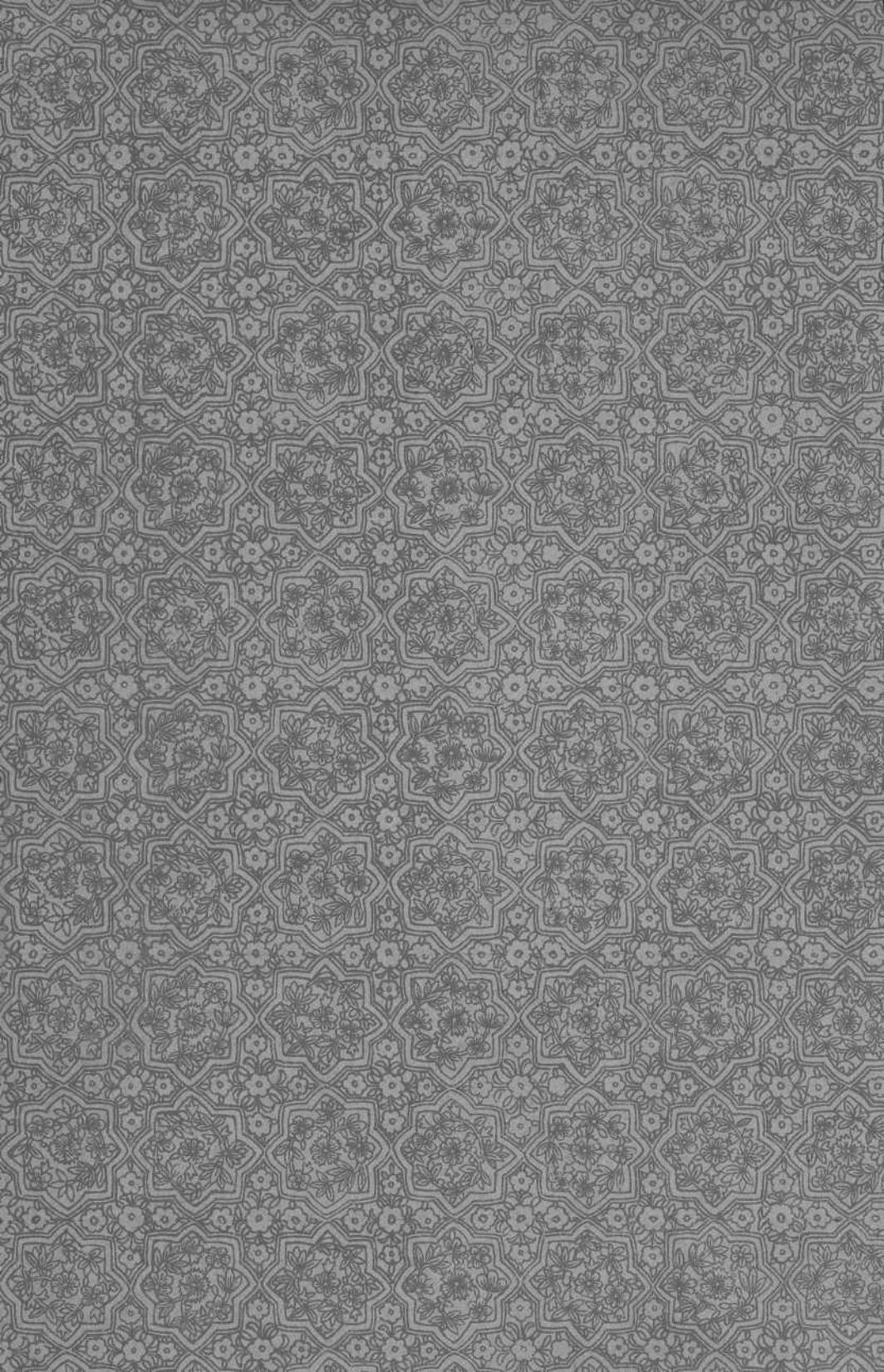
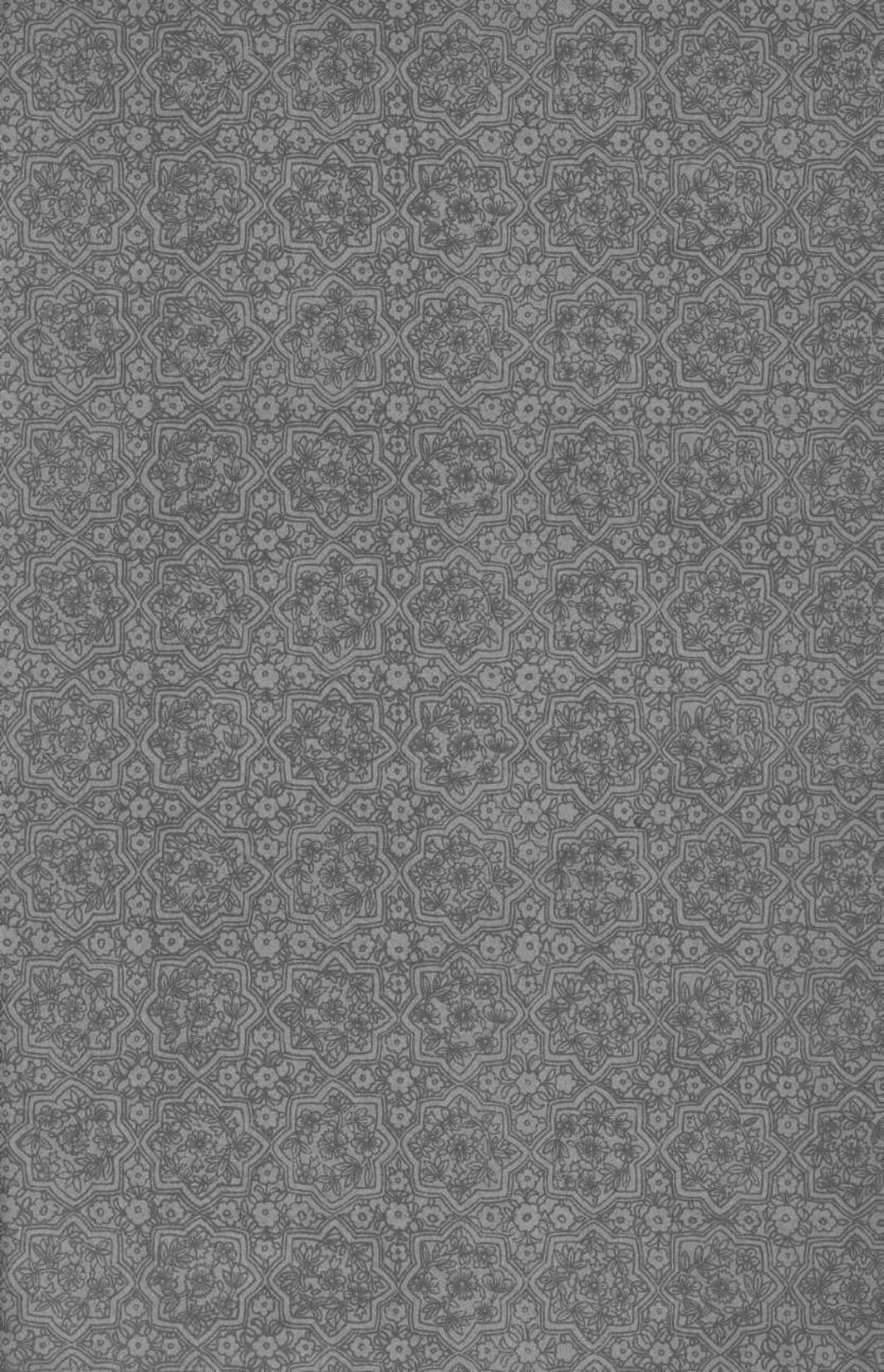


Un mundo desconocido

DOS AÑOS en la LUNA







1071 112

1106

UN
MUNDO DESCONOCIDO



UN
MUNDO DESCONOCIDO

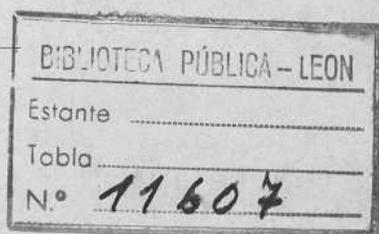
DOS AÑOS EN LA LUNA

por

PIERRE DE SÉLÈNES

ILUSTRACIONES DE GERLIER

TRADUCCIÓN DE D. ENRIQUE LEOPOLDO DE VERNEUILL



BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NUMS. 309 Y 311

1898

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

EL ANUNCIO DEL «NEW-YORK HERALD»

— Sí, querido Marcelo — dijo Santiago, poniendo los codos sobre la mesa y apoyando la cabeza en sus manos; — ves en mí el más desgraciado de los hombres, y no sé verdaderamente si sería lo más acertado arrojarme de cabeza al Sena en vez de seguir arrastrando una mísera existencia, que carece ya de objeto. En esto pensaba seriamente hace un rato cuando me has encontrado y traído aquí.

— ¡Cómo, amigo Santiago!, ¿a tal extremo te hallas reducido?.. ¡Tú, á quien dejé dos años ha, cuando marché á las Montañas Pedregosas, tan animoso y confiado en el porvenir, te encuentro ya en condición tan desesperada! Después

de brillantes estudios médicos, coronados por innumerables triunfos en las oposiciones, con una fortuna personal, que nunca está de más, la cual te permitía esperar clientela, podías pasar la vida sin temor, y hete aquí ya vencido de antemano sin lucha.

— ¡Ah! Es que tú no sabes cuánto he sufrido. Escucha y verás si tengo motivo para estar completamente desanimado. Ya sabes que, huérfano á la edad de catorce años, poco más ó menos, fuí educado por mi tutor, tío mío, el sabio Francisco Mathieu-Rollère, conocido en toda Europa por sus trabajos astronómicos y por su célebre Memoria sobre los satélites de Urano; pero ignoras que fuí educado en su casa con su hija Elena, mi prima; que hemos vivido siempre juntos, y que de esa dulce comunidad de existencia nació un sentimiento que, poco á poco, se convirtió en ardiente y profundo amor. Nos hemos jurado ser uno de otro: con esta esperanza he vivido; y para asegurar á Elena una posición digna de ella, para que pudiese estar orgullosa de su esposo, me consagué á un trabajo sin tregua, aspirando á ser uno de los primeros médicos de la nueva escuela.

— Pues me parece — repuso Marcelo — que no has dejado de conseguirlo.

— Sí, tal vez; pero ¿de qué me sirvió? Cuando hice mi petición al padre de Elena, me miró con sorpresa y contestóme: «Hijo mío, he consagrado mi vida á la ciencia, y Elena no se casará nunca sino con el hombre que la traiga en dote algún brillante descubrimiento en el orden astronómico.» Al oír esta declaración, quedé estupefacto, pues nada me había hecho presentir semejante dificultad. Preocupado con mi amor y mi porvenir, no eché de ver que la pasión de mi tío por la ciencia degeneraba poco á poco en obsesión y en manía. Ahora era una idea fija, un mal sin remedio, y en vano tratamos Elena y yo de hacerle desistir, pues su resolución fué inmutable como el curso de los astros que observa. Cansado de mis instancias, me prohibió la entrada en su casa, previniéndome que no me presentase ante él sino cuando hubiera llenado la condición que me imponía su egoísmo de sabio. Demasiado débil para resistir á la autoridad paterna, Elena no pudo hacer más que llorar ante la tenaz negativa que laceraba su corazón; y me separé de ella desesperado, sin saber si me sería jamás permitido volver á verla.

— ¿Y no has intentado nada para tratar de satisfacer el deseo de ese intratable sabio? — preguntó Marcelo con una expresión en que se adivinaba una ligera ironía.

— ¿Qué hubiera podido hacer? Dedicado al estudio de una ciencia á la que me había consagrado en cuerpo y alma, y hasta cuyos límites extremos avancé, ¿cómo comenzar de nuevo con otro fin una vida de estudio? Para alcanzar ese punto en que la imaginación puede traspasar los límites de una ciencia, realizando alguna gran conquista en lo desconocido, es preciso, ante todo, haber apurado todos los conocimientos que la humanidad ha obtenido en ese orden de ideas. Para esto necesitaría diez años de estudios sin reposo, sin tener

siquiera la certidumbre del éxito. No; la lucha es imposible; renuncio á ella y me abandono á mi desgraciada suerte.

— Hombre de poca fe — repuso Marcelo sonriendo, — te he conocido más valeroso é intrépido. ¡Cómo destempla las almas el amor y cómo ablanda las energías! ¡Pues bien, yo soy quien te trae la salvación!

— ¡Tú! — exclamó Santiago.

— Sí, yo; mira.

Y desdobló ante sus ojos la cuarta plana de un diario americano, fechado el 1.º de junio de 188..., que había sacado de su bolsillo, y en el cual se destacaba en caracteres gigantescos el siguiente anuncio, cuya traducción damos aquí:

SOCIEDAD NACIONAL
DE COMUNICACIONES INTERESTELARES

VENTA POR QUIEBRA, EN SUBASTA PÚBLICA

Sir Francis Dayton, síndico de la quiebra de la Sociedad Nacional de Comunicaciones interestelares, cuya residencia social está en Baltimore (Maryland), tiene el honor de manifestar al público que en el gran salón del Hotel de Ventas de Baltimore se procederá, el 10 de febrero próximo, á la venta en subasta pública de los efectos siguientes:

1.º El cañón gigantesco llamado *Columbiad*, fundido y colocado á expensas del Gun-Club de dicha ciudad de Baltimore, y que ha servido para enviar á la Luna el proyectil en que ocuparon su puesto los célebres viajeros Barbicane, Nicholl y Miguel Ardan, el 4 de diciembre de 186...

2.º El proyectil de forma cilindro-cónica, de aluminio, provisto de sus tragaluces, placas, pernios de seguridad y acolchado interior, que sirvió á los citados individuos para efectuar dicho viaje.

3.º Los cobertizos y construcciones diversas levantados en la inmediación del *Columbiad*, que sirvieron de almacenes y talleres al hacerse la primera prueba.

4.º Los aparatos, pescantes, grúas, poleas y cadenas de que se hizo uso para la carga de dicho obús, y que aún se hallan en perfecto estado de conservación, así como las baterías eléctricas, pilas, carretes, hilos conductores, etc., empleados para la deflagración de la carga del *Columbiad*.

Dicha venta se efectuará bajo el tipo de doscientos mil dollars (1) y en una sola subasta.

ADVERTENCIA. — Las operaciones de la venta se verificarán bajo la vigilancia del honorable Harry Trollope, juez comisario.

Santiago devolvió el diario á Marcelo.

— ¿Qué significa esa broma? — le preguntó.

— No es una broma, y si quieres oirme, te convenceré en pocas palabras.

(1) Un millón de pesetas, próximamente.

«Recordarás que á principios de 187... marché á la región de las Montañas Pedregosas. En un viaje anterior había creído conocer en la parte Norte del territorio de Missouri importantes yacimientos de cobre; decidí entonces comprobar más tarde los primeros datos, y en el caso de no haberme engañado mis previsiones, intentar la explotación en vasta escala.

»Al efecto, y provisto de autorizaciones suficientes, organicé una pequeña expedición con objeto de llevar á buen fin mi obra. Allí pasé, en los confines del desierto, en aquel país montañoso, árido y desolado, dos años de la más ruda existencia, obligado á disputar de continuo mi vida á los indios, entre los cuales acampaba, y que me acusaban de haber ido á profanar con mis operaciones sacrílegas la tierra sagrada de sus antecesores. A cada instante, en efecto, encontraba revueltos mis trabajos de sonda y mis excavaciones, y destruidos mis talleres de ensayo; siempre era cuestión de comenzar de nuevo.

»Me hubiera muerto de aburrimiento si en la vecindad de las minas que yo exploraba, á la distancia de unas veinte millas (estar á veinte millas en aquella zona poco habitada es ser vecino), no se hubiera elevado la montaña de Long's Peak.

»Sin duda no habrás olvidado que en 186..., cuando se hizo la célebre tentativa para llegar á la Luna, el Gun-Club de Baltimore había mandado construir en aquella cima, una de las más altas de las montañas, un telescopio gigantesco, destinado á observar el vuelo de los audaces exploradores. Los astrónomos del observatorio y yo entablamos relaciones bastante seguidas, pues en aquella estación perdida, á 4.350 metros sobre el nivel del mar, no encontraban á menudo con quien hablar, y me habían dispensado la más cordial y solícita acogida. Pasaba con ellos todo el tiempo que me dejaban libre las exploraciones emprendidas, permaneciendo de ordinario algunos días seguidos en su compañía, y durante este tiempo me consideraba, no como huésped, sino como uno de los observadores agregados á aquel puesto astronómico.

»Sentí despertarse en mí una afición pronunciada á la ciencia del cielo, y muy pronto el manejo de los círculos meridianos, de los anteojos y de los telescopios llegó á serme familiar. Mi imaginación se exaltaba por los recuerdos de 186..., y no podía separarme del ocular del gran telescopio. Este admirable instrumento ponía la Luna á una distancia mucho más aproximada que la que se había conseguido hasta aquí con los más poderosos aparatos de óptica.

»He observado detenidamente nuestro satélite y podido rectificar en buen número de sus partes la carta selenográfica de Beer y Madler, considerada hasta entonces como la más completa y exacta, siéndome dado además reconocer nuevos detalles que á mi ver son del todo ciertos. Así es como he conseguido sentar que los últimos astrónomos que escribieron sobre la Luna se equivocaron al dar por hecho que en la superficie del astro hay cierta cantidad de agua, y he demostrado que lo que ellos han visto no es agua, sino aire, lo cual se puede deducir del aspecto que presentan ciertos contornos y aristas ligeramente esfumados de las extremidades del creciente lunar. Para mí, las grandes depresiones que

hay en la superficie de nuestro satélite, tales como la que llaman mar del Frío, encierran en sus partes más bajas una capa de aire cuyo espesor es sin duda excesivamente tenue, pero suficiente, en mi opinión, para mantener, en esas regiones por lo menos, la vida de seres animados. Y además, ¿quién sabe? Por el momento claro que les permitió entrever la porción del disco de la Luna siempre invisible para nosotros, ¿no creyeron los viajeros del Gun-Club distinguir aguas, montañas cubiertas de bosque y profundas selvas? ¿No se reflejaron en la superficie de vastos océanos los resplandores fulgurantes del bólido que estuvo á punto de pulverizarlos? Esto se hallaría de acuerdo con la hipótesis de algunos astrónomos, los cuales sostienen que lo que queda de la atmósfera lunar ha podido condensarse en la parte invisible de su disco; pero este es punto que debería comprobarse. En una palabra, sentí desarrollarse en mí el deseo de llevar á cabo lo que los americanos intentaron; pero con la esperanza de que esta vez ningún malhadado bólido vendría á desviarme de mi camino, impidiéndome alcanzar el objeto.

»Un acontecimiento imprevisto apresuró mi resolución.

»Yo tenía por ayudante en mis trabajos un inglés llamado Juan Parker, en quien depositaba toda mi confianza. Ingenioso, diestro y fértil en recursos, había encontrado en él un auxiliar eficaz para organizar mis trabajos y dirigir á los obreros que empleaba en mis excavaciones y ensayos. Era el encargado de vigilar los talleres y confiábale la custodia de mis planos y notas cuando me alejaba del lugar de las exploraciones. Siempre había sido fiel; y tan seguro, que adquirí la costumbre de prolongar mis ausencias.

»Cierta día, el 27 de julio del año último, al volver á mi estación después de haber permanecido un mes en el observatorio de Long's Peak, quedé sorprendido al encontrar instalados allí trabajadores que no conocía y una administración que funcionaba en nombre de la «Gran Compañía Occidental de las Minas de Cobre.» Cuando pedí explicaciones, me contestaron mostrándome un *acta* en debida forma, concediendo á la nueva Sociedad la explotación de las minas de toda la región que yo había explorado. Quise protestar y se me rieron en las barbas; me encolericé y puse el grito en el cielo, diciendo que se me robaba; pero el cañón de un revólver apuntado á mi pecho me demostró que no debía esperar nada de los nuevos ocupantes.

»Muy pronto tuve la explicación de aquel misterio: el día siguiente al de mi marcha, Juan Parker emprendió la fuga llevándose todos mis planos y croquis, notas, cuadros de ensayo, muestras y, en una palabra, todo lo que probaba la realidad de mi descubrimiento. Había ido á Nueva York, donde lo vendió todo á la «Gran Compañía Occidental de las Minas de Cobre,» cuyo director, relacionado con individuos influyentes del Congreso, á quienes, por otra parte, debió retribuir generosamente, se apoderó en el acto de la concesión. Mis obreros fueron despedidos, gratificándoles; habían llegado nuevos operarios, y como los resultados obtenidos por mí eran palpables, los trabajos preparatorios de explo-

tación comenzaron inmediatamente. Se me había robado de la manera más indigna; pero ¿qué hacer? ¿A qué jurisdicción dirigirme, y sobre todo, cómo probar la prioridad de mi derecho, ahora que se me había despojado completamente?

»A pesar de todo, tal vez hubiera intentado que se me hiciera justicia, ó cuando menos habría buscado á ese miserable Juan Parker para pegarle un tiro, á no atormentarme la idea de que te hablaba antes. En su consecuencia, adopté mi partido muy pronto, y después de conseguir con mucho trabajo que mis ladrones me restituyeran varios objetos que te mostraré ahora, y que no tenían valor para ellos, resolví consagrarme del todo á la realización del proyecto que me preocupaba. Pocos días después hallábame en Chicago, donde mis ojos se fijaron en el anuncio que acabo de hacerte leer, y entonces mi proyecto comenzó á tomar cuerpo.

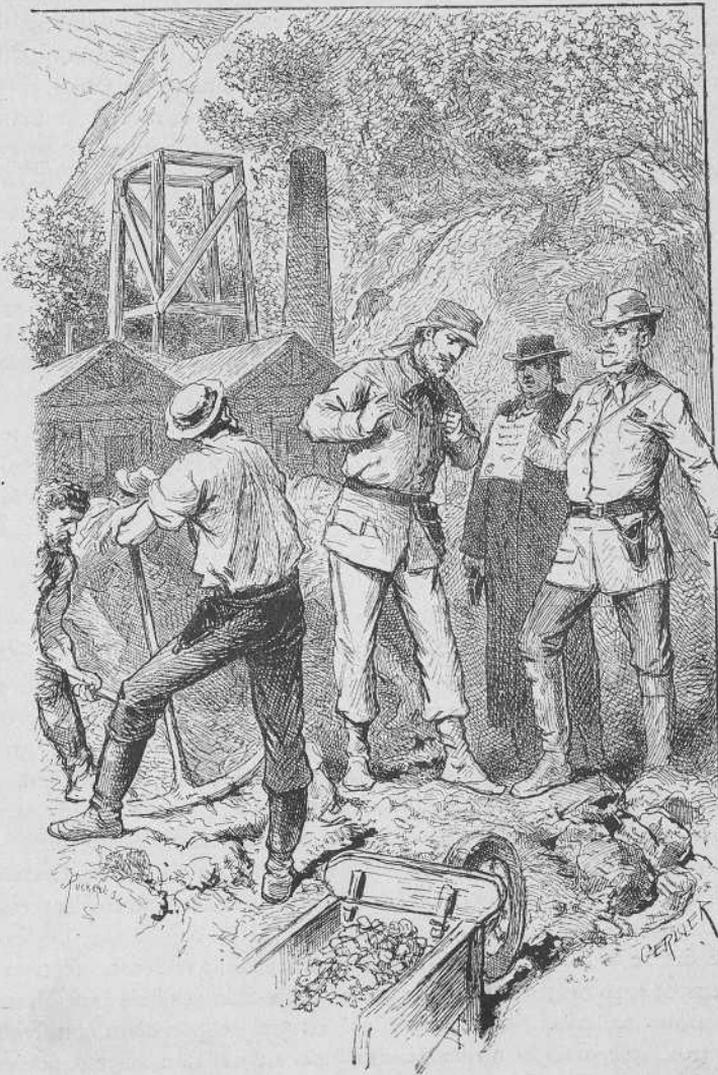
— Todo eso está muy bien — repuso Santiago sonriendo; — pero hasta aquí no veo nada que pueda permitirte afirmar que nuestro satélite está habitado, y de consiguiente no comprendo bien, aun dado el caso de que pudieras llegar hasta él..

— Escucha — dijo Marcelo bajando la voz, — ahora mismo me acompañarás á mi casa, que está aquí cerca, de la calle de Taitbout, y te daré la prueba irrecusable, no tan sólo de que la Luna está habitada, sino de que sus habitantes han tratado de ponerse en comunicación con nosotros. Por más que tomes una expresión incrédula, te verás obligado á rendirte á la evidencia.

— ¡Pues bien, sea! — dijo Santiago. — Veamos ahora cómo piensas arreglarte para realizar esa empresa que, salvo prueba contraria, me parece del todo extravagante.

— Mi proyecto es muy sencillo — replicó Marcelo — y hace una semana que estoy en Francia para realizarle. Voy á fundar bajo el nombre de «Sociedad anónima de exploraciones astronómicas» una sociedad con un capital de cinco millones de francos, divididos en mil acciones de cinco mil cada una, pues nuestra empresa no debe tener nada de comercial y á los que se asocien no ha de impulsarles más que el amor desinteresado á la ciencia. No dudo conseguir muy pronto mi objeto en Francia, donde toda empresa generosa y elevada halla suficientes partidarios para reunir el modesto capital que necesitaremos. Hasta hay en París un hacendista muy conocido que está dominado por su amor á la ciencia y que ha dado ya ostensibles pruebas de su afición á la astronomía, la cual le debe importantes auxilios. Estoy bien seguro de que cuando conozca mi plan en todos sus detalles le juzgará practicable y no me negará su poderoso concurso. Apenas suscritos los fondos, marchó á Baltimore, compro el *Columbiad*, su proyectil y todos los accesorios, que seguramente no me disputarán muchos aficionados; reparo el todo, concluyo mis preparativos, y el 15 de diciembre del año próximo renovamos juntos, pero con éxito completo, la tentativa de Barbicane, Ardan y Nicholl.

— ¡Diablo, qué de prisa vas! — exclamó Santiago, riendo á pesar suyo de la seguridad entusiasta de su amigo. — Aún no me he decidido.



Me contestaron mostrando un *acta* en debida forma

— ¡Incrédulo! — exclamó Marcelo, — ven hasta mi casa y quedarás convencido.
¡Mozo — gritó, — la cuenta!

La conversación que acabamos de transcribir tenía lugar en París, en la gran

sala del Café Inglés, en una hermosa mañana del mes de agosto de 188... Los dos jóvenes que hablaban así con toda franqueza tenían la misma edad poco más ó menos, de veintiocho á treinta años; pero diferían por el aspecto y la estatura. Marcelo de Rouzé, de aventajada talla y fornido, con miembros robustos á la vez que flexibles, y en la cabeza un bosque de cabello rubio que tiraba al rojo, tenía el rostro colorado y largo bigote; sus grandes ojos, azules, muy abiertos, respiraban franqueza y alegría, y sus labios, gruesos, revelaban una bondad algo desdeñosa. Hubiérase creído no ver en él más que un buen joven alegre, siempre dispuesto á tomar la vida por el lado más favorable, si el brillo que á veces animaba su mirada y la arruga que surcaba su frente no hubiesen denotado que poseía una voluntad enérgica al servicio de una viva inteligencia capaz de las más elevadas concepciones.

El contraste con su compañero Santiago Deligny era notable. No tan alto, pero de formas elegantes y bien proporcionadas, parecía realizar el tipo de una rara distinción. Su cabeza fina é inteligente, su barba y cabello de un negro de azabache, realizaban la palidez mate de su rostro, propia de aquellos que, entregados á pacientes y arduos estudios, debieron pasar largo tiempo encerrados en el gabinete de trabajo ó en el laboratorio. Su boca, de labios algo comprimidos, parecía haber olvidado la sonrisa; su frente, alta, era la de un pensador, y sus ojos, bastante hundidos, velábanse de ordinario con una expresión de melancolía.

Los dos se habían conocido niños, cuando se sentaban juntos en los bancos del Liceo de Luis el Grande.

Andando el tiempo, cuando Marcelo entró en la Escuela Politécnica, mientras que Santiago seguía sus estudios en la Escuela de Medicina, no se habían perdido nunca de vista, y los lazos que les unían, debidos á un poco de protección por parte de Marcelo y á una gran confianza por parte de Santiago, se habían estrechado más y más. Después, las circunstancias de la vida los habían separado; Santiago permaneció en París, prosiguiendo en los concursos, primeramente como externo y después como interno, sus laboriosos trabajos; y Marcelo fué á buscar en otro continente un campo más vasto donde ejercer su exuberante actividad. Era huérfano, y su fortuna personal le permitía viajar y esperar sin demasiada impaciencia el éxito de alguna de las grandes empresas que siempre acariciaba su ardiente imaginación.

Al separarse se habían prometido escribirse, y así lo hicieron, efectivamente, algún tiempo; pero muy pronto las cartas fueron cada vez más raras, hasta que al fin cesaron del todo. Sin embargo, los dos amigos pensaban con frecuencia uno en otro; la separación no había entibiado en nada su afecto, y cuando la casualidad los reunió de nuevo, con verdadera alegría se abrazaron. Como tenían largas confidencias que hacerse, entraron en el primer café que vieron, y hablaban, saboreando el delicado almuerzo que ya iban á terminar.



CAPITULO II

EL DOCUMENTO

En el instante en que los dos amigos, sacudiendo la ceniza de sus cigarros, iban á levantarse, un mozo se acercó á Marcelo y presentóle en una bandeja de plata una tarjeta de vitela, diciéndole:

— La persona cuyo nombre ve usted aquí solicita el honor de hablarle.

— ¿A mí? — dijo Marcelo.

— Sí, señor.

Y guiñando un ojo, el camarero indicaba una mesa próxima, hacia la cual Marcelo dirigió una rápida mirada.

Ante aquella mesa estaba sentado un hombre que podría tener de cuarenta á cuarenta y cinco años de edad, y en el que era fácil reconocer á primera vista un hijo de la Gran Bretaña. Su rostro, regular y de

expresión enérgica, revelaba mucha nobleza; en la barba, rubia y cerrada, veíanse algunas canas, y los ojos, de color azul cambiante, parecían indicar una rara firmeza de alma; pero reconocíase en ellos como una expresión de hastío y aburrimiento, expresión que se revelaba, por lo demás, en todas sus facciones: el *esplin* había pasado por allí.

Vestía un traje sumamente correcto, y adivinábase que era hombre de la mejor sociedad. Aunque estuviera sentado, veíase que era alto, de formas bien proporcionadas; su mano, larga y fina, que jugaba distraídamente con unos len-

tes de concha, era del todo aristocrática; y en fin, nada había en él de común ó vulgar: aquel hombre no era seguramente un cualquiera.

Marcelo fijó sus ojos en la tarjeta que le presentaban y leyó:

LORD DOUGLAS RODILAN

— ¿Qué puede quererme este insular? — murmuró.

Pero con la cortesía natural en un hombre de mundo, volvióse hacia el extranjero con la sonrisa en los labios.

El insular se levantó y acercóse á los dos amigos.

— Dispense usted, caballero — dijo, inclinándose hacia Marcelo, mientras dirigía también un saludo á Santiago, — la irregularidad de mi proceder, y puesto que no hay aquí persona alguna que pueda servirme de intermediario, permítame que me presente yo mismo.

Y con tono algo solemne añadió:

— Lord Douglas Rodilan, afligido con la renta de cincuenta mil libras esterlinas.

Y como al oír esta declaración algo brutal Marcelo hiciese un ademán de altivez, el inglés añadió:

— Perdone usted, caballero; pero este detalle, al que no doy más importancia que usted mismo, tendrá al punto su razón de ser cuando le haya dicho qué motivo ha hecho que desee hablarle.

— Hable usted, milord — dijo Marcelo; — pero permítame ante todo presentarle á mi amigo íntimo, el doctor Santiago Deligny.

Los dos hombres se inclinaron.

Marcelo señaló con la mano una silla al inglés, que continuó así:

— Ante todo debo rogar que se me dispense una indiscreción involuntaria. Han llegado hasta mí algunas palabras de la conversación de ustedes, que despertaron mi curiosidad por la osadía de sus conjeturas, por lo audaz de la empresa que se proyecta; y sin deliberar más, he tomado la resolución de facilitarle los medios de realizarla sin esperar la constitución de una sociedad, tal vez lenta para formarse y cuyos interesados podrían crearle en lo futuro muchas dificultades.

— ¡Cómo! — exclamó Marcelo, — ¿usted quisiera?..

— Poner sencillamente á su disposición los fondos que le sean necesarios para comprar el famoso cañón del Gun-Club y costear todos los gastos de la expedición.

— Pero, milord.....

— No pongo más que una condición al hacer mi ofrecimiento, y es que me aceptarán por compañero de viaje y marcharé con ustedes.

Los dos jóvenes fijaron en su interlocutor una mirada de asombro, y como él lo notase, continuó, sonriendo:

- Bien veo que es preciso les explique las razones de esta proposición, que puede parecerles cuando menos singular. Mi padre, lord Glennemare, murió cuando apenas había cumplido yo los diez y seis años. Dueño de una inmensa



Lord Douglas Rodilan

fortuna, siendo aún muy joven, he recorrido el mundo sin más preocupación que la de satisfacer todos mis caprichos, pidiendo á los países más diversos, á las civilizaciones más refinadas, nuevos goces que se agotaban muy pronto. He

apurado hasta la saciedad todo cuanto puede proporcionar el lujo bien entendido y delicado de las grandes capitales de Europa, París, Londres, Viena y San Petersburgo; he probado todos los placeres que la imaginación sobrecitada del extremo Oriente inventó; y la India, la China y el Japón no tienen ya nada que pueda seducirme. He recorrido los países salvajes del Africa, donde he cazado el avestruz y dormido en tiendas de campaña; y en las pampas y sabanas del Nuevo Mundo participé de la ruda existencia de los gauchos y de los cazadores. Las funciones diplomáticas de que estuve encargado varias veces, al facilitar estos viajes, me abrían las puertas de todas las cortes, y desde esos puestos de observación he podido estudiar las diversas sociedades y conocer al hombre en todos los climas, en todos los grados de civilización. He buscado las emociones de la guerra, he arrostrado los tifones y los ciclones de los trópicos, y he pedido, en fin, á la ciencia los goces que reserva para sus adeptos. Nada ha podido disipar el inconmensurable aburrimiento que me ha dejado la satisfacción incompleta de los deseos que siempre renacen y nunca quedan saciados. Muy decidido á no pasar más tiempo buscando una felicidad que considero irrealizable, estaba resuelto á dejar este mundo, tan pobre para aquellos á quienes atormenta el deseo de lo infinito, y al que tan pronto se da la vuelta. Solamente una cosa me hacía vacilar aún, y es que yo buscaba un medio nuevo y original para salir de este estrecho valle: hubiera querido que mi muerte me produjera al menos algunos goces desconocidos, alguna cosa que ningún otro hombre hubiera podido experimentar antes que yo. Ahora bien: cuanto he oído de la conversación de ustedes respondía, á mi modo de ver, al secreto deseo de mi alma. No le ocultaré á usted que estoy perfectamente convencido de que la empresa en que propone aventurarse debe tener por resultado una catástrofe espantosa. Si consigue usted franquear una vez más el círculo de atracción de la tierra, caerá infaliblemente en su satélite, y si las leyes de la gravedad son exactas, se hará usted mil pedazos sobre su corteza pedregosa. ¡Pues bien: eso es precisamente lo que me tienta! Esa caída vertiginosa, y bastante prolongada, sin embargo, para que uno pueda sentir que cae, analizando de segundo en segundo sus sensaciones múltiples, del todo inusitadas, me atrae invenciblemente. ¿Me admite usted con las condiciones que acabo de indicarle?

— Es un loco — murmuró Santiago, inclinándose hacia Marcelo.

El inglés le oyó, ó tal vez le adivinó.

— No — repuso con la mayor calma, — no estoy loco, y les doy mi palabra de que si rehusan aceptarme por compañero de viaje, esta misma noche me pegaré un tiro. Veán, pues, si no deben, en interés de esa ciencia, aceptar mis proposiciones. Asegurando la realización de sus proyectos, evitan ustedes las dificultades que podrían imposibilitar su ejecución.

— ¡Pues bien, sea, milord! — exclamó Marcelo. — Acepto, pero á mi vez he de imponer una condición. Si llegamos á la luna sanos y salvos, de lo cual estoy convencido, me ha de jurar usted que renunciará á sus proyectos de suicidio.

— ¡Oh! De todo corazón — exclamó lord Rodilan, — porque entonces habré hallado un interés poderoso en vivir y no tendré ya motivos para renunciar á una existencia que me producirá tantas emociones nuevas é inaccesibles á lo vulgar; pero hasta nueva orden me permitirá usted no ver en ese segundo viaje más que una simple locura, á la cual no me asocio sino porque me tiene cuenta.

— Pues bien, señores — dijo Marcelo levantándose, — sírvanse ustedes seguirme hasta mi casa, y si lo que voy á enseñarles no triunfa de su incredulidad, deberemos desesperar de la lógica humana.

En pocos minutos llegaron á la calle de Taitbout y á la casa donde Marcelo ocupaba en el entresuelo una reducida habitación amueblada con elegante sencillez. Los dejó solos un instante en el salón, entró en la alcoba contigua, y volvió muy pronto, llevando con esfuerzo una especie de cofrecillo con sólidas cerraduras, el cual puso cuidadosamente sobre la mesa. Los dos compañeros se habían levantado y miraban, expresando sus rostros la más viva curiosidad.

Marcelo abrió el cofrecillo misterioso y sacó un objeto de forma redonda, de unos veinte centímetros de diámetro, de color pardusco y rojizo, y de considerable peso al parecer, el cual puso con respeto sobre la mesa.

— ¡Pero eso es una bala de cañón ordinaria — dijo Santiago riéndose — y data de la toma de Quebec por los ingleses!

— Espera, escéptico — dijo Marcelo; — ahora verás.

Cogiendo entonces un destornillador, el cual había traído al mismo tiempo que el objeto singular que mostraba á sus compañeros, les hizo fijar la atención en dos pequeñas ranuras casi imperceptibles; después, introduciendo el instrumento sucesivamente en cada una de ellas, sacó dos pequeños tornillos taladrados con mucha finura é hizo caer una placa bastante gruesa, encajada en el cuerpo del metal. Esta placa cerraba el orificio de un agujero rectangular que penetraba siguiendo el eje de la bala, y con ayuda de unas pinzas Marcelo sacó una especie de tablilla construída con un metal extraño de color blanco violáceo, de reflejos tornasolados, de cuatro centímetros de anchura por dos de grueso y unos doce de longitud. Santiago y lord Rodilan se inclinaron, mirando con curiosidad aquel singular documento.

— Pero ¿qué es esto? — exclamó Santiago.

— ¿Creestú — le dijo Marcelo — que á los ingleses se les haya ocurrido, en 1761, escribir extensamente en una placa de metal la historia auténtica del experimento del Gun-Club, para enviarle graciosamente á los franceses sitiados en Quebec? No, amigo mío — exclamó animándose, — lo que tienes á la vista es un mensaje enviado desde nuestro satélite á la tierra, la contestación al audaz viaje de los inmortales Barbicane, Ardan y Nicholl.

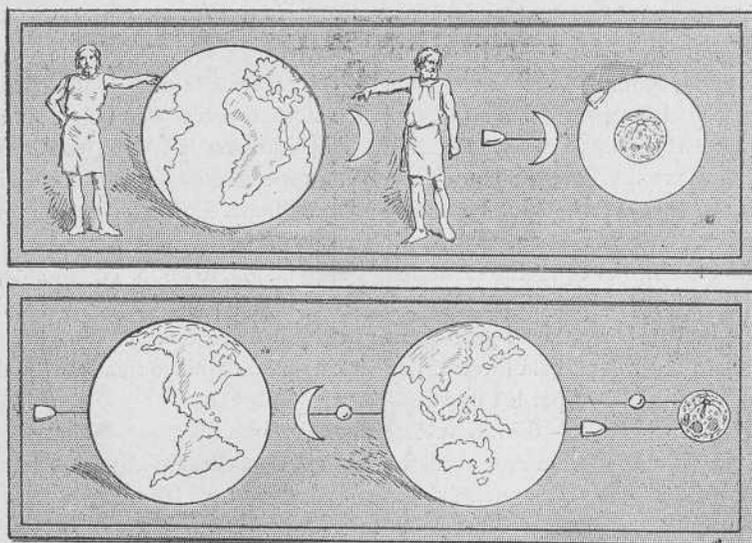
— ¡Qué locura! — murmuró el joven médico.

Lord Rodilan miraba aquello con indiferencia, y una sonrisa casi compasiva contrao sus labios.

La palabra locura había exasperado á Marcelo, que repuso:

— ¡Locura! Pues bien: sepan ustedes cómo ha llegado á mi poder este objeto extraño; y si después de esto dudan aún, será porque están resueltos á negar la evidencia.

Lord Rodilan y Santiago fijaron la vista en la placa que les presentaba Marcelo y en cuyas dos caras se veían grabadas las figuras siguientes:



«Cierta día — prosiguió Marcelo, — hallándome en las Montañas Pedregosas, poco antes de la catástrofe que me hizo perder el fruto de mis largos trabajos, había dado orden de perforar un pozo que debía servir para ventilar más unas galerías muy adelantadas. Se había excavado á la profundidad de unos quince metros, cuando el pico de uno de los trabajadores se rompió al chocar contra un cuerpo de excepcional dureza. Al pronto creí que habría allí alguna roca, ó tal vez un canto errático acarreado hasta allí por efecto de una erupción volcánica; mas á poco, habiendo desprendido los obreros aquel obstáculo, pusieron ante mis ojos asombrados un objeto metálico de extraña forma. El lado exterior presentaba el aspecto de una sección de superficie esférica regular, á la cual correspondía en la otra cara una segunda sección cóncava no menos regular. Los bordes de este fragmento, de treinta centímetros de grueso, presentaban la apariencia de una rotura semejante á la del proyectil que ha reventado á consecuencia de una explosión. Evidentemente, lo que yo tenía á la vista era la porción de una enorme bala hueca, cuyo radio medía unos cuarenta y cuatro centímetros, ó sea un diámetro de noventa y cuatro. Ahora bien: no hay en la tierra, al menos que yo sepa, exceptuando la *Columbiad*, máquinas capaces de lanzar semejante proyectil.»

— En efecto, no existen — dijo lord Rodilan.

«Muy preocupado, ordené á mi gente que continuara sus excavaciones con el mayor cuidado, adoptando todas las medidas de precaución posibles para poder darme cuenta de la posición relativa de aquellos fragmentos, pues no dudaba que se encontrarían otros.

»Efectivamente, al cabo de algún tiempo tenía reunidos á mi alrededor una docena de ellos, de grueso desigual, todos los cuales presentaban los caracteres que acabo de describir, confirmando así mi primera hipótesis. Pero muy pronto mi asombro llegó á su colmo cuando uno de mis hombres me presentó un objeto de forma esferoidal, que no era otra cosa sino la bala que ustedes acaban de ver. Cada vez más preocupado, dí orden de suspender los trabajos; dispuse que se cercase con una empalizada el recinto del hoyo abierto ya, á fin de que no se pudiese cambiar nada, y me llevé á casa mi extraño hallazgo. Después de desprender la tierra arcillosa que la cubría en parte, examiné aquella bala en todos sentidos y no tardé en descubrir dos pequeñas ranuras rectilíneas que parecían formar el diámetro de un diminuto círculo trazado en el metal: eran evidentemente las cabezas de dos tornillos. Después de muchos esfuerzos conseguí sacarlos, y extraje la tablilla que ustedes acaban de ver cuidadosamente ajustada en el interior, según podrán convencerse de ello por sí mismos.

»Largo tiempo transcurrió sin que yo comprendiera aquellos signos misteriosos; pero cierto día se hizo la luz en mi espíritu, y fué evidente para mí que tenía á la vista un mensaje enviado á la Tierra por los habitantes de la Luna en contestación á la tentativa frustrada del Gun-Club.

»Por lo pronto era indudable que si nuestros vecinos tuvieron la idea de entrar en relaciones con nosotros, no podían, atendida la ignorancia recíproca en que nos hallamos unos y otros de nuestros idiomas respectivos, servirse de los caracteres fonéticos; y de consiguiente debieron usar cierta escritura ideográfica, refiriéndose á cualquier acontecimiento que, interesándoles á ellos mismos, fuese perfectamente conocido de nosotros.

»En efecto, vean ustedes cómo es así.

»Los primeros signos representan evidentemente la Tierra y la Luna, es decir, los dos astros entre los cuales se trata de establecer comunicaciones. No pueden ustedes dudar, puesto que en la primera figura se halla trazado el antiguo continente terrestre; y la forma de cuarto creciente que se da á la Luna prueba hasta la evidencia que los habitantes de nuestro satélite se dan cuenta muy bien del aspecto con que su planeta se presenta á nosotros al principio de la lunación. Por lo tanto, ellos tienen astrónomos, y sus instrumentos de observación han alcanzado un perfeccionamiento notable, puesto que pueden distinguir la forma exacta de nuestros continentes. En cuanto á las figuras humanas que se elevan junto á los dos astros, demuestran que los habitantes de la Luna, constituidos, á juzgar por las apariencias, poco más ó menos como nosotros,

han supuesto que la Tierra estaba habitada por seres análogos á ellos mismos, y con los cuales no era imposible comunicarse.»

– Si no tienes más que esa prueba – dijo Santiago, – es bastante pobre.

– No te apresures demasiado á juzgar – dijo Marcelo; – sigue escuchando. ¿Ven ustedes después – continuó – un signo que representa muy claramente un proyectil, el del Gun-Club, dirigiéndose hacia la Luna? El signo siguiente nos muestra ese mismo proyectil, que no habiendo llegado al punto apetecido, describe una curva alrededor de nuestro satélite y finalmente se dirige de nuevo hacia la Tierra, en la cual ha vuelto á caer en realidad.

– Todo eso no prueba gran cosa – observó Santiago, incorregible de su escepticismo. – ¿Qué opina usted, milord?

– ¡Oh! – exclamó el inglés, – todo eso me es indiferente. Lo único que yo quiero, como ya saben, es hacer el viaje con ustedes á fin de estrellarme con todas las reglas sobre la superficie de la Luna.

Esta observación produjo un escalofrío.

Marcelo prosiguió:

– He aquí ahora una bala que parte de la Luna para dirigirse hacia la Tierra: es evidentemente la contestación al proyectil del Gun-Club; y como se debe suponer que los astrónomos de la Luna no se han limitado á un solo envío, por no saber bien dónde caería su proyectil, la gran esfera cuyos restos he hallado y que contenía la bala es seguramente uno de los mensajes por medio de los cuales han tratado de trabar relaciones con nosotros. Las figuras que siguen confirman esta demostración: vean ustedes, en efecto, esa bala que va de la Luna á la Tierra, y esa granada que sigue una dirección inversa, pero paralela. ¿No será esto la indicación manifiesta de relaciones permanentes y seguidas entre los dos astros por medio de proyectiles mensajeros que circulan de una manera regular y normal? ¿No es esa la realización del ideal soñado por los más eminentes astrónomos y que el Gun-Club trató de hacer entrar en el terreno de la práctica?

– ¡Pero eso es una broma, querido Marcelo! – exclamó Santiago. – Lo que tienes en las manos es alguna inscripción conmemorativa, imaginada por cualquier individuo del Gun-Club, ú otro testigo de la experiencia de 186...; aquí no hay más lunáticos que tu imaginación.

– Búrlate y juega del vocablo como quieras; pero á ver si me explicas todas las circunstancias en que hice este hallazgo singular. Como he dicho antes, yo había mandado rodear con una empalizada el hoyo en cuyo fondo el pico de uno de mis trabajadores tropezó con la bala que tenemos á la vista. He vuelto á examinar ese hoyo y he reconocido que el proyectil había atravesado la capa superior del suelo, compuesta de *humus* y arena mezclados, y después otra más gruesa de arcilla rojiza que constituye el subsuelo, chocando por último con la roca granítica cuyo levantamiento forma, á pocos kilómetros de allí, las primeras estribaciones de las Montañas Pedregosas. Allí, la esfera envolvente de la cual conservo el fragmento que aquí ven ustedes, se rompió, y sus restos se

hundieron por todos lados en la tierra. Lo que viene á corroborar mis observaciones y las consecuencias que deduje de ellas es que la bala reposaba sobre una capa de arena blanca, muy fina, en la que no se veía ningún vestigio de los terre-



Largo tiempo transcurrió sin que yo comprendiera aquellos signos misteriosos

nos atravesados; de modo que era evidente para mí que los que fabricaron aquel proyectil habían adoptado todas las precauciones imaginables para que llegase sin dificultad á su destino. Al efecto le encerrarían en una esfera hueca, llenando de arena sumamente comprimida todo el espacio libre que rodeaba la bala interior, de manera que, cualquiera que fuese la violencia del choque, la arena

podiera amortiguarle y preservar el mensaje. ¿Crees tú que cualquiera que hubiera deseado conservar el recuerdo del viaje de Barbicañe se habría entretenido en tomar semejante lujo de precauciones para guardar un documento que bastaba depositar en cualquier museo, y hubiera ido después á sepultarlo á quince metros de profundidad en un país desierto, donde nunca se le podía ocurrir á nadie ir á buscarlo? Ustedes mismos han reconocido que ningún cañón terrestre era capaz de disparar esta bala colosal.

— Sí — murmuró Santiago, visiblemente indeciso, — en eso hay algo que no acierto á explicarme.

— ¡Ah! Ya comienzas á ceder, — exclamó Marcelo. — Pues vamos á otra cosa: tú que eres químico, dime qué metal es ese.

Y acercaba á sus ojos la placa en que estaban grabadas las figuras cuya explicación acababa de dar.

— A fe mía no lo sé — contestó Santiago; — sería preciso ensayarlo.

— Ya lo he ensayado yo, desprendiendo de ese ángulo un diminuto fragmento. Le he sometido á la incandescencia, analizándolo después con el espectroscopio, y desde luego afirmo que este metal no tiene su análogo en nuestro planeta.

— Tanto me dirás... — repuso Santiago.

Y como hablando consigo mismo, añadió:

— ¡Qué magnífico sueño sería ese! ¡Conseguir probar la presencia en nuestro satélite de una humanidad con la cual podríamos estar en comunicación continua! ¡Qué nuevos horizontes abiertos ante la ciencia!. ¿Dónde se detendría en adelante el genio del hombre, y qué gloria no alcanzarían aquellos que hubieran dado el primer paso en los abismos de lo infinito?

— Pero, doctor — dijo entonces lord Rodilan, — se enardece muy fácilmente, y usted, tan reservado poco ha, es ahora no menos entusiasta que su amigo.

— A fe mía, no lo niego; ese extraño mensaje, las circunstancias en que se ha descubierto, el metal desconocido, todo esto, en fin, me impresiona singularmente. ¿Y no vacila usted mismo también un poco á pesar de su flema británica?

— ¡Oh! Yo — replicó el inglés — no me intereso en la cuestión, y como dijo uno de los escritores de ustedes, mi puesto está designado. Yo no quiero más que un género de muerte original, y no creo pagarle demasiado caro asegurándoles mi concurso, porque estoy completamente convencido de que si escapamos del choque inicial, nos haremos añicos en las rocas de nuestro inhospitalario satélite.

— ¡Ah! Permítame usted... — dijo Marcelo.

— No, amigo mío — interrumpió el inglés, — le pido permiso para darle este nombre, puesto que nuestra suerte ha de estar tan estrechamente unida, ya volveremos á tratar de este asunto más tarde, puesto que le interesa al parecer.

— Y confío mucho en convencerle — concluyó Marcelo, presentando su mano, que el inglés estrechó vigorosamente, así como la de Santiago, murmurando:

— ¡Oh! En cuanto á eso, lo dudo.

CAPÍTULO III

LA ADJUDICACIÓN

A eso del mediodía del 10 de febrero de 188..., la gran sala del Hotel de Ventas de Baltimore presentaba una animación inusitada. Se iba á proceder á la venta en subasta pública del famoso cañón *Columbiad*, del Gun-Club, y de sus accesorios.

Según todas las previsiones, el número de aficionados no debía ser considerable, y muy probablemente aquella venta hubiera pasado inadvertida, y la monstruosa máquina que tan poderosamente excitara la curiosidad pública cerca de veinte años atrás se habría vendido como hierro viejo, á no haber sobrevenido alguna cosa del todo inesperada. Los curiosos reunidos en la sala, mucho antes de la hora señalada para la venta, referíanse con muchos comentarios que iban á presentarse varios compradores formales; y algunas personas, bien informadas al parecer, decían que un mes antes tres extranjeros, dos franceses y un inglés, habían desembarcado cierto día en la Florida.

A pesar del misterio de que se rodeaban, se observaron sus actos; se les había visto hablar con los hombres encargados de la custodia del cañón, examinar cuidadosamente todos los aparatos, é inspeccionar después el proyectil de aluminio. Hasta habían querido bajar al fondo del *Columbiad*, cuyas paredes examinaron también detenidamente.

Mientras que la multitud hacía comentarios de toda clase, el honorable John Elkiston, subastador público, ayudado de su escribiente, se había instalado detrás de la mesa sobre la cual se colocaban de ordinario los objetos preciosos expuestos á la venta. A falta del cañón del Gun-Club, que difícilmente hubiera podido transportarse, el pregonero desarrollaba ante los ojos de los curiosos, que se habían agrupado apresuradamente al otro lado de la mesa, planos, dibujos, bosquejos y fotografías que representaban bajo todas sus fases el objeto de aquella venta anormal.

«Señores - dijo Elkiston, - seguramente habrán oído hablar del inolvidable viaje efectuado diez y ocho años hace á las regiones lunares por los ilustres individuos del Gun-Club, Impey Barbicane y el capitán Nicholl, acompañados del audaz Francisco Miguel Ardan. Ya saben todos ustedes que se había formado

una sociedad para llegar, gracias á los resultados obtenidos, á establecer comunicaciones seguidas entre la Tierra y su satélite. En un principio afluyeron los capitales; pero muy pronto el celo de los donadores disminuyó, los que habían sido instigadores de aquella empresa la abandonaron, y la sociedad se declaró en quiebra.

»Sin embargo, se acerca el momento en que, según los cálculos astronómicos más irrefutables, la experiencia que había estado á punto de obtener un éxito completo se podrá repetir. Por eso el honorable síndico de la sociedad ha juzgado el momento favorable para proceder á la venta del *Columbiad*, facilitando así á los aficionados á expediciones científicas el medio de efectuar un nuevo viaje.

»No dudamos que habrá en los Estados Unidos muchos hombres valerosos y de suficiente abnegación para desear que nuestra patria conserve el monopolio de todas las audacias y la gloria de un éxito que hará palidecer de envidia á todas las universidades y á todos los sabios del antiguo continente. ¡Hurra por la Unión! ¡Atención! Vamos á dar principio á la subasta.»

A pesar de este gasto de elocuencia, los circunstantes parecían bastante fríos. No había allí la agitación, el murmullo, las vivas interjecciones de una multitud apasionada por una gran idea ó á la que exalta una empresa gloriosa; se miraban de reojo unos á otros; oíanse palabras de burla, y las sonrisas irónicas asomaban á los labios. Parecía que todos se preguntaban si se encontraría alguien bastante loco para arriesgarse en semejante aventura; decíase en voz baja que la subasta quedaría desierta y que los restos del monstruo colosal que yacía sepultado en el suelo de la Florida estaban sin duda condenados á permanecer allí indefinidamente, corroidos por el orín, destruidos por el tiempo, monumento lamentable de la locura humana, triste testigo de una ambición desmesurada y de una inconmensurable decepción.

Entretanto, nadie había notado la entrada de tres extranjeros en la sala, los cuales se deslizaron en ella sin ruido: eran Marcelo de Rouzé, Santiago Deligny y lord Rodilan.

El subastador continuó:

«El *Columbiad*, con todos sus accesorios, proyectil, aparatos eléctricos, grúas y pescantes, además de los cobertizos donde esos objetos se conservan, se ponen á la venta bajo el tipo de doscientos mil dollars y se adjudicarán al mejor postor.

»Queda abierta la subasta.»

El pregonero repitió:

«¡Por doscientos mil dollars el *Columbiad*!»

Silencio profundo.

«Vamos, caballeros, decídanse ustedes. Jamás se habrá presentado tan magnífica ocasión para los aficionados á la ciencia que deseen repetir la famosa tentativa que apasionó á los dos mundos.»

Nadie pronunció una palabra.

John Elkiston se agitaba detrás de su mesa.

«Vamos – dijo, – no es posible que el gigantesco esfuerzo hecho para sondear los abismos de lo infinito se pierda para siempre. ¿No se encontrará en los Es-



La voz del pregonero resonó otra vez: «Doscientos mil cincuenta dollars dan...»

tados de la Unión persona alguna que adopte de nuevo la idea más grande del siglo para llevarla á buen fin? ¿Han perdido los hijos de la libre América todo valor, todo espíritu de iniciativa? ¿Habrán desaparecido con los ilustres Barbicane y Nicholl la afición á las aventuras heroicas?»

La elocuencia del subastador no producía efecto, y sin duda iba ya á declarar la venta aplazada hasta otro día, cuando lord Rodilan dijo de pronto friamente:

— ¡Doscientos mil cincuenta dollars!

Todas las miradas se habían vuelto hacia él. El subastador exclamó alborozado:

— ¡Bravo, caballero! Hay postor por doscientos mil cincuenta dollars. Bien sabía yo que una obra tan gloriosa no podía perderse; pero vosotros, americanos, no dejaréis á un extranjero el honor de triunfar allí donde nuestros conciudadanos fracasaron.

Sin embargo, los concurrentes seguían mirándose con aire burlón, y á juzgar por su manera de observar al extraño postor, era evidente que no se estaba lejos de tomarle por un excéntrico, cuando no por un loco. En cuanto al que era objeto de esta curiosidad, permanecía impassible, contemplando á la multitud con mirada indiferente.

La voz del pregonero resonó otra vez:

— Doscientos mil cincuenta dollars dan..... ¡Vamos, doscientos mil cincuenta dollars!

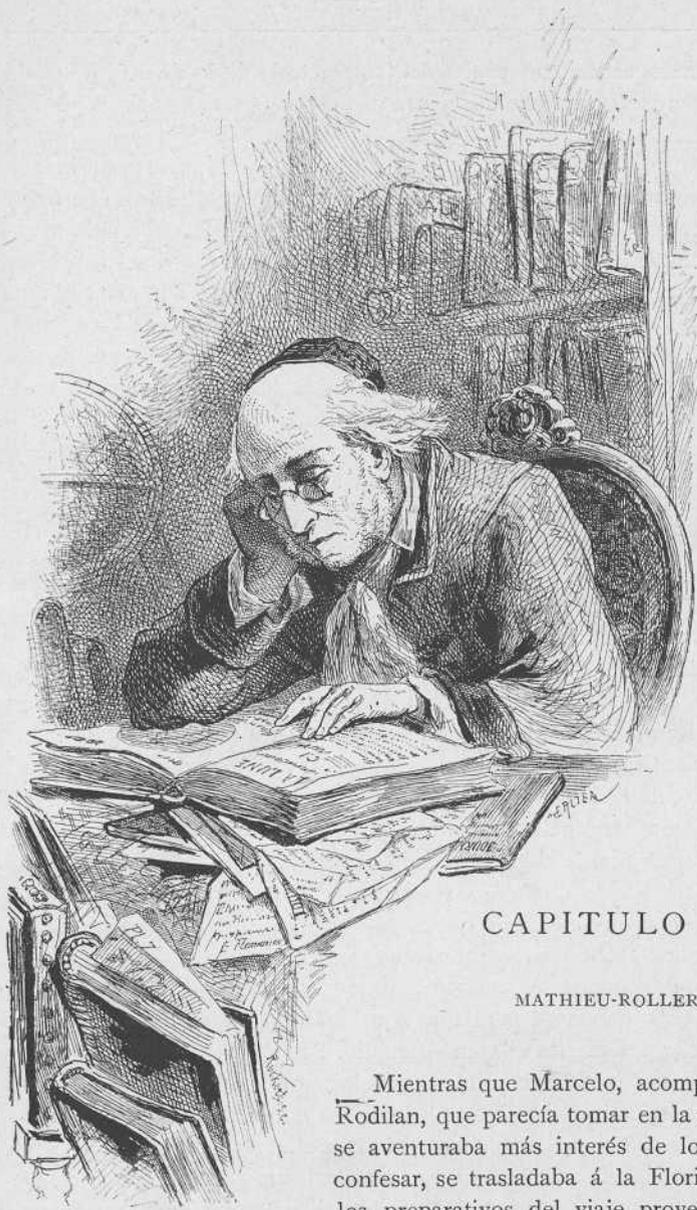
Pero ninguna voz se elevó para pujar más.

El subastador levantó su martillo.

— ¡Á la una!, — exclamó. — Doscientos mil cincuenta dollars dan..... ¿Nadie dice una palabra?... ¿No se arrepentirá ninguno?... ¡Adjudicado!

Y el martillo cayó sobre la mesa.

El inglés era propietario del *Columbiad*, y pocos instantes después la sala de ventas volvió á quedar desierta.



CAPITULO IV

MATHIEU-ROLLERE

Mientras que Marcelo, acompañado de lord Rodilan, que parecía tomar en la empresa en que se aventuraba más interés de lo que él quería confesar, se trasladaba á la Florida para dirigir los preparativos del viaje proyectado, Santiago Deligny, previo el consentimiento de sus dos amigos, regresaba á Europa á fin de cumplir con lo que consideraba como un deber sagrado.

En la calle de Cassini, en París, cerca del Observatorio, habitaba treinta años hacía el viejo astrónomo Francisco Mathieu-Rollère. Allí, en una risueña casita, rodeada de un jardín bastante grande, había ido á instalarse con su esposa cuan-

do fué nombrado astrónomo titular del Observatorio de París. El joven sabio hubiera sido completamente dichoso entre una esposa á quien adoraba y la ciencia á que había consagrado su vida, si el cielo hubiese bendecido su unión. Durante largos años desesperó de ser padre, y parecía resignado á este sufrimiento, cuando su esposa tuvo una hija, á la cual dió el nombre de Elena; pero pagó esta felicidad muy cara, pues el nacimiento de la niña costó la vida á la madre.

Aquella inesperada muerte sumió al sabio en la mayor desesperación, y para distraer su pesar, consagróse más resueltamente aún á la ciencia, única cosa que podía hacerle olvidar á la que había perdido. Elena creció así junto á un padre que, dedicado enteramente á sus trabajos científicos, apenas pensaba en ella, como si no recordara hasta qué punto había deseado con ansia tener un hijo. Aunque su anciana sirvienta, la buena Catalina, hubiese consagrado á Elena todo el afecto que profesaba á la difunta, la vida de aquella niña, privada de la ternura maternal y cuyos días transcurrían entre un sabio embebido en sus estudios y una vieja criada, era bastante triste. Rara vez salía, y no tomaba parte jamás en los juegos de los niños de su edad.

Ya contaba ocho años, cuando la llegada de un joven compañero vino á modificar considerablemente su existencia.

El astrónomo tenía una hermana casada con un oficial de marina á quien amaba profundamente. Un brillante porvenir sonreía al teniente de navío Deligny, cuando en el transcurso de una campaña en el Extremo-Oriente, la muerte le arrebató de improviso á la ternura de su esposa. Esta última le siguió pronto á la tumba, y Santiago, su hijo único, de catorce años de edad entonces, quedó huérfano. Su tío, designado por la ley como tutor, había admitido en su casa al joven, que entonces terminaba sus estudios en el Liceo de Luis el Grande.

Desde entonces la vida había cambiado para la joven Elena; muy pronto un íntimo afecto unió á los dos niños, y este sentimiento, acrecentándose con la edad, convirtiéndose en un amor serio que al parecer nada debía contrariar. El viejo sabio no se interesaba aparentemente más que en las cosas del cielo; era de creer que no debía oponerse jamás á la unión de los dos jóvenes, y Santiago trabajaba con toda confianza para que aquella á quien adoraba pudiese tener una posición feliz y digna de ella en el mundo. Por eso fué tan grande su sorpresa como su desesperación cuando, al pedir la mano de Elena, su tío le contestó con una enérgica negativa. No se le ocultaba que nada haría desistir al astrónomo de su resolución, y habíase alejado con el corazón dolorido, diciendo á Elena, que ahogaba sus sollozos: «Voy á buscar los medios de merecerte.»

Á partir de aquel momento la vida fué muy triste para la joven, que se consumía en una expectación cada día más desesperada. Desde su marcha, Santiago no había dado señales de vida, y Elena se preguntaba algunas veces si aquel á quien amaba la habría olvidado ya, ó bien si habría muerto en alguna peligrosa aventura. Sus colores palidecían; los ojos perdían su brillo, y hasta su salud se alteraba al parecer.

No obstante, el viejo sabio, entregado del todo á su tarea, no echaba de ver nada, y apenas dirigía una mirada distraída á su hija, á la cual veía solamente á las horas de comer, de modo que no observaba la mudanza producida en ella.

Ocho meses habían transcurrido ya desde la marcha de Santiago, y Elena perdió ya la esperanza.

Cierta mañana de uno de los últimos días de febrero, la campanilla de la puerta del jardín sonó ruidosamente, como sacudida por una mano vigorosa, y Elena, que estaba sentada en su aposento, sintió, sin saber por qué, como un golpe en el corazón. La anciana criada había corrido á abrir.

Al ver al visitante que entraba, penetrando en la casa con paso rápido, la joven se había puesto en pie, con las facciones singularmente pálidas, volviendo á caer casi desfallecida en su asiento.

Aquel visitante era Santiago, que penetró alegremente en la salita donde tan á menudo se había sentado entre su tío y aquella á quien amaba. El viejo sabio, que se disponía á ir al Observatorio, acababa de entrar también en aquella sala.

— ¡Ah, tío mío! — exclamó Santiago, abrazándole estrechamente, — ¡cuánto me alegro de volver á verle! Va usted á quedar contento de mí. ¿Pero dónde está mi prima? Quiero abrazarla también.

— Poco á poco — dijo el astrónomo, á quien el abrazo del joven estuvo á punto de hacer caer. — Tú te vas como un loco, dejas pasar ocho meses sin darnos noticias tuyas, y caes aquí como un aerolito. ¿Qué significa eso?

— Se lo explicaré á usted todo dentro de pocos instantes; mas por lo pronto — dijo, quitando á su tío, pasmado aún, el bastón y el sombrero — el Observatorio le dará licencia por hoy, pues al menos esta vez va usted á ser todo nuestro.

Entretanto Elena, sobreponiéndose á su emoción, había bajado y entraba en la sala...: un vivo rubor cubría ahora sus mejillas, y sus ojos habían recobrado un brillo desconocido hacía mucho tiempo. Presentó su frente á Santiago, y mientras éste imprimía en ella un ardoroso beso, murmuró:

— ¡Perverso, cómo me has hecho sufrir!

Cuando hubo terminado el almuerzo, y mientras que saboreaba su café, Santiago refirió á su tío y á su prima todo cuanto había hecho desde su separación.

La joven escuchaba ávidamente aquel relato, en el que sentía palpar todo el amor que llenaba el corazón de Santiago; pero el anciano prestaba oído con indiferencia. Sin embargo, cuando el narrador llegó á lo de su encuentro con Marcelo de Ronzé, á los últimos sucesos que habían ocupado su vida, y por fin, al audaz viaje, que estaba resuelto á intentar, los ojos del astrónomo se animaron, fijó más su atención y un resto de sangre afluyó á sus mejillas; participaba del entusiasmo de su sobrino, y al fin su alegría se desbordó.

— ¡Bravo, querido hijo! — exclamó al fin; — he ahí, en efecto, una grande y noble empresa, que hará rabiarse de envidia á todos los astrónomos de Europa, propor-

cionando á la ciencia una mina inagotable de ricos documentos y descubrimientos cuyo alcance no se puede presentir aún.

— ¡Pero, padre mío — interrumpió Elena, cuya alegría se había desvanecido de pronto al parecer y que estaba llena de indefinible angustia, — usted no reflexiona! ¡Consentir que Santiago se lance en esa aventura insensata es entregarle á una muerte segura, condenándome á mí, porque seguramente no le sobreviviré!

— ¡Ta, ta, ta! — exclamó el sabio, — he aquí lo que son las niñas ignorantes y tímidas. Si se las escuchase, no se intentaría jamás nada, y la ciencia quedaría estancada. ¡Tan ciega eres que no ves que ese viaje que tantos temores te infunde se ha efectuado ya y se ha vuelto de él! Hoy se trata de emprenderle de nuevo en condiciones de completa seguridad. Te han dicho que allá arriba, en nuestro satélite, hay gente que nos espera y que arde en deseos de ponerse en comunicación con nosotros. A los que lleguen á la Luna no les será nada tan fácil como regresar.

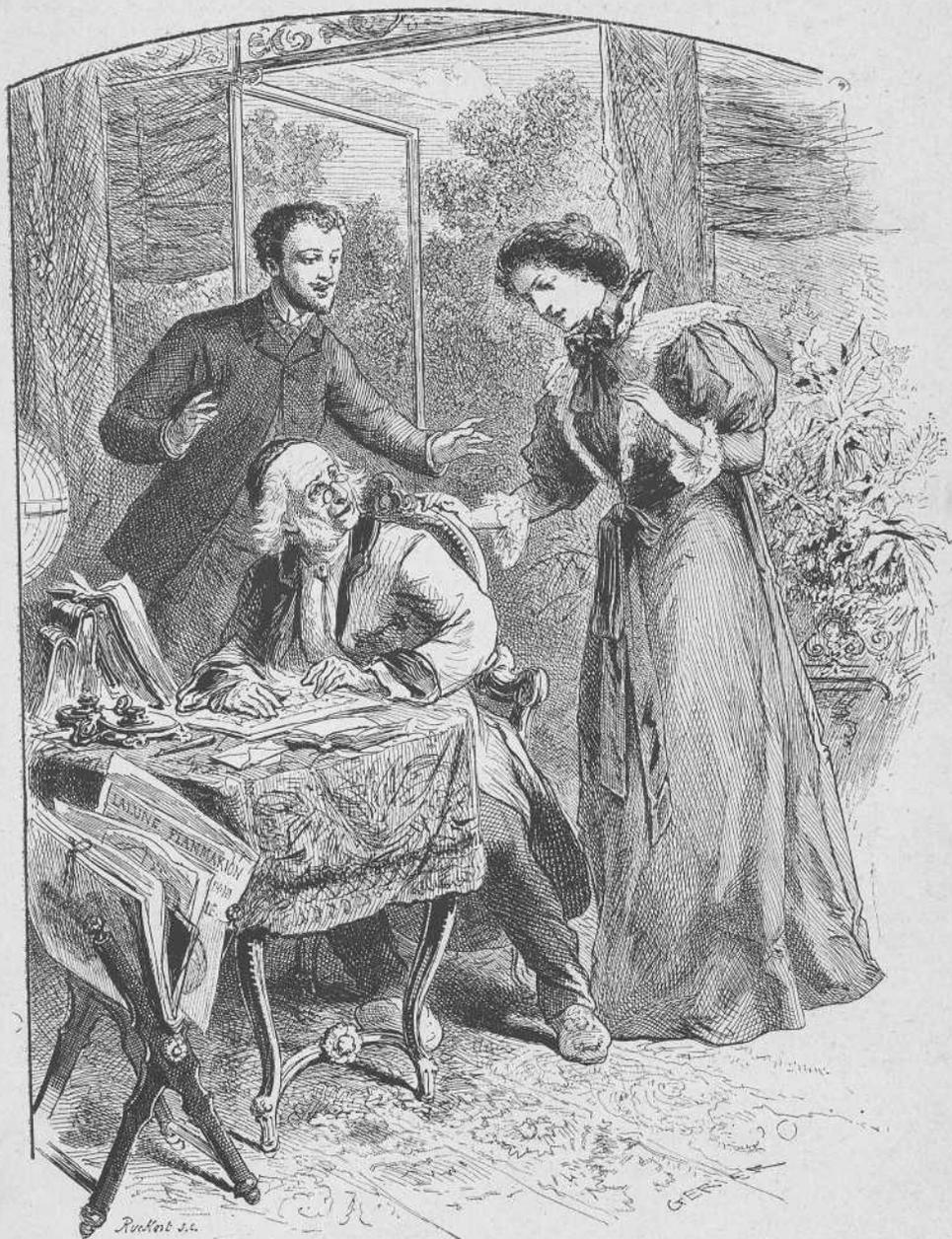
Elena no participaba de la entusiasta convicción de su padre, y durante los días que siguieron se valió de todo su ascendiente sobre Santiago para hacerle desistir de su terrible resolución; pero sus esfuerzos fueron inútiles, porque á Santiago le había embriagado poco á poco la idea de aquel viaje por la inmensidad y sentíase poseído también de la ardiente fe de Marcelo en el éxito final. Por otra parte, no veía á su alcance más medio de obtener la mano de aquella á quien amaba.

Su amor le hacía elocuente, persuasivo, y si no consiguió que la joven participase de su confianza, obtuvo que dejase de oponerse á su proyecto; pero Elena quiso por lo menos permanecer hasta el último instante al lado de aquel á quien amaba y seguirle con los ojos en su peligrosa empresa.

— Bien veo — dijo cierto día á su padre — que todo cuanto pudiera intentar para haceros desistir, á Santiago de emprender ese viaje y á ti de aprobarlo, sería inútil, y de consiguiente debo resignarme; mas ¿por qué no podríamos acompañarle hasta América? Y puesto que en las Montañas Pedregosas hay un telescopio que permite seguir el proyectil en su trayecto, ¿por qué no iríamos á ese país, á fin de estar cuanto sea posible en comunicación con aquel que nos es tan caro?

— Tienes razón — exclamó el astrónomo; — la idea es excelente y nada será más fácil que obtener una misión especial del Observatorio.

Se convino, pues, que marcharían juntos á Nueva York, y que mientras Santiago iba á la Florida, el astrónomo y su hija se dirigirían á las Montañas Pedregosas para esperar allí la próxima partida del proyectil del *Columbiad*.



Se convino, pues, que marcharían juntos á Nueva York

CAPITULO V

PREPARATIVOS DE MARCHA

En la península de la Florida reinaba una actividad extraordinaria hacía algunos meses. Habíase visto desembarcar sucesivamente varias brigadas de obreros procedentes de Europa, y se acababan de construir nuevos talleres para sustituir á los que se edificaron diez y ocho años antes, y que muy descuidados desde aquella época, estaban convertidos en ruínas ó eran ya inútiles para la nueva empresa. No se necesitaban ya, en efecto, aquellos innumerables hornos que habían servido para fundir el *Columbiad*, y el número de trabajadores era mucho menos considerable para lo que se trataba de hacer ahora.

Varias casetas provisionales bastaron para alojarlos; mas era necesario reparar la vía férrea que ponía en comunicación á Tampa-town con Stone's Hill, y por la cual debían llegar á los talleres todas las máquinas y las provisiones necesarias, pues aquella vía, que durante algunos meses había estado tan frecuentada y por la que se habían transportado tantos materiales y viajeros, quedó singularmente abandonada desde entonces.

No se trataba ya, como en otro tiempo, de practicar la inmensa cavidad donde se debía empotrar el gigantesco cañón, ni de fundir la enorme cantidad de palastro destinado á formar sus paredes. Este trabajo colosal, espantoso, que excedía á todas las proporciones conocidas, había sido ya magistralmente ejecutado y conducido á buen fin por los que precedieron á nuestros exploradores. El mismo proyectil de aluminio, que les sirviera de habitación, estaba allí bajo un cobertizo cerrado, con todo su arreglo interior.

Mas era preciso examinar cuidadosamente así el cañón como el proyectil. ¿Qué efectos se produjeron en uno y otro en el momento de la partida? ¿No se habían resentido hasta cierto punto del largo abandono en que se les dejó? El anuncio que los diarios americanos publicaron aseguraba sin duda que todo se hallaba en buen estado; pero nuestros hombres eran demasiado prudentes para atenerse á semejante aserto.

La Sociedad Nacional de Comunicaciones interestelares había tenido ciertamente buen cuidado de ordenar que se levantase sobre el orificio del *Columbiad* una especie de tejado, para preservarle de la intemperie; pero no era posible

fiarse en absoluto de tales precauciones: era preciso practicar un examen formal y profundo.

Marcelo y lord Rodilan dirigían los trabajos, no habiéndose juzgado indispensable la presencia de Santiago, que en aquellas circunstancias no habría ofrecido ninguna competencia especial. Por lo demás, ya había dado cuenta á sus dos amigos del resultado de sus conversaciones con su tío, y éstos le contestaron atentamente que podía preparar á su gusto el viaje del astrónomo y de su hija á las Montañas Pedregosas; mientras ellos, por su parte, se encargaban de llevarlo todo á buen fin para la época en que debía efectuarse el viaje.

El orificio del *Columbiad* quedó libre del tejado que le protegía, y en su lugar se colocaron los pescantes que debían permitir penetrar hasta el fondo del gigantesco tubo á fin de reconocer su estado. Marcelo no quiso confiar á nadie el cuidado de practicar este examen: provisto de una poderosa lámpara eléctrica con reflector, bajó lentamente á lo largo de las paredes y reconoció con satisfacción que el ánima del cañón se hallaba cubierta en toda su longitud de una espesa capa de alquitrán para preservarla de los ataques de la humedad. Pudo observar también, mediante una minuciosa inspección, que ninguna parte de esta capa se había agrietado, lo cual probaba suficientemente que el cilindro de palastro, sostenido por la gruesa pared de mampostería en que estaba como encajado, había resistido admirablemente la formidable presión de los gases.

Ahora se trataba de proceder á una nueva raedura para quitar el alquitrán y devolver al ánima de la pieza el pulimento que había perdido. Para esta operación bastaba atenerse á la marcha seguida por los constructores del *Columbiad*; y el trabajo, dirigido y vigilado de cerca por Marcelo, que se multiplicaba, comunicando á los obreros el ardimiento de que estaba animado, se llevó á buen fin en tan poco tiempo como era rigurosamente posible.

Lord Rodilan, á quien era indiferente pasear su aburrimiento por tal ó cual punto del globo, no tomaba una parte muy activa en aquellos preparativos, y hasta los observaba con una expresión bastante burlona. La gran confianza de Marcelo no había podido hacer vacilar su incredulidad, y no escatimaba á su amigo reflexiones poco atentas y siniestros pronósticos.

— Es usted para mí, querido Marcelo — le decía, — objeto de una curiosidad asaz interesante, y á la verdad le admiraría si fuera capaz de experimentar aún semejante sentimiento. Al ver la formalidad con que practica usted todos estos trabajos preparatorios, creeríase que está seguro de llegar sano y salvo al término de su viaje.

— ¿Que si estoy seguro? ¡Querido lord, esto es para mí una cosa matemáticamente demostrada, y es preciso que se empeñe usted en cerrar los ojos á la evidencia para no estar convencido por los cálculos que tan á menudo sometí á su examen!

— ¡Vamos, vamos, no se enfade usted, incorregible ingeniero! Puesto que voy con usted, ¿qué más quiere? ¡Confío en que efectuaremos desde allá arriba un

descenso memorable (¡una caída en aquellas alturas, esto sí que es original!) y que nos haremos añicos sin haber podido reconocer siquiera el color de ese dichoso satélite, que le atrae como un verdadero imán.

— Es que no caeremos, ya lo sabe usted, aunque la bajada será tal vez un poco rápida.

— Sí, sí, ya lo sé; se refiere usted á los famosos cohetes que ni siquiera pudieron hacer caer el proyectil en la Luna.

— Conformes; pero esta vez espero que no encontraremos un malhadado bolido que nos desvíe de nuestro camino, y mi nuevo sistema de cohetes lo suplirá todo.

Marcelo, preocupado efectivamente con esta cuestión, había rehecho los cálculos de Barbicane y de Nicholl, quedando convencido de que el medio imaginado por ellos para disminuir la rapidez de la caída del proyectil sobre la superficie lunar era de todo punto insuficiente, dada, sobre todo, la falta de una atmósfera cuya resistencia no tendría que vencer el proyectil. Pero esta idea de los cohetes, que por su deflagración debían contener en cierto modo la rapidez de la granada, amortiguando su caída, otros la habían encontrado ingeniosamente, y Marcelo estaba resuelto á aprovecharse de ella. Tan sólo juzgó útil aumentar el número de cohetes, colocando tres series que se harían funcionar á intervalos calculados y en razón inversa de la distancia que se debiera franquear. Así obtendría tres resistencias sucesivas que, si sus cálculos eran exactos (de lo cual no dudaba), debían permitir á los viajeros llegar sin choque demasiado violento al término de su carrera.

La granada que había servido para la primera expedición fué también objeto de un minucioso examen. Había resistido perfectamente á la presión de los gases, cuya explosión la lanzó al espacio, y á su formidable caída en las profundidades del Pacífico. Las gruesas paredes, que según se recordará eran de aluminio puro y tenían la resistencia de un bloque macizo, no presentaban deformación apreciable; solamente el acondicionamiento interior se había resentido mucho de las injurias del tiempo; el almohadillado de las paredes y del diván circular se debía rehacer por completo, y Marcelo aprovechó esta circunstancia para sustituir los muelles de acero fino y resistente, que con el tiempo se habían enmohecido, perdiendo su elasticidad. Los cristales lenticulares de los tragaluces y los bastidores metálicos en que iban encajados se debieron renovar igualmente, y también fué necesario reponer las placas de metal destinadas á preservarlos del choque de la salida y que los anteriores viajeros se limitaron á dejar simplemente fuera. Se rehicieron, en fin, todos los recipientes, los cajones para el agua y los víveres, el depósito del gas, y el aparato de Reiset y Regnault, que debía suministrar durante el trayecto aire siempre respirable.

Como tenía la certidumbre de encontrar en nuestro satélite seres vivientes, con los cuales le sería posible ponerse en comunicación intelectual, Marcelo quería, si no instruirlos ó maravillarlos, por lo menos hacerles conocer el grado

de civilización y de desarrollo moral á que habían llegado sus hermanos terrestres. Por eso tuvo cuidado de proveer el vagón-proyectil, en el que iba á dirigirse hacia ellos, de todo cuanto creyó propio para informarlos.

A los instrumentos de óptica y de matemáticas más perfeccionados y cuidadosamente embalados, anteojo de larga vista, microscopio, brújula, cronómetro teodolito, sextante, etc., había agregado una pequeña prensa de imprimir, un fonógrafo con varios cilindros que podían reproducir las piezas más notables de nuestras óperas, un teléfono, un aparato de fotografía instantánea según los últimos perfeccionamientos, muestras de nuestros diversos metales, simientes de los vegetales más útiles y preciosos, y una docena de arbustos elegidos entre los frutales más productivos y fáciles de aclimatar.

Había cuidado, sobre todo, de reunir una rica colección de álbums conteniendo fotografías de paisajes terrestres y marítimos y de nuestros monumentos más célebres; las obras artísticas, cuadros y estatuas, de los más renombrados maestros estaban representadas en gran número, y también nuestros principales aparatos industriales, agrícolas, de navegación y de transporte.

Un atlas del globo terrestre completaba aquella colección, en la cual se resumían todo el esfuerzo de los siglos y todas las conquistas de la civilización moderna. Todo cuanto concierne á la vida usual en los diversos pueblos que ocupan la superficie del mundo, viviendas, muebles, trajes, armas, utensilios y objetos de toda especie, se encontraba allí en suficiente cantidad.

Llevaban consigo algunas armas muy perfeccionadas, carabinas de repetición y revólvers con sus municiones. «Porque, se decía Marcelo, no sabemos bien con quién vamos á tratar, y á pesar de las disposiciones hospitalarias que al parecer manifiestan, también se podría encontrar allí gente de mal carácter, á la que sería preciso hacer entrar en razón.»

Todo se había calculado cuidadosamente como volumen y como peso para no atestar el proyectil ni recargarle en demasía. No llevando consigo perros, como se había hecho en el viaje anterior, podían disponer de mayor espacio, y su cargamento resultaba así más completo y menos embarazoso que el de los primeros exploradores.

En el mismo proyectil, que debía servir de receptáculo á tan numerosos y diversos objetos, y el cual habitarían los tres viajeros durante un tiempo indeterminado, era preciso hacer algunas reparaciones indispensables. Aunque no hubiera sufrido, como ya sabemos, ninguna deformación exterior, era menester pulimentar de nuevo la superficie; mas esto no significaba gran cosa, y se debían restablecer los tabiques, que en el primer viaje habían servido tan bien para amortiguar el choque inicial. En este punto no era necesario cambiar nada: tan sabiamente se habían adoptado las precauciones y con tal habilidad se ejecutaron diez y ocho años antes; bastaba rehacer lo que ya se hizo.

Pero faltaba arreglar un punto importante: se recordará que Marcelo había calculado que los cohetes colocados por Barbicane en el fondo del proyectil, y

que él juzgó suficientes para amortiguar la caída, no eran bastante poderosos. Además, desde 186..., la ciencia había hecho progresos; el ingenioso químico Cailletet había descubierto el medio de licuar algunos de los gases que hasta entonces habían resistido á todos los ensayos. Evidentemente esta liquefacción no se podía obtener sino bajo enormes presiones; pero una vez llevado así el gas á la forma líquida y encerrado en recipientes de resistencia bien probada, se tendría en muy reducido volumen una fuerza de expansión considerable, más fácil de manejar que la de esos explosivos tan numerosos y variados que los sabios modernos han descubierto últimamente. Marcelo resolvió, pues, sustituir la pólvora, empleada antes, con oxígeno licuado, y colocar en la culata del proyectil las tres series de nuevos cohetes, con cuya acción contaba en absoluto.

Mientras se hacían estos preparativos en la Florida, el viejo astrónomo Francisco Mathieu-Rollère, entregado del todo á la nueva idea que ahora le apasionaba, no había perdonado medio para facilitar la ejecución del proyecto que su hija le había sugerido. Sin dar á conocer exactamente lo que se preparaba, había dejado entrever que sería interesante comprobar y completar, con ayuda del gigantesco telescopio de las Montañas Pedregosas, las observaciones comenzadas por el Observatorio de París sobre la constitución y el movimiento de las nebulosas últimamente descubiertas; y como estaba muy acostumbrado á las investigaciones astronómicas, el almirante Monchez, ilustre director del Observatorio, que le apreciaba mucho, obtuvo para él del ministro de Instrucción pública una misión particular.

Ni Marcelo ni lord Rodilan deseaban hacer ruido acerca de la empresa proyectada; uno y otro juzgaban que los reclamos que acompañaron al primer viaje, aquellos anuncios pomposos lanzados á todos los vientos de la publicidad, aquellas poblaciones enteras convocadas para presenciar un experimento científico, como si se tratase de un espectáculo de feria, eran indignos de verdaderos sabios. Se trataba, en efecto, de una tentativa formal para procurar resolver un interesante problema de cosmografía, y no de una exhibición presuntuosa, casi charlatanesca, en la que podía quedar satisfecho el orgullo de una multitud ignorante.

Por lo demás, las condiciones no eran ya las mismas. El Gun-Club, que había patrocinado la primera empresa, estaba muy lejos de poseer los recursos necesarios para realizar la considerable suma que costara: había sido necesario apelar al público de ambos mundos, poner en juego el amor propio nacional, y excitar, particularmente entre los americanos, aquel impulso de entusiasmo patriótico que hizo afluir los capitales á la caja de los exploradores.

Ahora la situación era muy otra: la quiebra total de la Sociedad de Comunicaciones interestelares y la venta de todo su material, incluso el *Columbiad*, por un precio irrisorio, reducían en considerables proporciones los gastos de la primera instalación, sin contar que la generosidad paradójica de lord Rodilan dispensaba de todo llamamiento al público, y por lo tanto, de la publicidad. El éxito, muy relativo, que Barbicane, Nicholl y Miguel Ardan obtuvieron se había

olvidado un poco, guardándose un silencio profundo sobre aquella grandiosa empresa. Otros acontecimientos sobrevinieron que habían distraído la atención, atrayendo sobre ellos toda la opinión pública.

Antes de ir al observatorio de las Montañas Pedregosas, desde donde se proponía seguir con la vista el proyectil en su vuelo aéreo, Francisco Mathieu-Rollère, impulsado acaso también por su hija, que deseaba retardar cuanto fuese posible el instante de la separación suprema, había querido pasar algún tiempo en la Florida para darse cuenta por sí mismo de los preparativos de la empresa en que se interesaba tan vivamente.

Por eso, el 10 de noviembre, Marcelo y lord Rodilan, avisados por un telegrama, habían ido á Tampa-town, donde se esperaba el vapor en que iban Santiago y sus dos compañeros.

— Espero, querido lord — había dicho Marcelo, mientras se dirigían juntos al encuentro de los viajeros, — que no asustará usted con sus fúnebres profecías á la novia de nuestro amigo. Si he de juzgar por las cartas de Santiago, la pobre niña no tiene mucha confianza en nuestro éxito final, y trata de tranquilizarse á sí misma, pero no siempre lo consigue. No aumente usted sus inquietudes y déjela por lo menos la esperanza.

— ¡Oh!, querido amigo — contestó flemáticamente lord Rodilan, — soy caballero; sé qué consideraciones se deben á una joven, y aunque mi opinión no haya variado, no daré á conocer nada. Puede usted estar seguro de ello.

La entrevista fué cordial y conmovedora. Elena, cuya sonrisa ocultaba mal la inquietud que la dominaba, sentíase un poco reanimada por la varonil confianza de Marcelo y su ruidosa alegría, y hasta la misma flema de lord Rodilan contribuyó á sosegarla: no concebía que aquel caballero tan correcto considerase con tan tranquila indiferencia la perspectiva de una muerte espantosa.

En cuanto á su padre, abstraído completamente en sus preocupaciones científicas, no echaba de ver nada. Los quince días que pasó con los tres audaces compañeros empleólos en examinar cuanto allí había. Rehizo con Marcelo todos los cálculos en que éste fundaba su confianza, y los halló exactos; quiso bajar al fondo del *Columbiad* para comprobar su estado definitivo, y reconoció con minucioso cuidado el vagón-proyectil, elogiando mucho sus nuevas condiciones.

— Queridos amigos — dijo cuando lo hubo inspeccionado todo, — triunfaréis; ahora tengo la certidumbre completa de ello.

Y se frotaba las manos con evidente satisfacción.

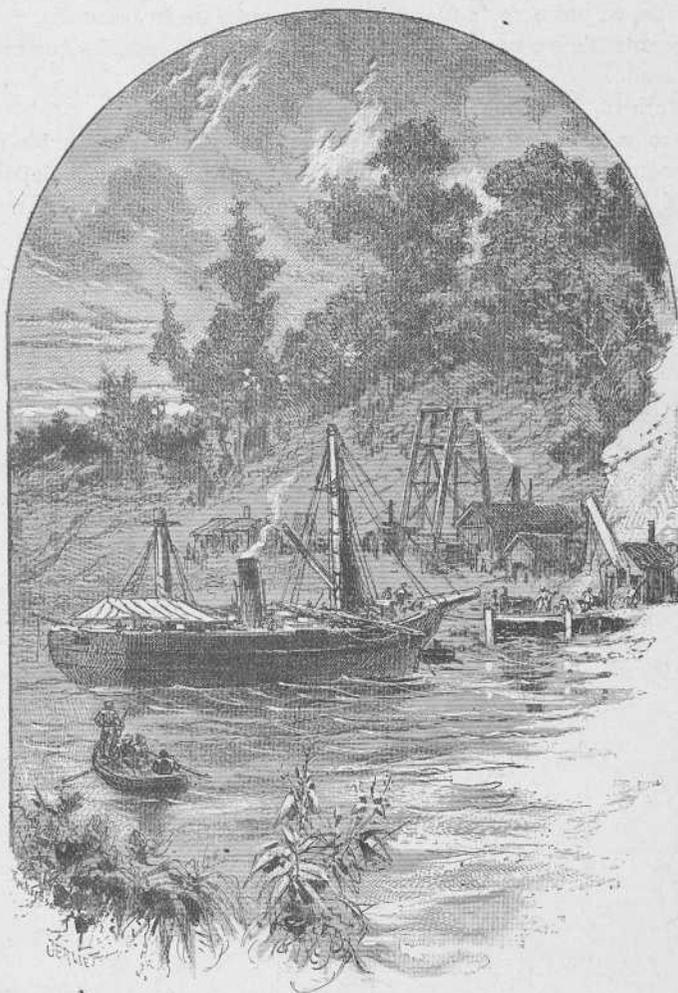
El 25 de noviembre marchaba con su hija á las Montañas Pedregosas.

La víspera de este día Santiago tuvo su última conversación con Elena.

— Así, pues — decía la joven, — ¿es cosa bien resuelta, según veo, y nada puede cambiar tu determinación? ¿Vas á acometer esa espantosa aventura, cuya sola idea me hiela el corazón de terror?

— Tranquilízate — contestaba Santiago, — tu mismo padre ha comprobado nuestros cálculos, declarando que el trayecto era posible y sin peligro. Lo que hayamos

hecho para llegar á nuestro ansiado punto de destino, lo haremos de nuevo para regresar, sin que nada se oponga á ello. Ya ves como Marcelo no ha tenido un



Mientras se hacían estos preparativos en la Florida...

instante de vacilación ni de duda; ya ves á lord Rodilan: ¿no es su soberbia calma la garantía de un triunfo seguro?

— ¡Ah! — exclamó Elena, — esos hombres no aman, ni dejan tras sí una mujer que los ama.

— Pero, alma mía, precisamente porque te amo y porque quiero obtenerte

me resigno á ocasionarte semejantes angustias, y bien sabes que no tengo ningún otro medio para doblegar la voluntad de tu padre. Vuelva yo, y me concederá tu mano; mientras que, si me negase ahora á marchar con mis amigos, quedaría deshonrado, tu padre me desterraría para siempre de su presencia, yo perdería toda esperanza de ser tu esposo, y no me quedaría más remedio que morir triste y desesperado.

– ¡Morir tú, Santiago! Bien sabes que no te sobreviviría.

– Pero volveré, estoy completamente convencido de ello..... No me robes en este momento cruel de la separación el valor que necesito para alejarme de ti.

– ¡Vé – murmuró Elena, ahogando mal sus sollozos, – y que Dios nos proteja á todos!

CAPÍTULO VI

LOS OBSERVADORES DE LONG'S PEAK

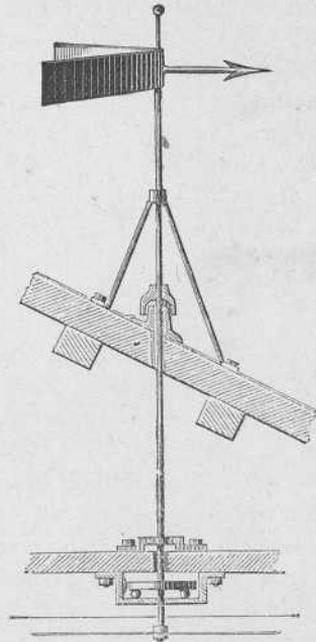
Era el 1.º de diciembre, y el día de la marcha se aproximaba. Las operaciones necesarias para el cargamento del *Columbiad* habían comenzado ya, y después de numerosas reflexiones, después de pasar revista y de someter á las leyes de un riguroso cálculo todas las substancias explosivas recientemente descubiertas, los tres viajeros volvieron á optar por el algodón pólvora, que sus predecesores habían empleado.

Ya se recordará que, á pesar del error cometido por el Observatorio de Cambridge sobre la velocidad inicial que la granada debía tener para alcanzar y franquear la zona neutra de atracción, la carga de cuatrocientas mil libras de algodón pólvora había sido suficiente para obtener este resultado. Los futuros viajeros se atuvieron, pues, á estos datos, y en la noche del 10 de diciembre se terminó el cargamento.

Aunque la tentativa proyectada no se hubiese anunciado *urbi et orbe*, como la anterior; por más que las sociedades científicas de ambos mundos fueran las únicas informadas sobre el asunto, y por mucho que las preocupaciones políticas que entonces agitaban á los Estados de la Unión hubieran distraído la atención pública, considerable número de personas, atraídas sobre todo por el amor á la ciencia, habíanse reunido en la ciudad de Tampa y seguían con interés la marcha de aquellos gigantescos trabajos.

Así es que los tres compañeros se embarcaron en medio de un público bastante numeroso aún.

Marcelo había venido de Francia con un joven ingeniero, Jorge Dumesnil,



agregado anteriormente á la fábrica de Creusot, hombre de experiencia probada que le había ayudado en la parte técnica de todas las operaciones previas. A él fué á quien confi6 la delicada misi6n de presidir el descenso del proyectil en el á-nima del *Columbiad*, y de lanzar la chispa eléctrica que debí-a prender fuego á la carga de algod6n pólvora, disparando el proyectil al espacio.

La partida se efectu6, como se habí-a previsto, el 15 de diciembre, á las diez cuarenta y seis minutos y cuarenta segundos de la noche. La granada, despedida con una fuerza prodigiosa, escap6 del interior inflamado del *Columbiad* en medio de las aclamaciones de una multitud entusiasmada.

La experiencia de la primera partida no habí-a sido inútil, y los desastres que acompañaron á la precedente explosi6n del gigantesco tubo de hierro fundido se evitaron en su mayor parte. Cierta que los circunstantes experimentaron una violenta conmoci6n, y que muchos de ellos, aunque prevenidos, rodaron por tierra; pero ningú-n tren descarril6, ningú-n buque garre6 sobre sus anclas, y los que surcaban el Atlántico no sufrieron perturbaci6n alguna en su marcha. Ni tampoco el cielo se oscureci6 con vapores insólitos, y los observadores que á dicha hora tení-an la vista fija en el ocular del telescopio de las Montañas Pedregosas distinguieron en nuestra atm6sfera el paso de una especie de asteroide incandescente, que en toda otra circunstancia hubieran tomado por un bólido vulgar, si, avisados como estaban, no hubiesen reconocido en él el proyectil del *Columbiad*.

El sabio Mathieu-Rollère, sobre todo, no cabí-a en sí de alegrí-a.

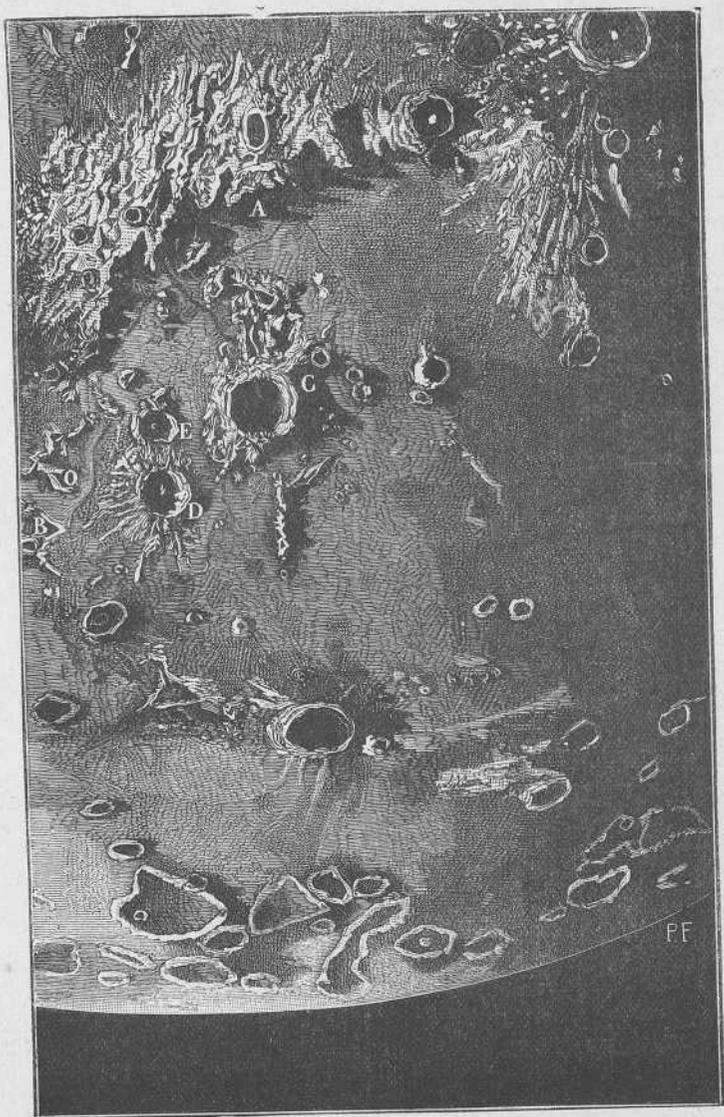
- ¡Ah! - exclam6, frotándose las manos vigorosamente, - ya han marchado esos valerosos jó-venes, y han sido exactos. Ahora, el vehí-culo que los transporta, salido de nuestra atm6sfera, desaparece en las profundidades del espacio; pero - ań-adi6 - dentro de tres dÍ-as volveremos á verle, le seguiremos paso á paso en su caÍ-da, y presenciaremos su llegada triunfal á nuestro satélite.

Elena lloraba silenciosamente.

Durante las tres noches que siguieron á la de la partida, el astr6nomo, firme en su puesto, trataba de sondear las tinieblas que llenaban el espacio y de seguir en su vuelo aéreo la granada que llevaba los tres audaces viajeros; pero la obscuridad era impenetrable, y aunque conociera científicamente el camino por donde el proyectil debí-a avanzar, el ojo gigantesco del telescopio no podí-a distinguir nada, y la noche celosa guardaba su secreto. Abrumado de cansancio, se habí-a dormido en la tarde del cuarto dÍ-a, cuando de repente (serí-an entonces las cinco, pero anochece pronto en aquella estaci6n y en aquellas regiones hiperb6reas) uno de los jó-venes astr6nomos que se relevaban en el telescopio profiri6 una exclamaci6n.

- ¡Ahí están, ahí están! - grit6.

Sobre el disco de la luna, completamente iluminado, destacábase un puntito negro casi imperceptible, pero que, según se pudo reconocer con ayuda del micrómetro, se moví-a perceptiblemente.



REGIÓN DEL MAR DE LAS LLUVIAS

A cadena de los Apeninos; B cadena del Cáucaso; C Arquímedes; D Autolyeus;
E Aristillus; O hendedura donde cayó el proyectil

— ¡Ellos son, sin la menor duda! — murmuró el sabio.

En efecto, el punto movable en que el astrónomo reconocía el proyectil hallábase en aquel momento sobre la parte occidental del mar de las Lluvias, allí donde se elevan los cráteres de Aristilo y de Autolico, y parecía avanzar por aquel valle, limitado por la punta extrema de la cordillera del Cáucaso y los dos cráteres.

Aunque el movimiento de traslación del proyectil fuese casi insensible á semejante distancia, era evidente que la caída se efectuaba con espantosa rapidez.

Todos los astrónomos habituales del Observatorio y regular número de otros sabios á quienes atrajo el deseo de presenciar aquella extraña experiencia habían ido sucesivamente á mirar por el ocular del telescopio, y todos reconocieron la marcha de avance del punto observado por Mathieu-Rollère, participando de su opinión.

El sabio volvió á ocupar su sitio junto al ocular, mientras los otros astrónomos, fija la mirada en las agujas de un reloj sidéreo, calculaban el instante en que los viajeros debían llegar al punto deseado. A las once, cincuenta y nueve minutos y sesenta segundos debían alcanzar la superficie de nuestro satélite.

— Ya se acercan — murmuraba Mathieu-Rollère; — pero hay alguna cosa que no me explico. Con ayuda de los cohetes de que disponen deberían disminuir su rapidez; pero sin duda á semejante distancia es imposible reconocer si lo hacen así.

De repente profirió un grito; todos se agruparon presurosos á su alrededor y le oyeron decir:

— ¡Ya no los veo!

Los asistentes se acercaron para mirar á su vez.

— ¡Pardiez — exclamó el honorable W. Burnett, director del Observatorio, — han caído en una ranura! En efecto — añadió, — esa grieta de la corteza lunar que serpentea al pie de la cordillera del Cáucaso no nos parece más que una línea sutil y negra trazada con tinta; pero en realidad tiene varios kilómetros de anchura, espacio más que suficiente para dar paso á millares de proyectiles de ese calibre. Y sin duda — continuó, volviéndose hacia Mathieu-Rollère, — al observar la dirección que el proyectil tomaba, han reservado para el último instante los cohetes destinados á amortiguar su caída.

— Pero — repuso Mathieu-Rollère, con la voz temblorosa por la emoción — ¿qué será de ellos en el fondo de ese abismo?

— ¡Vive Dios! — exclamó el americano, — pregunta es esa que me es difícil contestar. Como la ranura en que al parecer acaban de caer provendrá de un estallido de la corteza lunar, debe haber en ella, según todas las probabilidades, bordes cortados á pico, y en tal caso la ascensión debe ser difícil. Por otra parte, si, como permiten suponerlo las últimas observaciones, las regiones lunares bajas con-

tienen aún aire, tendrán más probabilidad, al salir de su granada, de encontrar una atmósfera respirable.

— ¡Lo que es yo — dijo uno de los jóvenes agregados del Observatorio — no daría ni dos dollars por su pellejo!

Elena se había desmayado, y el viejo sabio se esforzaba por hacerla volver en sí.

Para todos los observadores de las Montañas Pedregosas los tres viajeros estaban irremisiblemente perdidos.



CAPITULO VII

LA CAÍDA

— ¡Hurra! — exclamó Marcelo, — ¡ya caemos!...

— ¿Estás seguro? — preguntó Santiago.

— Completamente seguro; acabamos de trasponer el punto neutro donde, hallándose nuestra granada sometida á la doble atracción de la Tierra y de la Luna, la gravedad se anulaba, y has debido notar, como yo, que no pesábamos ya en el fondo del proyectil.

— ¡Oh, yes! — dijo lord Rodilan; — y debo añadir que jamás he experimentado nada semejante á esa extraña sensación; me parecía no tener ya cuerpo y que había llegado á ser un puro espíritu. Eso por sí solo vale la pena de haber hecho el viaje; pero no hay nada duradero en este mundo, y ahora hétenos aquí de nuevo pesados y materiales como antes. Por fortuna esto acabará muy pronto, pues dentro de algunos instantes vamos á...

— Entendido, amigo mío — replicó Santiago; — pero guárdese usted eso para si tenemos los medios necesarios para amortiguar nuestra caída, y desembarcaremos tranquilamente en el suelo de la Luna como los viajeros que saltan á tierra en el muelle de Charing-Cross.

— Apuesto mil guineas á que vamos á quedar reducidos á una tortilla.

— Apostadas — repuso Marcelo, riéndose; — seguro estoy de que, si usted gana, no vendrá á reclamarme el importe de la apuesta.

— En cuanto á mí — dijo Santiago, — tengo plena confianza y presiento que volveré á ver á Elena.

— ¡Bravo, hijo mío! — dijo Marcelo con expresión solemne; — es preciso tener fe en la ciencia. Y ahora, atención: ¡artilleros, á vuestras piezas!

Bajo las miradas de los viajeros se extendía entonces el lecho seco de un inmenso mar de forma oval, del que surgían algunos cráteres aislados, de flancos escabrosos é irregulares; y hacia el Occidente, tres de estos cráteres, dispuestos como en triángulo, hallábanse más próximos á las montañas que por este lado constituían el recinto de aquella vasta llanura. En medio de estas montañas veíase una espaciosa garganta que la ponía en comunicación con otro mar de menores dimensiones. Los rayos del Sol, cuya fuerza no atenuaba ningún vapor, difundían sobre aquel paisaje desolado una luz deslumbradora. El suelo completamente árido, sin vestigio alguno de vegetación, no presentaba al parecer á las miradas más que las hiladas pedregosas de un mundo extinguido; la superficie, socavada irregularmente por depresiones profundas, estaba erizada de picos que surgían bruscamente, y hasta las partes llanas parecían levantadas en forma de tumefacciones infinitas que desde cierta distancia se hubiera tomado por granulaciones compactas. Todo aquel extraño panorama ofrecía á los ojos de los viajeros maravillados un espectáculo de incontestable grandeza.

— ¡Qué hermoso es esto! — murmuraba Santiago, como aturdido de admiración.

El mismo inglés, á pesar de su flema y de su desdén por todas las cosas, no había podido conservar su indiferencia.

— A decir verdad — exclamó, — nunca he visto nada tan asombroso.

En cuanto á Marcelo, triunfaba.

— Ved — decía á sus compañeros, — vamos á llegar á la región tal vez más interesante de nuestro satélite. Esa gran depresión que se extiende debajo de nosotros es evidentemente el lecho de un antiguo océano que los selenógrafos han bautizado con el nombre de *Mar de las Lluvias*. Los tres cráteres que veís un poco á la izquierda tienen también sus nombres: ese es el de Arquímedes, que es el más vasto; á su lado está Aristilo, y un poco más al Norte Autólico. La garganta que separa esas dos cordilleras que veís, una de ellas, la más ancha, avanzando desde el Sud y llamada los Apeninos; y la otra menos importante, que desciende del Norte, el Cáucaso, conduce á una llanura que no es otra sino el mar de la Serenidad. A juzgar por la dirección que llevamos, imagino que vamos á caer muellemente en los pantanos de la Niebla, que se extienden al pie del Autólico por el lado Nordeste.

— ¡Oh, muellemente! — exclamó el inglés con tono de burla.

— ¡Pues va usted á verlo! — replicó Marcelo.

Había puesto la mano sobre la palanca destinada á desviar los obturadores de los tubos que formaban la primera serie de cohetes de oxígeno licuado, y se inclinó bruscamente.

Los viajeros sintieron de improviso una sacudida tan violenta, que cayeron al suelo. El movimiento de retroceso que se acababa de imprimir en el proyectil había sido tal, que, arrastrado como iba en su caída vertiginosa, habría volado en pedazos infaliblemente entre aquellas dos fuerzas contrarias si no hubiera tenido la solidez de un bloque macizo.

La velocidad del descenso se anuló casi del todo durante algunos instantes, y el proyectil comenzó á caer de nuevo como si aquel momento de parada señalase el punto inicial de su caída.

— Y bien, milord, ¿qué me dice usted? — preguntó Marcelo.

— Convengo en que es un bonito juego de manos — contestó el inglés; — pero por más que haga usted, ya distingo debajo de nosotros puntas de rocas que no tardarán en reducirnos á fragmentos. Por mi parte, sentiría en extremo que así no fuese.

— ¡Pues no será así; se lo aseguro! Prepárese usted para hacer una entrada digna de un *gentleman* en medio de las llanuras lunares.

Santiago estaba absorto en la contemplación del maravilloso cuadro que se desarrollaba á sus ojos. De segundo en segundo, las cimas de los cráteres hacia los cuales se dirigía el proyectil, al parecer, aumentaban de dimensión, destacándose sus formas de una manera más marcada, mientras que sus agudas aristas aparecían con una limpieza que se hacía más precisa aún por la falta de atmósfera; y sobre sus flancos profundamente socavados veíanse precipicios sombríos, llenos de una sombra cuya negrura no disminuía ninguna luz difusa. En derredor el suelo estaba sembrado de grietas y de bruscas salientes: hubiérase dicho que eran las olas de un mar helado de improviso en medio de los furiosos de la tempestad; pero en ninguna parte se veía la menor cosa que pudiese indicar la presencia de seres animados.

Marcelo apoyó de nuevo su mano sobre la palanca, y por segunda vez el oxígeno se dilató; pero esta sacudida fué menos violenta que la primera y el tiempo de espera no tan marcado. El joven ingeniero pudo darse cuenta exactamente de la marcha del proyectil y exclamó:

— Vamos á pasar sobre el grupo de los cráteres y no caeremos en los pantanos de la Niebla.

— ¿Pues dónde abordaremos entonces? — preguntó Santiago.

— En las orillas del Aqueronte — murmuró lord Rodilan.

Nadie pensó en contestar á esta ocurrencia.

El rostro de Marcelo expresaba cierta ansiedad; Santiago estaba grave.

En el instante de alcanzar su objeto, aquellos hombres tan valerosos y bien templados, cuya audacia no había retrocedido ante los peligros de semejante viaje, sentíanse sobrecogidos de una secreta angustia.

¿Qué iba á suceder? ¿Cómo llegarían al suelo de nuestro satélite? ¿Llegarían vivos?

— ¡Ah! — exclamó de repente Marcelo, — vamos á pasar entre los dos cráteres

de Autolico y de Aristilo, y seguramente caeremos en el valle que se extiende desde el pie de aquéllos hasta los últimos picos de la cordillera del Cáucaso.

Lord Rodilan, sentado en el diván circular, no escuchaba al parecer aquel diálogo febril, y se absorbía en una meditación profunda, como si todo cuanto le rodeaba le hubiera sido completamente extraño.

— ¿Pero qué es eso? — preguntó de repente Santiago.

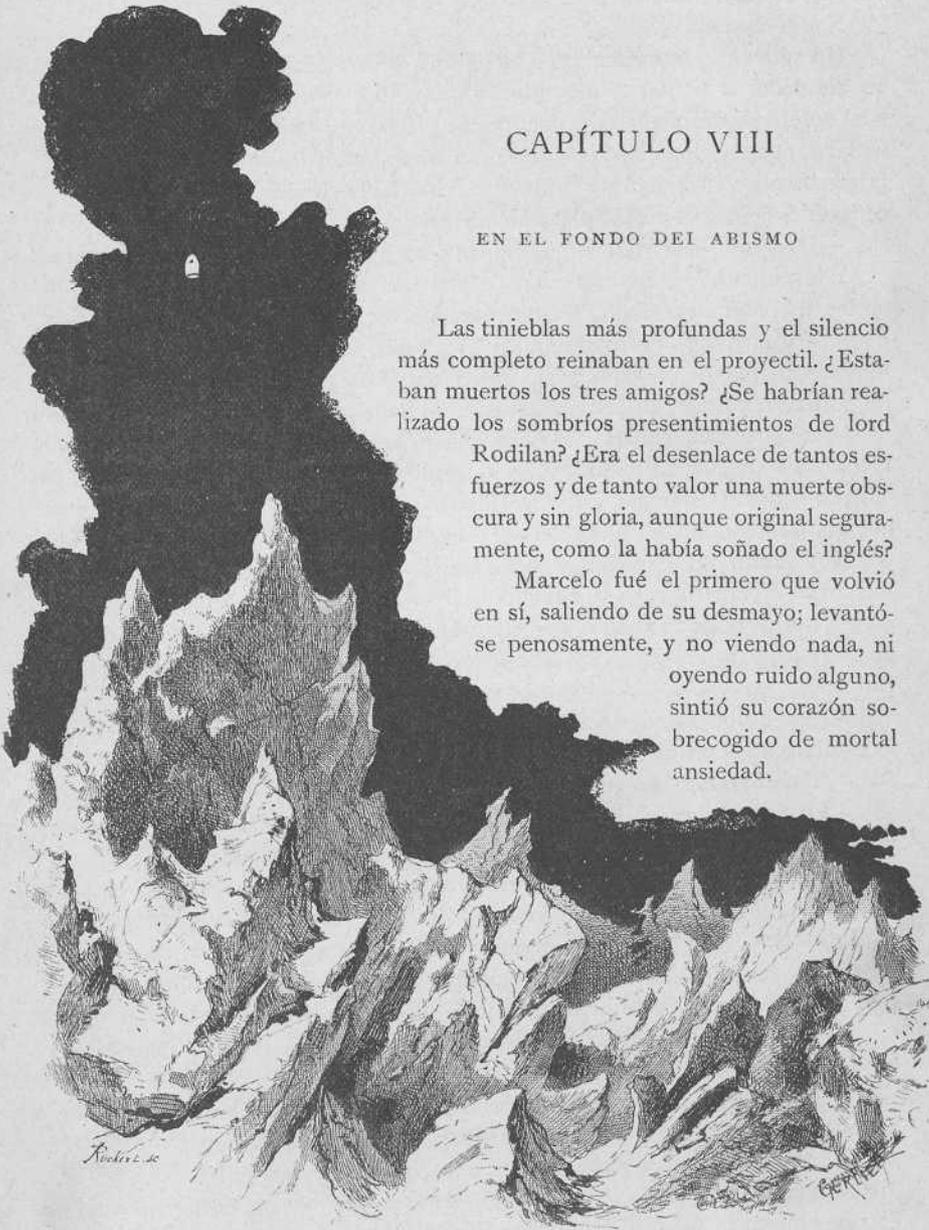
Y con el dedo señalaba una extensa hendedura del suelo lunar, cuyas sinuosidades serpenteaban en medio del valle; iba ensanchándose á medida que el proyectil se acercaba, y entre sus bordes se veía un abismo sombrío, con sus lados erizados de asperezas pedregosas, y cuya misteriosa profundidad no podían medir los ojos.

También Marcelo lo había visto: fruncido el ceño, con la mirada fija y el rostro pálido, contemplaba silenciosamente aquel abismo, cuya profundidad aumentaba por momentos y cuyos bordes parecían abrirse como para absorberlos.

— Todo lo había previsto menos eso — murmuró; — es una ranura, y caemos en ella verticalmente.

El horror grandioso de su situación había arrancado al mismo lord Rodilan de su imperturbable indiferencia, y ahora los tres se habían puesto en pie, como dispuestos al último sacrificio.

Marcelo había tomado su partido, y guardaba los últimos cohetes como recurso supremo. En el preciso instante en que el proyectil llegaba con espantosa velocidad al nivel de la grieta, apoyó por última vez la mano en la palanca: el proyectil pareció saltar hacia atrás; en aquel instante de reposo, los tres hombres se estrecharon con fuerza, y tranquila su mirada, sereno el continente, sin que ningún músculo de su rostro se estremeciera, altivos y resueltos, hundiéronse en las entrañas de aquel mundo que habían ido á conquistar.



CAPÍTULO VIII

EN EL FONDO DEI ABISMO

Las tinieblas más profundas y el silencio más completo reinaban en el proyectil. ¿Estaban muertos los tres amigos? ¿Se habrían realizado los sombríos presentimientos de lord Rodilan? ¿Era el desenlace de tantos esfuerzos y de tanto valor una muerte oscura y sin gloria, aunque original seguramente, como la había soñado el inglés?

Marcelo fué el primero que volvió en sí, saliendo de su desmayo; levantóse penosamente, y no viendo nada, ni oyendo ruido alguno, sintió su corazón sobrecogido de mortal ansiedad.

— ¿Dónde estamos? — se preguntó. — ¿Qué ha pasado?

Y gritó:

— ¡Santiago! ¡Milord!

Nadie contestó.

Un sudor frío humedeció sus miembros, y estremeciéndose de espanto. Buscó á su alrededor á tientas, y muy pronto su mano encontró un botón de cobre, el cual apretó bruscamente. Un rayo de luz eléctrica iluminó el interior de la granada: Santiago y lord Rodilan yacían en tierra inmóviles; Marcelo, inclinándose primero sobre su amigo de la infancia, vió que la palidez del joven médico era cadavérica y que su corazón latía débilmente.

— ¡Dios mío! — murmuró.

Y levantándole con precaución, le echó en el diván, con la cabeza apoyada en los almohadones; aflojó precipitadamente sus ropas y dejó descubierto el pecho; pero en vano le hizo respirar fuertes sales, en vano le frotó las sienas y la frente con vinagre, en vano vertió entre sus dientes apretados algunas gotas de un poderoso cordial: el desvanecimiento de Santiago persistía.

Marcelo se entregaba á la desesperación, y desalentado, no sabía ya de qué medio valerse, cuando de los labios del paciente se escapó un débil suspiro. Inclinado sobre él Marcelo, estremeciéndose aún, comenzó entonces á friccionarle vigorosamente en la región del corazón.

Muy pronto su respiración se hizo más fuerte, y los colores de la vida comenzaron á reaparecer en sus mejillas.

— ¡Ah, querido Santiago! — exclamó Marcelo, — ¡qué susto me has dado!

— ¿Pero — dijo el joven médico con voz aún débil y vacilante — qué ha ocurrido?

— ¡Ah! En cuanto á eso, no sé absolutamente nada; pero antes de averiguarlo es preciso ver en qué estado se halla nuestro compañero de viaje.

— ¿Está herido? — preguntó Santiago.

— Lo ignoró; en el primer momento no he pensado más que en ti, y ahora voy á ocuparme de él.

— Y yo te ayudaré, querido Marcelo, pues ahora he recobrado casi mis fuerzas.

Levantaron con precaución el cuerpo del inglés.

Como si no hubiera esperado más que este contacto para volver á la vida, lord Rodilan abrió bruscamente los ojos y profirió un formidable voto.

— ¡*Goddam!* — exclamó con voz irritada, — ¿qué me quieren aún? ¡Estoy muerto, dejadme en paz!

— No, milord — dijo Santiago riéndose, á pesar de lo que tenía de espantosa aquella situación, — no está usted muerto, y ha perdido su apuesta.

El inglés hizo una mueca.

— Está visto que no tengo suerte — repuso; — pero esperad un poco: si no estamos muertos, valemos tanto como un cadáver.

— En cuanto á eso, será menester verlo — interrumpió Marcelo; — mas, puesto que estamos vivos y bien vivos, es preciso pensar en salir de aquí.

Los tres permanecieron un instante inmóviles.

— Pero mirad — observó Marcelo, — diríase que nuestro proyectil se mueve. ¿No habrá terminado nuestro viaje? ¿Prosigue acaso su marcha por las entrañas de nuestro satélite?

El proyectil, en efecto, parecía animado de oscilaciones lentas y débiles, como si no reposara sobre una base sólida... Santiago, no pudiendo resistir á su ansiedad, quitó bruscamente los pernos de hierro que retenían la placa de aluminio de uno de los tragaluces practicados en la pared de la granada, y después, cogiendo la lámpara eléctrica, acercóse al vidrio.

En el mismo instante profirió un grito.

— ¡Pero si estamos en el agua! — exclamó

Sus dos compañeros se acercaron precipitadamente. El mismo lord Rodilan parecía haber olvidado su mal humor, y en sus facciones se pintaba un sentimiento de viva curiosidad.

El rayo eléctrico, vigorosamente proyectado por el reflector de que la lámpara estaba provista, fué á fijarse en una superficie temblorosa, en la que se reflejaba, irradiando.

Indudablemente flotaban.

La profunda obscuridad que reinaba en el medio á que habían llegado no les permitía distinguir nada más.

— Veamos — dijo Marcelo, — por lo pronto flotamos; esto es positivo. No podría decir aún en qué, pero tenemos tiempo para pensar en ello. Ante todo importa saber si el espacio en que nuestro proyectil reposa está lleno de aire respirable.

— Pero no podemos abrir uno de nuestros tragaluces — dijo Santiago, — pues todo el aire que nuestra granada contiene se escaparía en un abrir y cerrar de ojos, y esta es una preciosa reserva que tal vez necesitaremos economizar mucho.

— Ya había pensado en ello — contestó Marcelo, — y estoy dispuesto á recoger cierta cantidad del medio gaseoso en que nos hallamos, á fin de ver si contiene los elementos necesarios para la conservación de la vida.

Al decir esto había tomado una llave inglesa, y aplicándola á la cabeza de un fuerte perno que atravesaba en todo su grueso la pared del proyectil, comenzó á destornillararlo.

En el momento en que la espiga de acero salió del orificio que ocupaba, adaptó, sin perder un segundo, el cubo de rosca de un tubo de platino provisto de una llave ó espita. Marcelo practicó la operación con tal rapidez, que no se produjo la menor pérdida del aire encerrado en el proyectil. Santiago había comprendido lo que su amigo se proponía.

— Eres hombre prevenido — dijo — y veo que has pensado en todo. Comprendo lo que tratas de hacer, y te ayudaré.

Lord Rodilan, completamente recobrado de su aturdimiento, los miraba con atención, y aquello le interesaba mucho al parecer.

Marcelo sacó con precaución de una de las cajas donde se hallaban embaldados los instrumentos científicos un aparato de aspecto muy sencillo, bien conocido en los laboratorios: se componía de un tubo de vidrio dispuesto verticalmente y sostenido por una varilla de cobre, á lo largo de la cual podía moverse, penetrando en una cubeta de cristal; después tomó una larga barra de fósforo, y entretanto Santiago había colocado debajo de la espita una tablilla sobre la cual puso el aparato. Llenaron de agua el tubo y la cubeta, y muy pronto otro tubo de goma quedó adaptado á la llave, sumergido en la cubeta y ajustado sobre una saliente formada en la parte inferior del tubo, en el cual se había introducido previamente la barra de fósforo. Después abrieron la llave, y los tres viajeros vieron el gas que constituía la atmósfera exterior penetrar en forma de glóbulos en el tubo, donde ocupaba poco á poco el lugar del agua desalojada. A los pocos instantes el tubo estaba lleno y se cerró la llave.

— Ahora — dijo Marcelo, — mientras nuestro experimento se termina, y como podemos disponer de algún tiempo, almorcemos.

— ¿Almorzar ó comer? — preguntó Santiago.

Más lógico sería decir que vamos á cenar, porque aquí es enteramente de noche.

— Como á usted le plazca — replicó Marcelo. — En cuanto á mí, tengo un apetito furioso, porque todas estas emociones me han debilitado terriblemente.

— A fe mía — dijo el inglés, — ya que no estamos muertos aún, de buena gana tomaré alguna cosa.

— Pues aquí tenemos — dijo Marcelo — una conserva de ave, de Cross y Blacwell, que se va usted á chupar los dedos.

Y los tres, sentados en el diván circular, comenzaron á hincar el diente con afán en alones y piernas de pavo, cubiertos de una sabrosa gelatina y muy perfumados de trufas. Algunas galletas de marca superior les sirvieron de pan. El inglés, sobre todo, masticaba concienzudamente.

— Veo con satisfacción, querido lord — dijo Santiago sonriendo, — que para ser usted un hombre hastiado de la vida, no desdeña los medios de sostenerla y prolongarla.

— ¡Por Júpiter! — contestó lord Rodilan con la boca llena, — consiento en morir aplastado, pero nunca entró en mis planes dejarme morir de hambre estúpidamente. Pero cuando se come es preciso beber. ¿Qué va usted á darnos, amigo Marcelo, para ayudar á pasar estos suculentos manjares?

— Con respecto á este punto debo reclamar toda la indulgencia de ustedes. No he traído más que algunas botellas de un vinillo ligero, bastante digestivo, que no se les subirá á la cabeza, pues ya comprenderán que he debido prever y temer los maleficios del zumo de la uva.

Los dos amigos hicieron una mueca muy significativa, mientras Marcelo,

sonriendo con disimulo, sacó de un cajón una botella forrada de paja, con el gollete herméticamente lacrado, como las demás que allí se guardaban.

— ¡Pardiez — exclamó Santiago, — cuántas precauciones para ese vinillo!

Destapada la botella con cuidado, Marcelo escanció en los vasos que le presentaban sus compañeros un líquido cuyo color de ámbar y penetrante perfume dilataron las fosas nasales del inglés.

— Querido Marcelo — dijo aquél, — me parece que se ha burlado usted agradablemente de nosotros.

Y saboreando con respeto el precioso licor, exclamó, dilatado el rostro de placer:

— ¡Es Clos-Vougeot de 1865!... ¡Diablo, compañero, si tiene usted mucho vino como este, dispuesto me hallo á seguirle á todos los planetas adonde se le antoje conducirme!

Santiago se sonreía disimuladamente: no había creído en la broma de Marcelo, y conocía demasiado bien el sentido práctico de su amigo para creer que hubiera descuidado un punto tan importante.

El borgoña generoso había devuelto á los tres amigos toda su fuerza y toda su confianza.

— Veamos ahora — dijo Marcelo — en qué estado se halla nuestro experimento.

Los tres se acercaron al aparato: el tubo, que antes estaba completamente lleno del gas exterior, parecía ahora vacío como á un tercio de su altura.

Marcelo miró la graduación señalada en el cristal: el agua se elevaba á 26°.

— ¡Oh, oh! — exclamó, — nos hallamos realmente en presencia de aire respirable, pero un poco espirituoso, pues la proporción de oxígeno indicada por el tubo es de 26 por 100 en vez de 21 solamente que es el que contiene la atmósfera terrestre.

— ¡Bah! — contestó Santiago, — los tres tenemos pulmones robustos y nos acostumbremos.

— ¡Pues bien — dijo Marcelo, — ahora es preciso pensar en salir de aquí y saber dónde estamos!

— ¡Oh! — repuso Santiago, — tal vez no sería prudente exponernos bruscamente á respirar ese aire sobrecargado de oxígeno. ¿No te parece que se deberían tomar algunas precauciones?

— Tienes razón — contestó Marcelo; — voy á destornillar el tubo de caucho; el aire exterior penetrará poco á poco en el proyectil por el orificio que el perno cerraba, y de aquí á pocos instantes la sustitución será completa. Entretanto, nada nos impide reconocer con ayuda de nuestra lámpara eléctrica el sitio donde nos hallamos.

El foco luminoso fué pasado, en efecto, á través de los tragaluces en diversas direcciones. Por la parte donde habían reconocido desde luego la superficie del líquido en que el proyectil flotaba no distinguían nada, y el rayo luminoso se perdía á lo lejos en insondables tinieblas; mas en el lado opuesto la luz del

reflector fué á fijarse en una pared que parecía de color negruzco, de aspecto pedregoso, cuya altura no podía calcularse, y que al parecer no estaba situada á más de cinco cables. Su base surgía de una playa en la que iban á morir las ondas de aquel lago ó de aquel mar subterráneo.

Mientras tanto, el aire exterior penetraba poco á poco en el proyectil, y los tres viajeros se sentían vivificados por aquella atmósfera rica en oxígeno, que aspiraban con delicia. Santiago había temido un momento, en el instante en que Marcelo dió á conocer el resultado de su análisis, que aquel aire en que abundaba el elemento comburente sobreexcitase demasiado la actividad de los fenómenos vitales, y que su organismo no pudiera acostumbrarse á él sin dificultad. La precaución que habían tomado de dar entrada poco á poco al aire exterior le tranquilizó muy pronto. Una ligera excitación cerebral, una respiración algo más activa y rápida, fueron los únicos fenómenos fisiológicos que reconoció en sí y en sus dos compañeros, cuyo pulso habían interrogado sus expertos dedos.

— Podemos tranquilizarnos, dijo; la excitación que sentimos en este momento, y que proviene de un paso algo brusco de nuestra atmósfera ordinaria á un aire más cargado de oxígeno, no tiene nada que pueda alarmarnos, ni durará tampoco. Los tres estamos sanos y vigorosos; nuestros órganos se adaptarán muy pronto al medio ambiente, y hasta estoy seguro de que obtendremos un aumento de vitalidad que acrecentará nuestras fuerzas, comunicando á nuestro cerebro un vigor intelectual que no presumimos.

Por lo demás, las previsiones de Santiago parecían haberse realizado ya. Desde que habían recobrado sus sentidos, los tres amigos se hallaban en un estado singular: sentíanse poseídos de inusitado vigor; parecían que sus cuerpos pesaban menos y que ejecutaban todos sus movimientos con holgura y facilidad á que no estaban acostumbrados. Admirábanse de mover sin esfuerzo, y como jugando, objetos que en cualquiera otra parte les habrían parecido muy pesados; y sentían los pies tan ligeros, que no pesaban sobre el suelo. Hasta el mismo lord Rodilan, habiendo querido empinarse para alcanzar un objeto colocado sobre una tablilla, sintióse impulsado en su movimiento hasta lo alto del proyectil, y su cabeza chocó contra el almohadillado superior.

— ¿Dónde va usted así, querido lord? — preguntó Santiago, riéndose. — ¿Entiende usted el vuelo para abandonarnos?

— ¡Pardiez! — exclamó el inglés, volviendo á caer suavemente en el suelo, — ¡qué cosa tan extraña! ¡Maldito si comprendo una jota!

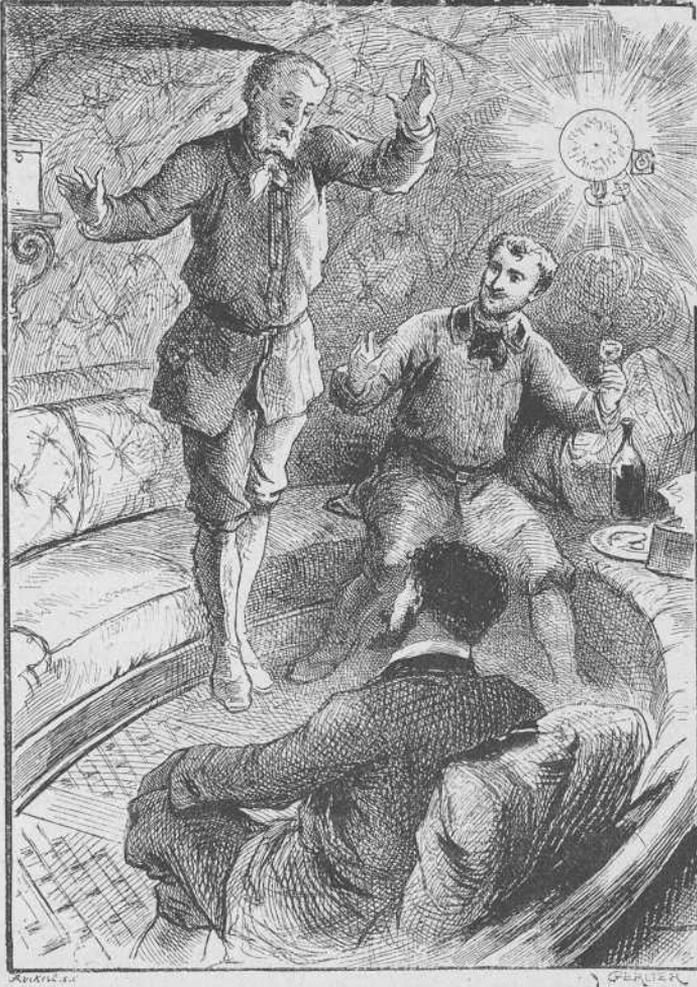
— Sin embargo, es muy sencillo — repuso Marcelo — y bastaría para probar, si pudiera quedarnos alguna duda, que estamos sobre la Luna ó en la Luna.

— ¡Bah! — exclamó lord Rodilan pensativo.

— No hay más, querido amigo. Bien sabe usted que sobre la Luna la gravedad es seis veces menor que sobre la Tierra, y he aquí por qué su digna persona, que en las básculas del Yachting-Club señalaba ciento cuarenta y ocho libras,

no pesa más que unas veinticuatro. Por eso todos los objetos que usted toca le parecen tan ligeros, y el simple esfuerzo que acaba de hacer ha bastado para elevarle á tanta altura.

— Todo eso está muy bien — dijo ord Rodilan; — pero si he de seguir vivien-



— ¿Dónde va usted así, querido lord?

do, quisiera no permanecer demasiado tiempo en estas tinieblas, pues no vale la pena vivir para estar enterrado así.

— ¡Oh! — exclamó Marcelo, — aún no estamos en ese caso. No he podido evaluar todavía la distancia que nos separa de la superficie lunar, pero debe ser con-

siderable. Ante todo es necesario salir de aquí y reconocer el sitio donde nos hallamos.

El aire exterior había acabado de llenar el proyectil y ya se podían abrir los tragaluces. Hecho esto, Marcelo se apresuró á consultar los instrumentos de observación de que estaba provisto el proyectil. El termómetro centígrado marcaba $+18^{\circ},5$; el barómetro indicaba una presión de 641 milímetros, correspondiente en la Tierra á una altura de 1.480 metros; y la aguja del higrómetro de Saussure se había parado á los 90° , lo cual, según la tabla formada por Gay-Lussac, correspondía á 0,791 de saturación: era una atmósfera muy cargada de humedad.

— Todo eso es muy tranquilizador — dijo Marcelo; — mas ahora conviene saber cuál es la naturaleza del líquido en que flotamos.

En el mismo instante Santiago sumergió en el exterior un cubilete de estaño y lo sacó lleno de un líquido transparente é incoloro. Marcelo le examinó atentamente, vertió algunas gotas en el hueco de su mano y humedeció con ellas sus labios.

— Es agua — dijo, — pero de sabor ligeramente salino. Por lo menos, podemos estar seguros de no morir de sed.

Era ya cuestión de salir á la playa, lo cual parecía tanto más urgente cuanto que Marcelo había creído observar hacía algunos instantes que el proyectil se alejaba aparentemente en virtud de un movimiento apenas perceptible. Así lo hizo observar á sus compañeros.

— Es probable — les dijo — que este lago desagüe en alguna cuenca inferior, y la corriente tiende á arrastrarnos Dios sabe dónde, por lo cual nos importa mucho saltar á tierra sin pérdida de tiempo.

Como los viajeros esperaban caer en la superficie de la Luna y verse en la precisión de andar por un suelo muy escabroso y accidentado, habíanse provisto prudentemente de largos y sólidos bastones ferrados: enlazaron dos de estos punta con punta, sujetándolos con fuerza.

— A usted corresponde, mi querido lord — dijo entonces Marcelo, — á usted, uno de los más gloriosos campeones de Oxford, el honor de dirigir en este lago lunar la primera embarcación terrestre que sin duda se habrá aventurado en él.

— *All right!* — contestó el inglés; — lo que siento es que no se halle aquí algún campeón de Cambridge para ser tésigo de esta navegación sublunar y morirse de envidia.

— No se puede conseguir todo — murmuró filosóficamente Santiago.

Desabrochando entonces su traje y levantándose las mangas de la camisa, lord Rodilan dejó desnudos sus brazos musculosos; y después, cogiendo la pértiga formada por los dos bastones ferrados, la pasó por el tragaluz opuesto á la orilla, que se elevaba á unos dos pies sobre la superficie del agua. La pértiga alcanzó el fondo, y entonces, arqueándose vigorosamente sobre su extremidad, comunicó tan enérgico impulso á la pesada máquina, que comenzó á desviarse, aproximándose ostensiblemente á la orilla. Era evidente que el lago subterráneo

en que había ocurrido la caída llenaba una depresión de considerable profundidad, bastante análoga á la del cráter de un volcán. El proyectil debía haber caído hacia el centro, subiendo después á la superficie, donde fué cogido por la corriente, que á causa de las sinuosidades de la orilla, tan pronto parecía acercarle como alejarle de ella.

Marcelo y Santiago se mantenían junto al otro tragaluz, iluminando por medio de sus lámparas eléctricas la dirección que se debía seguir. Como el proyectil, de forma completamente cilíndrica, no podía seguir en rigor la línea recta, indicaban á lord Rodilan el rumbo en que debía impeler aquel incómodo esquiife.

El inglés trabajaba con ardimiento; sus miembros robustos no habían perdido nada de su soltura y elasticidad, y su fuerza se decuplicaba en aquel medio donde la gravedad había disminuído de una manera tan notable. He aquí por qué, á pesar de la dificultad de semejante trabajo, apenas transcurrida una hora, la granada fué á encallar en el fondo insensiblemente levantado y se detuvo á unos cincuenta metros de la playa.

— ¡Ah! — exclamó lord Rodilan, estirando los brazos, — esta ligera gimnasia me ha sentado bien.

Y acercándose al tragaluz que daba á la orilla, añadió, riéndose:

— ¡Bueno, ahora nos será preciso tomar un baño! Después de un ejercicio violento es muy higiénico.

El proyectil, en efecto, se sumergía unos cuatro pies en el agua, y era forzoso vadear el espacio que separaba de tierra firme á los viajeros.

Desprendiendo entonces la escalera portátil de hierro que les servía para alcanzar sus equipajes, colocados en la parte superior del proyectil, la pasaron por el tragaluz y la metieron en el agua, donde su peso la mantuvo inmóvil. Los tres amigos se habían puesto rápidamente sobre sus ropas un impermeable de caucho que les cubría de pies á cabeza, y así equipados, franquearon, en pocos saltos la distancia que les separaba de la orilla.

Al sentar el pie sobre la arena fina que formaba el suelo de la caverna, y que jamás había hollado hasta entonces ningún ser terrestre, Marcelo se dejó llevar un instante de la exaltación del triunfo.

— ¡Victoria, amigos míos — exclamó; — hétenos aquí en el seno de este mundo misterioso, cuyos secretos soñó penetrar nuestra audacia. Los cálculos de la ciencia quedan confirmados. Demos gracias á Dios, que nos ha conducido hasta aquí sanos y salvos, y ¡viva Francia!

Santiago le estrechaba la mano con una emoción que no trataba de disminuir.

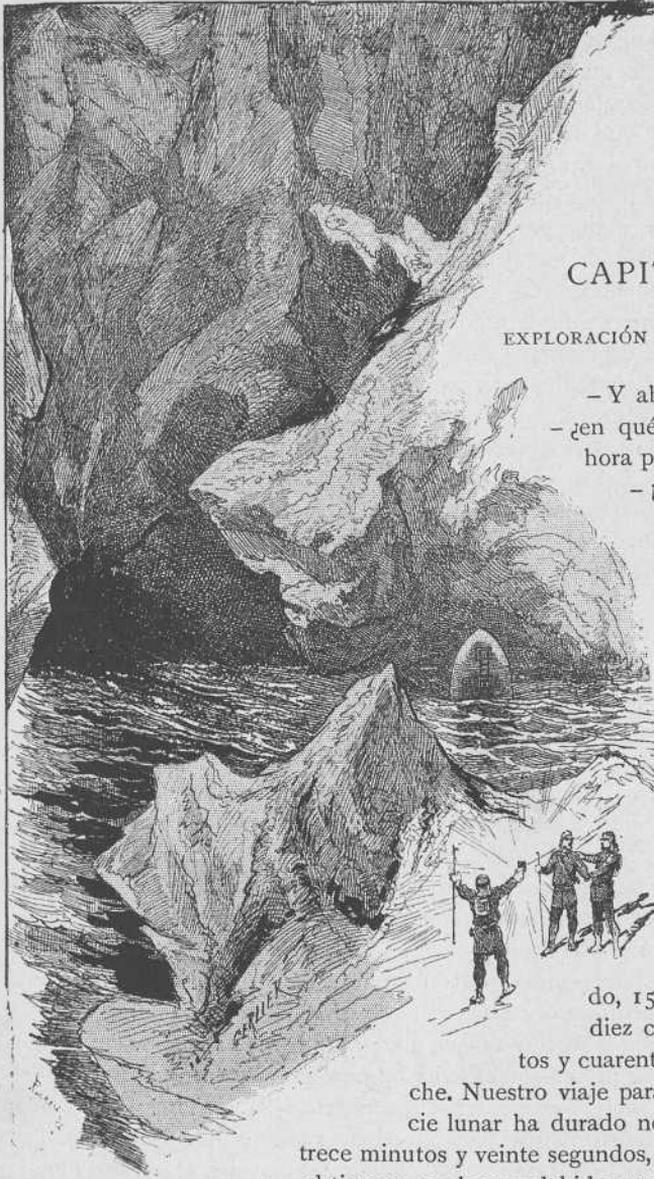
— Dispénsame usted, querido Marcelo — dijo entonces el inglés; — ya que no he muerto, permítame tomar mi parte en su alegría y asociar también á Inglaterra. ¿No cree usted que es justo gritar conmigo: ¡Hurrah por Inglaterra!

— Con todo mi corazón, querido lord, y sea lo que fuere lo que el porvenir nos reserva, estamos unidos á vida y muerte.

Y los tres amigos se abrazaron alborozados.

Con ayuda de un cable que Marcelo había fijado sólidamente en el interior, desarrollándolo mientras avanzaba hacia la playa, el proyectil fué amarrado después á una saliente pedregosa que no lejos del sitio donde habían abordado estaba como suspendida y avanzaba casi hasta la orilla del agua.

X



CAPITULO IX

EXPLORACIÓN EN LO DESCONOCIDO

— Y ahora — dijo Santiago, — ¿en qué día estamos y qué hora podrá ser?

— ¡Ah! — contestó Marcelo, — no había pensado en tal cosa; pero es fácil de averiguar.

Y sacó su cronómetro, que señalaba las siete y cuarenta y cinco minutos.

— Bueno, — dijo lord Rodilan, — esa es la hora; pero ¿y el día?

— ¡Vamos a verlo! Salimos el sábado, 15 de diciembre, á las diez cuarenta y seis minutos y cuarenta segundos de la noche.

Nuestro viaje para llegar á la superficie lunar ha durado noventa y siete horas trece minutos y veinte segundos, sin tener en cuenta el tiempo que hemos debido emplear para atravesar la corteza lunar. Hemos caído en el agua el martes, 19, á las once cincuenta y nueve minutos y sesenta segundos, ó sea á media noche; y por lo tanto hoy estamos en miércoles 20 de diciembre, á las siete y cuarenta y cinco minutos de la mañana.

— Y á propósito — observó Santiago, — toda vez que nuestro proyectil ha po-

dido penetrar hasta aquí sin romperse, ¿cómo es que no vemos ninguna abertura ni vestigio alguno de luz que indique una comunicación con el exterior?

— A fe mía, querido amigo, que me preguntas demasiado por el pronto. Es probable que la grieta que nos dió entrada haya ido estrechándose, y sin duda tiene varios kilómetros de profundidad, en cuyo caso la luz del sol no podría penetrar hasta aquí. Según toda probabilidad, hemos caído en una parte de esta caverna donde el agua es muy profunda, y gracias á la corriente insensible cuya acción hemos reconocido ya, nos hemos acercado á la orilla.

— Todo eso es muy interesante — dijo lord Rodilan; — pero no hemos venido aquí solamente para entregarnos á disertaciones científicas, sino con el fin de explorar. Pido, pues, que exploremos, y no os ocultó que ansío ver otra vez el sol.

— ¡Pues bien! — repuso Santiago, — exploremos, porque también á mí comienza á cansarme esta obscuridad.

Los tres se armaron entonces de sus lámparas eléctricas y dirigieronlas hacia el muro á cuyo pie se hallaban, el cual se elevaba á unos veinte metros de la orilla del lago. Este muro se componía de un granito compacto; y proyectando á la mayor altura posible la luz de sus lámparas, no podían ver la cima, sobre la cual se apoyaban las moles pedregosas que debían constituir la bóveda de la caverna.

— En mi concepto — dijo Marcelo, — sólo tenemos una cosa que hacer, y es seguir la orilla hasta que encontremos alguna galería ó abertura que nos permita remontar á la superficie.

— Puesto que tenemos fundamento para creer — dijo Santiago — que la Luna está habitada en su parte siempre invisible para la Tierra, todos nuestros esfuerzos deben tender á llegar á esa región.

— Me parece — repuso Marcelo — que la cosa no debe ser muy difícil. Es evidente que en la época en que los numerosos volcanes lunares estaban en actividad, cada uno de ellos tenía su chimenea, y además, esos sacudimientos continuos de la corteza del satélite han debido abrir alrededor de cada foco de erupción hendeduras, grietas y cavidades de toda especie. Así es que tendremos mucho en que escoger por este concepto.

— Apresurémonos, pues — dijo lord Rodilan; — ya me canso de esta inacción, y no me disgustaría trabar conocimiento con nuestros nuevos compatriotas.

Adoptada esta medida, los tres amigos dieron principio á su exploración. En el punto donde el proyectil había encallado, el muro de la caverna distaba muy poco de la orilla; pero muy pronto el espacio comenzó á ensancharse; el lago interior quedaba lejos, y como lo que ellos buscaban era una salida á través de la montaña, siguieron siempre la pared, observándola atentamente. Haría una hora, poco más ó menos, que andaban por una arena muy fina, cuando lord Rodilan, que iba delante, gritó á sus compañeros:

— Ya estamos, según creo, en el fondo de la caverna.

Y proyectando los rayos de su lámpara, señalábales con el dedo una mole de rocas negras que cortaban bruscamente la playa.

— Es un obstáculo que se ha de franquear dando la vuelta — dijo Marcelo después de mirar atentamente. — En cuanto puedo juzgar, esas rocas se deprimen de una manera bastante brusca por la parte del lago.

A los pocos minutos, en efecto, volvieron á encontrarse á orillas del agua, donde el muro granítico se sumergía, formando una especie de cabo. El desorden caótico de aquellas moles profundamente revueltas, con sus aristas vivas, sus fracturas bien marcadas y sus paredes tersas, que la luz de las tres lámparas permitía distinguir claramente, alejaba toda idea de escalamiento posible.

— ¿Qué hacer? — preguntó Santiago.

— ¡Pardiez! — contestó lord Rodilan, — es preciso entrar en el agua, y si se hace necesario, pasar á nado.

Y avanzaba ya hacia el agua.

— Tenga usted cuidado — dijo Marcelo; — vaya usted con precaución, sondeando el fondo atentamente con su bastón ferrado.

Los tres avanzaron así detrás de su guía, que tanteaba con cautela el terreno, y muy pronto llegaron á la extremidad del cabo, con el agua hasta la cintura. Aunque sus sobretodos de goma, herméticamente abrochados, les preservaran de mojarse, la frescura de aquella agua subterránea acababa por penetrarles y helar sus miembros. Ante ellos se extendía una inmensa superficie líquida que bañaba el muro granítico en el otro lado del cabo.

Los viajeros vacilaron un instante.

La falta de playa en aquel sitio podía hacer temer que la profundidad del lago aumentase bruscamente y que les fuera necesario renunciar á toda investigación por aquella parte; pero volver á su punto de partida para seguir otra dirección era igualmente aventurado y, en realidad, tiempo perdido.

Marcelo, hombre de gran corazón, pensaba, como Descartes, que cuando uno ignora dónde se halla debe elegir una dirección y seguirla siempre sin apartarse, con la seguridad de que se llegará á un sitio ú otro.

En el momento en que aconsejaba á sus compañeros seguir adelante, lord Rodilan, que había elevado su lámpara sobre su cabeza, iluminando así la extremidad inferior de las rocas, exclamó:

— No me engaño, mire usted, Marcelo, ¿no es aquello que se ve, como á un centenar de metros, la entrada de alguna de esas fisuras ó galerías de que hablaba usted antes?

En la dirección que indicaba divisábase, en efecto, una abertura tenebrosa.

— Tiene usted razón — contestó Marcelo, — allí es donde hemos de ir.

Y volvieron á emprender su marcha, dando la vuelta al cabo. Avanzaban lentamente, entorpecidos por el peso de sus impermeables y con el agua tan pronto á media pierna como hasta los hombros; pero al cabo de media hora de tan penosa marcha, sintieron que el suelo que pisaban se elevaba en suave pendiente. La excavación que habían observado constituía la entrada, en bóveda deprimida, de una gruta bastante espaciosa, donde penetraron encorvándose ligeramente.

te. Cuando levantaron la cabeza, sus ojos quedaron deslumbrados y de sus labios salió un grito de admiración: las paredes de la gruta estaban completamente cubiertas de una substancia brillante y pulimentada, que reflejaba con incomparable fulgor el brillo de las tres lámparas eléctricas.

Era una irradiación de luz en que las facetas prismáticas de los cristales sembraban profusamente rubíes, zafiros, topacios y esmeraldas; hubiérase dicho que era un palacio encantado. Marcelo se acercó á una de las paredes y comprendió, con ayuda de su bastón ferrado, algunos fragmentos de aquella substancia cristalina, examinóla atentamente y profirió una exclamación de sorpresa.

— ¿Qué hay? — preguntó Santiago.

— Hay que la mitad de los tesoros sepultados aquí bastaría para pagar las deudas de todos los Estados de Europa y enriquecer á toda la humanidad terrestre.

— ¿Pero qué ha encontrado usted tan maravilloso? — preguntó lord Rodilan.

— Que cuanto usted ve son diamantes, mi querido lord, verdaderos diamantes. Y vea usted — añadió, proyectando sobre la superficie refulgente los rayos de su lámpara, — aquí los hay más grandes que el puño, y todos los judíos de Londres y de Amsterdam palidecerían de envidia ante tales riquezas. Pero nada tenemos que hacer aquí con esos preciosos guijarros, sino pensar en proseguir nuestro camino.

Y paseando una mirada á su alrededor, añadió:

— He ahí dos aberturas que, según toda probabilidad, deben ser el principio de esas galerías que buscamos.

A corta distancia, en efecto, veíanse dos anfractuosidades, cuya profundidad era imposible apreciar al pronto.

La primera en que penetraron seguía al principio una dirección horizontal; pero muy pronto se inclinaba en rápida pendiente, que se dirigía sin duda al centro del satélite.

— ¡Maldición! — exclamó lord Rodilan, retrocediendo.

Marcelo y Santiago permanecían silenciosos; pero sus cejas fruncidas indicaban su decepción, revelando un principio de inquietud.

Volvieron á la caverna de los diamantes y avanzaron sin vacilar por la otra galería. Apenas hubieron dado algunos pasos, el rostro de Marcelo se serenó.

— Me parece — dijo — que esta vez hemos dado con el buen camino.

En efecto, el suelo de la galería iba elevándose por una pendiente bien marcada, y la bóveda tenía bastante altura y el ancho necesario para que los tres viajeros pudiesen avanzar de frente. Después de reconocer la dirección de aquella galería, Marcelo se detuvo.

— No podemos — dijo — aventurarnos más allá sin habernos provisto de víveres y de todo cuanto se requiere para una exploración que tal vez será larga y penosa.



- Que cuanto' usted ve son diamantes, mi querido lord...

1



— ¿Y hemos de estar mucho tiempo — preguntó lord Rodilan — en lucha con esta obscuridad?

— A fe mía, querido amigo, no me es posible apreciar exactamente la profundidad á que nos hallamos; pero con seguridad es de algunos kilómetros. Nada prueba, además, que esta galería conserve siempre la misma pendiente, y Dios sabe, por otra parte, con qué obstáculos tendremos que luchar más adelante. Es preciso, pues, contar con algunos días, ó acaso más, de camino quebrado y penoso.

— Vamos á lo más urgente — dijo Santiago; — ya veremos después lo que el porvenir nos reserva.

Volvieron, pues, adonde estaba el proyectil; pero las emociones por que habían pasado los tres compañeros desde que despertaron de su profundo desvanecimiento, y las fatigas de semejante exploración, habían agotado sus fuerzas. Mientras estuvieron animados por el sentimiento de tan extraña situación, y por el temor de permanecer sepultados para siempre en aquellos sombríos abismos, una sobreexcitación nerviosa les sostuvo; mas ahora que brillaba á sus ojos un rayo de esperanza y que Marcelo había comunicado á sus compañeros la ardiente convicción de que estaba poseído, la naturaleza reclamaba imperiosamente sus derechos.

Santiago, en su calidad de médico, fué el primero en reconocerlo así.

— Amigos míos — dijo, — antes de marchar otra vez hacia lo desconocido, debemos hacer provisión de fuerzas, y por lo tanto opino que se ha de buscar en un sueño reparador toda la energía que necesitaremos.

— Hablas como un sabio — contestó Marcelo; — y ahora que me haces pensar en ello, también echo de ver que estoy molido.

— ¡Muy bien! — añadió lord Rodilan. — Durmamos, pues. No debemos temer á los importunos, y al despertar nos prepararemos, con un abundante almuerzo, á presentar á los habitantes de la Luna tres caballeros correctos y bien vivos.

Los tres amigos se echaron en el diván circular, y muy luego su tranquila respiración indicó que reposaban con tanta calma como si hubieran estado en la mejor habitación del Gran Hotel de París.

Diez horas más tarde se despertaron, y después de un copioso almuerzo, en el que no se escatimó el borgoña añejo, cada cual se equipó como para una ascensión difícil: llevaban víveres para tres semanas. Antes de alejarse examinaron cuidadosamente la amarra que sujetaba la granada á la roca, asegurándose de que ninguna oscilación podría desprenderla, pues era su único y supremo recurso en aquel mundo fantástico donde estaban perdidos.

De vuelta á la caverna de los diamantes, se aventuraron resueltamente por la galería que habían elegido. Durante el primer día, el viaje se efectuó sin demasiada molestia, siguiendo evidentemente la chimenea de un antiguo volcán; las capas de rocas que atravesaban presentaban en sus estratificaciones sucesivas poco más ó menos la misma disposición que aquellas que constituyen la costra

terrestre. Por lo pronto habían encontrado rocas primitivas: gneis y micasquistos; después siguieron los terrenos primarios; habían franqueado las capas silúrica y devónica, y llegado el tercer día de marcha reconocieron los primeros vestigios del terreno carbonífero.

— Evidentemente nos acercamos á la superficie — dijo Santiago; — si estuviésemos en la Tierra, podríamos esperar ver de aquí á dos ó tres días escasos la luz del Sol.

— Sí — dijo Marcelo; — pero ¿cómo determinar aquí el grueso de las capas lunares que nos separan aún de la superficie? ¿Quién sabe, por otra parte, la cantidad de materiales en fusión que las erupciones volcánicas de que la Luna fué teatro habrán podido acumular sobre el suelo primitivo, arrancados de la profundidad de sus entrañas? ¿Quién sabe si tropezaremos con muros impenetrables de lavas enfriadas?

— Tal vez debamos temer un peligro más grave aún — dijo Santiago. — Hace algunas horas que me parece que respiro con más dificultad y que llega menos aire á mis pulmones.

— Es verdad — repuso lord Rodilan; — yo atribuía al cansancio esta dificultad de respirar que me aqueja á mí también; pero evidentemente Santiago tiene razón: el aire se va enrareciendo.

— Me lo temía — dijo Marcelo; — vacilaba en participaros mis inquietudes, esperando haberme engañado; pero ya no se puede dudar más. Experimentamos lo que sienten los que intentan en la tierra ascensiones á las grandes alturas, y á lo cual se da el nombre de «mal de montaña...» ¿Pero adónde ha ido lord Rodilan?

— Habrá tomado la delantera — dijo Santiago.

De repente oyeron á pocos pasos una exclamación.

— ¡*Hurrah* — gritaba el inglés, — he aquí señales de seres vivientes!

Y salía de una anfractuosidad abierta en la pared de la roca, blandiendo un objeto que sus dos compañeros no podían distinguir. Acudieron presurosos, y lord Rodilan les mostró con ademán triunfante el fragmento de una herramienta poco más ó menos análoga al pico de que se sirven los mineros para desprender bloques de hulla.

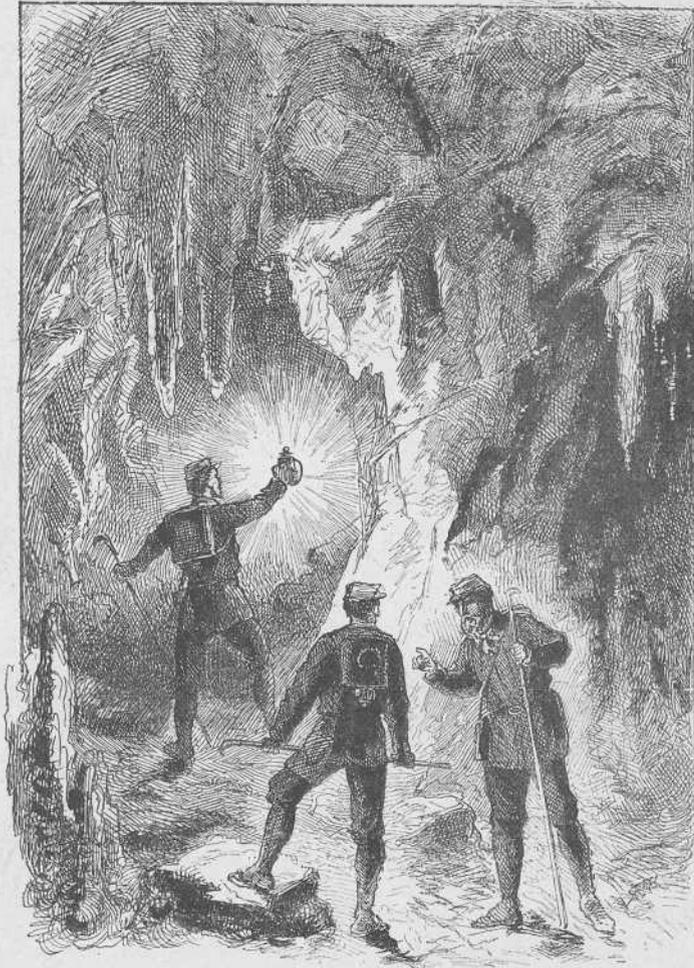
Aunque estuviere corroído por el orín, reconocíase aún su forma primitiva y se veía en su centro el agujero en que debió encajar la extremidad del mango de madera.

— He aquí — dijo — una prueba irrecusable de que la Luna está habitada.

Los tres penetraron en el estrecho paso donde se había hecho aquel importante descubrimiento. Era evidentemente la extremidad de una galería de mina explotada en otro tiempo, y veíanse aún en sus paredes las señales de los picos de los trabajadores; pero inútilmente buscaron los tres amigos una salida en aquel breve conducto, que algún hundimiento, sobrevenido en época indeterminada, había separado del resto de la mina.

— ¡Y pensar — exclamó lord Rodilan, golpeando el muro con su bastón ferrado — que detrás de este obstáculo hay tal vez seres semejantes á nosotros!

— Eso prueba, cuando menos — dijo Santiago, — que los habitantes de la Luna han bajado hasta aquí; de modo que hay vida en la superficie.



Se aventuraron resueltamente por la galería que habían elegido

Marcelo estaba sumido al parecer en una profunda meditación.

— Pero ¿no dices nada? — dijo Santiago, tocándole el hombro.

Marcelo se estremeció.

— Aquí hay — murmuró — alguna cosa inexplicable. Si el aire continúa enrare-

ciéndose á medida que ascendemos, ¿cómo es posible la vida? ¿Y cómo lo será, sobre todo, para nosotros en la superficie lunar?

— ¡Adelante! — exclamó el inglés. — Todo antes que retroceder.

Y continuaron su marcha. La pendiente de la galería por donde avanzaban era cada vez más empinada, y el enrarecimiento del aire aumentaba más rápidamente. Apenas transcurridas algunas horas, el aire faltaba á sus pulmones ávidos; la sangre zumbaba en sus oídos, sus sienas latían con fuerza, un velo se extendía sobre sus ojos, y algunas gotitas de sangre caían por la superficie de su piel. Los viajeros se vieron obligados á detenerse.

— Amigos míos — dijo Marcelo, — es imposible ir más lejos.

— ¿Qué hacer, pues? — preguntó Santiago.

— Por el pronto no se puede tomar más que un partido, que es volver á la caverna donde hemos abordado y donde han quedado con el proyectil todas nuestras provisiones y recursos. No cabe ya duda de que la Luna está habitada; ya teníamos la seguridad de ello al intentar este viaje; el documento que habéis tenido á la vista es una prueba categórica, y el descubrimiento que nuestro amigo acaba de hacer la confirma. ¿Dónde se halla la humanidad que buscamos? ¿Cuáles son las condiciones de su existencia? Hasta ahora, nada ha venido á darnoslo á conocer. ¿Hemos de desanimarnos por no haber triunfado á la primera tentativa? La humanidad lunar existe; debemos encontrarla y la encontraremos. Volvamos á nuestro punto de partida y allí se resolverá lo que se ha de hacer.

— ¡Ah! — exclamó lord Rodilan, — ¡y yo que creía llegado ya el momento de cambiar con un selenita un vigoroso apretón de manos!... ¡Qué mala inspiración tuve al proponerme acompañar á ustedes!

— Nada de eso, querido lord — dijo Marcelo, sonriendo á pesar de la gravedad de la situación; — todos los amigos de usted le creen muerto, y en su opinión es usted cien veces más grande que Empedocles; de modo que ha conseguido usted su objeto.

— Pues bien — contestó el inglés, — si no podemos vivir aquí, siempre nos será dado morir.

Los viajeros tomaron de nuevo tristemente el camino que habían seguido. El descenso se efectuó sin dificultad; atravesaron otra vez, sin dirigirla una sola mirada, la caverna de los diamantes, y llegaron apresuradamente al sitio donde habían abordado después de su caída.

Pero en la orilla no había nada, y los tres profirieron un grito de asombro y desesperación. ¡El proyectil había desaparecido!

CAPÍTULO X

UNA HUMANIDAD QUE NO QUIERE PERECER

Desde que la inteligencia humana, demasiado oprimida en la exigua esfera donde se halla confinada, comenzó á sondear las profundidades del espacio para estudiar las leyes que rigen los mundos que gravitan en el infinito, el satélite que acompaña fielmente á la Tierra en su camino y cuyas noches ilumina con su luz á intervalos regulares, ha sido objeto de la más constante preocupación. Mientras que la imaginación poética de los griegos divinizaba á la blonda Febea, haciéndola bajar del cielo sobre un rayo argentado en busca del pastor Endimión, dormido á orillas del Cefiso, los sacerdotes caldeos calculaban la órbita de nuestro satélite, describiendo sus fases y prediciendo sus eclipses.

En la Edad Media la astrología atribuyó á la Luna una influencia nefasta.

Ese astro era el que presidía los encantamientos nocturnos; á su luz indecisa y vacilante las brujas desenterraban los cadáveres ó buscaban al pie de los patíbulos la terrible mandrágora, y componían los poderosos filtros que distribuían á su antojo el amor ó el odio, el placer ó la muerte. Sobre un rayo de la pálida Hécate cabalgaban para volar á sus aquelarres, y montadas en él volvían á sus guaridas cuando el alba naciente disipaba los fantasmas, enviaba de nuevo á sus sepulcros las almas de los muertos y hacía volver á sus sombríos dominios á las divinidades infernales.

Merced á los progresos de la ciencia, la Luna, observada con el auxilio de instrumentos perfeccionados, nos reveló sucesiva y gradualmente los secretos de su extraña existencia. Hoy, gracias á los telescopios, obra maestra de la industria moderna, que han permitido acercar el astro á una distancia de cuarenta y ocho leguas, se le conoce casi completamente; se le ha podido fotografiar, medir la altura de sus montañas y la profundidad de sus cráteres, y se han hecho, en fin, cartas astronómicas de su superficie visible mucho más exactas que las del globo terrestre, donde hay tantas regiones, como los polos, el centro de Africa y del continente australiano, que no se han explorado todavía.

A juzgar por el aspecto que el disco lunar presenta, erizado de escarpadas montañas y socavado por una infinidad de cráteres de diferentes dimensiones,

todos apagados, pues se ve el fondo de sus chimeneas obstruídas, parece que la Luna es un mundo enfriado, donde la vida falta completamente.

Sin embargo, no es así. Con los telescopios de lord Ross y de Foucault, los astrónomos habían creído distinguir ya en las regiones más bajas del suelo lunar señales que indicaban la presencia de una atmósfera; habíanse visto contornos y aristas que, por lo regular muy bien definidos, se esfumaban y borraban como velados por una bruma; reconocíanse fenómenos de refracción de la luz, y se dedujo lógicamente que en aquellas regiones, por lo menos, había aire y vapor de agua, es decir, que la vida no era imposible. El razonamiento venía á confirmar así los datos de la observación. En los tiempos insondables en que se formó nuestro sistema planetario, en que el Sol despidió de su centro abrasado las gotas fulgurantes que se han convertido en mundos, la erupción que dió nacimiento á la Tierra formó al mismo tiempo la Luna, que, desprendida de nuestro globo, quedó retenida en su órbita. Los dos astros, al principio en estado gaseoso, comenzaron á condensarse y pasaron sucesivamente desde el estado líquido al estado sólido; pero siendo el volumen de la Luna mucho más pequeño que el de la Tierra, la transformación fué para aquélla infinitamente más rápida. En época en que la Tierra era todavía una masa en fusión, la Luna había visto ya formarse en su superficie una costra sólida, donde la vida se manifestaba con exuberante abundancia.

Después se sucedieron los siglos; y mientras la Tierra llegaba con trabajo á dar nacimiento en su superficie á los primeros gérmenes de la vida, apareciendo las formas primitivas, toscas aún y apenas bosquejadas, de los vegetales gigantes y de los animales monstruosos, en la superficie de la Luna establecióse con regularidad una vida normal y progresiva.

En aquella época, vastos océanos llenaban las cavidades cuyo fondo seco sondea hoy nuestra mirada; espesos bosques se elevaban en los flancos de aquellas montañas, y una humanidad superior á la nuestra, porque las condiciones de la vida eran más favorables, nacía, crecía y bajo felices influencias alcanzaba un desarrollo intelectual y una altura moral á que no estamos próximos á llegar.

La humanidad lunar había llegado, pues, á un grado sorprendente de civilización, de ciencia y de moralidad, cuando en la Tierra apenas comenzaban á aparecer los primeros seres humanos, los proñatos, contemporáneos del oso de las cavernas; pero la evolución vital de la Luna debía ser mucho más breve que la del planeta vecino. Si había llegado antes á su más alto período, el decrecimiento debía también comenzar antes. De edad en edad el enfriamiento del globo lunar se acentuaba, y el calor retirábase de la periferia hacia el centro, cuyo núcleo incandescente, fuente de vida, iba disminuyendo con lentitud, pero de una manera inevitable.

Así como en la Tierra, mientras el calor central había sido considerable, las aguas que se infiltraban incesantemente en las capas profundas por las numerosas grietas que surcaban la Luna se habían evaporado, pasando así á la cir-

culación general de la superficie; mas á causa del enfriamiento gradual, el agua había acabado por quedar completamente absorbida. Gracias á esta lenta absorción, las rocas aún fluidas que el centro en fusión encerraba se habían solidificado, combinándose los elementos químicos todavía inestables.



... cabalgaban para volar á sus aquelarres

Al mismo tiempo, el oxígeno del aire se fijaba en las partes sólidas, y así habían desaparecido poco á poco la atmósfera y los mares lunares. A medida que disminuían esos elementos esenciales para la conservación de los seres organizados, tales como los comprendemos, la vida se retiraba insensiblemente.

Pero la humanidad lunar no quería morir.

Cuando se estudia con atención una carta de la Luna, obsérvese en buen número de sus valles, al pie de sus altas cordilleras, hendeduras que desde el punto en que las miramos parecen delgadas líneas negras trazadas como por una punta aguda, pero que en realidad son anchas grietas cuyos bordes se hallan á varios kilómetros de distancia unos de otros, y que á menudo penetran profundamente en las entrañas del suelo.

Las sabias exploraciones á que se entregaron los habitantes de la Luna les dieron á conocer la estructura íntima del globo que habitaban, el cual no tenía ya secretos para ellos. Sabían que bajo la costra sólida, donde la vida se había manifestado siglos enteros, existía toda una región subterránea, en la que se mantuvo, lejos de los rayos solares, una vida primitiva aún.

A profundidades variables, que se podrían evaluar en doce ó quince de nuestras leguas terrestres, hallábanse, en inmensas excavaciones, mares, continentes, ríos y una vegetación abundante. Allí, en aquellas cavidades más próximas al centro, donde reinaba todavía una temperatura suave, siempre igual, donde las bóvedas se elevaban á prodigiosas alturas, donde el aire era más denso y donde á falta de la luz diurna se tenía una claridad de origen eléctrico, mantenida por fenómenos cósmicos, había lugar suficiente para una humanidad entera. Allí fué donde se retiraron con sus ciencias, sus industrias, sus instituciones y sus leyes los últimos habitantes de nuestro satélite, bien resueltos á defender su vida hasta el último instante.

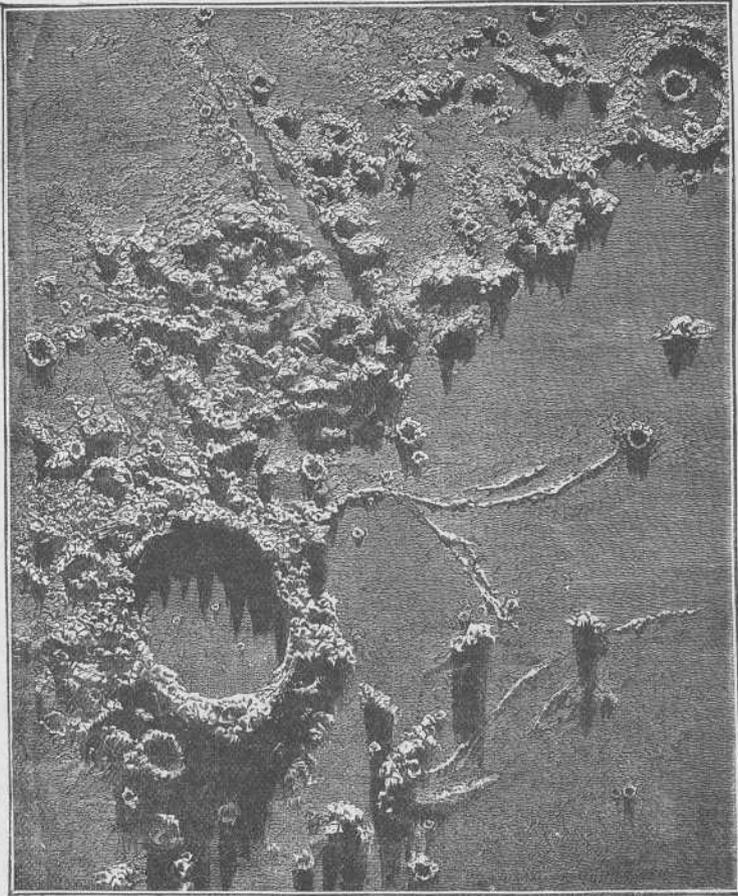
Mientras que la humanidad terrestre despertaba penosamente á la vida intelectual y moral, elevándose á través de largos períodos seculares, desde la edad de piedra á la edad de bronce y de ésta á la de hierro; mientras que las primeras tribus humanas, dispersas y errantes por los gigantescos bosques primitivos, pasaban del estado de pueblos cazadores al de pueblos pastores, después agricultores y por último industriales, los habitantes de la Luna continuaban, en el mundo subterráneo donde se mantenía la vida, su existencia de progreso no interrumpido.

En esas regiones serenas y tranquilas, donde la temperatura no tenía apenas variaciones, donde no se dejaba sentir la influencia de cada estación, donde la humanidad no necesitaba defenderse contra las fuerzas ciegas de una naturaleza madrastra, donde la lucha por la existencia no tenía la aspereza que presenta entre nosotros, esos seres organizados para vivir en un medio sobrecargado de oxígeno, donde la vitalidad era por lo tanto más enérgica y resistente, habían traspasado por mucho el nivel de las ciencias en cuyo estudio hemos pasado nosotros tanto tiempo.

Teniendo menos necesidades que nosotros, estaban exentos de la mayor parte de nuestros vicios y ambiciones. Menos poseídos del deseo de satisfacer pasiones bastardas ó egoístas, se habían consagrado más á cuidar de su alma, y su moralidad estaba á la altura de su ciencia. Después de haber probado en las

edades anteriores las diversas formas políticas entre las cuales vacilamos aquí bajo, habían conseguido obtener una organización social racional y sencilla, donde cada cual ocupaba exactamente el lugar que le aseguraban su grado de inteligencia y su valor moral.

Desde hacía largos siglos, aun antes de que el enfriamiento de la superficie



... parece que la Luna es un mundo enfriado

les obligase á refugiarse en sus nuevas moradas, habíanse preocupado de aquel astro vecino, cuyo disco enorme brillaba sobre sus cabezas, en cuya órbita se movían, y del cual sabían que su mundo no era más que modesto satélite. Midiéron la distancia que los separaba de él, y gracias á los poderosos instrumentos de óptica, que supieron construir mucho antes que nosotros, le observaron

atentamente, estudiándole con mucho cuidado. Ninguna de las partes de su superficie escapó á sus investigaciones, y su constitución les era perfectamente conocida.

Sabían, sin la menor duda, que la Tierra estaba habitada, y hasta pudieron, en cierto modo, sorprender los desarrollos de la vida. Lo que había pasado en el globo que habitaban les instruyó sobre la historia del globo terrestre; observaron las transformaciones de su superficie, y vieron continentes surgir ó desaparecer, mientras que los vastos bosques de las edades prehistóricas disminuían con los siglos. Después fijaron su atención en los grandes ríos que surcaban los continentes terrestres, mientras que en los principales valles, ó en la desembocadura de las corrientes de agua más importantes, vieron cómo se producían en el suelo manchas que por su color y aspecto se diferenciaban de las regiones vecinas, y en las cuales reconocieron al fin, merced á la perfección creciente de sus instrumentos de óptica, aglomeraciones de viviendas humanas.

Con los progresos que entre ellos habían hecho las ciencias astronómicas, así como también las naturales, y disponiendo de considerables fuerzas en este sentido, muy pronto experimentaron el deseo de ponerse en comunicación con los habitantes de aquel mundo vecino, y con frecuencia habían tratado de llamar su atención sobre ellos. Pero en aquella época los pueblos que comenzaban á ocupar la superficie de la Tierra eran aún demasiado toscos y bárbaros para que se les ocurriese mirar, y sobre todo estudiar, los astros que rodaban sobre sus cabezas, ó si alguna vez sus miradas se elevaban en la profundidad de las noches hasta esos puntos brillantes, su ciega superstición veía en ellos divinidades cuyo favor era necesario conquistar, ó alejar su influencia nefasta á fuerza de oraciones y sacrificios.

Ninguno de los esfuerzos que habían hecho los habitantes de la Luna tuvo buen éxito, y todas sus preguntas quedaron sin contestación. Desalentados así, acabaron por creer, ó que sus observaciones eran inexactas y que la Tierra no estaba habitada, ó que los seres que la poblaban, faltos de inteligencia, no eran muy superiores á los animales; y las tentativas comenzadas con algún ardimiento quedaron interrumpidas durante largos siglos.

Más adelante, después de haber cambiado tan completamente para ellos las condiciones de la existencia, y cuando podían medir con una seguridad casi infalible la duración del tiempo que les quedaba de vida, volvieron á fijar sus miradas en este mundo, que proseguía siempre tan cerca de ellos su curso majestuoso.

Nuevos adelantos en el arte de construir instrumentos de óptica perfeccionados hicieron posibles más precisas observaciones. Habían observado diversos indicios: surcos semejantes á canales, figuras geométricas que podían ser recintos de ciudades y cuyas formas regulares parecían revelar la existencia de seres activos é inteligentes; mientras varios monumentos, cuya altura pudieron calcular por la medida de la sombra, les dieron á conocer que los habitantes de la

Tierra poseían medios mecánicos bastante poderosos, y de aquí dedujeron que habían progresado bastante en el conocimiento de las ciencias. Esto avivó su deseo de ponerse en comunicación regular con ellos.

Como las señales con que en edades anteriores se había tratado de llamar la atención de los habitantes de la Tierra, por medio de focos luminosos, no habían producido buen resultado, se pensó en otros procedimientos. Puesto que no habían contestado cuando se les llamaba, era preciso excitar por fuerza su atención enviándoles directa y bruscamente, en caso necesario, mensajes sobre cuyo origen y significación no pudieran engañarse. Como las leyes de la balística les eran familiares hacía largo tiempo, para ellos no había sido más que un juego enviar más allá de la línea neutra de atracción de los dos astros proyectiles que la gravedad debía precipitar después sobre la Tierra.

Pero como la superficie del globo terráqueo se halla ocupada por los océanos en sus siete décimas partes, casi todos los mensajes lunares enviados debían perderse necesariamente en el seno de aquéllos. Además, en los diversos continentes hay vastos espacios del todo desiertos, ó habitados por pueblos salvajes, ignorantes y absolutamente incapaces de comprender semejantes invitaciones ni de contestar á ellas; y en fin, los mismos proyectiles lunares que la casualidad pudo hacer caer en regiones civilizadas debieron en su mayor parte hundirse profundamente en el suelo, que cerrándose después de su paso, no permitía á los habitantes de aquellos países tomar conocimiento del hecho.

Se había necesitado un concurso prodigioso de circunstancias fortuitas para que uno de aquellos mensajes, conservándose intacto, fuera descubierto y comprendido.

Era el mismo que Marcelo había mostrado á sus dos amigos. Aunque no pudiese imaginar en modo alguno las condiciones en que vivía la humanidad lunar, el audaz ingeniero no se había engañado al afirmar su existencia, y en medio de aquella humanidad iba á verse muy pronto con sus dos compañeros de aventura.

CAPITULO XI

LA LLEGADA

— ¡Que las gracias del Espíritu Soberano descieran sobre vuestras cabezas, comunicando á vuestros corazones la alegría y la serenidad! — dijo el sabio Rugel, penetrando en el terrado donde Marcelo y sus dos amigos contemplaban un espectáculo maravilloso.

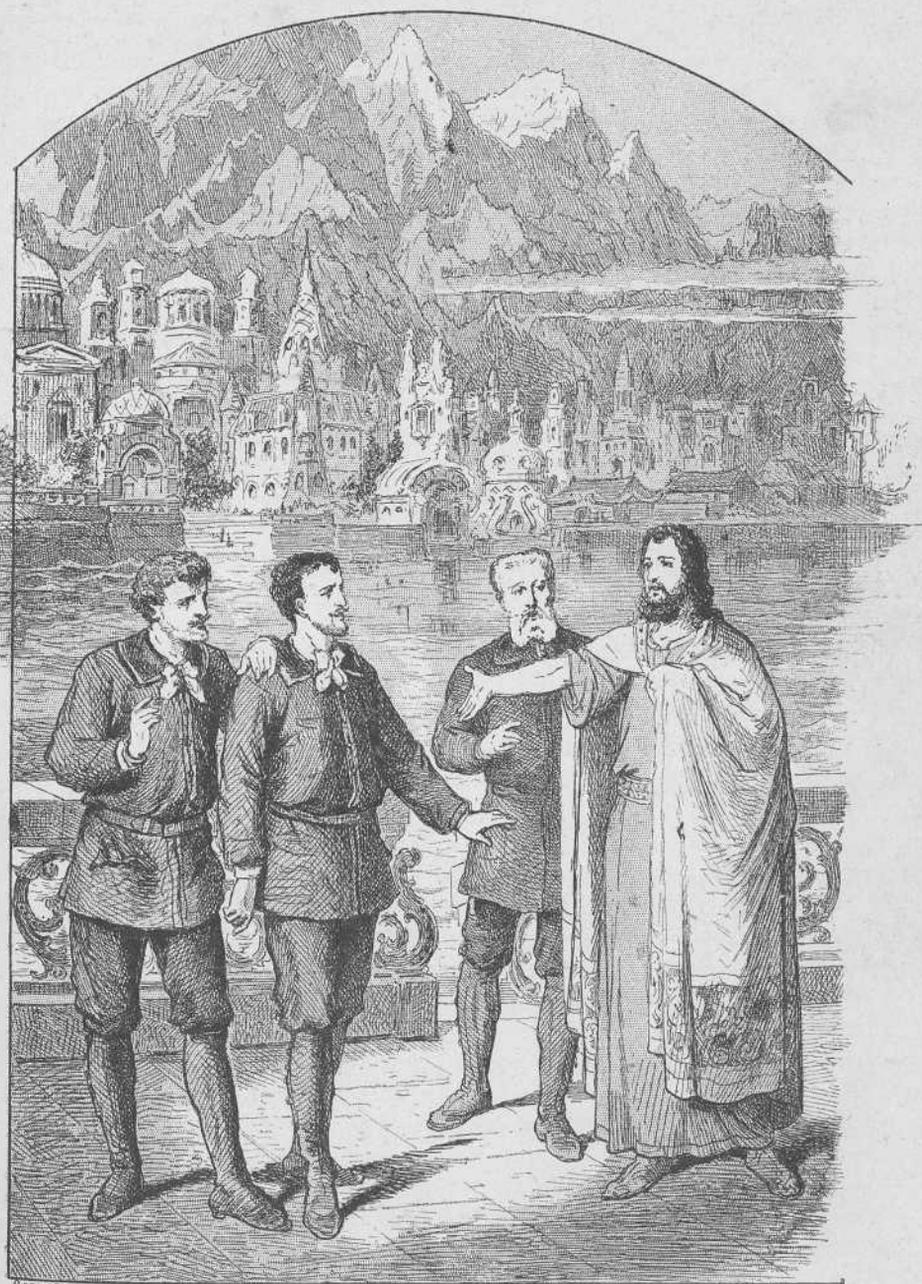
Ante sus ojos se desarrollaba una ciudad extraña, tal como no hubiera podido soñarla nunca la imaginación de los narradores orientales. Sus blancas casas, de formas elegantes y caprichosas, cuyas paredes brillantes y tersas estaban realzadas por los más vivos colores artísticamente dispuestos y enriquecidas con mosaicos y metales preciosos, extendíanse en suave pendiente hasta el mar.

Este mar mismo presentaba un aspecto de que no podría dar idea el de los mares terrestres: sus olas, rizadas en aquel momento por una ligera brisa, no tenían ni el azul oscuro del Mediterráneo, ni el verde cambiante del Océano; pero el agua cual si hubiese encerrado luz en disolución, estaba irisada y como matizada de todos los colores del arco iris. Y cada ondulación que el ligero soplo del viento imprimía á las movedizas olas hacía pasar por sus masas transparentes mil rayos sutiles que se confundían en deliciosa mezcla.

El personaje que acababa de presentarse en el terrado tenía todo el aspecto exterior de un individuo de la humanidad terrestre, y contaba al parecer de cuarenta á cuarenta y cinco de nuestros años. De elevada estatura y airoso continente, todos sus miembros, bien proporcionados, revelaban la soltura y el vigor, y su andar, fácil y libre, indicaba la armonía de una naturaleza bien equilibrada. Su rostro, circuido de largos cabellos negros, brillantes y rizados, con la barba del mismo color, fina y naturalmente ensortijada, expresaba dulzura y gravedad; mientras que su frente bien desarrollada y sus ojos vivos y penetrantes denotaban una inteligencia tan vasta como rápida.

Tenía la nariz recta y la boca pequeña, entreabierta de ordinario por una sonrisa benévola.

Vestía una especie de túnica que le llegaba hasta los pies, de una tela brillante y sedosa cuyo color azulado era muy suave á la vista, y que llevaba sujeta á la cintura con un cinturón de matiz más oscuro, enriquecido de adornos semejan-



VERLIER

Rugel 186

Las gracias del Espíritu Soberano desciendan sobre vuestras cabezas, dijo el sabio Rugel

tes al más fino bordado. Calzaba sandalias, hechas con una especie de bejuco trenzado y sujetas en la parte inferior de la pierna con cintas cruzadas. Sobre aquel traje, rico y sencillo á la vez, llevaba descuidadamente un ancho manto de deslumbradora blancura, sujeto en la parte superior del pecho con un gran broche de una materia que brillaba como el diamante.

Los tres amigos se levantaron; Marcelo se adelantó algunos pasos para salir al encuentro del recién llegado, é inclinándose con gravedad le dijo:

– Bien venido seas tú, que desde que nos hallamos en este nuevo mundo nos has iniciado en tantas maravillas.

Santiago y lord Rodilan se habían acercado, y á las manifestaciones de agradecimiento y respeto de Marcelo agregaban las suyas propias.

– Amigos – repuso Rugel, – el momento que os anuncié ha llegado ya. Ahora tenéis suficiente conocimiento de nuestra lengua para poder presentaros ante el prudente Aldeovazo, nuestro jefe supremo y venerado, y los sabios que le ayudan en la dirección de los asuntos públicos. Hace ya largo tiempo que el rumor de vuestro extraordinario viaje llegó á sus oídos; nuestros sabios se ocuparon de él, y el jefe es quien me ordenó permanecer cerca de vosotros con objeto de instruirlos para que pudierais ponerlos en comunicación con nosotros.

Santiago le interrumpió, diciendo:

– Y ha desempeñado usted su misión con un celo, una afabilidad y una amabilidad que nos han conmovido.

– Es verdad – añadió lord Rodilan, – jamás conocí en el mundo donde hemos vivido hasta aquí una inteligencia tan fina y delicada, un carácter más igual y más benévolo y una bondad tan generosa como la que usted nos ha manifestado.

Rugel sonreía.

– «No he hecho más que desempeñar para con vosotros – contestó – el encargo que me habían confiado los individuos del Consejo Supremo, y me permitiréis decirlos á mi vez que esta misión ha sido para mí tan grata como fácil. Cuando nuestros Diemides – ya sabe usted que este es el nombre que damos á las clases inferiores de nuestra humanidad – encontraron el vehículo de ustedes en la caverna donde iban á buscar esos guijarros brillantes que sirven para adornar nuestros edificios ó nuestros trajes, y donde la mano del Ser Soberano dirigió vuestra caída, lo condujeron hasta la capital de la provincia inmediata por el canal que sirve de desagadero al lago de la caverna.

»Nuestros sabios habían sido ya testigos de la tentativa hecha por los habitantes de la Tierra para ponerse en comunicación con nosotros, y por eso no le costó mucho al magistrado que gobierna esa provincia comprender que aquella casa flotante debía haber servido de abrigo á seres humanos, procedentes sin duda de la Tierra. Al ver las señales de los choques y de los roces que sus paredes presentaban, quedó aterrado, pensando en los terribles azares de aquella caída. Era evidente que habíais caído en una de esas grietas anchas y profundas

que surcan la superficie de nuestro globo, y que debisteis chocar contra las numerosas asperezas que erizan las paredes, saltar y rodar á través de todas esas sinuosidades, hasta que al fin el último impulso os precipitó en el lago que amortiguó vuestra caída. La caverna cuyo fondo forma ese lago se halla situada, en efecto, á una profundidad mucho más considerable de lo que habéis podido sospechar, y la distancia que la separa de la superficie se puede evaluar en una sexagésima parte del radio de la Luna, poco más ó menos.»

— Es decir — interrumpió Marcelo, — como á sesenta de nuestros kilómetros.

— El magistrado á quien la casualidad ponía en presencia de aquel extraño descubrimiento — prosiguió Rugel — esperaba no encontrar más que cadáveres en aquel singular vehículo; pero al verle vacío, comprendió que el cuidado con que todo se había dispuesto en el interior debió preservar á los viajeros de tal catástrofe, y juzgó que si le habían abandonado momentáneamente sería para explorar la región donde la casualidad les había conducido y ponerse en relación con nosotros lo más pronto posible. Era preciso, pues, ir en busca suya cuanto antes, y esto con tanta más urgencia cuanto que los viajeros, perdidos en medio de la obscuridad, debían hallarse en el mayor apuro, ó tal vez expuestos á sucumbir. Se enviaron emisarios en todas direcciones, y se acabó por encontrarlos en las orillas mismas del lago donde se recogió el proyectil.

— Y ya era tiempo de que viniera usted en nuestro auxilio, pues sin esto íbamos á morir — dijo Santiago en un impulso de agradecimiento.

— Y de la muerte más ridícula y más humillante para caballeros — dijo lord Rodilan: — morir de hambre y de inanición.

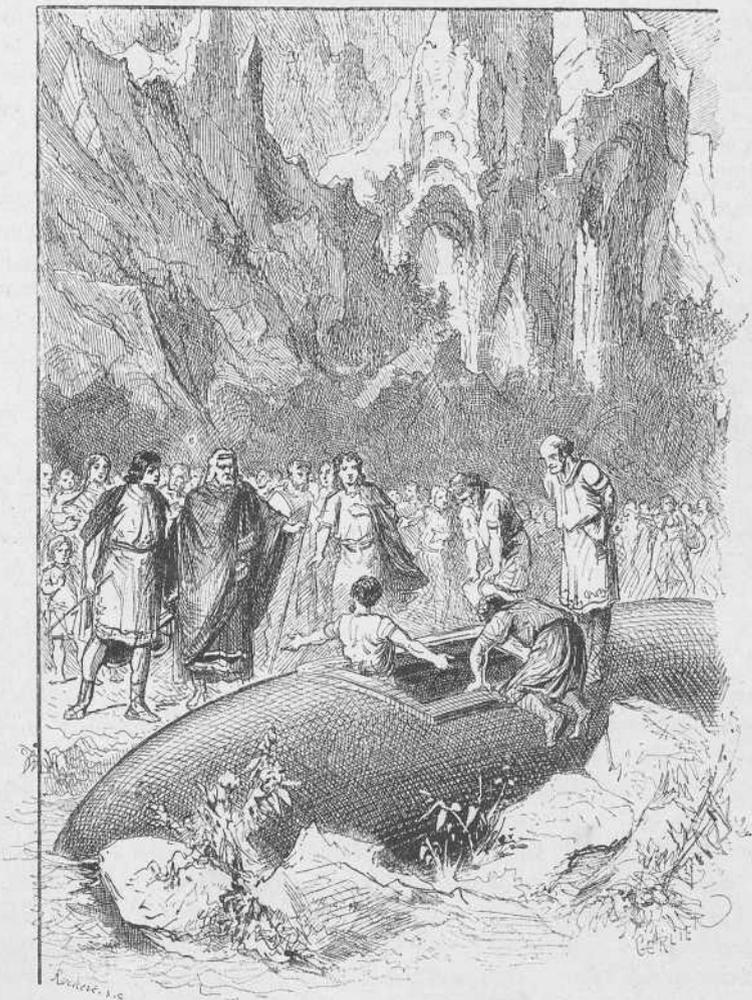
— ¡Ah!, sí — replicó Rugel con dulzura, — porque en vuestra Tierra estáis sometidos á esa necesidad de mantener la vida diariamente mediante la absorción de elementos extraños, necesidad de que por fortuna estamos libres.

— En efecto — dijo Marcelo, — habíamos agotado ya las fuerzas, y nuestra desesperación fué inmensa cuando vimos que el proyectil había desaparecido. Esta misma desaparición probaba que en la Luna había habitantes, como lo pensábamos; mas en el momento de conseguir el fin propuesto sucumbíamos. No quisimos alejarnos de aquel lugar, pensando que los que habían venido ya podrían volver; pero la necesidad nos tenía postrados, y nos entregábamos al último sueño cuando llegasteis para arrancarnos de una muerte segura.

La conversación duró algunos instantes más en aquel tono de cordialidad y de amable confianza, y Rugel se despidió de sus huéspedes anunciándoles que su recepción por el magistrado supremo del mundo lunar se había fijado para el momento próximo en que la Tierra se hallara en su primer cuarto.

Desde que, milagrosamente salvados, nuestros tres viajeros vivían en el seno de la humanidad lunar, hallábanse sometidos á un continuo y completo asombro. Los que los habían recogido halláronlos privados de conocimiento en la orilla del lago, en la caverna oscura, y cuando, vueltos á la vida gracias á una inteligente solicitud, sus ojos se abrieron de nuevo, creyéronse transportados á

un mundo sobrenatural. Hallábanse echados sobre ricos cojines en una vasta sala, por cuyas ventanas, altas y anchas, penetraba un aire tibio y como embalsamado. Alrededor de ellos hallábanse personas que por su rostro agraciado,



El magistrado á quien la casualidad ponía en presencia de aquel extraño descubrimiento

sus largos cabellos, dulces facciones y vestidos largos y flotantes, revelaban su sexo. Su voz era melodiosa, y hablaban en una lengua armónica y sonora, cuyos acentos, cadenciosos como un ritmo, acariciaban el oído.

Reanimados muy pronto, Marcelo y sus dos compañeros comenzaron á sen-

tir los agujones del hambre. Ya desesperaban de hacerse comprender de aquellas que les rodeaban, cuando lord Rodilan, paseando la vista á su alrededor, reconoció, alineados en la sala donde estaban, los diversos objetos contenidos en la granada en que efectuaran su asombroso viaje. Con el dedo señaló una caja de forma cuadrada, que se apresuraron á llevarle y que abrió no sin esfuerzo.

Sus dos amigos y él comenzaron á devorar las galletas sacándolas de la caja con una avidez glotona que Santiago, en su calidad de médico, no tardó en moderar. Las mujeres que tenían á su alrededor manifestaban ante aquel espectáculo, evidentemente nuevo para ellas, un asombro indecible.

— ¿Por qué nos miran así? — murmuraba lord Rodilan. — ¡Diríase que jamás han visto á un honrado inglés satisfacer su apetito!

Y como el escaso alimento que acababa de tomar le había devuelto sus fuerzas, levantóse y fué á coger un frasco de Borgoña añejo, del cual llenó su vaso, así como los de sus compañeros.

Al verlos absorber aquel líquido, que les era desconocido, los habitantes del mundo lunar pasaron del asombro á la estupefacción.

— ¡Qué extraña gente! — murmuraba Marcelo.

Tal había sido la entrada de nuestros tres viajeros en aquel mundo desconocido que iban á visitar desde tan lejos.

CAPÍTULO XII

EL MUNDO LUNAR

El hecho de ignorar la lengua de los indígenas fué en un principio para Marcelo y sus amigos origen de entorpecimientos y dificultades; pero los tres tenían demasiada vivacidad de imaginación para que semejante obstáculo pudiera detenerlos largo tiempo.

Su llegada había hecho mucho ruido, y de todas partes corrían para ver á los representantes de una humanidad tan cercana. Se quería saber cómo estaban conformados; si eran inteligentes, buenos y amables; y en fin, cómo habían llegado, insistiéndose en que se refirieran una y otra vez las circunstancias en que habían sido encontrados.

Todo el mundo lunar estaba excitado, y á no ser por las precauciones del gobernador de la provincia, los viajeros hubieran debido sufrir á veces las consecuencias de una curiosidad tal vez algo enojosa. Se había llevado muy pronto la noticia á la capital de la nación lunar, donde residía, con el Consejo Supremo del gobierno, el jefe del Estado.

Los sabios que constituían el Consejo habían juzgado que antes de presentar á los tres extranjeros al depositario de la autoridad soberana, convenía iniciarles en la lengua del país, de modo que se les pudiera interrogar y obtener de ellos sin entorpecimiento útiles explicaciones sobre el mundo de que eran mensajeros.

El juicioso y sabio Rugel, uno de los individuos del Consejo, había recibido el encargo de prepararlos para la recepción solemne que se les reservaba.

Inteligentes como eran, no habían tardado en familiarizarse con la lengua que hablaban los habitantes de la Luna.

Esta lengua de inflexiones musicales y suaves era sumamente sencilla y lógica. La gramática y la sintaxis, fundadas en reglas claras y conformes con las leyes mismas del pensamiento, libres de toda complicación inútil y de todas esas excepciones que entorpecen nuestras lenguas europeas, eran claras y fáciles; pero esta sobriedad de las formas esenciales no excluía la riqueza. El vocabulario era abundante, y cada uno de los matices más delicados del pensamiento tenía una palabra precisa para expresarle, palabra fácil de retener, que por lo regular formaba la imagen y cuyo sonido melodioso halagaba al oído.

El mismo espíritu de exactitud metódica presidía en la escritura que servía para representar las palabras de esa lengua.

En la humanidad lunar no existía, en efecto, más que una raza única, siempre sometida á las mismas influencias de temperatura y de medio ambiente; de modo que nunca se había hablado más que un idioma, el cual fué perfeccionándose á medida que la civilización progresaba y que las conquistas de la ciencia llevaban al pensamiento nuevos elementos. No se encontraba en esta lengua la variedad de radicales de orígenes diferentes, ni esas rarezas ortográficas que nos han dejado tantas lenguas muertas, y por lo tanto las palabras se figuraban tales como debían pronunciarse, con un reducido número de caracteres fáciles de aprender y de trazar. Todo el mundo hablaba y escribía bien.

En cuanto á los exploradores, su curiosidad se sobrecitaba por todo cuanto veían, y el deseo de aprender, ya natural en aquellas inteligencias escogidas, había aumentado singularmente. Todas las fuerzas de su imaginación se concentraban en comprender y admirar aquel mundo, donde todo les parecía superior á lo que conocían.

Iban de asombro en asombro.

Aquella humanidad, que parecía haber conquistado á fuerza de ciencia y de firmeza el derecho de vivir en un medio extraño; aquellos seres, de una naturaleza más sutil, libres del cuidado material de mantener cotidianamente su vida con un tosco alimento; aquellas artes é industrias mucho más perfeccionadas que las nuestras, y que habían sorprendido ya en la naturaleza secretos que apenas sospechamos, dominando fuerzas de que estamos muy lejos aún de haber sacado todo el partido posible; aquella civilización tan adelantada que había llegado á simplificar las condiciones de la vida, haciendo desaparecer las rivalidades y disentimientos que dividen á los hombres; aquella alta cultura moral, aquel amor ilustrado del bien; aquella sabiduría práctica, exenta de austeridad feroz y de rigorismo estrecho, y aquellas dulces costumbres, en fin, en que la afabilidad y la benevolencia hacían fáciles y amables las relaciones, todo esto les encantaba y seducía.

Marcelo se hallaba en un estado perpetuo de exaltación y de entusiasmo; Santiago no había olvidado su amor á Elena; pero en aquella región llena de serenidad, pensaba en ella sin amargura y con dulce esperanza; y el mismo lord Rodilan, apegado otra vez á la vida, estaba curado de su esplín y no sentía haberse librado de la muerte.

Para completar y apresurar su instrucción, Rugel les había hecho recorrer las diversas regiones del país donde habitaba la humanidad lunar, cuya cifra no excedía de doce millones de habitantes.

El centro de aquel país estaba ocupado por un mar de dimensiones casi iguales á las de nuestro Mediterráneo; y la superficie de este mar interior estaba sembrada de numerosas islas, algunas de ellas muy reducidas y agrupadas en risueños archipiélagos; mientras que otras, más importantes y aisladas, alcanza-

ban las proporciones de pequeños continentes. Estados como Grecia, Bélgica y Portugal hubieran cabido allí sin dificultad.

Alrededor de aquellas orillas, cortadas por numerosos golfos, por donde avanzaban pintorescas penínsulas, extendíanse vastas regiones surcadas por muchos ríos y llenas de ciudades florecientes, donde vivía cómodamente una población bastante menos densa que la que se acumula en nuestras sofocantes ciudades.

El suelo subía en ligera pendiente hasta una región de montañas inaccesibles, de rocas suspendidas y de precipicios insondables, cuyos flancos inhospitatorios no había hollado jamás persona alguna. Más allá de aquella barrera impenetrable elevábanse los cimientos graníticos que formaban á la vez las paredes y la bóveda de la caverna colosal que contenía un mundo.

Aquella región, donde no penetraban nunca los rayos del sol, hallábase iluminada por una luz igual y constante, debida á la difusión en la atmósfera de esa luz de naturaleza eléctrica cuyo aspecto imprevisto había sorprendido tanto á los tres viajeros. Esta continuidad de la luz, que no variaba por ninguna alternativa del día y de la noche, hacía que los habitantes del mundo lunar tuviesen una existencia muy diferente de la nuestra. La vida no se dividía en dos partes de duración desigual, una de ellas llena de fiebre, de agitaciones, de rudos y encarnizados combates, y la otra sumida en las tinieblas, donde la naturaleza y la humanidad parecen sepultadas en la noche de la tumba.

La superficie del suelo estaba siempre llena de vida y como sonriente. Cada cual empleaba en sus ocupaciones todo el tiempo necesario, sin cuidarse de las divisiones de los días, puesto que la luz no dejaba nunca de llenar el espacio, y entregábase al reposo cuando sentía la necesidad de reparar sus fuerzas agotadas.

La Naturaleza, siempre lógica en su previsión, había dispuesto la vida animal teniendo en cuenta el centro donde debía desarrollarse. Así como los hombres, los seres inferiores estaban organizados de manera que la vida se mantuviese tan sólo por la respiración, y así es que la lucha por la existencia no armaba á los unos contra los otros, ni á los individuos de una misma especie, ni á los de especies diferentes. Por eso no se afligía la mirada ante el espectáculo de esos continuos combates en que el débil, siempre sacrificado, sirve para alimentar al más fuerte; y no era de temer que aquella falta de enemigos encarnizados dejara desarrollarse con exceso las diversas especies animales: su fecundidad limitada bastaba para llenar los vacíos que la muerte, sobrevenida naturalmente, hacía en sus filas, sin que jamás ninguna de ellas pudiese llegar á ser invasora.

No teniendo que defenderse los animales contra enemigos que se reproducían de continuo, ni debiendo tampoco atacar para vivir, no necesitaban en modo alguno ese cúmulo de armas diversas y terribles con que la naturaleza los ha dotado en nuestro globo. Ni garras aceradas, ni dientes amenazadores, ni dardos envenenados; y por eso las especies dañinas eran desconocidas.

Animales mansos é inofensivos, que no habían debido sufrir nunca los injustos ataques del hombre, ni por lo tanto temerle ó desconfiar de él, y que por lo demás tenían por su naturaleza é instintos un carácter casi sociable, vivían con él en un estado que guardaba el término medio entre la independenciam y la domesticidad.

La especie que al parecer ocupaba el primer lugar en aquella vida de orden inferior presentaba analogías asombrosas con nuestra raza canina: á la vez más fina y más fuerte, de forma más esbelta y graciosa, vivía junto al hombre cual compañera afectuosa y sumisa.

En más estrecha intimidad con los habitantes de la Luna vivía también otro animal más pequeño, de movimientos menos rápidos, de graciosas formas, ligero y cariñoso, que era como el huésped asiduo de cada casa. Su pelaje, largo y sedoso, presentaba los colores más vivos y variados, y así como el plumaje de nuestras aves de los trópicos, tan pronto tenía un tinte uniforme y brillante como diversamente matizado, pero siempre suave y agradablemente vistoso. De costumbres familiares y pacíficas, aquellos animales no tenían nada del egoísmo feroz ni de la hipocresía de nuestra raza felina; parecían haber hecho al hombre el sacrificio de su libertad, y sus ojos, expresivos y dulces, demostraban que eran sensibles al afecto que se les dispensaba.

Otros animales, cuya talla y formas recordaban las de nuestros gamos, ciervos y gacelas, ó cuyo pelaje, de diversos colores, era unas veces listado, ó presentaba manchas, como el de nuestros tigres y leopardos, de cuya ferocidad é instintos sanguinarios carecían, poblaban la campiña.

Las familias de las aves, mucho menos numerosas que entre nosotros, se hacían notar, en cambio, por la belleza y el brillo de su plumaje y la armonía de sus cantos. No teniendo, así como los otros seres animados, ninguna razón para temer al hombre, acudían familiarmente á su llamada, poblaban los bosquecillos que rodeaban las casas, introducíanse en las viviendas y las alegraban con sus gorjeos y su presencia.

En los mares, en los ríos y en los lagos vivían algunas razas de peces, cuya tranquila existencia no turbaba nadie, y que al parecer no estaban allí, como dice el poeta antiguo, sino para que no careciese de habitantes ninguno de los elementos de la naturaleza.

En aquel medio, casi completamente cerrado, la claridad del día y la temperatura no sufrían más que ligeras variaciones. La luz que le iluminaba era análoga á la que el sol difunde sobre nuestra tierra cuando en los días de verano sale por la mañana velado por las brumas que se forman en la superficie del suelo enfriada durante la noche. Aquella claridad, muy dulce, irisada con los colores del prisma, singularmente suavizados por ligeros matices, que se sucedían al parecer en ondulaciones armoniosas, no se obscurecía sino cuando los vapores que se elevaban de los mares, condensándose en las altas regiones de la atmósfera, formaban nubes ligeras y cambiantes que á veces se resolvían en me-

nuda lluvia, aguacero vivificante que abría las flores, aumentando sus perfumes. La temperatura bajaba entonces algunos grados, pero nunca lo bastante para que una sensación de frío viniese á sorprender á los habitantes y disminuyera su actividad.



Las aves acudían familiarmente á su llamada

Aquella templanza constante de la temperatura, aquellas lluvias benéficas, comunicaban al suelo una fertilidad maravillosa. Los campos no se cultivaban, puesto que los habitantes de aquellas felices regiones no estaban reducidos á la necesidad de arrancar penosamente de la tierra alimentos indispensables para una vida inferior y material; y por eso las plantas florecían en plena libertad. Sin embargo, privada de la luz del sol, la vegetación presentaba un aspecto extraño, al que con dificultad se acostumbró la vista de nuestros europeos. El suelo estaba cubierto generalmente de un césped compacto y fino, verde pálido, que á veces tomaba un color blanco ligeramente teñido.

Sobre aquel fondo de un tono muy suavizado elevábanse arboledas de un color verde algo más sombrío. Los troncos, altos y cubiertos de una corteza tan pronto blanca como jaspeada, lisa y verde unas veces y estriada otras de listas longitudinales más ó menos oscuras, extendían sus ramas cubiertas de hojas de formas singularmente recortadas, cuyo color no era uniforme. Las unas, empenachadas y ligeras, eran casi transparentes, y la luz que las atravesaba comunicábalas un brillo semejante al de las flores; otras, compuestas de un tejido fino y como algodonoso, recortado cual fina blonda, parecían muy vaporosas.

Algunas veces elevábanse en medio de las praderas vegetales gigantescos, de troncos colosales, que extendían en todos sentidos sus ramas vigorosas cargadas de hojas largas y anchas, que semejantes á velos de gasa picada ondulaban al menor soplo de la brisa, irradiándose en ellas la luz en variados colores. Otros vegetales, de menos altura, de tronco liso y de un verde más vivo, elevaban á los aires sus hojas lanceoladas, de gruesas nerviaciones y con la punta provista de una especie de dardo.

Todos estos árboles, de esencias diversas y desconocidas de nuestros viajeros, tenían flores de formas extrañas y caprichosas; pero así como las que esmaltan los campos, todas eran de matices velados y en cierto modo opacos; no se veían, como en la Tierra, esos rojos brillantes y esa púrpura de color de sangre, esos amarillos que parecen oro en fusión, esos tintes azules y morados vigorosos é intensos, sino sonrosados pálidos, amarillos como atenuados por el tiempo, azules suaves, y rojos apagados con visos violáceos. Tan sólo el blanco, acariciado por la luz ligeramente azulada de la atmósfera, adquiría por este contacto un brillo luminoso.

Bajo aquel clima feliz, donde jamás había invierno, los bosques no quedaban despojados nunca de su adorno; los céspedes no carecían jamás de flores; éstas se sucedían sin descanso, y la mirada podía recrearse siempre en ellas.

Para ojos acostumbrados á los colores vivos y á veces chillones que entre nosotros presentan las más ricas florescencias, el aspecto general de la naturaleza podía parecer un poco insulso y algo monótono; pero la vista se acostumbraba muy pronto á esos tonos de infinita dulzura, cuyos mil matices y delicada diversidad seducían la mirada.

Las ciudades eran numerosas, edificadas como aquella donde habitaban nuestros viajeros, que era, propiamente hablando, la capital del mundo subterráneo, pues allí residía con el Consejo Supremo el jefe del Estado; pero esta capital no se distinguía por otra cosa de las demás ciudades. Como el suelo pertenecía á todos y nadie tenía interés en disputar á otro una parte de la propiedad común, cada cual había podido dar á su morada las proporciones que exigía el número de individuos de su familia ó su propio capricho.

Allí no había, como en la Tierra, esas colmenas sin aire y sin luz, formadas por pisos sobrepuestos, donde se acumulan numerosas familias extrañas unas á otras;



Algunas veces elevábanse en medio de las praderas vegetales gigantescos

cada cual tenía su casa, y todas se complacían en adornarla y decorarla con un gusto de exquisita variedad.

Las calles eran anchas y espaciosas, embaldosadas con una materia semejante al vidrio, cuyos diversos colores, dispuestos con arte, formaban una especie de mosaico. Los vegetales que las flanqueaban, los jardines que circuían las casas, los anchos espacios plantados de árboles y de arbustos siempre cubiertos de follaje y de flores, comunicaban á todas aquellas ciudades un aspecto risueño y tranquilo. Numerosos vehículos eléctricos, ligeros, rápidos, de graciosas formas, y que rodaban sin ruido, cruzábanlas en todas direcciones. Los caminos que unían las ciudades no eran más que la continuación de las calles que los atravesaban, y estaban embaldosados del mismo modo.

En la campiña, á cierta distancia de las poblaciones, elevábanse casas solitarias, asilos predilectos de algunos sabios, deseosos de no ser molestados en sus meditaciones por el movimiento de las ciudades.

Gracias á un sistema de locomoción eléctrica que permitía obtener con aparatos de muy reducido volumen una fuerza propulsora considerable, las comunicaciones entre las diversas ciudades eran rápidas y frecuentes. En efecto, habíase descubierto un metal con el que nada tenía de análogo la constitución geológica del globo terrestre; de color azulado, de una densidad inferior á la del aluminio, menos fusible que el platino y más magnético que el hierro dulce, tenía la propiedad de cargarse de electricidad al aire libre, de almacenarla y de formar así verdaderos acumuladores de extremada fuerza y de duración casi indefinida.

Las principales ciudades se comunicaban entre sí por una red de vías férreas cuya singularidad produjo en los tres habitantes de la Tierra profundo asombro cuando las vieron por primera vez.

Efectivamente, allí todo era nuevo.

Imaginense unos vehículos de forma graciosa y ligera, escotados en su parte superior y ensanchados por la inferior, cuyos dos lados reposaban en la extremidad de un eje que servía de tal á una especie de esfera compuesta de cuatro grandes círculos metálicos, los cuales se cortaban en ángulo recto; uno de ellos, perpendicular al vehículo y provisto de una canal, corría sobre un riel único. ¿Cómo podría semejante aparato mantenerse en equilibrio?

Este fué el problema que desde luego se planteó el ingeniero Marcelo, y cuya solución, tan sencilla como original, le maravilló.

Los sabios de la Luna no habían hecho más que aplicar á la locomoción el principio del «giroscopio.»

Sabido es que un cuerpo sólido, como por ejemplo un disco metálico, sometido á un rápido movimiento de rotación sobre su eje, conserva invariablemente su plano de rotación, y por lo tanto su eje mientras la velocidad inicial no se modifica. En este punto se había fundado el físico Foucault al construir el instrumento que le sirvió para demostrar la rotación de los planetas. Su giroscopio,

en efecto, se mantiene en equilibrio mientras conserva la misma rapidez de rotación.

En el aparato que sorprendía tanto á Marcelo estaba aplicada la misma ley física.

En el centro de la esfera sobre cuyo eje reposaba el vehículo se había dispuesto un disco, ó más bien una especie de volante metálico de mucho peso, animado por un motor eléctrico, cuyo movimiento de rotación era extremadamente rápido, en el plano mismo de la rueda acanalada que reposaba en el riel. El diámetro y el peso de dicho volante, así como la celeridad que se le imprimía, se calculaban según la carga que el eje de la esfera debía soportar. Mientras se mantenía su rapidez, todo el aparato conservaba sobre la cinta de metal un equilibrio fijo é invariable, de bastante estabilidad para que no la interrumpiera el vaivén de los viajeros. El tren así formado se ponía en movimiento por un motor eléctrico independiente, dispuesto en el primer vehículo, que constituía así una especie de locomotora eléctrica cuya forma de cortavientos muy agudo disminuía en mucho la resistencia atmosférica.

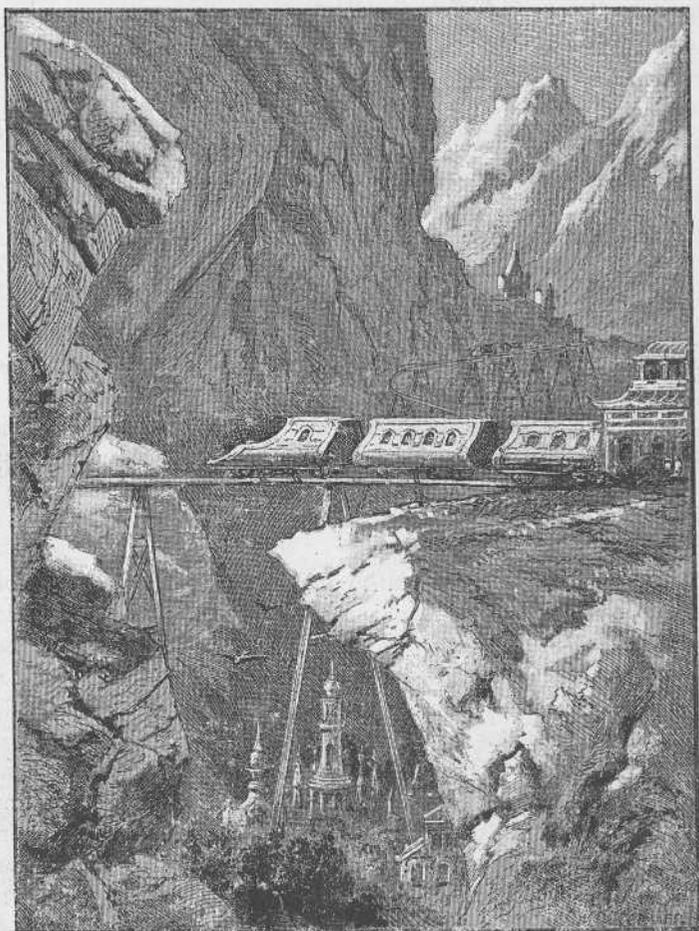
Este sistema tenía por consecuencia, puesto que el todo rodaba sobre un solo riel, el reducir el frotamiento á su *mínimum*, aumentando proporcionalmente la celeridad obtenida; y también resultaban así preciosas facilidades para el establecimiento de las vías.

En efecto, el riel reposaba sobre pilares metálicos colocados de trecho en trecho, y cuyas alturas, variando según las desigualdades del terreno, mantenían la vía en un plano siempre horizontal. Así se evitaban los trabajos de terraplén, las zanjas, y todo cuanto hace tan largo y penoso el establecimiento de las vías férreas terrestres; no había otras obras de arte más que algunos puentes atrevidos, igualmente metálicos, construídos sobre un profundo desfiladero ó sobre una corriente de agua.

Siempre cuidadosos de evitar los accidentes posibles, los ingenieros lunares habían previsto el caso de que, por una causa cualquiera, el tren pudiese perder su equilibrio si llegase á faltar la corriente motora.

Habían ideado un ingenioso sistema de frenos. El riel, de dimensiones y fuerza muy superiores á las que se usan en la Tierra, tenía también la forma de un hongo, con la diferencia de estar socavado más profundamente, de modo que presentase á cada lado una cavidad á la que pudiera adaptarse exactamente una zapatilla de acero; esta última estaba á derecha é izquierda del riel, en el extremo de un brazo de palanca muy poderoso, dispuesto bajo los vehículos y formando así un triángulo isósceles cuyo vértice era el riel. Cuando el tren estaba en marcha, aquellas dos zapatillas de acero se mantenían bastante separadas para que no pudieran producirse ningún roce; y apenas cesaba ó disminuía la corriente que hacía funcionar los giroscopios, peligrando así la estabilidad de los vehículos, las dos zapatillas se acercaban al riel y, adhiriéndose á él con fuerza, formaban para el tren una base inamovible. Para determinar esta aproximación se había

dispuesto un mecanismo automático en el vehículo. Allí se hallaban, en efecto, á la vista de los que conducían el tren, aparatos registradores cuyas agujas indicaban á la vez con precisión el número de revoluciones verificadas por los giros-



El tren así formado se ponía en movimiento...

copios en la unidad de tiempo, y la fuerza é intensidad de la corriente eléctrica. Apenas la aguja alcanzaba la cifra mínima, produciase la soltura de los resortes que sujetaban las zapatillas de todos los frenos, y éstas, cogiendo á la vez el riel, mantenían el tren en equilibrio. Entonces bastaba interrumpir la corriente que activaba el aparato locomotor para que en pocos instantes el tren se detuviera sin sacudida.

Todo esto era ligero, aéreo, silencioso, y los tres amigos no podían cansarse de admirar el genio fértil que había imaginado aquellos trenes atrevidos que cortaban el aire con rapidez, y que anunciaban su paso tan sólo con un ligero susurro.

Aquel sistema de transportes satisfacía las necesidades generales é industriales; mas para las comunicaciones particulares ó los traslados de individuos, existían otros medios de uso cómodo y fácil.

En aquella atmósfera saturada de electricidad, donde predominaba el ozono, es decir, el oxígeno electrizado, existía un depósito inagotable de fuerzas naturales, que la muy adelantada ciencia de los habitantes de la Luna había sometido á todos sus usos.

Gracias al motor ligero y poderoso de que disponían, para ellos era un juego construir aparatos que, más pesados que el aire, y tomando su punto de apoyo en el medio ambiente, se podían dirigir con seguridad en la atmósfera para franquear sin entorpecimiento y con rapidez distancias considerables.

Un ingenioso sistema de paracaídas, que bajo reducido volumen ofrecían una ancha superficie de resistencia y se desplegaban automáticamente, evitaba los percances, siempre de temer hasta con las máquinas más perfeccionadas, proporcionando á ese género de transportes una seguridad completa. Después de muchos ensayos, los físicos lunares habían reconocido que el medio de propulsión más sencillo y práctico era el del hélice, invención que tanto se ha tardado en hacer en la Tierra.

Las aves apenas podían seguir en su vuelo á esas ligeras embarcaciones que una sola persona bastaba para dirigir y mantener en la dirección apetecida.

También era el fluido eléctrico el que ponía en movimiento las embarcaciones de toda especie que flotaban en la superficie del mar interior, remontaban la corriente de los ríos y hasta sumergíanse bajo las aguas para ir á explorar las capas profundas de aquellos mares desconocidos.

En aquel mundo tan diferente de la Tierra todo respiraba la tranquilidad y la paz del alma; todos, libres de las necesidades materiales, parecían no tener más cuidado que desarrollar su inteligencia ó abandonarse á los sentimientos más puros y elevados del corazón. La serenidad de sus facciones, la franca expresión de su mirada y la benevolencia de su sonrisa demostraban que su alma estaba exenta de todas las ambiciones mezquinas, de todas las pasiones egoístas que tan mísera hacen la condición de la humanidad terrestre.

Apenas se conocían más tristezas que aquellas que puede ocasionar la pérdida de los seres á quienes se ama: de algún hijo arrancado al cariño de sus padres en la aurora de la vida, de una compañera adorada, de un amigo ó de un maestro venerado; ó bien esas inquietudes ó tormentos de que no puede sustraerse el alma de los sabios cuando, consagrados al estudio de algún problema importante, no consiguen dar con la solución tan largo tiempo buscada.

Nuestros viajeros se preguntaban, sin embargo, dónde, cómo y por quién se

habían construído los monumentos que excitaban su admiración, las máquinas y los aparatos tan diversos que respondían de una manera tan cómoda y completa á todas las exigencias de la vida.

En efecto, en las ciudades y en los campos que recorrieron no habían visto en ninguna parte vestigio alguno de trabajo industrial; pero no tardarían en saber, prolongando su permanencia en el mundo lunar, que más allá del límite de las regiones que habían visitado había otras aglomeraciones de habitantes diferentes de las que ya conocían.

En la inmediación de las montañas de que ya hemos hablado elevábanse esas ciudades verdaderamente industriales. Allí se extraían del suelo todos los metales útiles ó preciosos; allí se trabajaban, y de allí salían ya fabricados los utensilios necesarios para los diversos usos de la vida, así como todos los aparatos que corresponden á una civilización muy avanzada.

La clase de los Diemides era la que se ocupaba en aquellos trabajos múltiples.

CAPÍTULO XIII

DIEMIDES Y MEOLICENOS

Así como en todas las reuniones de seres humanos, inteligentes y morales, sometidos á la gran ley del progreso y que se elevan de continuo por la vía de un bienestar cada vez más completo, de un conocimiento cada vez más elevado, la humanidad lunar había manifestado desde un principio aptitudes diversas y capacidades diferentes.

Allí, como dondequiera que podemos imaginar seres vivientes y perfectibles, la lucha por la existencia, cada uno de cuyos pasos hacia adelante es una conquista sobre la naturaleza, la influencia del medio ambiente, la selección y la herencia habían hecho su obra. Mientras que los unos, mejor dotados, mejor armados, habían podido cultivar sus facultades en condiciones más favorables y llegaban á ser superiores por la ciencia y la práctica del bien, los otros no seguían sino de lejos, y con más lento paso, esa marcha por la vía del progreso indefinido.

Sin embargo, como los habitantes de la Luna no estaban sometidos á las mismas necesidades que los de la Tierra, como eran por naturaleza de una esencia menos tosca, no tan avasallada á las exigencias de la materia, su punto de partida había sido más elevado que el de nuestras razas primitivas, y el desarrollo de esa humanidad privilegiada fué más rápido y completo. La distancia que separaba las capas extremas de esa jerarquía moral era mucho menos considerable que la que existe en la Tierra entre los productos refinados de nuestras civilizaciones europeas y los rudos bárbaros que vagan por los bosques del Africa central ó por los desiertos de Australia.

De carácter dulce y pacífico, profundamente penetrados del amor al bien, del respeto á la ciencia y de la ambición legítima de elevarse siempre á mayor altura, los Diemides — en lenguaje lunar, los que aspiran á mejor condición — aceptaban contentos esos trabajos que servían para la utilidad común de la gran familia de que formaban parte. Por lo demás, los continuos descubrimientos de los sabios, que robaban cada día á la naturaleza algún nuevo secreto, y que empleaban para su uso, disciplinándolas, fuerzas que nos son desconocidas aún, facilitaban cada vez más esos trabajos, haciéndolos menos repugnantes.

Ingeniosos procedimientos, máquinas de un mecanismo tan sencillo como seguro, permitían extraer casi sin esfuerzo las primeras materias que el suelo producía en abundancia, y fabricar sin trabajo todos los objetos útiles, reduciendo á su mínimo la tarea del hombre, cuyos deberes se limitaban á dirigir y vigilar la marcha de una maquinaria perfeccionada.

Por lo demás, el noble sentimiento de justicia y amor que reinaba en aquella sociedad depurada hacía dulce su condición á los Diemides, reservando á cada cual la perspectiva de las más preciosas recompensas. Allí, cada cual ocupaba el lugar que le señalaban exactamente su mérito y su valor moral; el que por su inteligencia, por los servicios prestados y por el buen ejemplo que daba se distinguía de aquellos en cuya clase había nacido, elevábase más en la escala social: á todo progreso en la dignidad moral correspondía una elevación proporcionada en aquélla. De este conjunto de costumbres é instituciones, que se habían establecido libre y espontáneamente entre aquellas razas inclinadas por naturaleza al bien, había resultado una jerarquía fija en cuanto á las demarcaciones que separaban las diversas clases, pero esencialmente movable para los individuos, que podían siempre, por la continuidad de sus esfuerzos, elevarse hacia las clases superiores. De aquí un orden social del que estaban excluidos los celos y la envidia, predominando en todos el sentimiento del deber cumplido y la paz que le acompaña.

En el grado más inferior de la escala hallábanse los Diemides que se ocupaban en las industrias extractivas; sobre éstos figuraban los constructores, aquellos que edificaban las casas ó fabricaban máquinas, muebles y aparatos diversos; y en grado más superior, en fin, contábanse aquellos que, bajo la dirección de los artistas, pintores, escultores, arquitectos é ingenieros, decoraban los edificios y esculpían ó cincelaban la madera, la piedra ó el metal.

A esto se reducía la misión de los Diemides.

La jerarquía se continuaba en la clase superior, llamada de los Meolicenos, es decir, los hombres de la inteligencia.

A decir verdad, no había más diferencias entre las dos ramas de aquel gran pueblo que la naturaleza del trabajo á que se dedicaban. Mientras este trabajo era puramente material, nadie salía de la clase de los Diemides. Cuando la obra que se ejecutaba exigía el empleo exclusivo de las facultades de la inteligencia, entrábase en la clase superior de los Meolicenos, y aun en ésta se continuaba una marcha ascendente hasta la categoría más elevada, en la cual figuraban los sabios, cuyos profundos conocimientos abrazaban el principio de todas las ciencias, las leyes generales del universo y las grandes verdades morales que servían de guía á esa humanidad tan adelantada ya en la vía de la perfección.

Como el culto y la práctica del bien estaban en armonía con la extensión de los conocimientos en aquellas naturalezas escogidas, en los principales Meolicenos uníase á la más completa sabiduría la más inalterable virtud.

Libres de las debilidades humanas, de los desfallecimientos y de las imper-

fecciones morales que podían existir en la clase inferior, vivían al parecer en una atmósfera etérea á la cual no llegaba nunca nada bajo ó impuro. Dominaban por su poderosa inteligencia, por la posesión casi completa de los secretos de la naturaleza, que ponían en sus manos fuerzas capaces de destruir, si necesario fuese, el mundo que habitaban, y sobre todo por la serenidad de su vida y la autoridad que les daba la realización constante de todo cuanto es bueno, honrado y justo.

Constituían el Consejo Supremo del magistrado que estaba á la cabeza de aquella especie de república.

Este jefe del Estado, con poderes vitalicios, era elegido por los individuos del citado consejo, y siempre escogido entre ellos.

En aquella asamblea de sabios no podían mediar intrigas ni vulgares competencias: en el más digno recaían siempre los sufragios de sus colegas.

Sus funciones consistían en dirigir los debates de la asamblea que presidía y adoptar por su propia iniciativa todas las medidas que juzgaba útiles para el desarrollo material y moral de la sociedad entera.

Figuraba en primer lugar en todas las ceremonias públicas, y era á la vez jefe de la religión y de la ciudad. Este doble carácter augusto y sagrado y la convicción de todos de que era el primero por la ciencia, por la sabiduría y la virtud, asegurábanle una autoridad ante la cual se inclinaban todos con respeto.

En aquel centro, donde la posición social dependía tan sólo del valer de la persona, no se reservaba ningún privilegio á la cuna: todos nacían iguales, todos pasaban por las mismas pruebas. El niño, bien fuese hijo de un Diemide ó de un Meoliceno, era educado hasta la pubertad en el seno de la familia, y sin distinción de sexo recibía de boca de los sabios los principios de todos los conocimientos útiles ó agradables que debían permitirle desempeñar más adelante las funciones á que la naturaleza le había destinado. Los jóvenes aprendían los elementos de las ciencias que deberían aplicar en los empleos diversos que su jerarquía social les reservaba; las niñas, en cuya alma se cultivaba principalmente el sentimiento de lo bello, se preparaban para dedicarse á las artes, sin que estas aspiraciones hacia lo ideal pudiesen alterar nunca la reserva y la modestia tan naturales á su sexo y que constituyen el encanto de la vida.

Y los que estaban encargados de distribuir así la enseñanza y que tenían la delicada misión de discernir las aptitudes dominantes de cada cual, favoreciendo su desarrollo para el mayor bien del pro común, eran los Meolicenos más reverenciados.

La misión de formar así para el culto del bien, de lo bello y de lo verdadero el alma de las generaciones futuras, se consideraba como la más importante de todas.

En cuanto á las jóvenes, seguían viviendo en el hogar doméstico hasta que la elección de un esposo las permitiera salir de la casa paterna.

Como nadie podía pensar en ser rico ni en elevarse por malos medios sobre

los otros, y como tampoco había propiedad individual, cada cual recibía su parte legítima del fondo común, y de consiguiente no había transacciones, ni salarios ni monedas de ninguna especie, no pudiendo pensarse, por lo tanto, en fortuna



En aquella asamblea de sabios...

ó dote. Mientras que en la Tierra se buscan con afán ricas herederas, y sin cuidarse de las cualidades del alma y del corazón, tan sólo se aspira á la opulencia, ó á satisfacer mezquinas esperanzas, considerándose feliz y envidiado aquel que

con más brillantez realiza estos vergonzosos cálculos, solamente el amor, confiado y desinteresado, presidía allí en los matrimonios, asegurando á la vez la dicha y la dignidad de los cónyuges.

Cuando una simpatía recíproca acercaba á dos seres; cuando la sinceridad de sus sentimientos, que no pensaban disimular, había consagrado estos primeros impulsos del corazón, nadie se metía en averiguar á qué grado de la escala social pertenecían los que aspiraban á unirse para fundar una nueva familia. En este punto no había distinción entre Diemides y Meolicenos.

Por lo demás, el mismo funcionamiento de las instituciones que regían la humanidad lunar hacía imposible la formación de una aristocracia de raza: nadie se inclinaba sino ante la superioridad intelectual y moral, adquirida por un trabajo incesante y reconocida por numerosas pruebas decisivas.

Para darse cuenta de esto es preciso hablar otra vez de la educación que los jóvenes recibían.

Cuando llegaban á la adolescencia, todos sin distinción, bien fuesen hijos de los más elevados Meolicenos ó de los más humildes Diemides, ocupaban un lugar en la clase de estos últimos, y ante ellos se abría una carrera de perfeccionamiento y de progreso.

Todos comenzaban por ocuparse en los trabajos puramente manuales, que no exigían el uso de fuerzas físicas; pero estos trabajos, ejecutados en su mayor parte con máquinas, cuyo motor inagotable era la electricidad, ofrecíanles ocasión de ejercitar á la vez su inteligencia y su sentimiento artístico. Una vez extraídos los materiales, y puestos en obra toscamente, no tenían ya que hacer más que modelarlos, dándoles la forma definitiva, y cualquiera que fuese el uso á que se destinaran, desde los poderosos soportes en que reposaban las líneas férreas y los bloques que servían de base á los monumentos, hasta las piezas más delicadas de complicados aparatos y los muebles que adornaban las casas, todo en aquel pueblo tan eminentemente dotado revestía formas de una variedad elegante y armoniosa.

Aquellas ocupaciones, por lo demás, les dejaban numerosos ratos de ocio, y al paso que trabajaban para la utilidad común, proseguían la cultura de su inteligencia, esforzándose por hacerse dignos de una condición superior.

Los sabios que dirigían sus trabajos, señalando á cada cual su tarea, eran también los que les guiaban en el desarrollo de su instrucción científica y moral. De este modo venían á constituir una numerosa familia en que se amaba y respetaba la autoridad porque siempre era benévola y justa, y en que la obediencia se hacía fácil y dulce porque no se fundaba en el temor de un poder tiránico ó envidioso, sino en un afecto recíproco ó un constante deseo de hacer bien.

Aquellos sabios, que también eran prudentes, seguían con mirada atenta la obra de cada cual; juzgaban del mérito, de los esfuerzos hechos, de los resultados obtenidos, y tan luego como alguno de los que estaban sometidos á su dirección había aumentado la suma de sus conocimientos con su trabajo personal,

haciéndose capaz de prestar á la sociedad servicios de un orden más elevado, designábanle para ocupar su puesto en una clase superior.

Y estas decisiones, dictadas tan sólo por el espíritu de justicia y el sentimiento del bien común, eran aceptadas sin discusión, sin enojo ni envidia.

Aquel que se elevaba así en la escala social no veía en torno suyo más que rostros risueños, manos que se alargaban para felicitarle por su triunfo: tan convencida estaba aquella sociedad, desde los más altos á los más bajos, de que todo debía tender y tendía, en efecto, á la prosperidad y á la dicha general.

Sin embargo, no les era dado á todos los que constituían la clase de los Diemides avanzar con paso igual por la vía del progreso que ante sí tenían abierta. Los que, como es natural en toda reunión de hombres, no estaban tan bien dotados desde el punto de vista de la inteligencia, no trasponían nunca los grados inferiores ó no podían salir jamás de su condición de Diemides; pero la moralidad, el espíritu de orden y de sumisión eran los mismos en todos. Y así se efectuaba de una manera regular y constante, sin oposición, sin enojos ni amargura, la selección racional que aseguraba á cada uno el lugar que mejor le convenía.

La condición de las mujeres era tal como se puede imaginar en un mundo exento de pasiones, de ambiciones mezquinas ó de pueriles vanidades. Cualquiera que fuese el esposo de su elección, Diemide ó Meoliceno, todos eran considerados por igual. Por lo demás, si para los hombres existían distinciones de clases y de grados jerárquicos, no ocurría lo mismo para con las mujeres; y la razón era muy sencilla: allí no había ricos ni pobres; la vida material se reducía á su más simple expresión, y á esto se debía que no fuesen sino un juego aquellos cuidados domésticos que tan desagradables y enojosos son á veces para nosotros.

Nadie estaba reducido á la condición servil de prestar á su prójimo servicios humillantes. Así se respetaba la dignidad de cada uno, fuera cual fuese la clase á que perteneciera, y no se veían esos vicios degradantes que en la Tierra engendra la domesticidad: la envidia y el odio, la mentira y el fraude, que se disimulan bajo las formas de la complacencia y de la galantería.

Mientras que los hombres desempeñaban sus funciones sociales — nadie estaba allí ocioso ó desocupado, — reservábase á las mujeres el cuidado de adornar y embellecer sus casas, educar los hijos y también cultivar en sí propias el sentimiento exquisito de las artes, del dibujo, de la pintura y de la música, ó de esos trabajos delicados y encantadores que realizaban el brillo de los trajes, agregando á su belleza el atractivo del adorno.

El gusto que presidía en su manera de vestir se regulaba siempre por un sentimiento muy justo de decencia y mesura; nada se concedía á la vanidad, á la ostentación y al afán de notoriedad que tan á menudo afea las más preciosas cualidades de las mujeres de la Tierra. Sus facciones, regulares y puras, no presentaban esas muestras de penosa fealdad que entre nosotros hacen sonreír á veces y enajenan toda simpatía: sus rostros tenían una expresión impregnada de dulzura y afabilidad. De nada hubiera servido allí un arte falso y malsano; la

naturaleza les bastaba, y no se les habría ocurrido valerse de vanos artificios para exagerar la opulencia de su cabellera, la frescura de su tez ó el brillo de sus miradas.

No conocían tampoco esa coquetería desesperada de las mujeres que se resisten á envejecer, que por su carácter frívolo y corazón ligero se alarman cuando aparecen la primera arruga y las primeras canas. La idea de luchar contra las leyes que presiden la transformación de todos los seres no habría podido germinar en ellas: pasaban sin turbación de la juventud á la edad madura y de ésta á la vejez, siempre amadas, respetadas y honradas.

Por lo demás, su rostro conservaba siempre, hasta en la edad más avanzada, una marcada expresión de nobleza y de bondad. El carácter franco y sincero, que era como una ley de su naturaleza y la condición de su superioridad moral, hacía imposibles en ellas esos disimulos pérfidos, esos engaños, esas traiciones que tan á menudo han ocasionado en la Tierra la desesperación y la ruina. La maledicencia, las calumnias, las charlatanerías insulsas y las insinuaciones malignas en que se complacen de ordinario en nuestro mundo inferior las personas ociosas ó necias de nuestras sociedades mundanas, eran allí completamente desconocidas.

Los vínculos creados por la naturaleza, consagrados por el afecto y realzados por una noble dignidad moral, eran santos y respetados. Cada familia ofrecía un cuadro completo de concordia y amor, en el que se reflejaban el orden y la armonía que reinaban en la sociedad entera.

Las creencias religiosas eran ciertamente las que convenían á aquel pueblo depurado. Desde un principio los habitantes, gracias á la fuerza superior de su razón, se preservaron de esas absurdas supersticiones que han sido causa en la Tierra del lento desarrollo de nuestras civilizaciones. La idea de una Inteligencia soberana, infinita, origen de todas las cosas, centro de todo bien y de toda belleza, no había necesitado encarnarse para ellos en forma de un materialismo bárbaro al principio, y después, poco á poco, en formas más abstractas y más perfectas.

Desde el origen se había presentado á su mente en toda su sencillez y en su inalterable esplendor.

Por eso no habían juzgado nunca á propósito encerrar la divinidad en templos, ni someter el culto que la tributaban á manifestaciones con frecuencia crueles y sangrientas y á veces pueriles ó ridículas.

Cada cual prestaba en su interior á la divinidad un culto libre y puro, atribuía al Autor de todas las cosas sus alegrías ó sus tristezas; y sin necesidad de ritos ni de liturgias, entregábase á sus sentimientos de gratitud y de adoración con toda la espontaneidad de una conciencia que ninguna autoridad venía á oprimir.

En ciertas épocas, el jefe del Estado invitaba á practicar ceremonias públicas, de un carácter á la vez patriótico y religioso, á todos los habitantes del

mundo lunar, y á este llamamiento del todo paternal se limitaba el ejercicio de su autoridad religiosa.

Para estas ceremonias, que mantenían en las generaciones sucesivas la cadena de las tradiciones, los poetas componían cantos, himnos inspirados, y los músicos dejaban oír las más deliciosas melodías. Conmemorábase el recuerdo de aquellos á cuyo genio se debía algún notable y fecundo descubrimiento útil para la humanidad, de los sabios que habían formulado los preceptos de una moral sublime, y la voz de todo un pueblo se elevaba hacia el cielo con acentos de alegría y agradecimiento.

En aquel culto tan elevado no había nada que se asemejase á esas controversias teológicas en que un ciego fanatismo desencadena sus furores intolerantes y que han hecho correr torrentes de sangre y de lágrimas; nada parecido tampoco á esas discusiones filosóficas, vanas y estériles, en que algunas almas, infatuadas por su propia fuerza, van á perderse en las brumas de una incomprendible metafísica.

Todo era sencillo, todo noble, todo grande.



CAPITULO XIV

LA RECEPCIÓN

Había llegado el día señalado para la recepción de los extranjeros. En el palacio donde habitaba el jefe del Estado y donde se reunía el Consejo Supremo debía efectuarse aquella ceremonia que iba á consagrar de una manera inolvidable el triunfo de la más audaz empresa que jamás intentaron seres humanos. El rumor de aquella solemnidad se había propagado por todo el mundo lunar; to-

dos se mostraban ávidos de asistir á ella, y todo contribuía para rodearla de una magnificencia excepcional.

El palacio se elevaba á cierta distancia de la playa donde las olas del mar

venían á morir tranquilamente, y en el centro de una vasta plaza flanqueada de pórticos de mármol, cuyos variados colores recordaban el pórvido, el mármol negro, el de Paros, el sanguíneo y el jaspe.

Alrededor de las columnas y de los pilares se desarrollaban guirnaldas de flores y de follaje hechas de metales preciosos maravillosamente labrados, cuyo brillo, con visos tan pronto dorados como azulados, armonizábanse con el color de los mármoles que decoraban. A lo largo de las cornisas y sobre los frisos corrían arabescos del más acabado trabajo, y sobre aquel fondo de vivos tintes destacábase vigorosamente el palacio, cuya blancura atenuaba la multiplicidad de los adornos que cubrían las paredes. Generaciones de artistas se habían sucedido para embellecer aquel fastuoso monumento donde se resumía en cierto modo la historia del mundo lunar.

En el centro del edificio elevábase una cúpula de elegante y atrevida forma, rematada en un campanario esbelto y ligero con finas aberturas. La cúpula estaba cubierta de una red de adornos metálicos, cuyas cinceladuras permitían ver entre sus caprichosas labores la deslumbradora blancura del mármol que revestían, y reposaba sobre una serie de columnitas, con capiteles ricamente trabajados, unidos entre sí por arcos esculpidos y calados, cuyos nervios, retorcidos y entrecruzados por una mano segura, formaban una verdadera blonda.

El palacio coronado por aquella cúpula aérea afectaba en sus disposiciones generales la forma de una cruz de cuatro brazos de igual dimensión, y sobre el que se prolongaba en el eje de la plaza extendíase un vasto terrado circuído de una ligera balaustrada de oro y plata y también de ese metal de visos violáceos que ya conocían nuestros viajeros. Se recordará que en una plancha de este metal estaban grabadas las señales misteriosas que inspiraron á Marcelo la idea de lanzarse en aquella empresa sobrehumana. Todo era macizo, y allí se notaba también esa inagotable fantasía que adaptaba el metal como una rama flexible alrededor de la cúpula y en los huecos de las columnitas. Sobre los otros tres brazos de la cruz elevábanse, sostenidos por ligeros arcos, atrevidos campanarios de menos altura que el de la cúpula central y cargados de esculturas. Alrededor de todo el edificio corría un pórtico que formaba una galería cubierta.

Sobre el fuste de las altas columnas que le sostenían veíanse otra vez esas guirnaldas de flores y de follaje, ó de preciosos esmaltes hábilmente combinados, que imitaban la naturaleza con sus vivos y variados colores.

Allí donde las exigencias de la construcción habían dejado superficies planas, lienzos de pared, lados de pilastras ó frisos, el cincel de escultores hábiles había ejecutado en el mármol bajos relieves policromos, cuyos personajes estaban representados con tal realidad en la actitud y con tan intensa expresión, que ofrecían todas las apariencias de la vida. Cada uno de aquellos cuadros, cuyos tonos eran tan ricos y variados como los de una pintura, representaba alguna escena de la historia de la humanidad lunar; pero no, como entre nosotros, asesinatos y matanzas. Los felices habitantes de aquel mundo superior ignoraban hacía

largo tiempo lo que eran la guerra y sus horrores. Si en las primeras edades del planeta las codicias inherentes á toda humanidad naciente armaron á los seres vivientes unos contra otros, el progreso de las ciencias y de las costumbres había hecho olvidar hacía largos siglos aquellas luchas fratricidas, y no se conservaba ya el recuerdo más que para hacerle objeto de la execración universal.

Cada uno de aquellos bajos relieves recordaba algún descubrimiento notable ó útil, algún rasgo de abnegación que se conservaba vivo en la memoria y el agradecimiento de los hombres, la promulgación de alguna sabia ley ó el recuerdo de personajes ilustres entre todos por sus servicios ó sus virtudes.

Era como una enseñanza perpetua puesta á la vista de la multitud, y que mantenía en todos los corazones una generosa emulación.

A pesar de la abundancia de los adornos que revestían aquel palacio, en sus líneas generales, armoniosamente combinadas, presentaba el aspecto de una increíble ligereza.

Bajo los pórticos, entre las columnas, penetraban el aire y la luz, y el conjunto del edificio parecía elevarse, como esos palacios fantásticos que se entreven en sueños y cuyos contornos caprichosos y mudables cree la vista seguir á veces en las nubes.

En el momento indicado, una delegación del Consejo Supremo, á cuya cabeza iba Rugel, había ido á buscar á los tres extranjeros á su casa para conducirlos ante el grande y venerable Aldeovazo.

A uno y otro lado del camino que los conducía al palacio, y que recorrieron á pie rodeados de los sabios que formaban su escolta, había una compacta muchedumbre atraída por una legítima curiosidad; pero aquel gentío no profería ningún grito, ni se arremolinaba, ni se permitía la menor precipitación indiscreta: todos permanecían en su sitio con calma y dignidad, y allí donde todos se respetaban á sí mismos y á sus semejantes, no se necesitaban reglamentos ni fuerza pública para evitar las manifestaciones intempestivas ó turbulentas.

Al paso del cortejo, cada cual se inclinaba para saludar á los extranjeros con una sonrisa de benévola acogida, y apenas un ligero murmullo indicaba la sorpresa que la presencia de aquellos viajeros intrépidos, llegados tan singularmente de un mundo vecino, causaba á los que no les conocían aún.

El tiempo estaba sereno y apacible, y una ligera brisa movía lentamente en el espacio suaves vapores que flotaban como velos de gasa fina y aérea. La pequeña bahía en cuyo fondo se elevaba la ciudad capital estaba llena de embarcaciones de formas diversas, atestadas de curiosos que habían llegado de todos los puntos del litoral, ávidos de disfrutar del espectáculo que se preparaba.

En efecto, en el terrado del palacio que daba frente á la bahía era donde se debía celebrar aquella ceremonia solemne. Habíase levantado una especie de construcción ligera, de suntuosa magnificencia, sobre el pavimento de mármol del terrado, dispuesta en forma de anfiteatro, á fin de que ningún detalle del espectáculo pasase inadvertido para la multitud que llenaba la plaza y la bahía.

En el mismo instante en que el jefe del Estado acababa de ocupar el trono que se le había reservado y en que se agrupaba á su alrededor la imponente asamblea de los individuos del Consejo, á los que se habían unido para aquel caso excepcional todos los altos dignatarios del Estado y los gobernadores de las provincias, los tres extranjeros se presentaron en el terrado.

Un prolongado movimiento de agitación, hijo de la curiosidad, recorrió la multitud allí reunida hasta los grupos más lejanos.

La extrañeza del traje de los extranjeros – conservaban, en efecto, sus ropas europeas – llamaba la atención de los espectadores.

Y á su vez los tres amigos quedaron deslumbrados un momento ante el magnífico cuadro que se ofrecía á sus ojos.

El rostro del prudente Aldeovazo estaba impregnado de una gravedad majestuosa, templada por una expresión de benevolencia y de dulzura; se había levantado para honrar á sus huéspedes, y su elevada talla, que el peso de los años no había podido encorvar; su cabeza, coronada de una lengua cabellera blanca, y su barba, que en plateadas ondas descendía hasta el pecho, comunicábanle un aspecto de indecible grandeza. La vivacidad de su mirada y la energía que se adivinaba en aquellas facciones regulares, aún no ajadas por la vejez, denotaban un alma en que la bondad no había debilitado en nada la firmeza.

Todos cuantos le rodeaban se habían levantado como él; mientras que, conducidos por Rugel, su introductor, Marcelo, Santiago y lord Rodilan avanzaban, é inclinándose profundamente esperaron.

– «Habitantes de la Tierra – dijo Aldeovazo con voz grave y sonora, – sed bienvenidos entre nosotros. Desde el día en que vuestro valor os permitió atravesar la distancia que nos separa y en que vinisteis como mensajeros de un mundo imperfectamente conocido hasta aquí, hemos abrigado la esperanza, largo tiempo acariciada, de entrar por fin en relaciones continuas con ese globo en cuyo derredor gravitamos.

»Hemos querido dar á vuestra recepción un esplendor excepcional á fin de que todos cuantos se hallan aquí sepan bien que ahora se inaugurará una nueva edad. Dos humanidades que parecían separadas para siempre por las leyes inexorables de la naturaleza, podrán, gracias á vosotros, comunicarse con regularidad, y no dudamos que estas relaciones serán fecundas.

»Largo tiempo hace ya que habíamos pensado en ello, y nuestros sabios se esforzaron para llamar la atención de sus hermanos terrestres; pero estas tentativas quedaron sin resultado hasta aquí. Vuestra audacia ha resuelto el problema. El genio de la ciencia, que no es sino una de las manifestaciones del Poder Supremo que rige el universo, os ha conducido hasta nosotros, en medio de peligros de que vuestro gran corazón supo triunfar.

»Esperamos que esto no será más que un principio, y tal vez nos sea permitido vislumbrar el tiempo en que, gracias á los proyectos incesantes del espíritu humano, los mundos que gravitan alrededor de un centro común, enlazados en-

tre sí, no tomarán más que una vasta familia. Esto será para vosotros una gloria inmortal. Id á ponerlos en relación con nuestros sabios, y estudiad con ellos la constitución geológica de nuestro mundo, nuestras ciencias, nuestras artes é



Habitantes de la Tierra, dijo Aldeovazo

industrias; ved el estado de nuestros usos y costumbres y de nuestras instituciones; y cuando hayáis adquirido un conocimiento completo de nuestra civilización, instruídnos á vuestra vez, dándonos á conocer el mundo de que sois representantes.»

Aldeovazo no dijo más.

Sus palabras, recogidas por aparatos vibratorios y amplificadas, gracias á una sabia aplicación de la electricidad, llegaban claras y precisas hasta las últimas filas de los espectadores, que desde el centro mismo de la bahía presenciaban aquella conmovedora ceremonia. Otros aparatos transmitían los discursos pronunciados en la capital hasta las provincias más lejanas, cuyos habitantes, reunidos en las plazas públicas, asistían en cierto modo á estas solemnidades.

— Glorioso y venerado jefe de un mundo donde hemos obtenido tan cordial acogida — contestó Marcelo con voz conmovida, — los hijos de la Tierra os saludan. Las nobles y generosas palabras que acabamos de oír han llenado nuestro corazón de profunda alegría y de eterno agradecimiento. Las altas esperanzas que nos habéis hecho concebir nos han comunicado nuevo ardimiento. Nos enorgullecerá servir de intermediarios entre las dos humanidades que aún no se conocen, y para llegar á tan admirable resultado estamos dispuestos, con el apoyo de vuestra augusta benevolencia, á intentar todos los esfuerzos y arrostrar todos los peligros.

Un murmullo de aprobación, que en aquella raza tan tranquila era la más alta expresión del entusiasmo, circuló entre la multitud.

Aldeovazo, que había bajado de su trono, conversaba familiarmente con Marcelo; y todos los individuos del Consejo Supremo rodeaban á Santiago y lord Rodilan, encantados de la facilidad con que los extranjeros hablaban su lengua. Se les interrogaba sobre las peripecias de su viaje; queríase oír de su propia boca el relato de las impresiones que habían sufrido en aquella travesía formidable; preguntábanles qué pensaban del mundo que habían venido á visitar en condiciones tan extraordinarias, y se admiraba su valor: su elogio y sus nombres se hallaban en todos los labios.

Santiago y lord Rodilan se prestaban de buena gana á esta curiosidad ávida, pero siempre discreta. Todo cuanto veían hacía cuatro meses, aquella humanidad tan distinta de la suya; aquel medio relativamente reducido, donde se conservaba como en un invernadero templado la preciosa muestra de una raza en alto grado perfectible; aquellos hombres en que la naturaleza tan sólo mantenía la vida sin que se viesen obligados á trabajar para ello; aquellas artes tan delicadas, aquellas ciencias tan completas y aquellas instituciones tan sencillas y fecundas; todo esto mantenía sus almas en un estado de admiración y de encanto perpetuos.

Las preocupaciones de Santiago se habían desvanecido, desapareciendo su melancolía; había recobrado su natural ardiente y generoso, y entregábase del todo á sus nuevos amigos, cuya simpática acogida conmovía su corazón. Si algún socio del Pall-Mall Club de Londres hubiese podido ver en aquel instante á lord Rodilan, no habría reconocido al flemático y frío *gentleman* que paseaba por los salones dorados de Waterloo-Place su inexorable aburrimiento. La atmósfera de «esplín» helado en que se encerraba habíase desvanecido definitivamente al contacto de aquellos afectos tan sinceros y desinteresados. Todo cuanto

veía, todo cuanto oía excitaba su curiosidad y su interés, y parecíale que bien valía la pena vivir.

Nuestros dos amigos contestaban con la mayor cordialidad y una alegría comunicativa á las preguntas que les dirigían de todas partes.

Y hasta algunas veces, las ocurrencias que arrancaba á Santiago su carácter expansivo y á lord Rodilan la agudeza incisiva de su imaginación, hacían asomar sonrisas á los labios de sus graves oyentes.

Terminada la recepción, Aldeovazo, acompañado de los tres extranjeros y seguido de los individuos del Consejo y de los dignatarios que habían asistido á la ceremonia, se dirigió á una de las salas del palacio, donde se habían expuesto, con orden metódico, todos los objetos retirados del proyectil, que iban á ser para los sabios del mundo lunar asunto de comparación y de estudio. Se recordará que Marcelo, convencido de que debía encontrar en el satélite de la Tierra una nueva humanidad, se había provisto de numerosos objetos, muestras de nuestras artes é industrias ó que podían dar idea del estado de progreso de nuestras ciencias. Todo esto fué objeto de un atento examen por parte de la docta asamblea. Aquellas inteligencias graves y reflexivas se daban cuenta muy pronto de los progresos realizados por la humanidad terrestre, así como de las diversas fases por que había pasado, y á veces admirábanse de que aquel mundo tan contemporáneo del suyo se hallase en ciertos puntos tan atrasado. Algunas de las teorías expuestas con calor por Marcelo ó Santiago les dejaban bastante fríos, y parecían decirse: «largo tiempo hace que sabíamos eso.»

Sin embargo, los álbums fotográficos, de los que el proyectil contenía una buena colección, excitaron su asombro.

En un principio tomaron aquellas pruebas por dibujos de extremada finura, y su admiración fué grande cuando supieron que solamente la luz solar era la que, recogida y fijada en placas de cristal dadas de una substancia sensible, habían trazado aquellas imágenes. Conocían bien las leyes de la óptica, la refracción de los rayos luminosos que pasan á través de los lentes y se extienden sobre una pantalla; pero jamás les había ocurrido la idea de retener y hacer duraderas aquellas imágenes fugitivas.

Marcelo, que se deleitaba con su asombro, les mostró el aparato fotográfico que había llevado, explicándoles su manera de funcionar; y como uno de los que le rodeaban exclamase: «¡Lástima que estemos privados de la luz del Sol!» le tranquilizó, prometiéndole ejecutar, con ayuda de la luz que iluminaba el mundo lunar, pruebas semejantes á las que tenían á la vista.

Entre los objetos expuestos figuraban las armas de que se habían provisto los tres exploradores, revólvers y carabinas de repetición del modelo más perfeccionado. Los álbums contenían también la imagen de esas poderosas máquinas de destrucción creadas por el genio de la guerra, prueba irrefutable de la inferioridad de nuestra raza. Los sabios que examinaban aquellos instrumentos de muerte, ó que hojeaban los álbums, tenían un conocimiento profundo de la ba-

lística; pero á estos hombres, que habían vivido siempre en una atmósfera de concordia y de paz, no se les podía ocurrir que los seres humanos llegasen hasta el punto de locura sanguinaria de matarse entre sí, disputándose la posesión de míseros espacios del planeta que habitaban.

No vieron, pues, al pronto en aquello más que aparatos científicos; y Marcelo se guardó muy bien de desengañarlos. Se reservaba dar á conocer más tarde á varios sabios elegidos, y en conversaciones confidenciales, la historia lamentable de nuestra humanidad; sus primeros tiempos, en los que apenas se distinguía de los animales, y su marcha lenta, en la cual cada paso se marcó por sangrientas luchas, siendo cada conquista origen de luto y de lágrimas. Esperaba que aquellos hombres, dotados de una elevada concepción filosófica, comprendiesen cuánta perseverancia y fe en sí mismos habían necesitado los humanos para triunfar de tantas dificultades y peligros. Comprendía ya que era el único medio de realzar un poco á los ojos de aquellos seres superiores la triste condición de los habitantes de la Tierra.

Algunos de los sabios que formaban la asamblea se habían detenido para examinar un magnífico atlas de anatomía, y Santiago, que, como ya sabían ellos, había profundizado en su calidad de doctor las ciencias médicas y fisiológicas, explicábales el mecanismo de los órganos que sirven para la nutrición. Con la curiosidad siempre despierta de hombres ávidos de saber, consideraban aquella estructura humana, que no difería de la suya más que en este punto, pero punto que era de la mayor importancia, y uno de los que rodeaban á Santiago no pudo menos de hacerle una observación.

— Amigo mío — le dijo, — no le ocultaré á usted que en un principio, cuando hemos visto que la naturaleza, menos generosa con vosotros que con nosotros, no os había librado de la penosa obligación de renovar diariamente los elementos indispensables para vuestra vida, pensamos que á vuestra raza le había quedado muy poco tiempo para cultivar sus facultades intelectuales. Por eso nos sorprende agradablemente ver que ha adelantado tanto en el estudio de las ciencias. Lo que observamos de vuestro progreso en toda clase de conocimientos, nos maravilla y nos encanta á la vez.

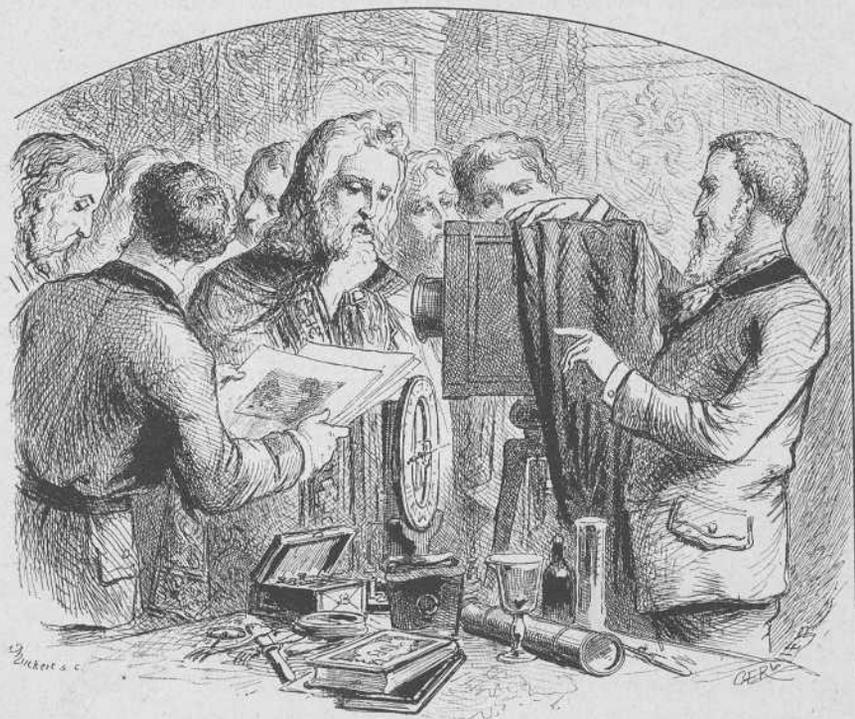
— Es que — repuso Santiago, sonriendo — la necesidad de alimentarse ha hecho para los habitantes de la Tierra, aunque en menor proporción, me apresuro á reconocerlo, lo que tan sólo el amor á la verdad hizo entre vosotros. Porque estaba sometido á estas necesidades materiales y porque debía atender á ellas á toda costa, el hombre se ingenió en buscar y encontró. Cada una de sus conquistas, al satisfacer su espíritu, acrecentaba su bienestar, y así hallaba la recompensa de sus esfuerzos.

Entretanto, lord Rodilan, extendiendo á los ojos de otro grupo de sabios un planisferio, explicábales á grandes rasgos cómo la civilización, nacida entre dos ríos, cuyo curso en el continente asiático les señalaba, se había desarrollado poco á poco, siguiendo la marcha del Sol, y había pasado primero á ese reduci-

do país, de costas profundamente recortadas, que se llamaba Grecia, para establecerse después en la península itálica, muy próxima, y avanzar, en fin, hacia la orilla del gran Océano Atlántico.

Después, poniendo el dedo sobre dos pequeñas islas que formaban la punta más avanzada del continente occidental, exclamó:

— ¡Y he aquí ahora el centro de la civilización moderna!.. De estas islas, tan pequeñas por la superficie, pero tan grandes por el genio de sus habitantes, sa-



Marcelo les mostró el aparato fotográfico que había llevado

len de continuo miles de buques que van á buscar en todas las partes del mundo los productos más útiles, las mercancías más preciosas, para distribuirlos después en toda la superficie de la Tierra. No hay país donde no se hable la lengua de Inglaterra — así se llama esa nación, que es la primera del mundo, — ni un punto del globo donde no se reconozca su supremacía. Vastas y ricas regiones se hallan bajo su dominio.

Y pasaba su dedo con orgullo sobre la península india, el continente australiano, el Africa meridional y todo el país que se extiende al Norte del San Lorenzo.

Lord Rodilan se erguía, y todo el orgullo británico se despertaba en él. Hubiérase dicho que creía estar en uno de esos congresos donde la intratable Albión defiende con tanta gravedad y aspereza sus más injustificables pretensiones.

— ¡Eh, eh! — exclamó de pronto Marcelo, que había oído las últimas palabras de su compañero, — me parece, milord, que pasa usted muy por alto Francia.

Y volviéndose hacia sus oyentes, á quienes la viveza de aquel debate sorprendía al parecer, pues en sus discusiones no perdían nunca su calma y su gravedad, añadió:

— Lejos de mi ánimo la idea de rebajar á la ilustre nación á que nuestro amigo pertenece, pues sin duda habréis comprendido ya, por el calor con que abogaba, que se refería á su país; pero séame permitido reivindicar para mi patria, Francia - y señalaba con el dedo aquella parte de Europa cuyo nombre han pronunciado sucesivamente todos los pueblos con envidia ó con amor, — la parte de gloria que se merece. Si Inglaterra es grande por el comercio y la industria, Francia no lo es menos por el corazón y el pensamiento. Siempre en la vanguardia de la humanidad, ha tenido continuamente y elevado á gran altura la antorcha del progreso, iluminando el camino por donde la seguían las demás naciones. No hay ninguna idea grande y generosa que no haya propagado y por la cual no vertiera su sangre. Su abnegación desinteresada ha estado siempre al servicio de la justicia y del derecho; ha combatido por todas las causas justas, y enemiga de todos los opresores, amiga de todos los oprimidos, ha visto su nombre bendecido por todos aquellos á quienes libertó. Sus triunfos han hecho palidecer de envidia á todos los demás pueblos, y si ha sido vencida algunas veces, solamente cayó agobiada por el número ó sorprendida por la traición.

Mientras Marcelo se dejaba llevar así de su patriotismo, Santiago se había acercado á él y le estrechaba la mano.

— ¡Bravo, amigo! — exclamó.

Las mejillas de lord Rodilan, algo pálidas de ordinario, se colorearon un poco, y ya se disponía sin duda á contestar con cierta acritud, cuando el prudente Aldeovazo, que había escuchado atentamente aquella discusión, se adelantó, sonriendo.

— Veo — dijo — que pertenecéis á dos grandes naciones de la Tierra, y la audacia misma de vuestra empresa nos prueba que debéis figurar entre vuestros más eminentes compatriotas; pero á la distancia á que os halláis de vuestros respectivos países, ¿os parece bien despertar rivalidades que no podemos juzgar aquí? La obra á que os habéis consagrado no se halla más que en su principio, y debéis conservaros muy enteros para llevarla á buen fin.

— La sabiduría habla por vuestra boca — contestó Marcelo.

Y los tres amigos se estrecharon la mano.

CAPITULO XV

PRIMERAS SEÑALES

Seis meses habían transcurrido desde que el proyectil fué lanzado por el *Columbiad* hacia las regiones lunares, cuando de pronto circuló entre las personas de ciencia una noticia inverosímil, inaudita, estupenda.

El *Scientific American* publicaba en su número del 29 de julio de 188... el telegrama siguiente, reproducido al punto por la prensa de ambos mundos:

«Observatorio de Long's Peak, Montañas Pedregosas, 28 de julio, á las ocho de la mañana.

»Señales luminosas alfabéticas aparecidas distintamente esta noche á intervalos regulares en parte oscura del disco lunar, cerca del cráter Hansteen, parte Sud del Océano de las Tempestades.

»W. BURNETT.»

Al pronto se creyó que esta noticia era una de esas audaces patrañas tan familiares al *pufismo* americano; pero el carácter serio, universalmente reconocido, del sabio director del observatorio de Long's Peak no permitía fijarse largo tiempo en esta idea.

Y entonces, desde San Petersburgo al Cabo de Buena Esperanza, y desde Nueva York á Melbourne, mil telescopios se asestaron febrilmente hacia la Luna.

Todos los diarios, todas las *Revistas científicas* entablaron las más apasionadas discusiones. Cada observador, según la potencia de los instrumentos de óptica de que disponía, interpretaba á su manera las supuestas señales luminosas que habían visto ó creído ver los astrónomos de las Montañas Pedregosas; pero los más, por mucho que abrieran los ojos, nada vieron en el campo de sus telescopios ó anteojos. Por eso negaban resueltamente el fenómeno, tratando de visionario, con no pocas burlas, al digno W. Burnett.

Algunos habían visto, indudablemente, en la región indicada, puntos luminosos que nadie había columbrado hasta entonces; pero triunfaban, recordando, con pruebas en su apoyo, que análogos fenómenos se habían observado ya en diversas épocas en otras regiones del satélite, dejando de manifestarse después

para no reaparecer más. Y no vacilaban en afirmar que esta vez, como las anteriores, aquellas señales, más ó menos auténticas, desaparecerían muy pronto sin dejar vestigio alguno.

Pero había una persona en quien la importante comunicación emanada del Observatorio de Long's Peak producía un verdadero estupor: era el astrónomo F. Mathieu-Rollère.

Al leer el telegrama que le había dirigido personalmente su cofrade americano, y que le fué entregado en su despacho hacia las diez de la noche, cuando aún trabajaba, quedó mudo de asombro, agitado de un temblor nervioso; había leído una y otra vez el texto del despacho como si en el primer momento no se hubiera penetrado bien de su sentido, y se le habría podido oír murmurar, como hablando consigo mismo:

«¿Serán ellos?»

Después se había dirigido precipitadamente al Observatorio, y tropezando con todo á su paso, aplicó el ojo al ocular del gran telescopio de Foucault.

Pero la noche estaba brumosa, como lo está demasiado á menudo en París, y algunos velos de vapores pasaban por delante del disco de la Luna, que se acercaba entonces á su primer cuarto. Inútilmente registró la región del satélite indicada en el telegrama, y que se hallaba entonces en la sombra; pues no pudo descubrir nada de cierto, si bien le pareció, á veces entrever fugitivos resplandores. ¿Sería una ilusión? ¿No le engañaba su ardiente deseo de descubrir alguna cosa? Nada podía afirmar.

El día le sorprendió en estas dudas, y volvió á su habitación, donde le esperaba una nueva sorpresa.

Sobre su mesa vió otro telegrama, que acababan de llevar, concebido en estos términos:

«Observatorio de Long's Peak, Montañas Pedregosas.

»Confirmamos telegrama de ayer. Comprobada sin la menor duda, con intervalo de una hora, la reproducción de las letras luminosas M. S. R. — Altura de las letras, medidas con el micrómetro: 300 pies. Amigos encontrados. Se suplica asistencia al Observatorio en la próxima lunación. Cordiales felicitaciones.

»W. BURNETT.»

Y el viejo astrónomo, rebosando de alegría y triunfante, corrió al aposento de su hija.

— ¡Elena, hija mía — balbuceó, — están vivos, y han dado noticias de sus personas! Tus presentimientos no te engañaban. Prepárate, porque marchamos.

La joven profirió un grito, palideció, y dejóse caer casi inanimada en brazos de su padre.

Cuando los astrónomos de las Montañas Pedregosas, siguiendo en el ojo gigantesco del telescopio el vuelo del proyectil por el espacio, le vieron desapare-



Y entonces, desde San Petersburgo al Cabo de Buena Esperanza...

cer repentinamente en la fisura que se abría casi al pie del cráter de Aristilo, creyeron que los audaces exploradores habían perecido, y que se debían agregar otros tres nombres al martirologio de la ciencia. Sin embargo, aunque estuviesen convencidos de su pérdida, no habían querido renunciar á toda esperanza; conocían la fuerza de alma de sus amigos, y no ignoraban que todo cuanto pudieran hacer aquellos hombres, de un temple excepcional, para eludir la muerte, lo intentarían á no dudarlo.

Decíanse que, bien mirado, si no habían sucumbido en la caída, remontarían tal vez á la superficie del satélite para dar algunas señales de vida.

Por eso habían resuelto no abandonar el campo de la observación antes de adquirir una certidumbre definitiva. Por lo demás, la hija misma del astrónomo francés impulsaba á éste á no abandonar la partida. Recobrada de la emoción que la hizo caer en tierra en el momento en que se creyó ver que el proyectil se perdía, Elena había sentido reanimarse en su alma la fe robusta que jamás la abandonara, y quiso esperar contra toda esperanza.

Francisco Mathieu-Rollère permaneció, pues, en las Montañas Pedregosas, y las observaciones habían continuado con un celo y una perseverancia incansables.

Mientras el satélite de la tierra mostró en el horizonte visible alguna parte de su disco iluminado, los ojos infatigables de los astrónomos exploraron aquel campo; pero hasta entonces no se había notado la menor cosa, y cada vez que el astro tan ardientemente observado se eclipsaba para reaparecer más tarde, los sabios se decían con un profundo suspiro de sentimiento:

— Nada todavía; esperemos la próxima fase.

Pero las semanas ranscurrieron y después los meses; seis veces ya la Luna había mostrado su faz iluminada por el sol, y otras tantas se había sumido de nuevo en las tinieblas celestes, sin que se sorprendiese ningún signo que pudiera inducir á esperar que los viajeros habían alcanzado sanos y salvos el objeto de su empresa. El desaliento se había apoderado de todos los corazones, y cuando el viejo astrónomo se resignó á volver al Observatorio de París, la misma Elena no sintió ya en su corazón, del cual se apoderaba la duda, suficiente valor para hacerle aplazar el regreso.

Desde que había entrado de nuevo en su casita de la calle Cassini comenzó á usar el traje de las viudas. Si aquel á quien había prometido su fe no existía ya, pasaría llorando el tiempo que la quedase de vida y no pertenecería á nadie.

Apenas repuesta del asombro que le causara la inesperada noticia llegada de América, la joven había leído y releído con avidez el telegrama dirigido á su padre.

— ¡Dios sea loado! — exclamaba. — M. S. R, Marcelo, Santiago, Rodilan; los tres viven; han podido conseguir su objeto, y sabrán volver.

Los preparativos de marcha no fueron largos. Muy pronto un tren rápido

conducía hacia el Havre al astrónomo y á su hija; el *Labrador*, de la Compañía Transatlántica, los desembarcaba ocho días después en Nueva York, y el 17 de agosto de 188... llegaron á la estación astronómica de Long's Peak, donde reinaba la mayor animación.

Mathieu-Rollère se hizo explicar muy por extenso las condiciones en que se había hecho la observación del 28 de julio, que tanta emoción produjo en el mundo sabio.

— «Yo estaba en mi puesto — le dijo el digno W. Burnett; — tenía el gran telescopio asestado á la Luna y observaba la parte de la sombra, cuando de repente llamó mi atención un resplandor insólito. Al pronto no distinguí muy claramente su naturaleza y disposición, y para poder definirle con más exactitud adapté al telescopio un ocular de mayor aumento. Entonces me pareció distinguir una especie de reguero irregular, cuyos contornos eran vagos, aparentemente cortados á veces, y ya no vacilé en servirme del ocular de más fuerza que tenía á mi disposición. Esta vez la imagen se me presentó clara y precisa: eran líneas rectas muy sueltas, que formaban entre sí ángulos, de los cuales no me dí bien cuenta al pronto; el conjunto parecía vagamente una figura geométrica, y hubiérase dicho que eran dos paralelas cortadas por secantes.

»Buscaba en vano la explicación de aquel fenómeno, cuando de improviso cruzó por mi mente una idea. ¡Es una M, exclamé; el ingeniero Marcelo señala su presencia!

»Tan viva fué la impresión, que se me ofuscó la vista y durante unos momentos me fué imposible distinguir nada.

»En aquel instante hallábame solo: fuera de mí, abandoné el ocular del telescopio y bajé al observatorio. Tenía el rostro tan descompuesto, que mis colegas se agruparon á mi alrededor, preguntándome con ansiedad qué había ocurrido; mas transcurrieron algunos instantes sin que pudiera contestar, hasta que al fin exclamé:

— «Si mis ojos no me han engañado, acabo de ver la prueba de que los viajeros del *Columbiad* se hallan vivos en la Luna. Venid, y ved vosotros mismos si estoy en un error.

»Todos se precipitaron á la vez; subieron, obedeciendo al mismo impulso, la escala que conducía al telescopio, y apenas hubo aplicado el ojo al ocular el primero llegado, exclamó:

— «Veo distintamente una M. Cada cual reconoció lo mismo.

»Ya no era, pues, víctima de una ilusión; mis ojos habían visto bien, y nuestros amigos eran los que daban así noticia de sus personas. Otra sorpresa nos esperaba: mientras el último observaba á su vez, le oímos gritar:

— «Yo no veo nada; todo ha desaparecido.

»Durante una hora, nada reapareció en la parte oscura de la Luna, y ya íbamos á bajar de nuevo para discutir sobre aquel milagroso acontecimiento, cuando fijé la vista por última vez en el ocular. ¡Cuál no sería mi asombro al

divisar una nueva letra, la letra S, es decir la inicial del nombre de Santiago. Si alguna duda podía haber subsistido sobre la identidad de los que así se correspondían con nosotros, aquella segunda aparición la hubiera desvanecido completamente. Resolvimos, pues, permanecer en nuestro sitio toda la noche.

»Vimos la letra R suceder á las dos primeras; éstas reaparecieron á su vez, y reconocimos que cada una de ellas permanecía visible durante una hora, espacio de tiempo que la separaba de la siguiente. Todo estaba calculado con precisión matemática para producir impresiones seguras y evitar toda confusión.

»Continuamos las observaciones durante las diez noches que siguieron, y siempre, mientras que aquella región de la Luna estuvo sumida en densa sombra, vimos las mismas señales con igual intensidad de luz.»

Mathieu-Rollère había escuchado aquel relato con visible satisfacción; se frotaba vigorosamente las manos y murmuraba á media voz:

— ¡Ah, valerosos hombres! ¡Qué triunfo para la ciencia y para Francia!

Cuando el digno W. Burnett hubo concluído de hablar, el viejo astrónomo se levantó, y paseando por la sala á grandes pasos, exclamó:

— ¡Qué desgracia que yo no haya estado ahí para recibir también el primer mensaje de nuestros amigos! Ahora nos será preciso esperar aún dos semanas para comenzar de nuevo las observaciones.

Y estrechando después enérgicamente la mano del director del observatorio de Long's Peak, díjole con efusión:

— A usted, querido colega, á su perseverancia debemos esta importante prueba, cuyas consecuencias, que ya entreveo, serán incalculables.

— También debemos, sobre todo, ese magnífico resultado al admirable instrumento de que disponemos — dijo conmovido W. Burnett.

Se recordará, en efecto, que el telescopio de las Montañas Pedregosas se había construído especialmente para poder distinguir en la superficie lunar objetos de una dimensión de nueve pies, ó sea igual á la del proyectil. Nada tenía, pues, de extraño que unas líneas luminosas de trescientos pies de longitud, según las medidas tomadas con el micrómetro por el astrónomo americano, pudiesen aparecer distintamente en el campo del instrumento.

La hija de Mathieu-Rollère había asistido á esta entrevista, y su corazón se dilataba dulcemente al oír tan felices noticias. Cuando se trató de la señal referente á su prometido, su rostro se tiñó de vivo rubor y una serena confianza animó su mirada. El porvenir le parecía ahora iluminado de un rayo de esperanza; había tenido razón en no dudar.

Los astrónomos emplearon bien los días que aún faltaban para la próxima observación, y como si estuvieran ya seguros de no haberse engañado, ocupáronse en buscar los medios de notificar á los tres viajeros que sus señales se habían visto y comprendido. No se debía, en efecto, dejarles largo tiempo en la incertidumbre, aunque no se sabía cómo habían llegado á producir las señales y si los recursos que estaban á su alcance les permitirían renovarlas con frecuencia.

Para tener á mano un hombre especial, se había enviado á buscar apresuradamente al ingeniero Jorge Dumesnil, aquel amigo de Marcelo que, después de haber lanzado al fondo del *Columbiad* la chispa eléctrica se quedó en el sitio á fin de guardar la instalación, velando por la conservación de todas las máquinas. El telegrama enviado por el observatorio de Long's Peak no le sorprendió mucho, pues Marcelo le había hecho participar de su varonil confianza. Sin saber nada de las condiciones en que se hallaba la humanidad lunar, estaba firmemente convencido de que el satélite de la Tierra tenía habitantes, y esperaba diariamente recibir la noticia de que los audaces exploradores habían triunfado en su empresa.

Celebróse una especie de consejo en el cual se examinaron los medios más seguros y rápidos para contestar á las señales cuya repetición se esperaba con impaciencia. El ingeniero Dumesnil expuso un plan cuya ingeniosa sencillez mereció todos los sufragios. Se trataba de elegir al Sud de Argel, en los confines del desierto, una llanura extensamente descubierta, donde se dispondría una especie de red de cien metros de lado, dividida, como un cañamazo de tapicería, en cuadros de un metro. En el centro de cada uno de éstos se colocaría un poderoso foco eléctrico, y á cada foco corresponderían hilos puestos en relación con un conmutador que permitiera encenderlos ó apagarlos instantáneamente. Sobre la red así dispuesta, nada más fácil que figurar, con ayuda de los focos, las diversas letras del alfabeto.

— «He ideado — continuó el ingeniero — el plan de una especie de teclado cuyas veinticinco teclas estarían marcadas cada cual con una letra, y que permitirían apagar ó encender á voluntad los focos, figurando la letra que se quiera producir. Así sería sumamente fácil obtener palabras y frases.

»Es evidente — añadió — que al hacer las señales que habéis visto, nuestros amigos, conocedores de la fuerza de vuestro telescopio, calcularon la intensidad luminosa de esas señales de manera que se distinguiesen claramente con aquél. Debemos creer también que disponen á su vez de instrumentos de óptica bastante perfeccionados para poder distinguir en la Tierra señales de la misma intensidad que las que ellos nos han enviado; y en todo caso, conviene exagerar más bien, por prudencia, las dimensiones de nuestras letras luminosas, estableciendo nuestras señales en un país donde la limpidez de la atmósfera sea lo más completa posible.»

— Por eso sin duda — repuso Mathieu-Rollère — ha elegido usted la Argelia para disponer su red eléctrica.

— Precisamente — contestó el ingeniero; — la pureza y la transparencia del aire en ese país son las que llamaron desde luego mi atención; y por otra parte, no le ocultaré que me parece justo, puesto que la primera idea proviene de un francés, que el experimento sea completamente francés. Espero — añadió inclinandose ante los astrónomos americanos — que vuestros dignos colaboradores no considerarán esta pretensión excesiva. Siempre les quedará la gloria de haber

visto las primeras señales enviadas de la Luna. Sin el telescopio de Long's Peak, nada de cuanto se ha hecho hubiera sido posible.

— ¡Oh! — contestó W. Burnett, — nuestra parte en la empresa es bien escasa; la



Estrechando después enérgicamente la mano del director del observatorio...

gloria primera recae realmente en el gran Barbicane, el primero que pensó en la posibilidad de un viaje á la Luna, que construyó el *Columbiad*, se lanzó audazmente en el espacio con una confianza sin ejemplo, y hubiera triunfado en su empresa si fuerzas imposibles de conjurar no le hubiesen desviado de su camino.

Al oír estas palabras, pronunciadas con legítimo orgullo, todos se inclinaron en señal de asentimiento.

— Pero — añadió al punto el ingeniero Dumesnil — también he pensado en una cosa: antes de que podamos establecer nuestra red alfabética, transcurrirá necesariamente algún tiempo, y por lo pronto es necesario obtener la autorización del gobierno francés.

— ¡Oh! — interrumpió Mathieu-Rollère, — esto no será cosa larga, pues tengo amigos poderosos en el ministerio, y además, la cuestión que podría retardarnos, la de los gastos, no será un obstáculo, pues tenemos en el observatorio fondos disponibles.

— Bien — dijo el ingeniero; — mas para instalar nuestra red en pleno desierto, á cuarenta kilómetros al Sud de Biskra, nos será necesario transportarlo todo por medio de hombres ó de camellos, á menos que podamos establecer una vía férrea Decauville, lo cual sería infinitamente más práctico.

— La estableceremos — afirmó Mathieu-Rollère, que ya no dudaba de nada.

— Perfectamente; pero necesitaremos motores de vapor, y de consiguiente, importantes provisiones de combustible, numerosas y potentes máquinas dinamo-eléctricas, diez mil lámparas de arco, de gran modelo, provista cada cual de un reflector parabólico, y varios kilómetros de alambre. No se reduce todo á esto: es necesario preservar esos efectos; se ha de alojar, alimentar y enseñar á todo el personal necesario para que ese sistema de señales funcione de un modo permanente, pues ya comprenderéis que una vez establecidas las comunicaciones con regularidad, no cesarán.

— Sin duda; todo eso se hará.

— Sí, pero se necesita tiempo, y vuelvo á mi idea. ¿No os parece útil comunicar cuanto antes á nuestros amigos que sus señales se han visto? Si debemos estar aún algunos meses sin darles señales de vida, y me parece imposible que sea de otro modo, ¿no es de temer que se desanimen y renuncien á sus ensayos?

— Tal vez tenga usted razón; pero ¿qué hacer?

— ¡Pues bien, voy á decirlo! Podemos instalar aquí mismo un poderoso foco de mil quinientas lámparas, por ejemplo, las cuales encenderemos en el momento oportuno, apagándolas y encendiéndolas luego otra vez á intervalos regulares. Evidentemente han apuntado los instrumentos de que disponen hacia la América del Norte, donde saben que se halla el único telescopio capaz de distinguirlos; observarán este punto luminoso; comprenderán que los hemos visto, y esperarán con paciencia á que hayamos organizado un medio de correspondencia análogo al suyo.

— ¡Bravo! — exclamó el digno W. Burnnett. — Yo me encargo de todo.

En aquel mismo día se telegrafió á Nueva York, y dos semanas después mil quinientos focos eléctricos, reunidos en un inmenso haz, estaban dispuestos á funcionar.

Previsto y dispuesto así todo, se esperó con bastante impaciencia la próxima fase lunar.

El día 26 de agosto, la Luna se aproximaba á su primer cuarto, y la concordancia de las noches lunares y terrestres hacía mucho más fáciles las observaciones.

El telescopio estaba dirigido hacia el astro de la noche, y cada observador iba sucesivamente á interrogar con mirada ansiosa el espejo donde se reflejaba el satélite; mas por mucho que se relevaron en el ocular, nada apareció en la superficie oscura.

Durante los días que siguieron, la observación continuó ardiente y apasionada, y en un principio no sorprendió mucho no ver nada, pues Mathieu-Rollère había explicado que el momento en que comienza á mostrarse el cuarto creciente iluminado de la Luna es también aquel en que la Tierra, hallándose llena con relación á su satélite, le envía la mayor cantidad posible de luz reflejada. Por eso se produce en la parte oscura de la Luna un reflejo que los astrónomos llaman *luz cenicienta*; reflejo que desaparece cuando se halla próximo el primer cuarto, pues entonces la Tierra, estando en el último, envía una mitad menos de luz.

Apenas la parte de la Luna donde habían aparecido las primeras señales quedó sumida en una verdadera sombra, el poderoso foco preparado por la solicitud del ingeniero J. Dumesnil se inflamó como un astro resplandeciente en la profundidad de las tinieblas. Los rayos luminosos, rasgando la obscuridad de la noche con su brillo deslumbrador, iluminaron todo el país, y en un radio de cincuenta leguas, los habitantes, sorprendidos, pudieron suponer que había alguna asombrosa aurora boreal. Era indudable que aquel haz gigantesco, atravesando la atmósfera terrestre, llevaría hasta el satélite la señal que los observadores de Long's Peak suponían que era esperada con impaciencia.

Durante una hora el torrente de luz atravesó el espacio, y cuando se hubo extinguido, Mathieu-Rollère tenía ya el ojo fijo en el ocular, interrogando con ansiedad la parte oscura de la superficie de la Luna.

También él estuvo allí una hora, atento y palpitante; pero nada apareció.

— Comencemos de nuevo — dijo.

Y durante toda la noche, de hora en hora, los mil quinientos focos se volvieron á encender y enviaron de nuevo á través de los aires sus inútiles llamamientos. Nada contestó.

— ¿Se habrá usted engañado? — murmuró Mathieu-Rollère dirigiéndose á W. Burnett.

— No, no, mil veces no — contestó el astrónomo con una vehemencia que contrastaba con su flemma habitual; — estoy tan seguro de mis ojos como del instrumento, y además, todos mis colaboradores han visto lo mismo que yo.

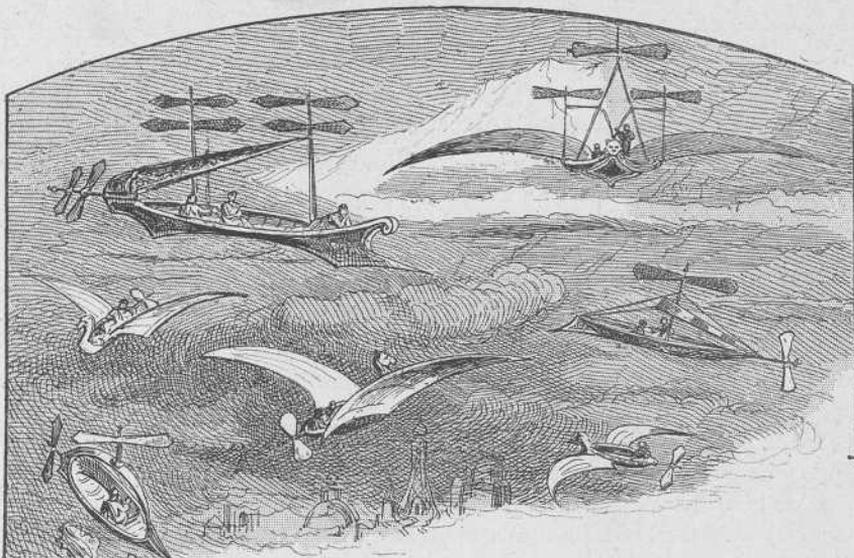
— ¡Pues bien! — repuso Mathieu-Rollère, — volveremos á comenzar las noches siguientes. No se sabe lo que pasa por allá arriba; pero debemos suponer que

nuestros amigos esperan la señal con una impaciencia igual á la nuestra y que contestarán apenas les sea posible.

Pero las noches se sucedieron; nada se observó en la superficie del satélite, y volvió el plenilunio sin que ninguna manifestación viniese á confirmar las esperanzas de los observadores. Cuando fué conocido en Europa este resultado negativo, todos aquellos que habían acogido con incredulidad el telegrama del astrónomo americano triunfaron ruidosamente.

Para los unos W. Burnett había sido víctima de una ilusión de óptica; para los otros, el famoso telegrama no era más que un *canard* escandaloso que tenía por objeto engañar al antiguo continente. Tan sólo el director del observatorio de Niza, el distinguido Perrotin, no participó de la alegría de todos sus cofrades. Sin haber podido definir exactamente las señales luminosas que se produjeran, había visto bastante y reconocido con suficiente claridad su intermitencia regular para quedar convencido de que eran efecto de una voluntad inteligente y reflexiva. También él había observado atentamente la Luna en sus últimas fases, esperando la reaparición de los fenómenos, y no podía explicarse por qué no se manifestaban de nuevo.

Así para él como para los astrónomos americanos había en ello un misterio alarmante y temible.



Llegaron muy pronto á construir esos esquifes aéreos

CAPÍTULO XVI

ESTUDIOS É INVESTIGACIONES

Desde el día en que fueron recibidos solemnemente por el magistrado supremo de la humanidad lunar, una nueva existencia había comenzado para Marcelo, Santiago y lord Rodilan. Convertidos hasta cierto punto en ciudadanos de aquella nueva patria, habían emprendido, bajo la dirección de su amigo Rugel, un estudio profundo de las costumbres é instituciones que regían aquel mundo, tan diferente del nuestro.

En perfecta posesión de la lengua, que conocían ya á fondo, podían hablar con todos aquellos que encontraban, ver y juzgar por sí mismos. Por lo demás, su renombre había penetrado ya en todas las regiones habitadas de la Luna; y gracias á los medios de comunicación rápida, la ceremonia de su recepción y las palabras que se habían cruzado y las esperanzas que hizo nacer su feliz llegada eran conocidas en todas partes. Por eso, dondequiera que se presentasen eran recibidos con benévola solicitud, y todos se mostraban satisfechos de sus visitas y de poder contribuir á instruirlos.

Para ellos todo era nuevo; todo se debía estudiar.

Y según sus aptitudes se habían repartido la tarea.

A Marcelo correspondía por derecho el dominio tan extenso de las ciencias y de sus aplicaciones; á Santiago el de la fisiología, de la medicina y de las ciencias naturales, que le ofrecía un campo indefinido para sus observaciones; y lord Rodilan se había reservado el estudio de las instituciones políticas y de la historia de aquel mundo sin explorar aún.

Profundamente versado en el estudio de las ciencias, á las cuales había consagrado su vida, y dotado de una rara facultad de comprensión, Marcelo recorrió muy pronto el círculo de las aplicaciones nuevas y atrevidas en que se había aventurado el genio de los sabios del mundo lunar. Rugel y algunos otros talentos escogidos, que se habían apresurado á ponerse á su disposición, estaban maravillados de la facilidad con que abordaba los problemas más arduos, adivinando en cierto modo sus soluciones apenas se le ponía hasta cierto punto en la vía de la demostración. Con frecuencia se detenía delante de algunas de esas máquinas sencillas y poderosas á la vez, que ejecutan trabajos de fuerza ó de celeridad; buscaba un instante, y muy pronto descubría la ley del mecanismo, dando la fórmula; mientras que los que se habían encargado de su iniciación se miraban con sonrisa aprobadora.

Los instrumentos de óptica aplicados á la astronomía le atraían mucho: la astronomía era su pasión.

En las bibliotecas y museos que visitara cuidadosamente había visto modelos de anteojos cuyas proporciones le parecieron colosales. Con frecuencia se había preguntado cómo los habitantes de la Luna, encerrados bajo una bóveda de granito, podían observar los espacios celestes, y cierto día que interrogaba á Rugel sobre este punto, el sabio le contestó sonriendo:

— Paciencia, amigo mío; ya le enseñaremos nuestro observatorio, que estoy seguro le asombrará; déjeme usted el placer de prepararle una sorpresa.

Entre los numerosos inventos conocidos, por decirlo así, en la vida cotidiana, uno de los que habían encantado más á Marcelo era indudablemente la transmisión á cierta distancia de las imágenes sensibles y parlantes. Los físicos de la Luna habían resuelto el problema de transmitir simultáneamente á lo lejos la imagen de un ser viviente, los movimientos que hacía y las palabras que pronunciaba: el mismo hilo eléctrico servía de vehículo á las ondas luminosas y á las ondas sonoras.

Así se asistía á un espectáculo extraño: la persona sentada delante de un basidor veía aparecer de repente á aquel con quien estaba en comunicación; no solamente le veía y oía, sino que cruzaba con él frases como en una conversación particular, y cada interlocutor tenía así en frente al que hablaba con él.

Para aquella humanidad superior, sometida á menos necesidades que la humanidad terrestre, el círculo de las aplicaciones industriales que pedimos á la ciencia era bastante restringido; pero su actividad intelectual y su ardimiento

en las investigaciones especulativas no habían disminuído. Todos los problemas que nuestros sabios entrevén, y que en los límites de la ciencia moderna sobrex-



... la persona delante de un bastidor...

citan su espíritu investigador ó exaltan la imaginación de ciertos precursores, habían sido abordados y resueltos por ellos. Ha-

cía largo tiempo que habían descubierto el motor eléctrico, buscado aún por nuestros físicos y que, desarrollando bajo un reducido vo-

lumen una energía poderosa, obtiene una suma de trabajo que están muy lejos de alcanzar aún nuestros ensayos rudimentarios.

Después de pasar, como nosotros, en materia de aerostática, por la teoría de los globos, fundada en la doctrina de *más ligero que el aire*, no tardaron en reconocer su impotencia radical. La observación del vuelo de las aves les había conducido rápidamente á la adopción de un principio del todo opuesto, es decir, el de *más pesado que el aire*; y con el motor de que disponían, llegaron muy pronto á construir esos esquifes aéreos, ligeros y resistentes de que hemos hablado ya y que habían sido la admiración de los representantes de un mundo menos adelantado.

Con un interés puramente científico, y sin pensar siquiera en pedirles aplicaciones prácticas, de las cuales no tenían necesidad, habían arrancado á la naturaleza sus más misteriosos secretos.

La liquefacción y la solidificación de los gases les eran familiares hacía largo tiempo, y Marcelo pudo contemplar en sus laboratorios, mantenidos bajo formidables presiones, los diversos gases contenidos en su atmósfera.

Habían descubierto, á mucho tiempo hacía, y no fué éste uno de los hechos que menos asombraron á Marcelo, la transformación de las ondas luminosas en ondas sonoras, que á pesar de sus ensayos, hasta aquí infructuosos, nuestros sabios buscan aún. Así podían percibir el rumor de las esferas que giran en el espacio, oyendo ese misterioso concierto de lo infinito que Pitágoras había adivinado, y cuyos melodiosos efectos (1) describe Cicerón en una especie de intuición profética.

(1) «Escipión Emiliano refiere que en sueños fué arrebatado al cielo por el alma de su abuelo, Escipión el Africano:

— «¿Qué es — le dije — ese sonido tan potente y tan armonioso que llena mis oídos?

— «Es — me dijo — el rumor que resulta del curso y del movimiento de los astros mismos, que ruedan en tiempos desiguales, pero cuya variedad se fija por una ley inmutable, y que mezclando los sonidos graves con los agudos, forman por su conjunto un melodioso concierto. Tan grandes movimientos no podrían, en efecto, verificarse silenciosamente, y por una ley de la naturaleza, los mundos más lejanos producen un sonido más grave, mientras que los astros más próximos lo dan agudo. Por este motivo la región del cielo donde están fijadas las estrellas produce, puesto que es la más elevada y su movimiento de conversión más rápido, un sonido más agudo; mientras que el círculo en que la Luna se mueve, siendo el más bajo, da un sonido más grave. En efecto, la Tierra, el noveno astro, se mantiene inmóvil en el centro del mundo. Ahora bien: estas ocho revoluciones de astros, de los cuales dos (Marte y Venus) se mueven con la misma rapidez, forman siete sonidos separados por intervalos iguales, y que son la medida de todas las cosas. Ellos son los que ciertos hombres inspirados imitaron en la lira y en los cantos, elevándose así en cierto modo hacia esa región superior, como todos aquellos que, eminentes por su genio, han introducido en la vida humana el estudio de las cosas divinas. Pero los oídos de los hombres, dominados por ese rumor, llegaron á ser sordos, y no hay en vosotros sentido más embotado. Así es como en esos lugares llamados cataratas, donde el Nilo cae con estrépito desde lo alto de elevadas montañas, las naciones indígenas han perdido la facultad de oír á causa de la grandiosidad del ruido. Así el sonido del universo entero, arrebatado en ese rápido movi-

Aparatos eléctricos especiales y delicados, dispuestos en la superficie misma de la Luna, recibían en notas diversas la impresión sonora producida por cada astro de nuestro sistema planetario, y estos sonidos amplificados se combinaban en una indefinible armonía.

En el dominio de todas las ciencias que proceden del razonamiento y de la observación, y en que el cálculo tiene su parte, Marcelo reconoció los mismos progresos, las mismas miras atrevidas y profundas. Había allí lo bastante para dar tarea durante varios siglos á todos los institutos de la humanidad terrestre.

Tales sorpresas estaban reservadas á Santiago en el campo de los estudios que le estaban asignados.

En un principio no pudieron menos de asombrarle las condiciones fisiológicas de aquellos seres semejantes á nosotros por tantos conceptos, pero tan diferentes en un punto capital. Los habitantes de la Luna no estaban sometidos á la más imperiosa de nuestras necesidades materiales, á la de alimentarse, y de consiguiente no tenían tubo digestivo, ni esófago, ni estómago ni intestinos.

Los elementos indispensables para la vida, el oxígeno, el carbono, el ázoe y el hidrógeno penetraban en su organismo en el estado gaseoso, y llevados á la circulación general, iban á renovar los tejidos.

Tomaban el oxígeno directamente del aire por la respiración; y sus pulmones, mucho más desarrollados que los nuestros, presentaban una superficie más ancha, capaz de absorber mayor cantidad de ese gas vivificante. Se asimilaban el carbono y el ázoe por una verdadera descomposición química del ácido carbónico y del gas amoníaco suspendido en la atmósfera. A este efecto, el tubo digestivo y sus anexos estaban sustituidos en aquellos seres por un conjunto de órganos especiales revestidos de mucosas de extremada finura, que bajo la influencia del sistema nervioso separaban los elementos de estos gases, poco más ó menos como las partes verdes de las plantas bajo la influencia de la luz solar descomponen el ácido carbónico y retienen el carbono.

La gran cantidad de gas amoníaco existente en el aire provenía de la descomposición de los cuerpos animales. En efecto, en aquel mundo, donde ninguna vida se alimentaba de otra, puesto que la mantenían elementos gaseosos, los cuerpos de los seres animados no veían su existencia abreviada por la necesidad de suministrar á los otros seres vivientes alimentos sólidos. Todos llegaban al fin de su evolución vital; la naturaleza efectuaba su obra de disolución, y aquellos á quienes la muerte arrebatava devolvían rápidamente á los vivos los elementos que ellos se asimilaban á su vez en un perpetuo cambio.

¿Cómo se encontraba, en fin, el hidrógeno en estado libre en el aire? Porque la atmósfera de las inmensas cavernas estaba eminentemente hidratada, mientras

miento, es tal que los oídos humanos no podrían percibirle, así como vosotros no podéis mirar el sol de frente, porque la fuerza de vuestra vista es vencida por la de sus rayos.

(CICERÓN, *República*, lib. VI, Sueño de Escipión.)

que las poderosas corrientes eléctricas que la atravesaban sin cesar, descomponiendo el vapor de agua, enriquecían el aire con aquel gas tan ligero, que penetra todas las paredes. Así se explicaban la absorción constante y la asimilación del hidrógeno por los tejidos del cuerpo humano en el mundo lunar.

En esa vida fisiológica de un orden superior, no entraba en su economía; para ser expulsado después, ningún elemento impuro é inasimilable, como los que la nutrición lleva á nuestros órganos. No era necesario que su sangre, así como la nuestra, se purgase, por una vía especial, de residuos inútiles: un órgano particular, especie de glándula situada debajo del aparato respiratorio, filtraba en cierto modo la sangre, eliminando las moléculas nocivas que de nada servían ya. Desempeñaba una función análoga á la del riñón, con la diferencia esencial de que los residuos de esta eliminación eran expelidos en el estado gaseoso, tanto por la espiración como por la evaporación á través de la epidermis.

Como su manera de alimentarse no implicaba ningún trabajo de masticación, los dientes hubieran podido parecer inútiles; los tenían, sin embargo; pero los de sus bocas no desempeñaban la misma función que los nuestros. Menos gruesos y de menor dimensión, no servían más que para regularizar el paso del aire en la emisión de la palabra y producir con los movimientos de la lengua y de los labios las articulaciones de las voces. De una blancura de marfil que no alteraba jamás ninguna de esas causas que en la Tierra los degradan y destruyen, su esmalte contrastaba con el rojo vivo de las encías, en las que encajaban como perlas en un broche.

En ese organismo menos complicado, la función del hígado, en vez de ser doble, como entre nosotros, era sencilla. En efecto, holgaba toda secreción de bilis allí donde no había alimentación ni digestión; pero el hígado conservaba toda su actividad para producir la materia glicogena, que á su vez da origen á la glicosa, cuya función es tan considerable en la respiración y en la renovación de los tejidos. El mecanismo vital en ese medio tan cargado de oxígeno tenía una energía mucho más activa. Por eso el desarrollo físico era más rápido que en la Tierra, y una docena de años bastaban al ser humano para llegar á la edad adulta. Estas condiciones fisiológicas mantenían un vigor constante, una juventud que se prolongaba hasta una edad muy avanzada, un equilibrio permanente de todos los elementos que concurren á la vida.

No se encontraban entre ellos esos temperamentos desequilibrados por el predominio del sistema nervioso, de la linfa ó de la sangre; ni se veían esos seres aquejados de anemia, de color pálido y lívido, que solamente tienen apariencias de vida, ó esas naturalezas sanguíneas ó pletóricas irremediabilmente condenadas á las congestiones ó á las apoplejías. También el número de las enfermedades era reducido, y tan sólo presentaba raras complicaciones. Alguna que otra irritación de las vías respiratorias, que se remediaba fácilmente por una ingeniosa aplicación del aire respirable; y á veces, obstrucciones ó inflamaciones de los

órganos abdominales, ó bien cefalalgias, ocasionadas por un gasto excesivo de fuerza muscular ó de tensión cerebral, constituían toda su patología.

Y en aquellos seres superiores la terapéutica era muy sencilla. Como la respiración constituía para ellos el único modo de mantener la vida, por aquella transmitían al organismo todos los agentes curativos. Su profundo conocimiento de la química y los medios que poseían para obrar sobre las diversas substancias permitíanles hacerlas pasar fácilmente al estado gaseoso y administrarlas á los enfermos por vía de inhalación.

Hacia largo tiempo también que conocían el método de inyección hipodérmica, al que no apelaban, sin embargo, sino en los casos particularmente graves, en que se trataba de hacer penetrar rápidamente en la circulación ciertas substancias enérgicas, de acción pronta y decisiva.

En cuanto á los traumatismos que podían resultar de todos los accidentes inherentes á una vida activa y laboriosa, sobre todo para la clase de los Diemides, la ciencia de sus cirujanos solía curarlos fácilmente. La lista de los anestésicos y de los antisépticos, mucho más completa que la nuestra, les proporcionaba los medios de practicar con la mayor seguridad las operaciones más delicadas, sin que hubiesen de temer las funestas consecuencias que á menudo las hacen tan temibles entre nosotros.

Por lo demás, todo les favorecía: el aire que respiraban, sobrecargado de ozono, medio esencialmente desfavorable á los gérmenes morbosos, y sobre todo, la sencillez misma de su organismo, que hacía siempre fácil y nunca peligrosa la difusión de las substancias medicamentosas.

Cierto día que Santiago hablaba con sus amigos de las singularidades que sus observaciones le habían revelado sobre la constitución fisiológica de los habitantes de la Luna, lord Rodilan le interrumpió exclamando:

— ¡Ah! ¡He aquí un país donde los condenados hijos de Esculapio estarían bien seguros de no hacer fortuna jamás!

— Mala voluntad tiene usted, querido amigo — contestó Santiago, — á esos desgraciados médicos que con tanta frecuencia exponen su vida para librar de la muerte á sus semejantes.

— Sí, sí, ya sé que hay algunos que, como usted, son entendidos y celosos, dispuestos siempre á prestar alivio á los pobres; pero hablo de esos charlatanes que presumen orgullosamente del título de príncipes de la ciencia y no tienen más objeto que vender á precios fantásticos las menores palabras que pronuncian con desdén sus labios sibilinos.

— ¿Le ha desollado á usted, acaso, alguno de mis sabios cofrades?

— ¡Ah, sí, aún lo recuerdo! Hacía algún tiempo que me aquejaban dolores de estómago, lo cual me obligó á consultar á varios medicastros, todos ellos á cual más cargados de diplomas. Me habían hartado de drogas á porfía, enviándome después á las estaciones balnearias más caprichosas, y todas mis peregrinaciones, por supuesto, no habían aprovechado sino á los que me las aconsejaron,

pues nadie ignora que esos señores no desdeñan recibir una gratificación más ó menos razonable por cada paciente que envían á los establecimientos más frecuentados. En una palabra, acabaron por indicarme un célebre especialista que en semejantes casos hacía milagros, según se aseguraba, y que residía en Londres. Yo me hallaba entonces en Calcuta, é hice el viaje expresamente; tal era mi deseo de digerir como todo el mundo. Apenas llegado, me dirijo á su domicilio; entro en una casa magnífica, más semejante á un palacio que á la morada de un sabio...

— Dispense usted — interrumpió Santiago, sonriendo, — se trataba de un *príncipe* de la ciencia.

— «Sea; pero la jaula valía más que el pájaro. Después de esperar mucho tiempo, en un salón suntuosamente decorado, donde se acumulaban todas las obras de arte y que estaba ocupado ya por una multitud de fieles que esperaban al oráculo de su destino, fuí introducido á mi vez en el santuario.

»Me hallé entonces en presencia de un anciano alto, de frente desnuda y rostro rojizo con patillas blancas; sus ojos fríos parecían sondear hasta el alma, y tal vez hasta el fondo del portamonedas; sus delgados labios no debían haberse entreabierto jamás para sonreír con benevolencia, y todo su aspecto era más bien antipático.

»Con grave ademán me indicó una silla colocada frente á un sillón alto, en el cual se dejó caer él mismo, dominándome con todo su busto.

»Yo le examiné con curiosidad, pues jamás me he dejado engañar por el aire solemne de esos fantoches, que parecen tratar siempre como vil ganado á los infelices que cometen la imprudencia de ponerse al alcance de sus garras.

»Recostándose después en el respaldo de su sillón, y cruzando las piernas, mientras miraba con profunda atención las uñas de su mano izquierda, pronunció estas palabras: «Milord, ya le escucho á usted.»

»Yo expuse mi caso, y enumeré los diversos suplicios á que me sometieran aquellos de sus cofrades á quienes había consultado. El anciano me escuchaba, encogiéndose de hombros á veces, y cuando hacía ademán de interrumpir mi relato, limitábase á decirme: «Adelante, prosiga usted.»

»Llegué así á la nomenclatura de las aguas termales que yo había probado, y le dije, sin dar á esto importancia, que el uso de las aguas de Vichy me había proporcionado al parecer algún alivio.

»Esto fué una revelación.

— ¡Ah! — exclamó, — ¿Vichy le ha aliviado?.. ¡Pues bien, milord, vuelva usted á Vichy!

»Al decir esto se levantó, y yo, poseído de asombro, hice otro tanto. Había terminado la consulta, y mi hombre añadió cortésmente: «Son tres libras.»

Marcelo reía de la mejor gana.

— Usted tuvo la desgracia — concluyó Santiago — de dar con uno de esos charlatanes que bajo el nombre de médicos explotan la credulidad pública; pero

de todo eso resulta una enseñanza útil. Si el estómago de usted le atormentaba, debía tener muy buenas razones para ello. Sabido es que las comidas delicadas, y succulentas á la vez, están de moda en el mundo diplomático, y dicho sea sin



Mientras miraba con profunda atención las uñas de la mano izquierda...

ofenderle, usted había abusado un poco de ellas. Desde que se halla usted sometido á un régimen que tiene la preciosa ventaja de hacer imposible todo exceso, el estómago le deja completamente tranquilo.

— Es posible — replicó lord Rodilan, — mas á trueque de algunos calambres, no me disgustaría hallarme sentado á la mesa del Yachting Club.

Estudiando atentamente la estructura fisiológica de los individuos de la humanidad lunar, Santiago había llegado á reconocer en ellos una particularidad que al pronto le había pasado inadvertida y que explicaba, hasta cierto punto, su superioridad moral.

Dispensados de la obligación de alimentarse, no necesitaban el sentido del gusto, y la naturaleza, que no hace nada inútil, no les había dotado de él. En ellos las papilas de la lengua y del paladar no recibían la impresión de los diversos sabores; pero llenaban otra función. Dotadas de una sensibilidad cuya delicadeza no podemos imaginar apenas, formaban como una especie de aparato de emisión eléctrica, y los movimientos que la voluntad, elaborada en el cerebro, imprimía á aquel órgano, producían ondas que, si bien débiles, iban á herir en los otros individuos un órgano receptor de igual sensibilidad. Este órgano residía en la oreja, donde una segunda membrana, análoga al tímpano, pero infinitamente más delicada, vibraba á su vez y transmitía la impresión al cerebro.

Gracias á este sentido, con ayuda del cual se traducían esos estados indefinibles del alma que escapan en nosotros á la observación, el pensamiento, al transmitirse de uno á otro, llegaba expresando con toda sinceridad, y sin que fuese posible disimularlos, la idea, el sentimiento y la voluntad. Este sentido funcionaba al mismo tiempo que la palabra.

Así como entre nosotros varios sentidos, funcionando á la vez, concurren á la expresión completa del pensamiento ó del sentimiento, y la voz traduce las ideas, y los ojos, los movimientos del rostro y hasta algunas veces el ademán completan esa manifestación, así también, pero con mucha más fuerza en los seres que Santiago estudiaba entonces, ese sentido desconocido hacía de la sinceridad la ley misma de su naturaleza.

Seres á quienes era imposible disimular ninguno de sus sentimientos ni de sus pensamientos, no habían podido concebir jamás la idea de la mentira; de modo que entre ellos no había lugar para la hipocresía ni el fraude, y de consiguiente tampoco para los engaños, las maquinaciones secretas, ó las intrigas en provecho de esas ambiciones que nadie confiesa.

No habiendo nada que ocultar, no se pensaba en urdir tramas, combinar manejos ó tender lazos. Era imposible tener una cosa en los labios y otra en el corazón; y en fin, entre los felices habitantes de la Luna, la ciencia diplomática, que no es por lo regular más que una ciencia de artificios y de mentiras, era cosa completamente desconocida.

Santiago se había preguntado también cómo al cabo de tantos siglos que la humanidad lunar vivía en aquellas nuevas condiciones, no habría llenado ya con exceso el restringido espacio en que habitaba, si el aumento de población estaba sometido á las mismas reglas que entre nosotros; pero había reconocido muy pronto que los nacimientos, sujetos á las mismas condiciones fisiológicas que en

la Tierra, escapaban de la ley de progresión. La Naturaleza, previsora siempre, había encerrado sabiamente en límites infranqueables el desarrollo de la vida, así para la raza humana como para las especies animales. Se contentaba con reparar las pérdidas; las uniones distaban mucho de ser tan fecundas como entre nosotros, y el número de nacimientos no excedía del de defunciones.

Gracias al vigor de su constitución, la vida se prolongaba en los habitantes de la Luna más allá de los límites que nosotros conocemos, alcanzando con fre-



La existencia de los ancianos se extinguía dulcemente en medio de los suyos

cuencia ciento veinticinco ó ciento treinta años. Y en esas naturalezas robustas, en las que ninguna causa morbosa alteraba las funciones, las fuerzas del cuerpo y las facultades de la inteligencia se conservaban sin modificación sensible hasta la edad más avanzada de la vida.

El período de decadencia que precedía á la muerte era relativamente corto. La vida orgánica decrecía la primera, dejando casi intacta lo que los fisiólogos llaman la vida de relación. El anciano á quien sus fuerzas físicas abandonaban poco á poco, y en el que las funciones nutritivas – es decir de respiración – iban disminuyendo, conservaba hasta el último instante la claridad de su espíritu y la viveza de sus sentimientos. Resignado gracias á una elevada filosofía á la cual debía la demostración incontestable de la vida futura, su existencia se extinguía dulcemente en medio de los suyos, á quienes daba sus consejos supremos, y las últimas palabras que pronunciaba no eran un «adiós» desesperado, sino una «despedida» llena de esperanzas y de promesas.

En ese fin de un sabio, semejante al sueño de aquel que se duerme después

de cumplida su tarea, no había nada de lúgubre ó de siniestro como entre nosotros. No se presenciaba jamás el espectáculo repugnante de esas descomposiciones que parecen anticipar en la tumba la deplorable pérdida de la inteligencia, la cual parece extinguirse por fragmentos, sin dejar á los que rodean al anciano más que un mísero despojo que ya no tiene de humano más que la forma.

CAPITULO XVII

LETRAS Y ARTES

Una sociedad cuya cultura intelectual y moral estaba tan desarrollada no podía ser inferior en el dominio de las artes. Todas las que se manifiestan, así en el tiempo como en el espacio, se cultivaban asiduamente hacía largos siglos, sirviendo para mantener el gusto de lo bello y el sentimiento de lo bueno.

En primer término figuraba la literatura.

Todos los géneros tenían su representación, desde la poesía lírica de generosas inspiraciones que en versos sublimes se eleva á Dios, hasta esos relatos amenos y encantadores en que la fantasía mezcla con los conceptos más graves de la razón las graciosas creaciones de una imaginación siempre dueña de sí misma, y que no se aparta nunca del respeto á sí propia y á los demás. Los poetas celebraban en sus himnos la grandeza del Espíritu Soberano, los espectáculos maravillosos de la naturaleza, las revoluciones de los mundos en el espacio, los impulsos del alma hacia lo infinito, y todo cuanto puede arrancar al hombre de su condición inferior, revelando en él el sentimiento de sus destinos inmortales.

Admirables poemas épicos, más hermosos que nuestras *Ilíadas* y *Odiseas*, inspirados por un ardiente amor á la humanidad, describían, para la enseñanza de las nuevas generaciones, las hazañas de los tiempos antiguos.

Allí nada de esa mitología insulsa é incoherente en que los habitantes de la Tierra, adorándose á sí propios, divinizan sus peores pasiones y sus actos más reprensibles.

Héroes de alma pura, que tenían á la vista, no la satisfacción de torpes deseos ó de ambiciones punibles, sino el bien de sus semejantes, figuraban en esas poesías, dotados de grandeza y vigor, luchando con las fuerzas naturales para librar á los demás hombres de esa servidumbre, y daban con alegría su vida cuando debía resultar para aquellos por quienes se sacrificaban una felicidad conquistada, un progreso realizado.

En las edades pasadas, en el tiempo en que la humanidad lunar vivía en la superficie del satélite, cuando también debió, á fuerza de valor y perseverancia,

conquistar sobre una naturaleza hostil su independencia y su alta civilización, era cuando los divinos *aedes* encontraban esas nobles figuras cuyo respeto se imponía á la admiración de todos.

En toda esa literatura depurada no se hallaba nada semejante á nuestra poesía dramática. Entre nosotros, en efecto, la tragedia no hace más que poner por obra las pasiones más desordenadas. Si alguna vez un relámpago de grandeza y de heroica abnegación ilumina esa noche sombría, no se ve á su claridad más que una mezcla confusa de ardientes odios, de envidias desenfrenadas, de ambiciones sin medida: en nuestra escena trágica corren siempre la sangre y las lágrimas.

La comedia, tal como podemos concebirla, no presenta á nuestra triste humanidad bajo un aspecto más favorable, y es que, debemos confesarlo, no es más que la reproducción demasiado fiel de lo que somos en realidad. Si las catástrofes en que intervienen los personajes son menos crueles y no tan espantosas, suponen, sin embargo, una perfidia más refinada y más sutil.

En la comedia se encuentra engaño y doblez, intrigas malsanas en las que se excitan las más viles pasiones y también ostentación cínica de las más bajas codicias. Viejos libidinosos que son juguete de intrigantes; mujeres adúlteras y coquetas; jóvenes cuya falsa inocencia oculta una depravación precoz; criados bribones; enredadoras de toda especie: he aquí los personajes que de ordinario se agitan en una acción cuyo único mérito son con frecuencia la complejidad y el embrollo.

Y el público se entusiasma y admira como si se complaciera en el espectáculo de sus propias torpezas.

Los autores se lisonjean sin duda de corregir las costumbres por la risa; pero esta risa no sirve sino para poner más de relieve la inmoralidad de sus concepciones, familiarizar al espectador con sus miserias y hacérselas menos odiosas y más aceptables por la costumbre.

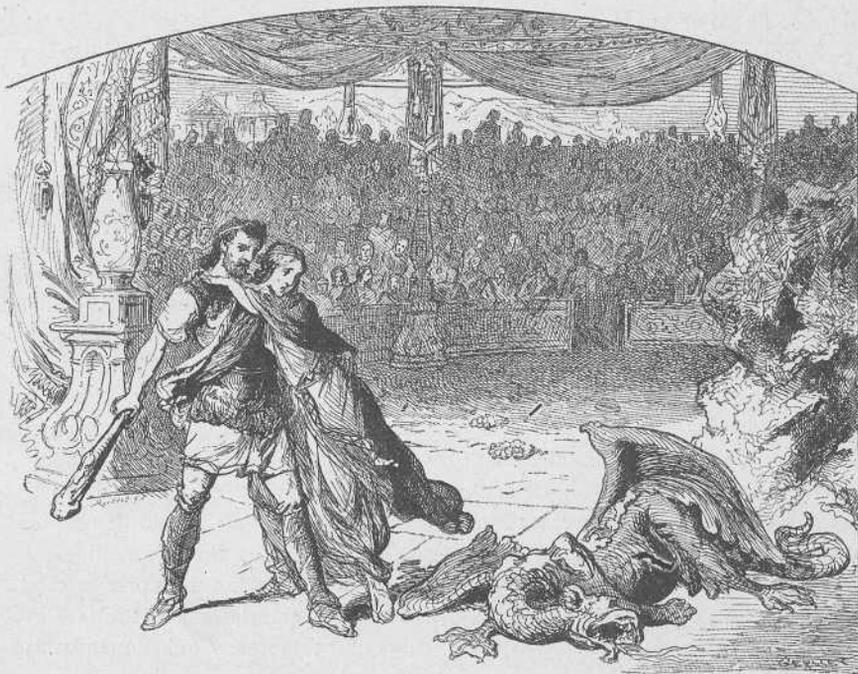
Si en esos seres, de un nivel moral más elevado é inaccesible á nuestras debilidades, no se podía imaginar nada análogo á nuestros poemas trágicos ó cómicos, no habían renunciado por eso á los encantos seductores de las representaciones escénicas. En las fiestas más solemnes se ofrecían á la multitud reunida espectáculos propios para elevar las almas y mantener un culto de agradecimiento á los que habían sido bienhechores de la humanidad.

Como esas ceremonias tenían un carácter á la vez religioso y patriótico, era un honor figurar en ellas y desempeñar un papel.

Por eso los actores, si se puede dar este nombre á aquellos á quienes se confiaba tal misión, altamente ensalzada, elegíanse entre los más nobles é inteligentes, entre los que poseían en mayor grado las más raras cualidades del espíritu y de la imaginación.

Allí no se trataba, en efecto, de recitar, con memoria más ó menos feliz y mímica más ó menos adaptada al carácter de un personaje ficticio, la obra de

un poeta trazada de antemano é invariable en su expresión. Se daba un tema, cualquier acto grandioso de abnegación ó alguna de esas empresas gloriosas que han contribuido á emancipar á los humanos, aumentando la suma de su dicha y de su prosperidad, y solamente se trazaban las grandes líneas. Cada cual de aquellos que debían figurar los personajes del drama elegía su papel, el más adaptado á su propia naturaleza y á sus sentimientos, é identificándose después con el personaje que debía representar, se penetraba profundamente de su carácter



En las edades pasadas...

íntimo llegando á pensar, sentir y obrar como él. Después, cuando le había hecho suyo, abandonábase en la escena á su propia inspiración. A medida que se desarrollaban las peripecias de la acción, experimentaba todos los sentimientos propios en aquellas situaciones diversas, y hablaba según las impresiones que verdaderamente sentía. Era su personalidad misma la que estaba en juego, y los espectadores tenían á la vista, no una vana y fría ilusión, sino la vida en toda su realidad, en lo que tiene de más noble y generoso.

Las manifestaciones del arte musical concurrían igualmente entre los habitantes de la Luna á la grandiosidad imponente de aquellas solemnidades; pero en aquéllas, como en el arte escénico, eran necesarias para aquellos hombres,

á quienes solamente la verdad podía conmover, obras de absoluta sinceridad.

Gracias á los progresos que había hecho la ciencia de la acústica, podían poner á contribución toda la naturaleza, señalándola en cierto modo un papel en sus concepciones artísticas. Habían notado ya el sonido misterioso de las esferas que gravitan en la inmensidad; percibían y fijaban de igual modo las armonías más fugaces; el rumor de las olas, que tan pronto van á morir suavemente en la orilla, como, bajo la acción del viento, se estrellan con sordo estrépito; el murmullo de los arroyos que se deslizan por las llanuras, el canto de las aves y el soplo ligero de la brisa en el follaje.

Sobre esos temas, que les proporcionaba el medio mismo en que vivían, los artistas inspirados bordaban las creaciones más variadas de su fantasía. Según que estaban poseídos de alegría ó de tristeza, de entusiasmo ó de melancolía, adaptaban á sus sentimientos esos motivos tan ricos y diversos, agregando la expresión de sus propias pasiones; y hacían así un conjunto en que era imposible distinguir lo que debían á la naturaleza y lo que había añadido su genio creador.

Así resultaban melodías de un encanto indefinible, conciertos armoniosos cuya dulzura mecía muellemente las almas, despertaba en los corazones los más nobles sentimientos y constituía un maravilloso acompañamiento á las grandiosas escenas dramáticas que se desarrollaban ante los ojos de los espectadores conmovidos.

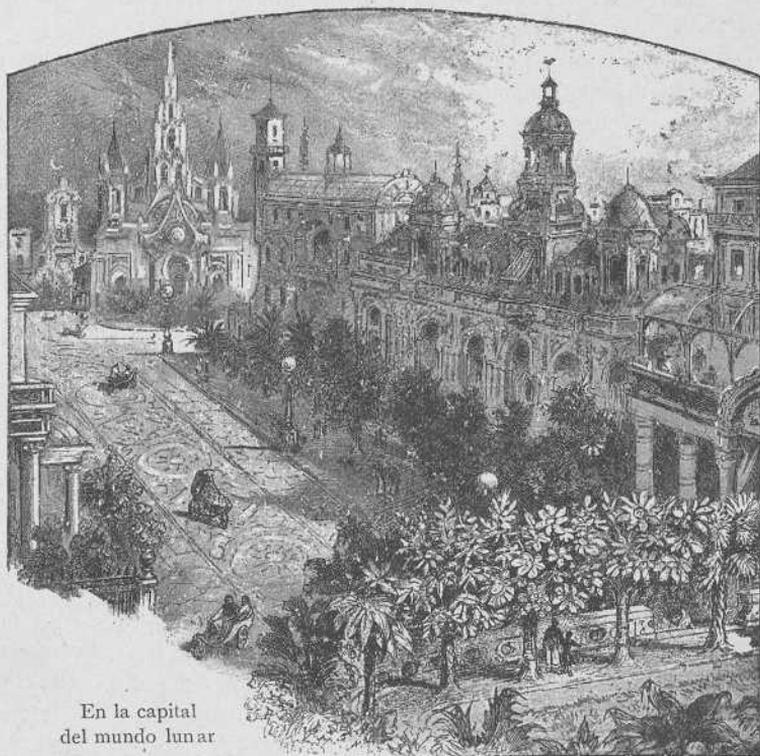
En la capital del mundo lunar era donde se celebraban esas fiestas, que debían su magnificencia, no al acumulamiento pueril ó presuntuoso de vanas suntuosidades, sino á la elección delicada, á la grandeza de las concepciones artísticas á que daban pretexto y ocasión. Sus habitantes no eran, por lo demás, los únicos que disfrutaban de aquellos espectáculos magníficos. Con los medios que la ciencia había vulgarizado hacía ya largo tiempo en aquel mundo privilegiado, todo cuanto se hacía y decía sobre aquellas escenas grandiosas transmitíase inmediatamente á todas las ciudades y pueblos más remotos; y todos cuantos no habían podido trasladarse al punto de residencia del gobierno, tenían á la vista, con la más escrupulosa fidelidad, esos imponentes espectáculos. Veían los actores y los oían, percibiendo el sonido de los instrumentos. Nada se perdía para ellos, y en aquel tiempo en que se exaltaba el culto de la patria y de la virtud, toda la población de la Luna se reunía bajo un impulso común de ferviente amor.

Vastas salas, sabiamente dispuestas para la acústica y para la vista, eran ocupadas por los numerosos espectadores que aquellas fiestas atraían.

En gradas muy anchas cada cual podía sentarse cómodamente, sin ser molestado, como en nuestros estrechos teatros, donde la gente se aglomera hasta sofocarse, ni por sus vecinos, ni por las idas y venidas de personas egoístas ó poco atentas, que no tienen escrúpulo en molestar á veinte personas para dejar su sitio y ocuparle de nuevo. No se había escatimado ni el aire ni el espacio, y

por lo demás, todos los asistentes, penetrados de la gravedad de aquellas representaciones, disfrutaban, concentrado el pensamiento y conmovido el corazón, de las magníficas escenas que se desarrollaban ante ellos.

Como los que asistían á tales solemnidades no iban para mostrarse en público ni hacer una fastuosa ostentación de joyas ó de vistosos trajes, sino para disfru-



En la capital
del mundo lunar

tar de los más nobles goces del arte, los arquitectos que habían dirigido la construcción de aquellos espaciosos edificios tuvieron cuidado de que los espectadores quedaran á la sombra, y de que toda la luz se proyectase en la escena donde se movían los personajes de aquellos dramas heroicos ó líricos. Lo que se representaba era la vida en toda su realidad.

Fieles á las tradiciones de lo bello, que se transmitían inalterables de generación en generación, los pintores y los escultores se inspiraban en los sentimientos más nobles y puros. Nada venía á falsear su juicio superior, el culto de una forma depurada, el sentimiento de las bellezas siempre nuevas de la naturaleza. Allí no había nunca nada intencionado, nada de presuntuoso ó ficticio y sobre todo nada que pudiese rebajar las almas y, bajo la falsa exterioridad de la belle-

za plástica, despertar el gusto de los malos instintos ó de los actos degradantes.

En los centros de enseñanza, donde bajo la dirección de maestros respetados se formaban los discípulos del noble arte, no se oía, como entre nosotros, el rumor de las discusiones de escuela; no se disputaba sobre la forma ó el color, ni se motejaban unos á otros de impresionistas ó simbolistas. No se conocía más que una sola forma de arte, aquella que reúne en una expresión soberana el esplendor de la forma con la nobleza de la idea.

Gracias á los medios del todo perfeccionados de que disponían, los escritores y compositores no estaban sometidos á la necesidad de anotar penosamente sus pensamientos con ayuda de signos que se han de trazar muy despacio y en los cuales se pierden á menudo los movimientos y el calor de la inspiración.

Aparatos especiales recogían, en el momento mismo de pronunciarse, las palabras salidas de los labios del poeta, ó los sonidos que el músico hacía producir al instrumento que daba á sus impresiones una forma sensible; y la obra, fijada para siempre, aparecía así, vibrante aún de los impulsos del alma que la dieran nacimiento, en el esplendor ó la gracia de su espontaneidad.

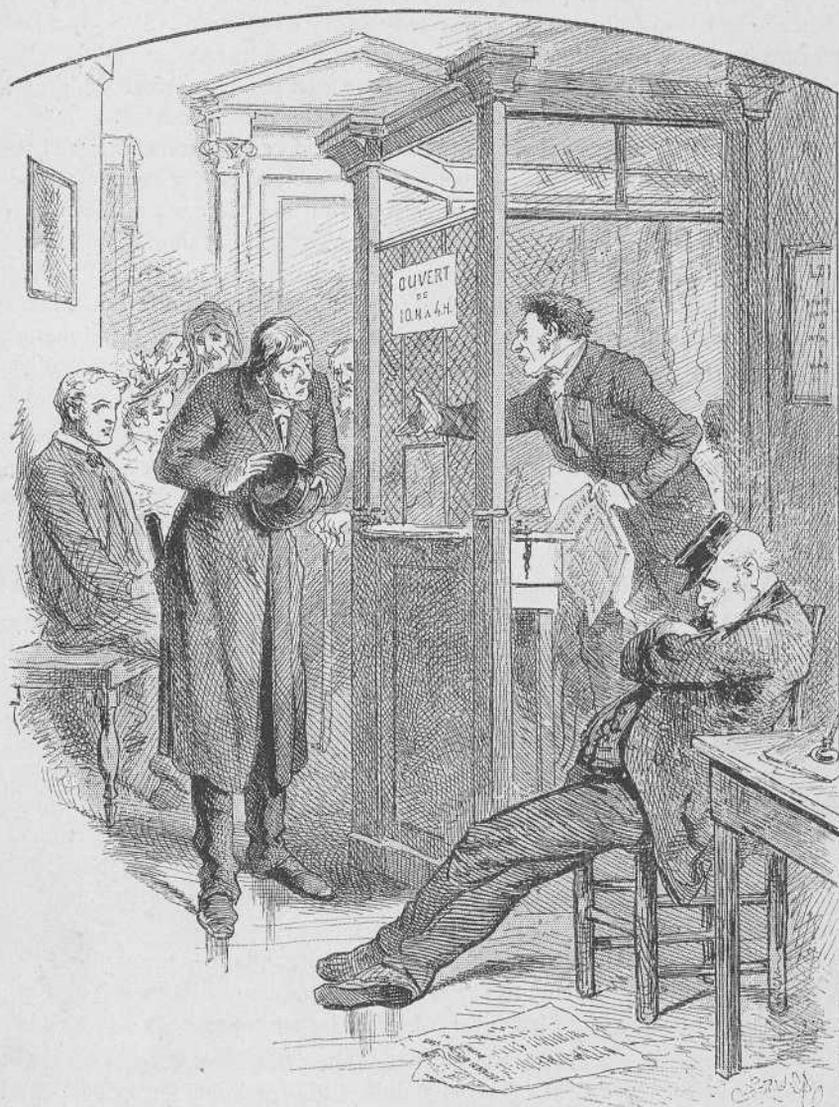
Ricas bibliotecas, llenas de todas las obras notables que habían dejado las edades precedentes y revistas en que se registraban al día las conquistas incesantes de una ciencia siempre alerta, proporcionaban á todos tesoros inagotables. Cuantos progresos se habían podido realizar en el arte de la tipografía, del dibujo y del grabado, se reunían para ponerlos á la vista de los que hojeaban aquellas vastas colecciones, fruto de las conquistas que el genio de los sabios había realizado á fuerza de trabajo y de perseverancia.

La sencillez de los métodos, la claridad de las demostraciones, la abundancia de hechos observados, y el rigor del espíritu crítico que presidía en sus clasificaciones, hacía accesible á todas las inteligencias el conocimiento de los problemas que entre nosotros son privilegio tan sólo de algunas de las más favorecidas. Y gracias á esta difusión científica, aquellos seres tan bien dotados desde el punto de vista de la comprensión y el raciocinio, se mantenían á un nivel intelectual que apenas podemos concebir.

En aquel mundo, donde todo era armonioso y sencillo, la organización social se había fijado y estaba al abrigo de todas las revoluciones que la ambición ó los furios de los partidos promueven en la Tierra. No se conocía tampoco nada de eso que llamamos *negocios*, y disfrutábase por ello de la inapreciable ventaja de no tener diarios ó periódicos. En su consecuencia, ignorábanse esas ardientes polémicas en que los intereses particulares desencadenados hacen tabla rasa de los intereses públicos, esos alegatos injuriosos en que, para satisfacer odios salvajes ó viles rencores, se vilipendia á los hombres más notables, se exalta el vicio ó la perfidia y se arrastra por el lodo la honradez y la virtud.

Nada semejante tampoco á esas escandalosas empresas en que, bajo pretexto de servir la utilidad general, se engaña á una multitud cuya avidez iguala á su necesidad, se especula sobre las malas pasiones, se adquieren riquezas á costa de

otro y se da el espectáculo repugnante de fortunas enormes fundadas sobre el agiotaje y el juego, sobre la ruina de una multitud de pobres.



Desconocían la tiranía burocrática

Mientras que Marcelo y Santiago estudiaban así el mundo lunar desde puntos de vista diferentes, marchando de sorpresa en sorpresa, lord Rodilan no perma-

necía ocioso. Con su espíritu filosófico había experimentado profunda admiración al observar la sencillez de las costumbres y de las instituciones que regían aquella sociedad de un orden superior. Su escepticismo, mantenido por las contradicciones y las incoherencias que se encuentran en el seno de la humanidad terrestre, no había resistido ante aquella realidad armoniosa de un considerable número de hombres que vivían en perfecta concordia con un mínimo de leyes y de gobierno que apenas osarían entrever los utopistas más soñadores.

Se había impuesto por tarea estudiar á fondo todo cuanto concernía á la religión, á las costumbres, á las instituciones políticas y civiles, y proponíase reunir todos los resultados de sus investigaciones en una Memoria que, unida al resumen de Marcelo y Santiago, formaría seguramente el más imprevisto, el más nuevo y el más interesante de los tratados. ¡Qué maravilla sería para el mundo sabio de la Tierra recibir un día aquel libro extraño, impreso en la Luna, lleno de fotografías, de dibujos y de pinturas, obras maestras de los artistas lunares, representando seres humanos, animales, monumentos y paisajes desconocidos!

¿Cómo llegaría semejante obra á conocimiento de aquellos á quienes estaba destinada? El diplomático inglés no se preocupaba de ello por el pronto y seguía trabajando con ardimiento.

Su cometido, por lo demás, era fácil.

Las instituciones políticas que estaba encargado de estudiar eran poco complicadas: no había autoridad quisquillosa, celosa de sus prerrogativas, siempre dispuesta á medir su importancia por las molestias y entorpecimientos que ocasionaba á sus administrados. Desconocíanse la tiranía burocrática, las vejaciones del expedienteo y las exigencias odiosas que los pobres humanos de la Tierra, á la verdad sobrado bonachones, disfrazan con los dulces eufemismos de libertades, de garantías administrativas.

Allí no se tenía á la vista el aflictivo espectáculo que presenta, en los pueblos que pretenden ser los más civilizados de la Tierra, la organización de la justicia represiva. Las cuestiones entre particulares eran raras y fáciles de zanjar: la equidad y la buena fe de los contratantes bastaban de sobra para resolverlas.

En cuanto á los atentados contra las personas ó contra la cosa pública, debidos comúnmente á la ruda lucha por la existencia, eran completamente desconocidos.

Y por lo tanto, nada de tribunales, ni policía, ni gendarmes, ni verdugos.

Nadie debía temer las denuncias pérfidas, las acusaciones interesadas, ni inquietarse por sí mismo ó por los suyos, ni temer las sorpresas de la ley ó los lazos traidores.

Se vivía abiertamente sin tener nada que disimular y por tanto nada que recelar.

CAPÍTULO XVIII

UNA ASCENSIÓN GIGANTESCA

Mientras los tres viajeros se ocupaban de sus importantes investigaciones, hubieron también de preocuparse de un problema que para ellos tenía la más alta importancia, cual era asegurar su vida en un medio ambiente tan distinto de aquel donde hasta entonces habían vivido. Las provisiones con que tuvieron cuidado de prevenirse al dejar la Tierra, conservas de toda especie, bizcochos y bebidas diversas, podían durar bastante tiempo; pero hacía ya seis meses que habitaban en el mundo lunar, habían consumido gran cantidad de sus víveres, y veían acercarse, no sin cierta inquietud, el momento en que quedaría agotado su repuesto.

Por otra parte, aquel fenómeno de seres vivientes que no se alimentaban de la simple absorción del aire, sino de elementos materiales, tenía preocupados á los habitantes de la Luna. Los tres extranjeros habían sido ya por parte de aquéllos objeto de un estudio que, á no ser por su profundo sentimiento de las conveniencias, hubiera podido llegar á ser indiscreto; pero se recordará que entre los documentos contenidos en el proyectil se hallaban varios atlas anatómicos de los más recientes y detallados. Por lo tanto había sido fácil para los sabios darse cuenta exacta de la fisiología de la humanidad terrestre, y en su consecuencia se ocuparon en buscar para sus huéspedes los medios más sencillos y eficaces de mantener su vida.

Marcelo, que había examinado con ellos aquella importante cuestión, manifestó el deseo de utilizar al efecto las simientes diversas, cereales y leguminosas, que había traído de la Tierra, ensayando también el cultivo de los frutales de que también tuvo cuidado de proveerse. Con este fin se preparó una región bastante vasta, y según las indicaciones de Marcelo, los Diemides puestos á sus órdenes construyeron los instrumentos aratorios; de manera que muy pronto los tres desterrados de la Tierra pudieron contemplar algo así como un campo cultivado que les recordaba su planeta natal.

Pero había alguno á quien la perspectiva de aquella alimentación vegetal no agradaba mucho, y era lord Rodilan.

— Las conservas de carne, de jamón y de caza, pase — decía con tono lasti-

mero, — aunque esto no valga lo que una tajada de *roastbeef* con sangre aún; pero vuestras coles y zanahorias... ¡uff!, es muy triste regalo. Yo no soy conejo para vivir de ese modo, ni tampoco podría acostumbrarme.

Con frecuencia dirigía miradas codiciosas á los graciosos y bonitos animales que saltaban en medio de las llanuras, ó á los peces de escamas cambiantes que surcaban como un relámpago de plata las límpidas ondas del mar y de los arroyos; y decíase que con una de las buenas escopetas, ó cualquiera de esas redes perfeccionadas que figuraban en aquel momento en el museo del palacio, se proporcionaría muy pronto sabrosas comidas. Y no pudo resistir á la tentación de franquearse con su amigo Rugel; pero le contestó sonriendo, como si comprendiese las exigencias de aquel estómago británico:

— ¡Ay de mí, amigo mío, forzoso le será renunciar á esa esperanza! La manzana es cosa desconocida aquí; todos los seres viven en completa seguridad, y la vida, emanación de la omnipotencia del Ser Soberano, es cosa sagrada. Que en vuestro mundo, donde tristes necesidades os obligan á devorar seres animados, imitéis el ejemplo que la Naturaleza misma os da, se comprende muy bien y puede disculparse; pero entre nosotros nada podría hacer admisible semejante ataque contra el orden y la armonía de nuestro mundo. Tranquílese usted, no obstante, pues nuestros sabios han pensado ya en ese asunto; hoy conocen los elementos indispensables para vuestra existencia; han previsto el caso de que las experiencias intentadas por nuestro amigo Marcelo no os proporcionen todo lo que necesitáis, y estudian la composición de un alimento que, bajo un volumen muy reducido, podrá sustituir á la nutrición animal á que os halláis acostumbrados.

El inglés hizo una mueca, murmurando para sí: «Todo eso es muy santo y bueno; pero huele endiabladamente á farmacia. En fin, allá veremos.»

Y en efecto, no tardó en ver.

Pocos días después de esta conversación, Santiago, que pasaba casi todo su tiempo con los sabios lunares en sus laboratorios, volvió con expresión triunfante y presentó á sus dos amigos un frasco lleno de un licor claro y transparente como el agua pura.

— ¿Qué es eso? — preguntó Marcelo. — ¿Por qué estás tan contento?

— Amigos míos — dijo Santiago, — ahora estamos ya seguros de no echar de menos las suculentas comidas cuyo recuerdo persigue aún á nuestro querido Rodilan.

— ¡Cómo! — exclamó el inglés. — ¿Pretende usted que esa mezcla sustituirá eficazmente á los bueyes de Durham, á los carneros de Yorkshire y á los jamones de Westfalia, á cuyo nombre sólo se me hace agua la boca?

— Perfectamente, amigo mío, y por lo pronto, lo que usted llama como profano una mezcla, es resultado de una combinación maravillosa en que se hallan en proporciones científicamente determinadas los elementos azoados que en la Tierra nos proporcionaba la carne de los animales. En este solo frasquito hay lo

suficiente para alimentarnos los tres durante algunas semanas. Y si de este alimento hacemos un uso exclusivo, bien pronto seríamos víctimas de una superabundancia de vida y nos amenazarían funestas congestiones. Por fortuna, los campos que Marcelo ha sembrado nos darán en cantidad suficiente un alimento refrescante. El elixir que tengo el honor de presentaros será nuestra carne.

— ¡Bah! — exclamó el inglés, — ya sabía yo que todo esto acabaría por drogas.

— Pruébelo usted siquiera — dijo Santiago, riéndose; — después juzgará.

Y vertió en un vaso algunas gotas del precioso néctar.

Lord Rodilan miró, olió el líquido desconocido, y después, cerrando bruscamente los ojos, á la vez que hacía una mueca, como niño que traga una medicina, apuró el contenido del vaso.

— No se podría afirmar — dijo, después de saborear un momento — que sea una cosa excelente; pero en fin, no me parece malo, aunque dudo que esto pueda sustituir á un *beefsteak*.

— Espere usted algunos instantes — contestó Santiago — y ya me dirá después lo que siente. Vea usted á mi amigo Marcelo: él no ha hecho tantos escrúpulos.

En efecto, apenas habría transcurrido media hora, cuando lord Rodilan y Marcelo, completamente repuestos, sentíanse llenos de nuevo vigor, como si se hubieran sentado á una mesa servida con abundancia.

La prueba era decisiva; el nuevo alimento fué adoptado sin más dificultad, y los tres amigos se consideraron libres del temor de morir de hambre.

Hasta les pareció que aquel género de alimento casi inmaterial les acercaba un poco, á sus propios ojos, á la condición superior de los habitantes de la Luna. Más de una vez, en efecto, se habían sentido humillados ante las tristes necesidades que les imponía su naturaleza terrestre, y en algunas ocasiones creyeron sorprender en las miradas de aquellos que presenciaron sus comidas como una expresión de sorpresa y de lástima. Por eso era lo más frecuente que tomaran su alimento cuando estaban solos.

Desde que habitaban el mundo lunar, Marcelo, Santiago y lord Rodilan habían observado y aprendido mucho; pero Marcelo no olvidaba las palabras casi misteriosas que le había dicho Rugel sobre los observatorios desde donde los sabios de la Luna podían seguir el curso de los astros, y preguntábase cómo desde el fondo de la gigantesca caverna donde habitaban habían podido sondear las profundidades del espacio. La bóveda granítica que aprisionaba aquellos humanos no tenía al parecer ninguna solución de continuidad, y por lo demás, aunque hubiese existido alguna comunicación con el exterior, sabía por su propia experiencia que la columna atmosférica no se elevaba hasta la superficie del satélite y que muy pronto el aire enrarecido se hacía irrespirable. Varias veces había recordado á Rugel su promesa, y acercábase el momento en que iba á quedar completamente edificado sobre este punto.

Los profundos estudios á que se consagrara no habían hecho olvidar á Santiago á la mujer que dejó en la Tierra, y deseaba con ansia anunciarla que había

salido vivo de aquella temible empresa. A menudo hablaba de esto con Marcelo; y sus preocupaciones no habían pasado inadvertidas para el sabio Rugel, que interrogándole afectuosamente, adivinó sin dificultad la causa de su tristeza. Aquel amor tan noble y puro, por el que Santiago no había temido arriesgar su vida, era uno de esos sentimientos que el alma elevada de su nuevo amigo comprendía; le había recomendado con benevolencia que no desesperase, y por algunas palabras que dejó escapar, Santiago creyó comprender que los sabios se preocupaban de los medios de avisar á los habitantes de la Tierra la llegada á buen puerto de los audaces viajeros. Pero el tiempo le parecía largo, y él también esperaba con impaciencia.

Cierto día, Rugel se presentó sonriendo.

— Traigo á ustedes — dijo — una buena noticia: si lo tienen á bien, dentro de pocos instantes vamos á visitar el observatorio de que les hablé. El momento es propicio, pues la parte de la Luna que mira á la Tierra se halla ahora en la sombra, y van ustedes á ver de nuevo su patria brillante de luz.

— ¡Ah!, por fin — exclamó Marcelo con una explosión de alegría y estrechando vigorosamente la mano que le ofrecía Rugel.

— Gracias, amigo — añadió Santiago, con el rostro radiante de contento.

— ¡*All right!* — exclamó lord Rodilan. — Voy á ver, pues, la alegre Inglaterra. ¡Qué lástima, amigo Rugel, que no podamos vaciar juntos en su honor la última botella de champaña que nos queda!

— Vaciadla — contestó Rugel; — yo les acompañaré de todo corazón, no solamente por Inglaterra, sino también por Francia y por el mundo entero que han dejado.

Muy pronto el vino chispeó en los vasos, y oyéronse resonar los gritos de «¡Viva Francia, viva Inglaterra!» Rugel contemplaba con ojos enternecidos aquella alegría de que al parecer era partícipe y que, á pesar de su impasible serenidad, conmovía su corazón.

Entretanto se había acercado un *aeroscafo*, especie de vehículo á la vez elegante y sólido.

Marcelo, que se había familiarizado hacía ya tiempo con el mecanismo motor, se colocó en el timón y puso la proa hacia el punto del horizonte que Rugel le indicó. El aparato se elevó cortando los aires con rapidez.

A las pocas horas se había franqueado el mar interior que se extendía en el centro de la inmensa caverna, y se llegaba al pie de una colosal montaña de granito, especie de muro cortado á pico que parecía de todo punto infranqueable.

Entre el pie de la montaña y la playa donde iban á morir las olas elevábase una pequeña ciudad de aspecto severo y tranquilo: allí vivían, sobre todo para estar cerca del lugar donde se entregaban á sus trabajos habituales, hombres elegidos en la clase de los Meolicenos y particularmente encargados de las observaciones astronómicas. Sus funciones se apreciaban en alto grado en el mun-

do lunar, pues ellos eran los que tenían por misión mantener en cierto modo aquella humanidad subterránea en comunicación con el universo exterior. Sin ellos, sin sus constantes trabajos, los habitantes de la Luna habrían vivido com-



Lord Rodilan miró, olió el líquido desconocido

pletamente extraños á lo que pasaba en el mundo sideral y como encerrados en las tinieblas de una eterna prisión.

De aquel centro de investigaciones científicas partían incesantemente boletines que anunciaban, á medida que se producían, todos los fenómenos celestes, manteniendo así en aquellos seres tan inteligentes, sabedores de que el fin del

mundo que habitaban había de ocurrir inevitablemente en un espacio de tiempo que podían calcular ya, el deseo de entablar relaciones con la humanidad más vecina.

Rugel y sus tres compañeros fueron acogidos á su llegada con la más benévola cordialidad, pues aunque no hubiesen penetrado nunca en aquella lejana región, Marcelo, Santiago y lord Rodilan eran suficientemente conocidos. Encontraron allí á varios de los personajes notables con quienes habían hablado ya en la capital; pero todos los demás se hallaban ya al corriente de sus trabajos. La sala donde se les había recibido era muy espaciosa, y casi toda estaba tapizada de cartas sidéreas del trabajo más acabado y de la más perfecta exactitud; pero Marcelo observó que no había allí ningún instrumento propio para las observaciones astronómicas.

— ¿Pero dónde está el observatorio de ustedes? — preguntó, dirigiéndose á Rugel. — ¡Desde aquí no podrán contemplar el cielo!

— Paciencia, amigo mío — contestó Rugel, — ya llegamos.

Uno de los sabios que les rodeaban hizo una señal, y en el fondo de la sala se abrió una puerta grande que daba entrada á una especie de pasadizo iluminado eléctricamente.

— Sígame usted — dijo Rugel.

Aquel pasadizo desembocaba en una reducida habitación de forma circular, elegantemente amueblada con siales y divanes. Un fanal eléctrico colocado en el techo la iluminaba con una luz suave y uniforme, y excepto la puerta por donde habían entrado, no se veía ninguna otra abertura.

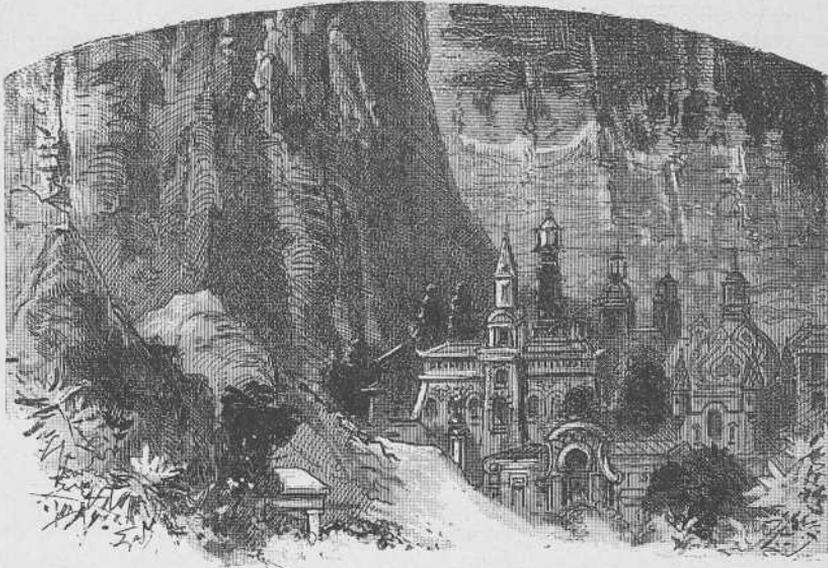
— Siéntense ustedes un instante — les dijo su guía — y no tardarán en quedar satisfechos.

Los tres amigos, sorprendidos y un poco preocupados, obedecieron sin replicar.

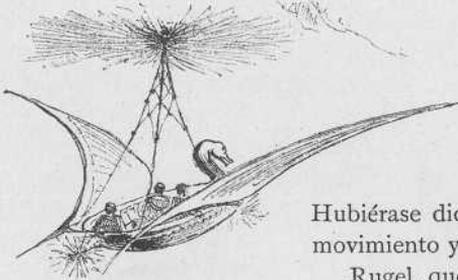
— Nuestros observatorios — dijo entonces Rugel — no ofrecerían á los ojos de ustedes, desde el punto de vista de los instrumentos, ninguna de las sorpresas que indudablemente esperan. Según los dibujos que nos habéis enseñado y por las explicaciones que nos disteis, hemos podido juzgar que toda la teoría que preside en la construcción de vuestros instrumentos astronómicos se basa en las leyes de la reflexión y de la refracción de los rayos luminosos. Estas leyes son generales, y tan sólo las aplicaciones pueden variar según sea la diferencia de los medios. Nuestros ojos están conformados como los vuestros, el fenómeno de la visión es el mismo para nosotros que para vosotros, y todos los aparatos de óptica que tienen por objeto extender á lo infinitamente grande ó pequeño el campo de las observaciones no son más que ojos agrandados ó perfeccionados. Si existen — y nada nos prueba lo contrario — otros medios de sondear las profundidades del espacio ó de escudriñar en sus más ínfimas manifestaciones los secretos de la vida, esos medios no deben ser accesibles sino á seres conformados de otro modo que nosotros. Antes que nuestra humanidad se viese redu-

cida á refugiarse en el interior de nuestro mundo, habíanse hecho ya interesantes investigaciones, obteniéndose resultados de importancia; y muy pronto os mostraré toda la serie de trabajos preliminares por que hemos pasado.

Hacia algunos instantes que Marcelo parecía estar pensativo: ligeros estremecimientos agitaban aparentemente de una manera casi insensible el sitio



... elevábase una pequeña ciudad



en que se había sentado y hasta el suelo en que posaba los pies, mientras que al mismo tiempo oíase un roce casi imperceptible.

Hubiérase dicho que buscaba la causa de aquel movimiento y de aquel ruido.

Rugel, que le observaba, continuó más vivamente, como para arrancarle á sus reflexiones:

— Ya verán que, así como ustedes, hemos usado largo tiempo anteojos y telescopios; pero ya saben que los instrumentos reflectores son siempre de difícil manejo y no soportan aumentos tan considerables como los que se fundan en el principio de la refracción. Hemos llegado á construir con tanta perfección nuestros lentes y nos ha sido dado construir anteojos de tal diámetro, que hemos renunciado al uso de los telescopios.

Y Rugel se extendió con marcada complacencia en largos detalles sobre los

procedimientos sabios y exactos por medio de los cuales obtenían aquellos maravillosos y gigantescos objetivos; sobre los sencillos y potentes mecanismos que hacían funcionar sin dificultad aquellos aparatos, cuyas proporciones excedían á todo cuanto la ciencia terrestre había podido realizar hasta entonces.

Marcelo y sus dos amigos, vivamente interesados en las descripciones que Rugel les hacía, en los recuerdos de las edades remotas que evocaba, en la sucesión de los progresos científicos alcanzados á través de los siglos y que el sabio enumeraba, no echaban de ver que el tiempo pasaba y que habían transcurrido ya algunas horas desde que entraron en la reducida habitación, bastante extraña, donde aún hablaban.

— Todo esto es muy curioso é instructivo, amigo Rugel — dijo Marcelo alegremente; — pero ¿nos ha conducido usted aquí tan sólo para darnos una conferencia sobre la historia de la astronomía lunar?

— Siempre impaciente — dijo Rugel, sonriendo; — pero tranquilícese usted, pues ya hemos llegado.

— ¡Llegado! — exclamaron á la vez Marcelo, Santiago y lord Rodilan. — ¿Adónde? ¿Cómo?

— A la superficie de la Luna — contestó sencillamente Rugel.

CAPITULO XIX

EL OBSERVATORIO

La puerta se había abierto, y los tres habitantes de la Tierra, poseídos de viva emoción, seguían á Rugel por una ancha galería que se prolongaba delante de ellos. En su extremidad, otra puerta cedió bajo la presión de la mano de su guía; dieron algunos pasos más y detuviéronse maravillados. Hallábanse en un extenso terrado lleno de una luz cuyo brillo, ligeramente velado por un tinte azulado, no se parecía en nada á la del sol, asemejándose más bien, aunque con intensidad infinitamente superior, á la de la Luna cuando está en su plenilunio é ilumina las noches terrestres.

Los tres amigos paseaban á su alrededor miradas de sorpresa, contemplando con admiración el extraño paisaje que se desarrollaba á su vista: una llanura inmensa en cuyo centro elevábase el gigantesco edificio donde se hallaban, con el suelo hendido y profundamente quebrado; en el remoto horizonte, moles formidables de montañas y de rocas de caprichosas formas, y picos desnudos de agudas aristas que elevaban sus cimas hacia el cielo, proyectando á lo lejos fantásticas sombras.

Dominados estaban aún por aquella emoción, cuando Rugel, levantando el brazo, les señaló con el dedo el cielo que se extendía sobre sus cabezas.

Alzaron los ojos; un súbito temblor agitó sus miembros, y en un irresistible impulso estrecháronse con ardimiento: sus rostros estaban bañados de lágrimas.

Solamente podían balbucear, como bajo la impresión de una indecible angustia:

— ¡La Tierra, la Tierra!

Sobre el negrísimo color del cielo y bajo un ángulo de $1^{\circ} 54'$ destacábase un globo inmenso; brillante como catorce lunas llenas, difundía sobre las campiñas lunares las ondas de una luz intensa, pero suave y tranquila.

Era el mundo que habían dejado hacía seis meses. La Tierra, en aquel momento llena, tenía vuelto hacia la Luna el hemisferio que contenía el antiguo continente.

Los tres amigos distinguan á la simple vista los contornos brillantes de las tierras y las masas más sombrías de los océanos, reconociendo la Europa por sus

costas profundamente recortadas, la vasta superficie del Asia con las penínsulas que la terminan, y al Sud el Africa triangular; pero Francia fué el punto en que Santiago y Marcelo fijaron principalmente sus ávidas miradas, mientras que lord Rodilan repetía con voz enronquecida por la emoción:

— ¡Inglaterra, Inglaterra!

Rugel les observaba en silencio y parecía participar de su emoción.

— Vengan ustedes, amigos míos — les dijo, — y ahora verán la Tierra más de cerca.

Arrancándose como con sentimiento á su contemplación, los tres amigos siguieron á su guía, no sin volver la cabeza, ni sin levantar de continuo los ojos hacia el enorme disco que brillaba sobre sus cabezas.

El terrado en que se hallaban servía de remate á una imponente construcción que surgía en medio de una vasta hondonada en los confines del Océano de las Tempestades, en las inmediaciones del cráter de Hausteen.

Era una especie de palacio de proporciones colosales, de forma cuadrada y compuesto de varios picos. La parte inferior, circuida de sólidos muros de unos quince metros de altura, tenía grandes ventanas con cristales gruesos de extrema transparencia, separadas por altas columnas medio encajadas en el muro. Se habían dispuesto vastas salas que servían de bibliotecas, museos y gabinetes de trabajo para los astrónomos que pasaban su vida observando el cielo.

A la altura del friso que las columnas sostenían elevábase en último término una construcción alrededor de la cual se corría un terrado de diez metros de anchura, herméticamente cerrado por grandes cristales de forma arqueada, cuya parte superior, constituyendo una cúpula, se apoyaba sobre la plataforma, coronaba el cuerpo macizo central y servía á su vez de base al último piso, donde se hallaban instalados los instrumentos de observación.

Aquel terrado cubierto de cristales fué el que los viajeros visitaron primero, y allí habían contemplado la Tierra, cuya súbita vista les produjo una emoción tan profunda.

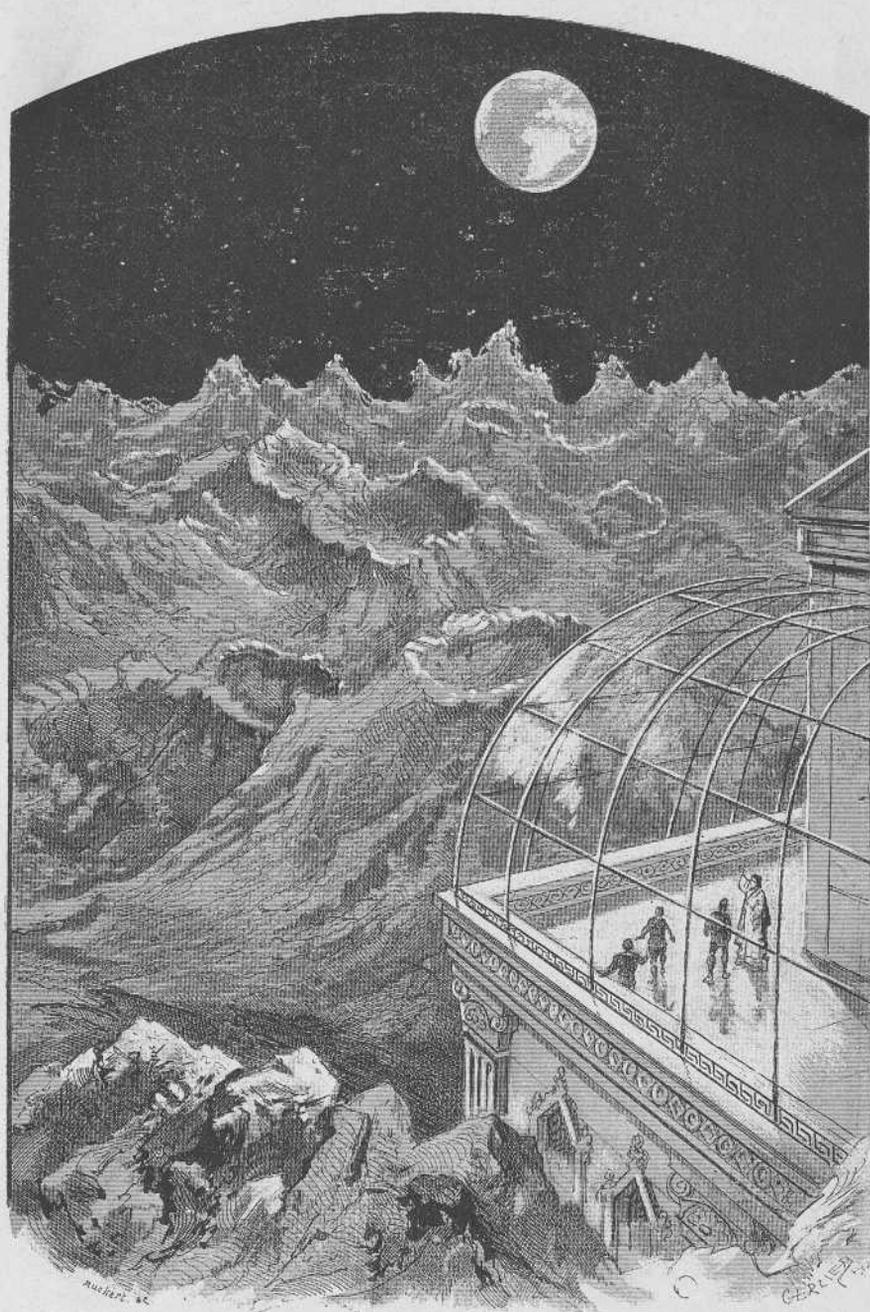
Pero no habían concluído para ellos las sorpresas.

Muy pronto un ascensor eléctrico los transportó con Rugel al piso superior; desembocaban en la última plataforma, y á través de la armadura de cristal, que aún allí formaba una cúpula de doce metros de diámetro, completamente cerrada, volvieron á ver el astro en que fijaban todos sus pensamientos.

Su visita debía haber sido anunciada sin duda, pues al presentarse viéronse rodeados de los sabios que trabajaban en el observatorio y que se apresuraron á darles la bienvenida. Se les miraba con una curiosidad mezclada de respeto.

El que parecía ser principal en aquel cuerpo de hombres superiores se adelantó hacia los tres amigos y les dijo:

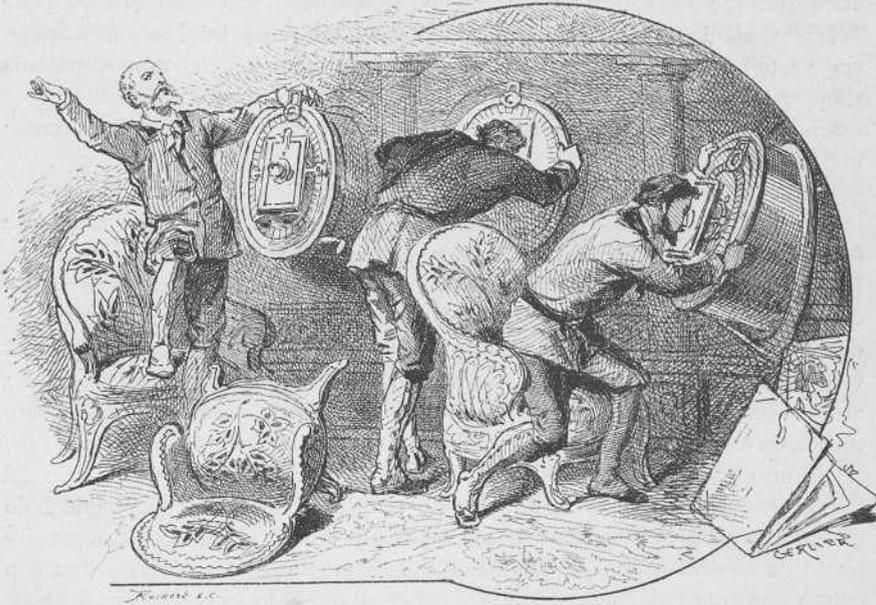
— Saludamos con gran satisfacción vuestra llegada entre nosotros. Conocemos vuestras heroicas aventuras, y nos hemos regocijado con toda la población lunar de la llegada de nuestros hermanos terrestres; participamos de la esperanza que



Rugel, levantando el brazo, les señaló con el dedo el

vuestra presencia hace concebir al hombre eminente que nos gobierna, y contribuiremos con todas nuestras fuerzas á su realización. Por ahora, esperando cosa mejor, os acercaremos por la vista al globo que os es tan querido.

Y les señaló tres sitaliaes colocados en la proximidad de un enorme cilindro que formaba saliente en el interior de la cúpula, terminando por un lente enca-



«¡Francia! ¡París! ¡Londres!»

jado en un tubo metálico, semejante á los oculares de que están provistos en la Tierra los instrumentos de observación astronómicos.

– Miren ustedes – dijo Rugel.

Tres exclamaciones de sorpresa resonaron á la vez.

– ¡Francia!

– ¡París!

– ¡Londres!

Gracias á la potencia de los instrumentos que tenían á su disposición, la Tierra parecía haberse acercado de una manera increíble, y hallábase tan próxima, que se distinguían todos los detalles geográficos, como si hubiesen tenido un inmenso mapa desarrollado ante sus ojos, permitiéndoles ver montañas, bosques, ríos y ciudades.

Un mecanismo exacto permitía mover sin esfuerzo el aparato y pasearle por toda la superficie iluminada del globo terrestre.

Y la mirada insaciable de los tres amigos no podía separarse de los lugares donde habían habitado.

Mientras que lord Rodilan examinaba la gigantesca ciudad de Londres, que se le aparecía como una gran mancha de color gris, listada de rayas imperceptibles, que debían ser calles, y cortada por una línea negruzca, el Támesis, Marcelo y Santiago, palpitantes de emoción, tenían sus miradas tenazmente fijas en París. Aunque el aumento proporcionado por aquellos maravillosos aparatos, que Marcelo calculó en unas veinte mil veces, fuese tal que se hubieran debido distinguir todos los monumentos, el espesor de la atmósfera terrestre disminuía singularmente su claridad. Entre los observadores y la superficie de la Tierra se extendía como un velo que esfumaba los contornos, hacía oscilar las líneas é impedía á la vista fijarse.

Para los astrónomos de la Luna, que bajo aquellas impresiones confusas é inciertas no habían podido hacer más que conjeturas, era difícil darse cuenta de lo que observaban en aquel medio flotante; pero Marcelo y Santiago encontraban fácilmente los lugares donde habían pasado la mayor parte de su vida y que tan bien conocían. Pocos instantes les bastaron para orientarse, y después distinguieron al Oeste de la gran ciudad como un punto estrellado, que debía ser evidentemente la plaza de la Estrella, con las doce grandes vías que de ella arrancaban, y una vez determinado esto, no tardaron en señalar á cada monumento, en aquel plano casi borroso, el lugar que debía ocupar.

El uno veía otra vez así, ó por lo menos creía ver de nuevo, aquel barrio del Observatorio donde había disfrutado de tan dulces alegrías y experimentado tan hondos pesares, dejando allí todas sus esperanzas; el otro, á quien ningún punto de aquella capital atraía más particularmente la atención, recorría con enternecimiento toda la Francia.

Iba desde Dunkerque, que se baña en las olas del mar del Norte, hasta las ciudades del Mediodía, que se reflejan en las aguas transparentes del Mediterráneo, y desde la punta extrema de Bretaña á la nevada móle de los Alpes, cuyas cimas, perfilándose en una atmósfera menos densa, sobre la región de las nubes, se destacaban con una blancura deslumbradora. No se podía cansar de seguir el curso de los ríos y de reconocer al paso las ciudades que atravesaban; Ruán, Nantes, Burdeos y Lyon atrajeron sucesivamente sus miradas.

Luego, mientras que lord Rodilan, después de dirigir una mirada á Londres, se complacía en pasar revista sobre la superficie del mundo á todos los puntos en donde la ávida nación inglesa había plantado su pabellón, sintiendo dilatarse su corazón de insolente orgullo; Marcelo, franqueando las fronteras de Francia, se detenía, no sin un sentimiento melancólico, en las provincias violentamente separadas de la madre patria.

Pero muy pronto, arrancándose de aquella contemplación, que reavivaba en él tan crueles recuerdos, franqueaba el Rhin, pasaba por Alemania, en aquel momento cubierta de nubes, pero que su imaginación le hacía ver erizada de

armas, y corría á las orillas del Neva, donde su alma patriótica creía adivinar futuros aliados. Poco después, volviendo otra vez al Sud de Europa, seguía aquellas costas tan pintorescamente recortadas y que la atmósfera, más diáfana en aquella región, le permitía distinguir con más claridad.

Allí Grecia extendiéndose como una hoja de moral; Italia, que se prolonga hacia el continente africano; España, listada por sus cordilleras de montañas; la Argelia, estrechamente oprimida entre el Mediterráneo y el Atlas; y el Sahara, desarrollando sus largas llanuras amarillentas hasta el Africa central de insondables misterios.

Pero siempre sus miradas volvían á Francia, esa dulce patria, que se puede abandonar, pero no olvidar.

Sin embargo, á medida que el tiempo avanzaba, el globo terrestre giraba sobre su eje; Europa se disipaba poco á poco, y ya las costas del continente americano parecían salir del Atlántico.

— Amigos míos — les dijo entonces Rugel, — dispéñense ustedes que les prive de este espectáculo, el cual comprendo que seduce sus corazones; pero están aquí en su casa, y tendrán tiempo de contemplar á su gusto la Tierra en todas sus fases, pues la permanencia de ustedes en nuestro observatorio se prolongará tanto cuanto lo juzguen necesario. Permítanme ahora enseñarles las habitaciones que les reservamos, y después les dejaré al cuidado del sabio Merovar, mi colega del Consejo Supremo, que dirige aquí las observaciones astronómicas y que ha estudiado ya, como pronto reconocerán, los medios de poner á ustedes en comunicación con aquellos de quienes se han separado. En cuanto á mí, los deberes de mi cargo me obligan á dejar su compañía algún tiempo.

Y los condujo al piso inferior, donde se habían preparado para los viajeros espaciosas habitaciones amuebladas con un lujo severo y elegante. Todo se había dispuesto con un cuidado previsor para satisfacer las exigencias de aquellos extranjeros, cuya naturaleza era tan diferente de la de los habitantes de la Luna.

Los tres amigos se despidieron, no sin algún sentimiento y tristeza, de aquel que desde su llegada había sido su guía fiel y generoso y que siempre les manifestó la más sincera amistad.

A continuación de aquella despedida tomaron posesión del local donde iban á vivir algún tiempo, y con verdadera satisfacción volvieron á quedar solos, porque después de las violentas emociones que acababan de experimentar sentíanse dominados por una invencible necesidad de reposo.

En los días siguientes fueron objeto de las atenciones y solicitud de todos los astrónomos de aquel maravilloso observatorio, mostrando cada cual empeño en iniciar á los visitantes en los secretos de sus trabajos y haciéndoles admirar los instrumentos tan perfectos de que disponía. Santiago y el mismo lord Rodilan habían acabado por interesarse en aquella ciencia superior de la astrono-

mía, privilegio de los talentos más atrevidos, en la que los resultados que la observación proporciona, ayudada del cálculo, revisten todos los colores y tienen todo el encanto de las creaciones más brillantes y fantásticas de la imaginación. ¿Y cómo podía serles indiferente esta ciencia cuando á ella misma debían el haberse acercado con la vista al mundo á que aún estaban sujetos por vínculos tan fuertes y poderosos?

CAPITULO XX

MECÁNICA Y ÓPTICA

Un problema de mecánica preocupaba á Marcelo: preguntábase por qué medios había podido ser transportado con sus compañeros desde el fondo del mundo lunar á la superficie del satélite. Según recordaba, la inmensa excavación que servía de asilo á los refugiados de un mundo que no era habitable ya, hallábase situada á la profundidad de unas quince de nuestras leguas terrestres. ¿De qué poderosos procedimientos disponían, pues, los ingenieros de aquella extraña humanidad para poder elevar á tales alturas, siguiendo la vertical, pesos tan considerables? En efecto, había sido necesario, al parecer, transportar á la periferia todo cuanto sirvió para la construcción y arreglo del observatorio; y en esto había lo bastante para perturbar profundamente la inteligencia más audaz. Muy pronto tuvo la explicación, y quedó maravillado de la sencillez de los medios que se empleaban para obtener tan asombrosos resultados. Con el sabio Merovar hizo de nuevo el viaje que había efectuado en compañía de Rugel, y gracias á su ilustrado guía, todo lo examinó, dándose cuenta de todo.

La chimenea de un antiguo volcán era lo que los habitantes de la Luna habían utilizado para instalar los aparatos mecánicos que les permitían comunicarse con el mundo exterior.

Ya se sabe que disponían de una inagotable fuerza motriz, la electricidad; y hábales bastado disponer en aquel largo corredor, casi vertical, cuyas paredes regularizaron, una jaula de ascensor de unos cinco metros de lado. Los montantes y los travesaños se componían de acero muy resistente, y las diversas partes se enlazaban entre sí con pernos sólidamente remachados, lo cual comunicaba al conjunto la solidez de un cuerpo macizo. De trecho en trecho salían de los cuatro ángulos de aquella jaula unas barras de hierro, también con pernos de longitud forzosamente variable, según la distancia que separaba los montantes de la pared pedregosa, y profundamente embutidos en ella.

El ascensor que circulaba por aquella especie de chimenea estaba provisto en cada uno de sus ángulos de dos ruedas dentadas, una en la extremidad superior y otra en la base, las cuales engranaban cuatro cremalleras dispuestas á lo largo de los montantes. Se las ponía en movimiento, con la celeridad de unos veinte

kilómetros por hora, por medio de un motor eléctrico de formidable potencia bajo un volumen relativamente reducido, dispuesto en la parte inferior del ascensor. Este motor, propulsivo cuando se trataba de hacer subir el aparato, servía de moderador y de freno en el descenso. Todo estaba calculado con un rigor tan matemático, los materiales empleados tenían tal homogeneidad y resistencia, y el trabajo de ejecución era tan perfecto, que el todo funcionaba con la suavidad y la seguridad de un aparato de precisión, mientras que las probabilidades de accidentes quedaban reducidas á una proporción infinitesimal.

Para mayor seguridad, y á fin de no abandonar nada á lo inesperado, siempre posible en las obras humanas, el espíritu de previsión de los ingenieros lunares había dispuesto, debajo del punto de partida del ascensor y en el eje mismo de la jaula, una profunda cavidad llena de un agua que se había hecho más densa por la adición de una mezcla química, y cuya elasticidad debía, en caso de caída, amortiguar el choque terminal.

Marcelo quedó mudo de admiración ante aquel trabajo colosal que se desarrollaba á una altura de unas quince leguas y cuya sola concepción parecía pavorosa.

¿Cómo habían podido imaginar y realizar semejante obra seres humanos?

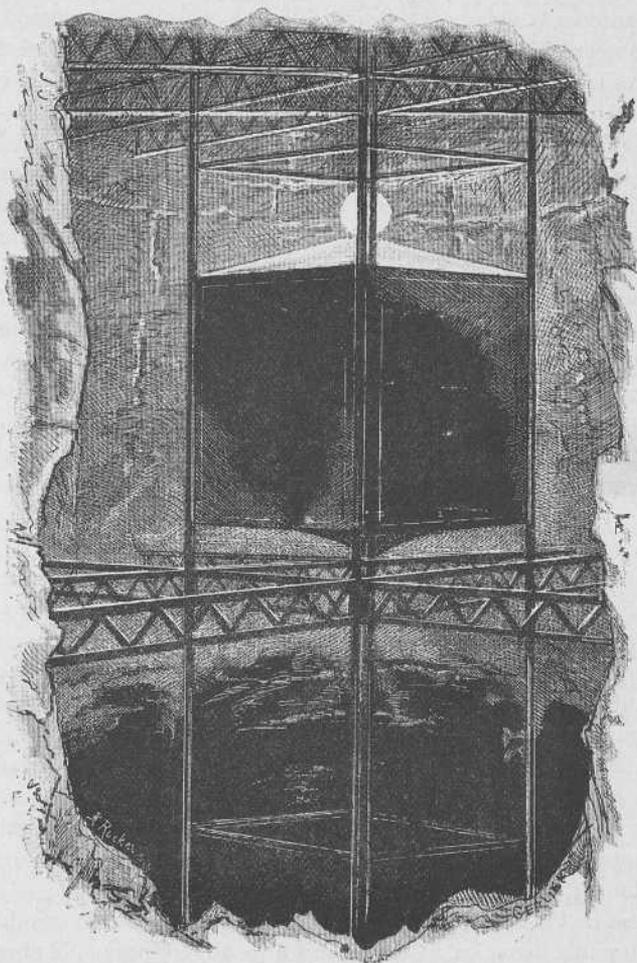
Reflexionando, se decía que aquella prodigiosa cantidad de materiales empleados representaba en la Luna un peso seis veces menor que en la Tierra; sabía, por haber visto ya notables aplicaciones de ello, que los ingenieros lunares habían llegado á resolver, como jugando, importantes problemas de mecánica, y que su genio científico, triunfando de las resistencias de la materia, había inventado las máquinas más poderosas y más diversas, reduciendo en cierto modo á la nada el trabajo individual del hombre.

Sin embargo, lo que estaba viendo era tan desmesurado y parecía exceder de tal modo á todas las previsiones, que no podía dar crédito á sus ojos.

El sabio Merovar parecía gozarse en su sorpresa.

- Las circunstancias nos han servido felizmente - dijo. - Cuando nuestra humanidad, obligada á dejar la superficie de nuestro globo, se retiró á las regiones subterráneas que hoy ocupa y que el Espíritu Soberano le había preparado al parecer como último refugio, nuestros sabios no se resignaron á permanecer separados para siempre del mundo exterior, de ese espacio infinito donde los astros prosiguen su curso inmutable. Por todas partes hicieron sus investigaciones; ningún punto accesible quedó sin explorar, y así es como hemos reconocido la existencia de numerosas chimeneas de volcanes apagados; pero casi todas eran de forma irregular, de dirección oblicua, y su curso sinuoso se prestaba mal para la colocación de aparatos que nos permitieran comunicar con el exterior. Al fin concluimos por encontrar la que usted acaba de recorrer. Por su dirección vertical y su estrecho diámetro, era maravillosamente propia para el uso á que la destinábamos; pero por desgracia, así como todos los demás cráteres de la Luna, según sabe usted, hallábase obstruída á cierta dis-

tancia de la superficie por una gruesa capa de lavas y restos volcánicos acumulados. Hemos debido abrirnos paso á través de esos materiales de extremada dureza, y para esto fué necesario apelar á nuestros explosivos, que tienen una



El ascensor que circulaba por aquella especie de chimenea...

fuerza de expansión considerable. Para regularizar en lo posible las asperezas, que en muchos sitios erizaban las paredes, hemos hecho uso de poderosos arietes.

– Estoy admirado – interrumpió Marcelo – de los magníficos resultados obtenidos por la industria de ustedes; pero ¿cómo ha llegado á crear en esta chi-

menea de prodigiosa altura, y sobre todo en el observatorio construído en la superficie misma de la Luna, una atmósfera respirable? Sé por mi propia experiencia que no es necesario elevarse mucho sobre el nivel de la caverna donde hemos caído, para llegar muy pronto á capas en que el aire enrarecido es impropio para mantener la vida.

— La observación de usted es muy justa, y ahora comprenderá de qué modo se ha resuelto ese problema tan fácilmente como los demás. En la parte baja de la chimenea donde nuestro ascensor se mueve, se han colocado poderosas máquinas de compresión alimentadas por el aire que forma la atmósfera en que vivimos, y este aire, aspirado por ellas, es rechazado incesantemente á la chimenea con una presión que le eleva hasta la superficie, acumulándole en el observatorio. El funcionamiento de esas máquinas está calculado de modo que la columna ascendente y la atmósfera que llena el edificio, cerrado herméticamente por todas partes, se mantengan á una presión constante y sensiblemente igual á la que soportamos en nuestro mundo subterráneo. Y el movimiento de esas máquinas, funcionando sin tregua, proporciona á la chimenea y al edificio que la corona una corriente de aire sin cesar renovada y siempre respirable. Los elementos inútiles son arrastrados así y devueltos á la circulación general, donde se purifican y transforman de nuevo. Pueden ustedes asegurarse por sí mismos de que en todos los pisos del observatorio la respiración es cómoda y fácil, y que á esa altura la vida no ha perdido nada de su actividad.

— Todo eso es maravilloso — murmuraba Marcelo.

Los instrumentos de óptica, cuya formidable potencia habían probado los tres amigos, debían ser por parte de éstos objeto de un atento examen. La gran dificultad con que habían tropezado desde luego los astrónomos lunares consistía en la imposibilidad en que se hallaban de operar á descubierto en la superficie de la Luna. Por otra parte, las observaciones no eran posibles sino con ayuda de instrumentos articulados de manera que pudieran moverse en todos sentidos y fueran capaces de registrar todas las regiones de la bóveda celeste. Había sido necesario, pues, hallar una combinación tal que el observador, permaneciendo en un medio ríguosamente cerrado y lleno de aire respirable, pudiese, no obstante, sin esfuerzo y sin cambiar de sitio, mover su instrumento en el vacío exterior.

El sistema de los anteojos ecuatoriales, tal como se usa más comúnmente en la Tierra, no podía llenar en modo alguno este objeto, porque el observador se ve precisado á trasladarse de un punto á otro con el instrumento; pero habían hallado en los anteojos acodados el medio que buscaban, y no fué uno de los menores asombros de Marcelo reconocer que esa especie de aparatos de óptica de que los astrónomos terrestres hicieron al fin uso por el único deseo de que las observaciones fuesen más cómodas, y de consiguiente más precisas, eran efectivamente aquellos á que habían debido apelar sus cofrades de la Luna en razón á las condiciones muy especiales en que se hallaban.

Conocidos son esos anteojos, inventados por uno de los más ingeniosos y más sabios astrónomos (1) del Observatorio de París.

El cuerpo del instrumento se compone de dos partes cilíndricas, montadas en ángulo recto: una, la que lleva el ocular, es paralela al eje del mundo; la otra, la que está provista del objetivo, es paralela al ecuador. A este objetivo se halla adaptada una especie de caja rectangular que contiene un espejo inclinado á 45°, el cual puede girar sobre sí mismo de manera que se coloque en frente de todos los puntos del cielo sobre el horizonte.

La imagen de un astro cualquiera, reflejada por el espejo y refractada por el objetivo, viene á encontrar un segundo espejo igualmente inclinado á 45° y dispuesto en el punto en que las dos partes del instrumento forman un ángulo. Este espejo refleja á su vez la imagen así recibida y la envía hasta el ocular, que no es en sí más que un microscopio de mucho aumento, y esta imagen así amplificada es la que el ojo del observador examina.

Sobre este principio se fundaban los anteojos de que hacían uso los astrónomos lunares, con la particularidad de que el tubo portador del ocular, que formaba saliente en el interior de la sala de observación, penetraba por una abertura cilíndrica que cerraba herméticamente, pudiendo girar sobre sí mismo con todo el cuerpo del instrumento.

En cuanto al anteojo mismo, que se hallaba así casi completamente en el exterior, reposaba por la extremidad de su eje horario en un cuerpo sólido, donde un sistema de engranajes, puestos en movimiento por un motor eléctrico de extremada precisión, le permitía seguir, al anteojo del observador, un astro cualquiera en su curso.

Otro mecanismo permitía al astrónomo apuntar el espejo objetivo hacia el astro que se proponía estudiar. Uno de los cuatro lados de la sala de observaciones dispuesta en el plano meridiano se había arreglado de modo que recibiese tres de aquellos aparatos de dimensiones iguales y del todo semejantes, en cuanto á la disposición, á los que se usan en la Tierra, aunque difiriendo, no obstante, por un punto esencial: sus proporciones colosales y su perfección absoluta. Los objetivos, en efecto, no medían menos de 3^m,50 de diámetro y podían soportar aumentos útiles de 25.000 veces. Así se explica el prodigioso efecto que había producido en los tres viajeros la vista de la Tierra, tan bruscamente aproximada á ellos. Otros tres anteojos de construcción análoga, pero no ecuatoriales, dispuestos simétricamente en la cara opuesta, permitían recorrer todos los puntos del cielo, completando las investigaciones astronómicas.

Para que fuesen posibles las observaciones simultáneas, únicas que podían asegurar un dominio eficaz, los sabios lunares, á quienes no importaban ni el tiempo ni los esfuerzos, habían multiplicado así el número de esos gigantesco anteojos. En cuanto á los demás instrumentos astronómicos, círculos divididos,

(1) M. Lœwy

anteojos meridianos, etc., ofrecían mucha semejanza con los nuestros, y necesariamente debía ser así, siendo la astronomía una ciencia exacta, fundada sobre las leyes matemáticas, que son las mismas en todo el universo.

Tan sabios astrónomos no habían podido olvidar la fuente fecunda de observaciones que puede ofrecer el análisis espectral de los astros, y en este dominio de la astronomía física, así como en el de la ciencia pura, los resultados que ellos obtuvieron excedían por mucho á los alcanzados en la Tierra. Esta parte de la ciencia, muy reciente entre nosotros, les era familiar hacía largo tiempo, y habían podido, gracias á la excelencia de sus procedimientos y á la superioridad de sus aparatos, analizar mucho más completamente la constitución física de los astros que constituyen nuestro sistema planetario.

Por otra parte, no se le ocultaba á Marcelo que los observadores lunares se hallaban en condiciones del todo excepcionales, mucho más favorables que las que concurrían en los de la Tierra. Aquellas largas noches de trescientas cincuenta y cuatro horas que les proporcionaba todos los meses el modo de rotación de la Luna, ofrecíanles maravillosas facilidades. En efecto, podían entregarse á observaciones prolongadas y seguidas sin que nada perturbase ni interrumpiera su curso. En aquel cielo de inmutable pureza, que los vapores no empañaban nunca, que ninguna nube velaba y donde la luz llegaba siempre clara y franca, se podían discernir los astros con la más rigurosa exactitud. Y además, á causa de la lentitud misma de esa rotación, el movimiento aparente de las estrellas era en extremo débil y casi el mismo que el de nuestra estrella polar. Podían seguir, pues, con exactitud la marcha del astro que abrazaba el campo de sus anteojos, sin que se les escapase ninguna de las variaciones que se podían producir.

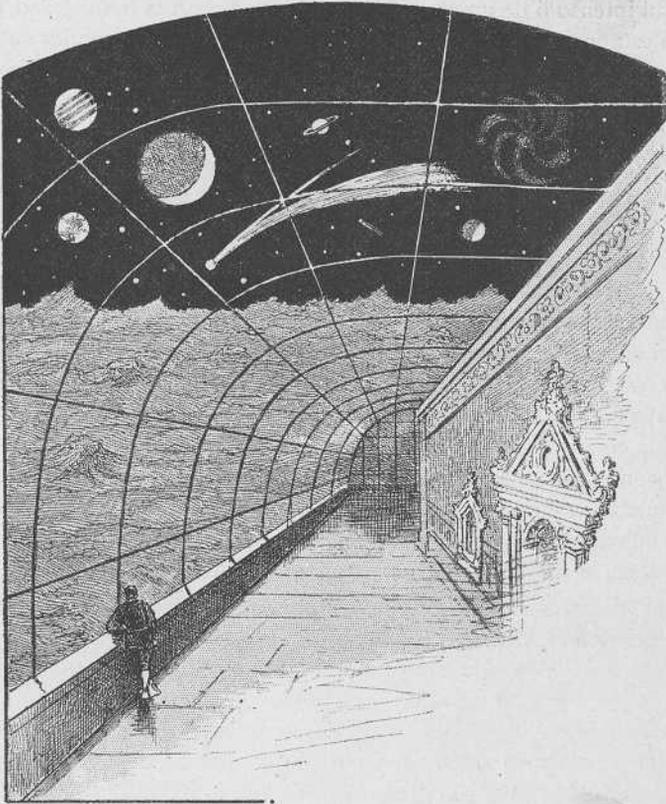
En tales condiciones habían hallado la solución de no pocos problemas que aún se plantean hoy los astrónomos terrestres.

Así es como habían conseguido hacía largo tiempo levantar cartas astronómicas bastante completas de Mercurio y de Venus, descubriendo que la rotación de este último planeta en su eje se efectuaba en un tiempo sensiblemente igual al de su revolución alrededor del Sol (1). Y este extraño fenómeno astronómico, que los sabios de la Tierra no habían sospechado aún, produjo á Marcelo una profunda sorpresa.

Marte con sus continentes, sus canales gigantescos y sus hielos polares, no tenía ya ningún misterio para los sabios lunares. La densa atmósfera que rodea á Júpiter les había velado hasta entonces la superficie, lo mismo que á nosotros, y sus estudios sobre este planeta no estaban mucho más adelantados que los nuestros; pero habían resuelto el anillo de Saturno, y Marcelo pudo convencerse por sus propios ojos de que se compone de una infinidad de pequeños astros

(1) Este descubrimiento, revelado por M. Schiaparelli, se confirmó después por M. Perrotín.

muy próximos, que giran alrededor del núcleo central con una rapidez tal que la luz que reflejan parece continua. En cuanto á Urano y á Neptuno, perdidos en las profundidades del cielo, habían podido determinar bien en sus discos diferencias de tintes que inducían á creer en la presencia de continentes y de océanos; mas el extremado alejamiento de estos astros no les había permitido



Y su alma se abstraía en un arrobamiento inefable.

precisar nada sobre este punto. Por último, en los límites extremos de nuestro sistema planetario habían descubierto, primeramente por cálculo y después por la observación directa, el astro hipotético, cuya existencia no hacen aún más que sospechar nuestros sabios.

Habían adelantado mucho en sus investigaciones sobre la astronomía sidérea, y los resultados obtenidos no fueron menos fecundos.

Gracias á los poderosos medios de investigación de que disponían, habían podido observar numerosos satélites alrededor de no pocas estrellas, las más

próximas, ó más bien verdaderos planetas que efectuaban, como los de nuestro sistema solar, sus revoluciones alrededor del astro central.

Y cuando Marcelo, entregándose á su afición á la astronomía, escudriñaba con aquellos gigantesos anteojos la bóveda celeste resplandeciente de estrellas, cuando sus ojos maravillados contemplaban aquellos miles de soles, los unos blancos como el nuestro, los otros de un rojo sangriento, de un verde esmeralda, de un azul intenso ó de un amarillo de oro, que llenan la inmensidad, preguntábase con estupor qué inconcebible potencia mantiene esos mundos suspendidos en los espacios infinitos y regula con inmutable armonía sus revoluciones.

Y su imaginación, exaltándose ante aquel espectáculo deslumbrador, se lanzaba más allá de los planetas que había visto girar alrededor de los soles más vecinos, y decíase que alrededor de todos los demás, de aquellos que se distinguen claramente con los instrumentos astronómicos, ó de aquellos que tan sólo se vislumbran de una manera vaga en masas confusas, ó de aquellos más lejanos aún, cuya existencia se revela por la impresión de su luz debilitada en una placa sensible, ó de aquellos, en fin, que sólo la mente adivina sucediéndose hasta lo infinito en los espacios inconmensurables, gravitaban también otros mundos.

Y aún allí, siempre y en todas partes, comprendía que existían humanidades muy diversas, muy diferentes de la nuestra y de la de la Luna, y su imaginación se esforzaba sin tregua por representárselas.

La vida en sus múltiples formas, desde los tipos más rudimentarios y toscos hasta las concepciones superiores, que se aproximan cada vez más á la perfección, circulaba en el universo sin límites, celebrando la gloria y la grandeza de la fuerza única y soberana de que procede todo.

Y su alma se abstraía en un arrobamiento inefable.

CAPITULO XXI

EN LA SUPERFICIE DE LA LUNA

Mientras Marcelo se entregaba así á la contemplación de tantas maravillas científicas, admirando el genio con que se habían resuelto tantos elevados problemas, sus dos compañeros, que no estaban animados de igual celo por la astronomía, comenzaban á preocuparse de asuntos más personales. Durante el primer tiempo de su permanencia en el observatorio, no podían apartar sus miradas del globo terrestre; pero al fin la constante uniformidad de aquel espectáculo y la imposibilidad de ver más allá habían dado origen en sus almas á los primeros síntomas de impaciencia.

Santiago, sobre todo, á quien tantos vínculos unían aún á la Tierra, sufría al ver á su amigo olvidar lo que á sus ojos debía ser el objeto único de su empresa, es decir, el establecimiento de comunicaciones regulares con el mundo terrestre.

Cierto día se franqueó con Marcelo y le dijo:

— Todos esos estudios en que nos absorbemos son del más alto interés, y me alegro, como tú, de haber podido conocer este mundo superior, donde ya hemos aprendido tanto y donde seguramente no nos queda más que aprender; pero ¿no piensas tú que hemos dejado allá abajo amigos que desde hace largos meses tienen sus miradas ávidamente fijadas en el disco de la Luna, nos creen ahora definitivamente perdidos y sin duda nos lloran?

— Dispensa, amigo mío — contestó Marcelo; — mi afán de saber no me ha hecho egoísta, y he pensado en el problema que te inquieta; pero ya sabes que fuera del recinto donde podemos vivir en este momento, gracias á los medios artificiales, la vida es imposible en la superficie de la Luna. Me parece muy difícil que desde el reducido espacio donde estamos confinados logren hacerse señales que puedan ser vistas desde la Tierra; pero debemos intentarlo todo, hasta lo imposible, para tranquilizar á nuestros amigos. Yo estaba resuelto á conferenciar sobre este punto con el sabio Merovar, porque es evidente que para construir este observatorio y disponer fuera sus instrumentos de óptica han debido hallar el medio de moverse y trabajar en el vacío ambiente. Tu ansiedad, de la cual participo, me decide á obrar, y ahora mismo vamos á saber á qué atenernos.

Lord Rodilan, informado de lo que se decía, se encogió de hombros.

— Mal hacéis en inquietaros así — dijo sonriendo. — Bastante tiempo hace ya que nos creen muertos y que nuestro nombre figura ya en la Tierra junto al de todos esos locos que acometiendo empresas insensatas, han querido hacer el suyo célebre, como Erostrato, Empedocles y tantos otros. Creedme, no os preocupéis si no tenéis más objeto que tranquilizar á personas que seguramente no piensan ya en nosotros.

— Tengo más confianza en el corazón de aquellos que nos aman — replicó Santiago con viveza.

Y volviéndose hacia Marcelo, añadió:

— Vamos á ver al astrónomo ahora mismo.

A las primeras palabras de los dos amigos, Merovar contestó, sin mostrarse sorprendido al parecer:

— Esperaba esa indicación. Desde el día en que el prudente Aldeovazo manifestó, al recibiros, la esperanza de ver establecerse pronto comunicaciones entre vuestro mundo y el nuestro, gracias á vosotros, nos hemos ocupado de los medios prácticos para conseguir este fin, y dentro de muy poco tiempo estaremos en disposición de complaceros.

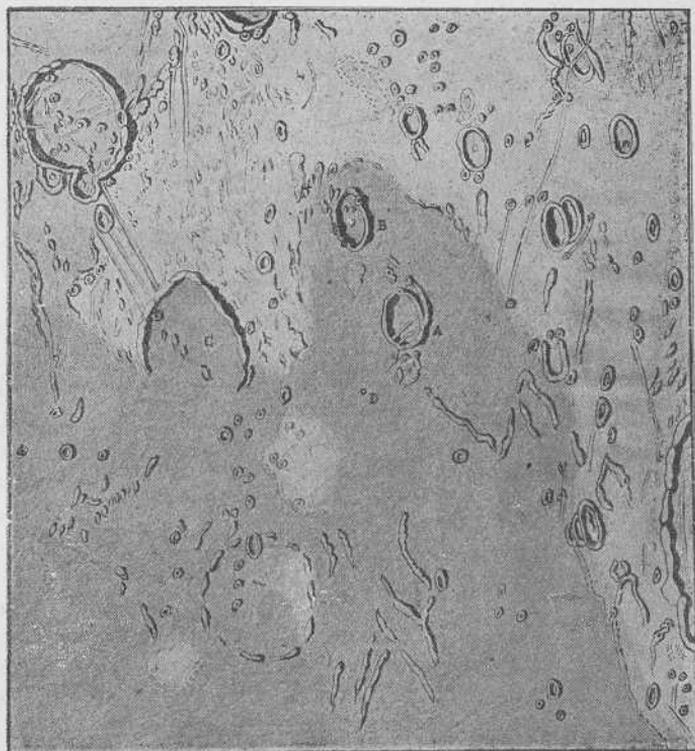
Y Merovar desarrolló á los ojos de los tres amigos una carta astronómica muy detallada de la región en que se elevaba el observatorio. El cráter sobre el cual se había construído, uno de los más pequeños que los astrónomos han podido distinguir en la superficie de nuestro satélite, y que no juzgaron necesario señalar con ningún nombre particular, ni se encuentra indicado siquiera por ninguna cifra en las cartas más completas, estaba situado á los 9° 31' de latitud Sud y 49° 16' de longitud occidental, y elevábase aislado en medio de una inmensa llanura en la parte meridional del Océano de las Tempestades. La vasta depresión á que los astrónomos dieron este nombre, después de haberse extendido desde el cráter de Keplero hasta el ancho circo de Hevelio, se hunde hacia el Sud en una especie de golfo en cuyo fondo se eleva el cráter de Hansteen, y más abajo aún el de Billy. Un poco al Noroeste del primero de estos dos cráteres, y sobre una línea que le enlazaba con el de Flamsteed, abríase la estrecha chimenea que el genio de los sabios lunares había arreglado para facilitar sus comunicaciones con el exterior.

La casualidad les había favorecido maravillosamente; nada entorpecía allí sus operaciones, y en un horizonte lejano aparecían á sus ojos las cimas denticuladas ó los muros fragosos de las montañas y de los cráteres, que la falta de atmósfera les permitía alcanzar con la vista. Alrededor de él se extendía un considerable espacio uniforme, en el cual no se notaba ninguna de esas dilataciones que de ordinario hacen tan irregular la superficie de la Luna, y hubiérase dicho que era una vasta llanura líquida, súbitamente solidificada en tiempo sereno.

— Allí — les dijo Merovar — pensamos colocar los aparatos con cuyo auxilio daremos noticias de ustedes á los que sin duda las esperan con ansiedad.

— ¿Allí, allí — exclamó Marcelo, — en la superficie de la Luna y en pleno vacío? ¡Pero no se podrá vivir!

— ¡Ah! — contestó Merovar, — aún no está usted al cabo de sus sorpresas. Hace ya largo tiempo que nosotros hemos hallado el medio de recorrer la superfi-



Tomado de C. Flammarion

Bertaux, editor

PARTE MERIDIONAL DEL OCEANO DE LAS TEMPESTADES

A, cráter de Hansteen. — B, cráter de Billy. — D, observatorio lunar

cie desolada de nuestro mundo, y si ustedes quieren seguirnos, podrán hacer curiosas observaciones.

— Estamos dispuestos — dijeron los tres amigos.

Bajando al piso inferior del observatorio, penetraron después en una vasta sala donde se hallaban alineados, á lo largo de las paredes, una especie de maniqués que tenían vagamente la forma humana.

— He ahí — les dijo Merovar — los aparatos que nos permiten vivir y movernos en el vacío exterior.

— ¡Pues si esos son sencillas *escafandras!* — exclamó lord Rodilan riéndose.

— Sí, pero al contrario — contestó Merovar. — Cuando los seres humanos tratan de permanecer debajo del agua, el aparato en que se encierran debe poder resistir á la presión del medio ambiente, el cual aumenta á medida que uno se hunde en las capas líquidas. Aquí el problema es inverso: como es imposible vivir, según saben ustedes, sin que una presión exterior se equilibre con las fuerzas de expansión de que nuestro organismo está animado, es de todo punto necesario que estemos rodeados constantemente de una atmósfera de tensión suficiente; y por eso no hay más remedio que encerrar todo nuestro cuerpo en esos aparatos. Ahora bien: como no hay en la superficie lunar presión que pueda contrarrestar el empuje del aire que los llena, ha sido necesario construirlos con materias asaz resistentes y flexibles para permitir á quien las reviste moverse y obrar con toda libertad. Además, van ustedes á juzgar por sí mismos.

Y dándoles el ejemplo, se dispuso á ponerse uno de los aparatos colocados á lo largo de la pared.

— Elija cada cual de ustedes — dijo — uno que se adapte á su talla; pero tengan mucho cuidado de cerrar muy herméticamente todas las aberturas, porque el menor escape, dejando salir el aire que les rodea, podría exponerles á graves peligros.

Muy pronto los tres viajeros y su guía se hallaron revestidos de aquel traje, que excitó la hilaridad de lord Rodilan. Solamente sus cabezas quedaban aún libres.

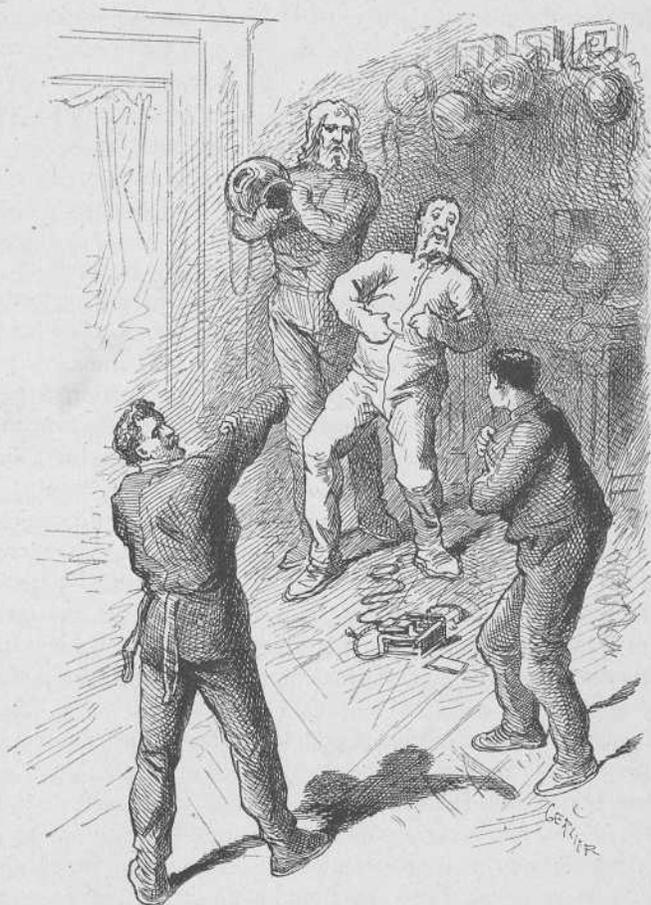
— Si mis amigos de la Tierra me viesen con semejante equipo — dijo, — trabajo les costaría conocerme.

— Y ninguno de ellos — añadió Santiago — podrá vanagloriarse de haber intentado una expedición semejante á la que vamos á emprender.

El aparato en que se hallaban estrechamente encerrados se componía de un tejido á la vez flexible y tenaz, cubierto de una substancia que le hacía completamente impermeable. La cabeza del viajero quedaba aprisionada en una especie de esfera de metal, guarnecida en su parte anterior y en los lados de placas de cristal que permitían á la mirada recorrer casi todo el horizonte, y en esta esfera se veía el orificio de un conducto que llevaba el aire necesario á la respiración, procedente de un depósito metálico colocado á la espalda, donde estaba comprimido á una presión considerable. Gracias á un organismo automático regulado con rigurosa precisión, este aire se escapaba de continuo y á una tensión siempre constante. La cantidad se había calculado de manera que pudiese mantener la vida durante diez horas. Para dar salida al aire que escapaba del depósito, cuya acumulación hubiera concluído por hacer estallar el aparato, y que, por otra parte, cargado de los productos de la espiración, es decir, de ácido carbónico y de vapor de agua, no habría tardado en ser irrespirable, se había dispuesto una pequeña válvula especial en medio del pecho. Cuando la presión interior excedía de cierto grado, la válvula se abría por sí misma y después se

cerraba por medio de un poderoso resorte, siendo entonces la oclusión completa.

Después de haberse divertido algunos instantes con este nuevo disfraz, Marcelo, Santiago y lord Rodilan notaron con extrañeza que, pareciendo rígido,



Después de haberse divertido algunos instantes...

conservaban bajo él la mayor facilidad para todos los movimientos y el libre uso de sus miembros.

— No solamente podremos movernos — les dijo Merovar, — sino que nos será permitido hablarnos.

Y les hizo notar al nivel de la esfera correspondiente á las orejas dos pequeños receptores microfónicos, y delante de la boca un aparato de transmisión,

todo ello verdadera maravilla por la delicadeza y lo bien acabado del trabajo. Un hilo metálico enlazaba los receptores con un pequeño acumulador eléctrico fijo en el depósito del aire.

En el exterior, un hilo movable de dos metros de longitud, poco más ó menos, y provisto en su extremidad de un anillo, permitía á cada hombre, fijando aquél en la esfera de su vecino con auxilio de un gancho preparado al efecto, trabar una conversación seguida con él, preguntarle y oír su respuesta.

— Todo esto es sumamente ingenioso — dijo Marcelo — y revela en los físicos lunares un sentido de los más prácticos. Me urge hacer la prueba de esos graciosos aparatos, que nadie ha pensado utilizar en la Tierra así.

— Cuando usted guste — contestó Merovar.

Los cuatro entraron en una pequeña habitación herméticamente cerrada, cuya puerta ajustó Merovar con mucho cuidado.

— Estamos aquí — les dijo — en una esclusa de aire, y la pared que ven es lo único que nos separa del vacío exterior. Ahora, cubrámonos con estas esferas.

Cuando estuvieron preparados, Merovar se dispuso á abrir la puerta que daba al exterior, y apenas se hubieron desatornillado los pernos que la retenían, abrióse por sí misma por efecto de la presión del aire interior, á pesar de los resortes de que estaba provista. Los cuatro hombres, impulsados con violencia hacia adelante, habrían caído si no se hubieran afianzado en los sólidos bastones féreos de que su guía tuvo cuidado de proveerles.

Al pronto experimentaron una sensación extraña: el aparato que les revestía, bruscamente inflado por la dilatación del aire que contenía, se redondeaba alrededor de sus miembros en forma de manguitos, en los cuales parecían flotar; pero pasado el primer instante de sorpresa, reconocieron que, gracias á la flexibilidad del tejido de que se componía, la libertad de sus movimientos era completa, sin entorpecimiento alguno: apenas notaban que tenían los dedos aprisionados en guantes.

Marcelo se explicó ya cómo había podido elevarse aquel observatorio, cuya construcción le pareciera hasta entonces un hecho inexplicable. Comprendía ahora que un ejército de Diemides, conducidos á la superficie de la Luna, habían podido, merced á los aparatos que ellos mismos llevaban, labrar en el sitio los bloques pedregosos que las pendientes del cráter producían en abundancia y que á causa de su mole hubiera sido imposible elevar con el ascensor. Se daba muy bien cuenta de que, siendo la gravedad en la Luna seis veces menor que en la Tierra, los audaces constructores pudieron mover sin excesivo trabajo moles cuyas proporciones nos parecerían desmesuradas. Por otra parte, calculaba que para obtener una estabilidad igual á la de los monumentos terrestres había sido necesario dar á la base del observatorio y al grueso de sus paredes dimensiones mucho mayores; de modo que si el esfuerzo parecía menor, las proporciones comunicadas al trabajo restablecían poco más ó menos el equilibrio.

Los tres viajeros pasaron entonces la mirada á su alrededor. El sol, cuya

ardiente luz no templaba ninguna atmósfera, inundaba con sus rayos la superficie de la Luna, y el espectáculo era deslumbrador.

Hallábanse en una especie de plataforma que rodeaba la construcción. El orificio del cráter, que no medía menos de unos ochocientos metros de diámetro, se había cegado todo excepto la chimenea, que servía á la vez de jaula para el ascensor y de conducto para el aire que llegaba desde el fondo hasta el observatorio, y en el centro de aquel suelo ficticio, que representaba un trabajo gigantesco, elevábase el colosal monumento de donde acababan de salir.

Conducidos por Merovar, que los precedía, penetraron en una especie de camino toscamente practicado en la roca. Desde que se hallaban en aquel mundo, donde todo era extraño, nunca habían sentido de una manera tan completa los efectos singulares de la ley de la gravedad. Su peso específico disminuía en proporciones asombrosas; sus pies no se apoyaban apenas en el suelo; el menor esfuerzo les permitía franquear distancias considerables; habían bajado con maravillosa facilidad por la pendiente escabrosa del cráter, y cuando miraban tras sí el camino que habían seguido, preguntábanse con una especie de horror cómo no se habrían destrozado mil veces.

Al cabo de una hora, poco más ó menos, halláronse al pie del cráter, en la llanura que limitaban á lo lejos confusas moles de rocas. En la superficie de aquel mundo extinguido reinaba por doquiera una tristeza lúgubre, y la brillante luz del sol, que se aplanaba en el suelo, aumentaba más aún aquel aspecto de suprema desolación. Todo estaba muerto é inmóvil, y en aquel silencio universal que ni aun el rumor de sus pasos perturbaba, los tres habitantes de la Tierra estaban como sorprendidos de verse vivos.

Recobrados de aquella primera emoción, habíanse detenido sumamente satisfechos. Hollar el suelo de aquel astro hasta entonces inaccesible; contemplar desde su base las montañas y los cráteres inmensos, de los cuales no habían tenido nunca á la vista más que imágenes lejanas y fugitivas; sondear con los ojos aquellos precipicios gigantesco que solamente habían sospechado, y tener allí bajo los pies aquel mundo desconocido..., ¡qué sueño, qué triunfo!

Los tres amigos sentían algo así como si el alma de los conquistadores se agitara en su interior. El gran Colón debió experimentar una cosa semejante el día en que por primera vez plantó el estandarte de Castilla en la nueva tierra que su genio había hecho surgir en cierto modo del Océano. ¡Pero cuánto más grande y asombrosa era la conquista debida á su valor y á su perseverancia!

Para ellos se había realizado lo que las imaginaciones más audaces apenas osaron concebir. Las ficciones de los poetas y de los novelistas no llegaban á tanto; el sueño era ahora un hecho consumado. Como si hubiese adivinado los pensamientos que les agitaban, comprendiendo las ideas que hacían latir sus corazones, Merovar los dejó algún tiempo entregados á su meditación, y continuando después su marcha, se dirigió, seguido de sus compañeros, hacia el enorme cráter de Letrona.

El suelo que pisaban estaba erizado de asperezas, lo cual, á pesar de su agilidad, hacía que su marcha fuese á menudo lenta y penosa; no había el menor vestigio de tierra ó arena; por doquiera la roca desnuda, de aristas vivas y cortantes, reflejaba con irresistible intensidad una luz blanca y cruda; y sin la precaución adoptada de teñir fuertemente de azul las placas de cristal que permitían á su vista extenderse fuera, no hubieran podido soportar su brillo.

A la distancia de unos cuatro kilómetros halláronse en una región completamente uniforme, cuyo suelo no presentaba ya ninguna irregularidad, tanto que parecía la superficie tranquila de un lago congelado súbitamente.

El sabio Merovar se detuvo, y enganchando su hilo telefónico en la esfera que cubría la cabeza de Marcelo, le dijo:

— Este es el lugar que hemos elegido para colocar las señales luminosas que se podrán ver desde la Tierra.

— Me parece muy á propósito, contestó Marcelo; mas no veo aquí nada de los preparativos que usted parece anunciarme.

— Pierda usted cuidado; muy pronto quedará satisfecho sobre este punto.

Y le explicó que los astrónomos del observatorio habían pensado en llamar la atención de sus cofrades de la Tierra por medio de poderosos focos eléctricos, y que ya estaba preparado todo en el observatorio para realizar este proyecto. Tenían el convencimiento de que sus señales serían vistas esta vez, sobre todo ahora que ya se estaba sobre aviso, por la tentativa de los tres viajeros, de tan feliz éxito. No faltaba más que determinar con ellos la forma de las señales, susceptibles á la vez de ser comprendidas y de tranquilizar á sus amigos. Santiago y lord Rodilan, que habían enganchado sus hilos á la esfera de Marcelo, escuchaban estas palabras, y en cuanto podía permitírsele su extraño traje, manifestaban una profunda emoción. Santiago, sobre todo, pensando que Mathieu-Rollère y su hija se hallaban aún en Long's Peak, sentía latir su corazón á la idea de que iba á tranquilizar al fin á la que, sin duda alguna, esperaba sus noticias con cruel ansiedad.

En cuanto á lord Rodilan, á pesar de su escepticismo, más aparente que real, otros sentimientos le agitaban: su orgullo se lisonjeaba secretamente ante la idea de que su nombre iría volando de boca en boca con el de sus compañeros en uno y otro hemisferio terrestre.

Todos aprobaron con entusiasmo la elección de sitio, y Marcelo, después de consultar rápidamente á sus compañeros, se fijó en la idea de figurar con focos preparados las tres letras iniciales de sus nombres, como medio más pronto y seguro para dar á conocer á sus amigos su feliz llegada al mundo lunar.

Todos volvieron apresuradamente al observatorio, y penetraron en él con las mismas precauciones adoptadas para salir.

Acercábase el período en que volvería á reinar la noche en aquella parte de la Luna. Merovar había calculado que aún podían disponer de una duración de día equivalente á setenta y dos horas terrestres, poco más ó menos, y este tiem-



En el centro elevábase el colosal monumento

po le parecía suficiente para prepararlo todo: cien Diemides recibieron las instrucciones necesarias, y en el momento señalado se estuvo en disposición de intentar la experiencia. Después de largos y minuciosos cálculos se había convenido en que cada una de las letras que se iban á trazar así tuviera una longitud de trescientos pies. Para formarlas se habían dispuesto seis mil focos luminosos de gran dimensión, enlazados entre sí por hilos que terminaban en el interior del monumento, en la sala de observaciones; y poderosos acumuladores, instalados en la parte inferior del edificio, producían la corriente que debía animar todo aquel gigantesco aparato.

Hacia veinticuatro horas que la línea de sombra había alcanzado el observatorio, y ahora estaba ya sumido en densas tinieblas.

Todos los astrónomos se habían reunido alrededor de Marcelo y de sus compañeros, y no había ninguno que no se interesase en aquella experiencia sin ejemplo, que podía tener, en caso de buen éxito, incalculables y decisivas consecuencias. Hasta entonces se había obrado al azar, y sin ninguna certeza de ser comprendidos ni aun vistos, habíase tratado de llamar la atención de los habitantes de la Tierra; mas ahora se tenía la seguridad de conseguir el resultado apetecido. Con el telescopio de Long's Peak se podían distinguir en la superficie de la Luna objetos de nueve pies de extensión, y como las letras luminosas tenían trescientos, era indudable que el mensaje llegaría á su destino.

Evidentemente se necesitaría esperar algún tiempo aún antes de recibir la contestación de los amigos con quienes iban á ponerse en comunicación; mas la duda no era ya posible. El éxito estaba asegurado, y después de tantos siglos de espera, bien se podían resignar á tener paciencia algunos días para alcanzar la confirmación absoluta del resultado.

Marcelo quería que la primera letra figurada fuese la R, inicial del nombre de lord Rodilan.

— Usted, querido amigo — le dijo, — es quien nos ha facilitado los medios de llegar hasta aquí, y á usted debe corresponder el honor de haber inaugurado la serie de comunicaciones interplanetarias.

— ¡Ah, no! — contestó lord Rodilan, — usted ha sido el alma de la empresa, y por lo tanto le pertenece ese honor.

— Pues bien: para ponernos de acuerdo, nuestro amigo Santiago será el primero, pues allí abajo hay quien sufre por su ausencia y necesita tranquilizarse pronto.

— Me opongo formalmente — replicó Santiago con energía, — pues sin ti no habríamos intentado nada, y sin ti me hallaría aún sumido en la desesperación. Si el porvenir me reserva alguna felicidad, á ti te la deberé.

— ¡Pues bien, sea, puesto que ustedes lo quieren! — dijo Marcelo alegremente.

Y cogiendo un mango de cristal, fijo en un zócalo metálico que le servía de apoyo y en el que terminaban todos los hilos que estaban fuera, le bajó con brusco ademán.

Todo se iluminó repentinamente: dos mil focos luminosos de incomparable potencia acababan de encenderse á la vez, y oleadas de rayos de una luz deslumbradora atravesaban el espacio, llevando consigo los votos y las esperanzas de los tres viajeros. Una M de fuego de colosales proporciones se destacaba en la obscuridad, y á juzgar por los fulgores que esparcía á su alrededor, hubiérase dicho que el día reemplazaba á las tinieblas: tan vivos y claros aparecían los cráteres, las cordilleras y los picos lejanos que limitaban el horizonte.

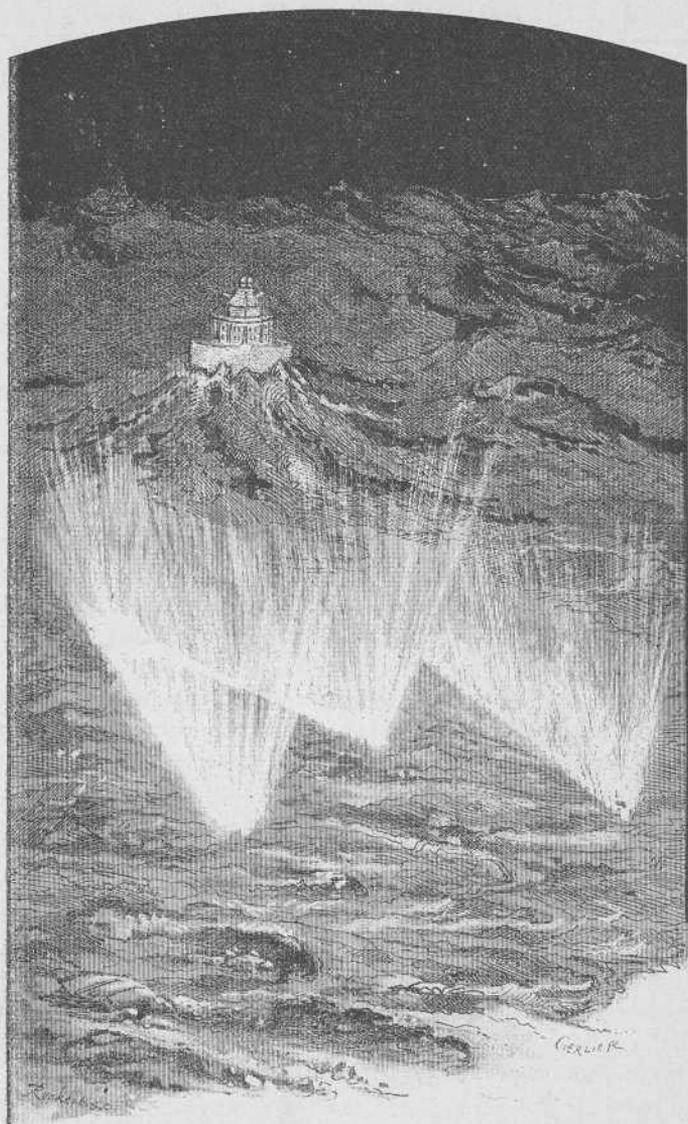
Durante una hora los dos mil focos radiaron en el espacio, y el corazón de los tres amigos se estremeció al pensar que en el mismo instante los que les amaban quedarían al fin tranquilizados sobre su suerte después de largas angustias. Luego todo se extinguió, y la noche que cubrió de nuevo todo el país pareció más sombría aún después de aquella deslumbradora iluminación.

Se dejó transcurrir una hora antes de hacer la segunda señal, y en seguida resplandeció á su vez una S tan enorme como la M trazada primero; brilló por espacio de una hora, y luego correspondió su turno á la letra R, quedando así señalada la presencia de los tres viajeros.

Y durante el resto del tiempo en que esta parte del disco lunar quedó en la sombra, las señales se repitieron con asiduidad, dándose rigurosamente la misma duración á cada una de ellas. Esta regularidad debía ser para los observadores terrestres la prueba segura de que en aquellos fenómenos nada era debido á la casualidad, y debía desvanecer todas las dudas.

Los astrónomos de la Luna, que no cesaban de observar el astro con que trataban de ponerse así en relación y que seguían sus fases, tenían cuidado de interrumpir las señales durante el tiempo en que la región de las Montañas Pedregosas estuvo iluminada por la claridad del día. Por lo demás, habíanse ocupado mucho en calcular con exactitud la época en que la Luna debía mostrarse en su período de sombra sobre el horizonte á los observadores de Long's Peak.

El primer mensaje interplanetario había sido transmitido desde la Luna á la Tierra, y ahora correspondía á ésta contestar.



CAPITULO XXII

CATÁSTROFE

Marcelo se resignaba con bastante facilidad á esperar; pero Santiago y el mismo lord Rodilan estaban atormentados por la impaciencia y preguntábanse sin cesar por qué durante todo el tiempo que se habían hecho sus señales, y

que representaban seis rotaciones terrestres, no se les había dado ninguna contestación.

Santiago era quien más se alarmaba.

— ¡Oh! — decía, — para que no hayan contestado á nuestro llamamiento debe haber sobrevenido alguna espantosa desgracia. ¡Quién sabe si algún cataclismo habrá destruído el observatorio de Long's Peak, si Mathieu-Rollère ha muerto y si Elena!...

— ¡Eh! Poco á poco, querido Santiago — interrumpió Marcelo; — al paso que vas, también podrías predecir el fin del mundo. Créeme, tu imaginación se extravía, todo lo ves negro, y sin razón para ello.

— Pero en fin — exclamó lord Rodilan, — ¿por qué no contestan? ¿Qué esperan? ¡Ah! Si fueran ingleses, no nos habrían dejado tanto tiempo en la incertidumbre; pero esos americanos, esos yankees no son más que unos *pufistas* que nada saben hacer oportunamente.

— Cállese usted, querido amigo, y reflexione. Siete meses han transcurrido ya desde que marchamos, y es evidente que durante las primeras semanas el gran telescopio de Long's Peak no cesó de estar dirigido á la Luna todo el tiempo que el astro fué observable; pero después la vigilancia no sería tanta.

— ¿Y por qué? — preguntó Santiago. — Yo hubiera permanecido allí diez años en caso necesario.

— Sin duda; pero piensa que nuestros amigos, que podían ver fácilmente nuestra marcha sobre el disco lunar, han debido vernos caer en la grieta en que nos sepultamos. ¿Crees tú que hayan podido conservar gran esperanza de que hayamos escapado de la muerte?

— Yo hubiera esperado contra toda esperanza — replicó Santiago.

— Un inglés no desespere nunca — refunfuñó lord Rodilan.

— Yo creo también — dijo Marcelo — que nuestros amigos no han desesperado, y por eso no vacilé en hacer una tentativa para ponerme en comunicación con ellos; pero es preciso darse cuenta de cómo han podido pasar las cosas. Hemos hecho señales durante ocho noches terrestres; es muy posible que no las hayan visto desde luego, pues habría sido una casualidad muy extraordinaria que hubiera habido allá, precisamente en el momento en que las comenzábamos, alguno para observarlas, y han podido transcurrir varias noches sin que las vieran.

— Pues bien — replicó lord Rodilan: — si han acabado por fijarse en ellas, ¿por qué no han contestado seguidamente?

— ¡Diablo, qué de prisa va usted, querido lord! Pero suponiendo que no hayan reconocido las señales hasta las últimas noches de su aparición, han necesitado ocuparse por lo pronto en los medios de contestar, examinar y discutir lo que convenía hacer, y una vez resuelta la cosa, preparar la ejecución. A mi juicio, apenas habrán podido pensar más que en la colocación de alguna señal luminosa. Ahora bien: se ha de advertir que en las Montañas Pedregosas no

están bien provistos de aparatos para semejantes empresas; habrá sido preciso ir á buscar lejos los necesarios, prepararlos, ponerlos en estado de funcionar, y evidentemente, todo esto ha debido exigir mucho tiempo. Añádase á esto que tal vez en el momento de llegar nuestras señales no había más que subalternos en el observatorio; y además es muy probable que Mathieu-Rollère, llamado á París por sus funciones y sus importantes trabajos, haya salido de América largo tiempo hace.

— ¡Oh! — exclamó Santiago con acento de tristeza. — Elena no hubiera debido permitirle alejarse.

— Pero, pobre amigo, tú no te das cuenta de la situación: tú sabes que estás vivo; pero tu prometida lo ignora, y debe creer, por el contrario, que estás perdido para siempre. ¿Qué argumentos hubiera podido oponer á su padre al cabo de siete meses si él hubiese juzgado inútil esperar más? Comprendo tu fiebre y tus temores, y también la impaciencia de usted, milord; pero, á decir verdad, no son razonables. Lo más juicioso es aguardar, y por otra parte, no hay más remedio que hacerlo así.

— Es muy cierto — dijo lord Rodilan; — pero ¿vamos á esperar así con los brazos cruzados?

— Hasta el próximo período de sombra no se puede hacer otra cosa; mas apenas vuelvan á reinar las tinieblas en la región donde nos hallamos, dirigiremos nuestros anteojos hacia la América del Norte. Si no divisamos nada, se comenzarán de nuevo nuestras señales, y esta vez tengo la profunda convicción de que recibiremos respuesta, no sé cuál; pero la habrá.

— Bien, esperemos — dijo Santiago, suspirando.

Se resignaron, pues, ya que no se podía hacer otra cosa; pero el período de tiempo que les separaba del instante deseado con tanta ansiedad fué tal vez el más cruel que debieron pasar desde que habían abandonado el mundo terrestre. Comprendían que estaban próximos á ponerse en contacto con todo cuanto habían dejado tras sí, y preguntábanse con ansiedad si sus esperanzas se realizarían al fin. La fiebre de la espera se había apoderado de Marcelo también á pesar de su imperio sobre sí mismo, y lord Rodilan se hallaba poseído de una agitación que no conocía hacía largo tiempo.

Pero el más perturbado era Santiago, cuyo amor parecía despertarse con nuevo ardimiento ahora que comprendía que se hallaba más próximo á conseguir el objeto apetecido.

Los tres compañeros iban y venían sin cesar; incapaces de permanecer quietos en un sitio, con los nervios siempre excitados, los ojos brillantes y el ánimo acosado por una idea fija, vagaban á la ventura, aplicando á cada momento el ojo al ocular de los anteojos, como si sus miradas pudieran sorprender el secreto de lo que se preparaba en las Montañas Pedregosas. Su agitación no había pasado inadvertida para los que les rodeaban; todos comprendían su impaciencia; pero de común acuerdo se aparentó no observar lo que su manera de pro-

ceder tenía de extraño é insólito, sobre todo en un lugar tan tranquilo, tan completamente extraño á las perturbaciones del ánimo y á los desórdenes de la pasión. Muy por el contrario, se les prodigaban mayores atenciones, manifestándoseles una discreta simpatía; y Merovar, sobre todo, se mostraba muy solícito con ellos, esforzándose por distraerlos y hacerles menos penosos los tormentos de la espera.

Entretanto, acercábase el momento en que se podría comenzar la tentativa interrumpida; dos días más, y la noche alcanzaría la región donde se elevaba el observatorio. Marcelo, Santiago y lord Rodilan contaban los minutos.

Como si hubiera querido apresurar el momento de continuar sus experiencias, el ingeniero se ocupaba incesantemente en visitar sus aparatos de comunicación, para asegurarse de que funcionaban bien. Los revisaba por centésima vez acaso, cuando le pareció notar en el aposento en que se hallaba un olor singular, muy ligero, pero característico y que vagamente parecía de azufre.

No le dió en un principio mucha importancia; pero como persistía, miró á su alrededor para ver si provendría de algún laboratorio inmediato, y no descubriendo nada, volvió al interior del edificio: el olor se percibía allí también, y hasta le pareció que era más pronunciado.

Ya iba á bajar á los pisos inferiores cuando encontró á Merovar, que al parecer le buscaba.

— ¿Qué son — le preguntó — esas emanaciones inusitadas, esparcidas por el aire que respiramos? ¿Tiene usted por ahí químicos ocupados en alguna experiencia sobre los gases derivados del azufre?

— De ningún modo — contestó el ingeniero; — aquí no nos ocupamos más que de astronomía, y no, me explico aún ese fenómeno, que he observado como usted. Veamos juntos si podremos descubrir la causa.

Acompañados de Santiago, lord Rodilan y varios sabios que dirigían los trabajos del observatorio, recorrieron juntos las diversas partes del vasto monumento: por doquiera sentían la misma impresión, pero más fuerte á medida que bajaban, acercándose á la jaula del ascensor.

Todos habían experimentado ya esa sensación desagradable, y sin que nadie se mostrara aún inquieto, el hecho comenzaba á preocupar los ánimos.

Inútil fué examinarlo todo con el mayor cuidado, pues nada anormal se encontró que pudiese dar la explicación de aquel fenómeno.

Marcelo, siempre acosado el ánimo por la idea fija que le preocupaba, no tardó en dejar á Merovar proseguir sus investigaciones, y había vuelto á sus aparatos, reuniéndose con él á poco Santiago y lord Rodilan, más impacientes que nunca por ver resuelto el problema que les apasionaba tanto.

— Dejemos á nuestros amigos — dijo Santiago — buscar la causa de lo que ocurre, pues nosotros tenemos algo más importante que hacer. ¿Dentro de cuánto tiempo crees tú, querido Marcelo, que podremos repetir nuestras señales?

— Tranquilízate, porque se acerca el instante en que sabremos á qué atenernos.

La penumbra se aproxima ya á nosotros, y dentro de veinticuatro horas la sombra será bastante densa para que nuestros focos, encendidos de nuevo, se puedan ver desde la Tierra. Pero si nuestros cálculos son exactos, en este momento comenzará á clarear el día en las Montañas Pedregosas, y necesitaremos esperar aún doce horas cuando menos antes que nuestros amigos puedan ver las señales y contestar á ellas.

— ¡Qué largo es todo eso! — exclamó lord Rodilan. — A decir verdad, se necesita estar desterrado en la Luna para acostumbrarse á tener paciencia.

— Querido lord — dijo Santiago sonriendo, — sus amigos de Londres no reconocerían ya en usted, por lo que dice, al caballero tan frío y correcto, tan impasible, que estaban acostumbrados á ver.

— Es que todo esto acaba ya por impacientarme. Desde que abandoné la Tierra he visto tantas cosas extraordinarias, que nada me parece ya imposible y me irrita ver que hombres tan sabios como todos los que se hallan ustedes aquí no lleguen antes á resolver una cuestión que me parece tan sencilla.

— He aquí nuestros flemáticos — exclamó Marcelo, riendo de la mejor gana. — Mientras se hallan en medio de la corriente ordinaria de la vida, nada les asombra ni les conmueve, y la echan de desdenosos y de hastiados; pero si se presenta alguna cosa nueva que no preveían, su imaginación se exalta y de la noche á la mañana llegan á ser los hombres más impacientes del mundo. Advierta usted, milord, que la verdadera sabiduría consiste en conservar siempre y en toda circunstancia la calma y la dignidad; en no despreciar nada ni tomar cosa alguna por lo trágico; en librarse de todo desaliento como de toda esperanza loca; y según la sabiduría antigua, en tomar el tiempo como viene y las personas como son.

— Moralice usted, moralice, querido Marcelo, ya que no le falta tiempo ni libertad de espíritu para hacerlo.... ¿Pero qué ocurre? Ese olor de azufre comienza á ser insoportable.

En efecto, las emanaciones sulfurosas que hacía algún tiempo habían llamado la atención de todo el personal del observatorio eran cada vez más sensibles, y la respiración comenzaba á hacerse difícil.

— Aquí ocurre algo inexplicable — dijo lord Rodilan; — es de todo punto preciso saber á qué atenerse.

Marcelo y Santiago, inclinados sobre los aparatos, parecían extraños á todo cuanto pasaba á su alrededor.

En el momento de levantarse el inglés para ir á tomar informes, abrióse la puerta, y Merçvar se presentó en el umbral.

— Amigos míos — dijo, — nuestras investigaciones no nos han permitido descubrir nada; pero como la situación va siendo cada vez más grave, he creído de mi deber, sin esperar más, informar al Consejo Supremo de lo que aquí pasa, y dentro de poco veremos llegar sin duda algunos de los sabios á quienes son familiares las cuestiones físicas y geológicas. Seguramente descubrirán la causa de

ese fenómeno anormal, adoptando después las medidas necesarias para remediar el mal. Por cuanto puedo juzgar, es probable que se haya abierto alguna fisura en la chimenea del ascensor, dando salida á los gases acumulados en una cavidad inmediata. Por lo demás, pronto sabremos á qué atenernos sobre este punto.

Casi en el mismo instante subía de nuevo el ascensor, donde habían tomado asiento tres sabios delegados por el Consejo Supremo para averiguar lo que pasaba y buscar el remedio.

La noticia sobre el fenómeno desconocido que acababa de producirse en el observatorio se había propagado muy pronto por el mundo lunar, y la emoción era profunda. Sabíase que los tres habitantes de la Tierra se hallaban instalados allí hacía algunas semanas con intención de establecer, si era posible, las comunicaciones con el mundo terrestre; y todo cuanto se refería á esta grave é importante cuestión interesaba en el más alto grado, como ya se ha visto, á la población entera. Desde la llegada de los tres viajeros se había concebido una gran esperanza, cual era la de ver realizarse al fin un proyecto tan largo tiempo acariciado y para cuyo logro habían sido hasta entonces inútiles todas las tentativas. Por eso se preguntaban con ansiedad si todas aquellas esperanzas iban á quedar defraudadas una vez más.

Los recién venidos reconocieron muy pronto la naturaleza del gas cuya presencia viciaba la atmósfera: era un sulfuro de hidrógeno.

— Las conjeturas de usted — dijeron á Merovar — son evidentemente fundadas. Aunque ninguna sacudida en las regiones subterráneas, que nosotros hubiéramos reconocido infaliblemente, lo haya revelado, es seguro que se ha producido una grieta en un punto cualquiera de la chimenea del ascensor y que ha dado paso á ese gas mefítico. Es preciso; pues, ante todo, evacuar el observatorio, pues el aire será de momento en momento más irrespirable y no tardaríamos en quedar todos asfixiados.

Merovar dió al punto las órdenes necesarias á fin de que se preparase todo para la marcha y corrió á dar aviso á los tres amigos.

Absortos por la expectación febril de la señal que debía confirmar todas sus esperanzas, y extraños á cuanto pasaba á su alrededor, los tres se hallaban en la parte superior del observatorio que varios hilos ponían en comunicación con aparatos eléctricos colocados fuera.

Hacía ya algunas horas que toda la región estaba sumida en las tinieblas; pero, así como lo había calculado Marcelo, cuando la noche alcanzó el observatorio era mediodía, poco más ó menos, en las Montañas Pedregosas, y se debía esperar aún cuatro ó cinco horas.

Con el ojo aplicado al ocular de los gigantescos anteojos, los tres amigos seguían impacientes el movimiento de rotación de la Tierra, viendo la luz retroceder poco á poco hacia la costa occidental del Atlántico.

El sabio Merovar entró precipitadamente.

- Amigos míos - les dijo, - la situación comienza á ser peligrosa; los enviados del Consejo Supremo han decidido que se evacue el observatorio, y su orden está ya ejecutada en parte. Aquí no hay nadie más que nosotros; apresurémonos á bajar mientras que aún es tiempo.

Marcelo no le oyó al parecer.

Santiago y lord Rodilan se mostraban también insensibles á la inminencia



Merovar insistía con más urgencia

del peligro; Merovar renovó sus instancias, y mientras hablaba oyóse un ruido sordo semejante á una lejana explosión; pero nadie se fijó en ello.

Entretanto, la atmósfera se cargaba cada vez más con las emanaciones del gas deletéreo; los rostros se congestionaban ya, inyectábanse los ojos y la respiración comenzaba á ser fatigosa; pero en el estado de sobreexcitación en que los tres amigos se hallaban no parecían notarlo.

El mismo Santiago, olvidando que era médico, no tenía en cuenta estos terribles síntomas.

Sin embargo, Merovar insistía con más urgencia.

– Pues bien – exclamó Marcelo, – váyase usted sin mí; por nada del mundo abandonaré este sitio en semejante momento.

Con un ademán, y sin apartar los ojos del ocular, Santiago y lord Rodilan dieron á entender que nada, ni aun la aproximación de la muerte, les haría cambiar de resolución.

– La sombra se aproxima – murmuraba Santiago.



Giró sobre sí mismo y cayó como una masa inerte

– Ya alcanza á las Montañas Pedregosas – dijo lord Rodilan con voz temblorosa de emoción.

– Amigos míos – repuso Marcelo, poseído de una exaltación indescriptible, – ya tocamos el fin. Dentro de pocos instantes vamos á saber si nuestras señales han sido vistas y si está resuelto el gran problema de las comunicaciones interplanetarias.

Ante aquella abnegación sublime, ante aquel sacrificio de la vida, hecho con tanto heroísmo y sencillez, el corazón de Merovar, á pesar del imperio que tenía sobre sí mismo, se conmovió. El recuerdo de las grandes abnegaciones por la

ciencia, de que tan notables ejemplos le ofrecía la historia del mundo lunar, se despertó en su memoria, y no pudo menos de admirar.

Mudo é inmóvil, cruzó los brazos sobre el pecho y esperó.

De repente resonaron á la vez tres gritos humanos.

— ¡La señal!

— ¡El fuego!

— ¡Hurra!

En medio del campo de los tres anteojos, asestados sobre Long's Peak, acababa de aparecer un resplandor repentino que, á pesar de la espantosa distancia, destacabase claro, brillante y sostenido.

Palpitantes, aturdidos, casi asfixiados en aquella atmósfera, que de segundo en segundo era más intolerable para sus pulmones, no podían arrancarse de aquella contemplación y no echaban de ver que la muerte se acercaba á ellos á grandes pasos.

A los pocos instantes, Marcelo se levantó, haciendo un penoso esfuerzo, y miró á sus compañeros; pero ya la asfixia había hecho su obra.

Caídos sobre sus asientos, con la cabeza inclinada y los brazos pendientes, no daban ya ninguna señal de vida.

Merovar yacía en tierra también.

— Eso es la muerte — murmuró Marcelo; — pero sepan al menos nuestros amigos que hemos visto sus señales. Nuestro último pensamiento habrá sido para ellos.

Y se dirigió vacilante hacia el conmutador, que debía inflamarse y lanzar á través del espacio las letras luminosas que llevaban su mensaje; mas en el momento de estar á punto de alcanzarle, giró sobre sí mismo y cayó como una masa inerte.



SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

LA QUINTA DE RUGEL

A la distancia de unas veinte leguas terrestres de la capital del mundo lunar, y alejándose de la orilla del mar interior, se encontraban las primeras estribaciones del formidable muro de granito en que se apoyaba la bóveda de la caverna. Allí, en un sitio delicioso, había un lago alimentado por varias corrientes de agua que bajaban de las montañas vecinas.

Aquel lago, de ondas puras y transparentes, hallábase rodeado de colinas cubiertas de una rica vegetación, que inclinaban hasta sus sinuosas orillas sus espesas alfombras de musgo. Nada era tan seductor como

aquella soledad encantada, que el canto de las avecillas alegraba, mientras las suaves brisas susurraban entre el follaje.

Casi en el centro del lago elevábase una isla de dimensiones algo reducidas, pero donde se hallaban reunidos los árboles de las esencias más preciosas, las flores más perfumadas de la flora lunar. Todo parecía preparado para recrear la vista.

En aquel mundo tan tranquilo y pacífico, semejante lunar parecía serlo más aún, y hubiérase dicho que era un asilo inviolable reservado para el estudio ó la meditación.

A corta distancia de la orilla, una casa espaciosa, pero de un estilo á la vez delicado y gracioso, hallábase como posada sobre el césped, que descendía en suave pendiente hasta la ribera. Sobre aquel fondo de color verde muy suave destacábase brillante y ligera, con su galería sostenida por delicadas y esbeltas columnitas, sus paredes de color blanco azulado adornadas con pinturas y mosaicos, sus terrados con elegantés balaustres, sus torrecillas y sus pináculos calados, cuyo capricho aparente presentaba, sin embargo, una sabia armonía.

Por las ventanas, abiertas de par en par, penetraban oleadas de aire y de luz; en aquella feliz región la atmósfera que se respiraba era más dulce, y no se hubiera podido desear más maravillosa residencia para devolver la paz á las almas perturbadas y la salud á los cuerpos debilitados.

En aquel retiro era donde el sabio Rugel iba á descansar de los trabajos que le imponían sus altas funciones. La mujer que tenía por compañera de su vida había muerto hacía largo tiempo, dejándole tan sólo por prenda de su amor una hija en la cual había cifrado todos sus afectos, pero sin que se borrara jamás de su memoria el recuerdo de aquella que había perdido. No podía pensar sin tristeza en el tiempo feliz que pasara junto á ella, y de aquí la expresión melancólica que velaba siempre su rostro, pero que no disminuía en nada la bondad de su corazón ni la nobleza de su alma.

Terminada su educación, Orealis volvió á la casa paterna; habíase esforzado en llenar el vacío que su madre dejara, sin conocerla apenas; y algunas veces, al verla siempre cariñosa y dulce, el padre, enternecido, creía encontrar la esposa que lloraba sin cesar.

Orealis, la hija idolatrada de Rugel, era una maravilla de hermosura.

Hallábase en esa edad en que la doncella se hace mujer y conserva aún las gracias de la infancia unidas al encanto penetrante de la juventud. Su rostro, regular y expresivo, estaba iluminado por grandes ojos negros que á causa de la tez, blanca y ligeramente sonrosada; parecían dos oscuros diamantes, aunque su brillo se modificaba por una dulzura infinita: eran los intérpretes de una alma pura, pero accesible á los sentimientos más elevados y á las más generosas pasiones. Abundante cabello rubio ceniciento formaba como un marco á aquel rostro radiante, cayendo en ondas sedosas y onduladas sobre los hombros, y una estrecha diadema de oro, cuajada de brillantes pedrerías, adornaba aquella



Orealis era una maravilla de hermosa

cabellera adorable, haciendo fulgurar sus mil destellos en medio de tintes suavizados. Llevaba un vestido de tela vaporosa y ligera, de blancura deslumbradora, cuyas mangas flotantes dejaban el brazo desnudo, y que, recogido en el costado, permitía ver una túnica azul con bordados de plata. De estatura bastante elevada, era esbelta y de graciosas formas que tenían admirables proporciones. Fidias no hubiera podido soñar un modelo más acabado cuando hacía surgir del mármol aquellas jóvenes inmortales en que las formas más perfectas del cuerpo femenino parecían como bañadas en una atmósfera divina.

Su andar era gracioso y ligero; sus ademanes nobles y dignos, y al verla adelantarse con paso rítmico y cadencioso, no se podía menos de murmurar los versos del poeta:

Et vera incessu patuit Dea.

A veces, cuando un pensamiento alegre agitaba dulcemente su alma, cuando volvía á ver á su padre después de algún tiempo de ausencia, su rostro, generalmente sereno y tranquilo, se iluminaba con una sonrisa celestial.

No se podía verla sin sentirse dominado por el atractivo que de ella emanaba; todos cuantos la rodeaban amabanla con religioso respeto.

Tres mujeres de la familia de Rugel la ayudaban en aquella tranquila morada á prodigar sus atenciones y afecto á aquel cuya superior inteligencia admiraba todo el mundo, apreciando su bondad; pero Orealis las aventajaba á todas en belleza y encantos, y si en aquel mundo superior no hubiese reinado una igualdad absoluta, hubiérase dicho que era una joven reina en medio de su corte.

En aquella casa de Rugel, de ordinario tan tranquila y casi muda, notábase hacía algún tiempo una agitación inusitada, porque allí se había trasladado á los tres viajeros de la Tierra después de la catástrofe en que estuvieron á punto de sufrir una muerte horrible.

A Rugel debían su salvación.

Al recibir las primeras noticias del accidente ocurrido en el observatorio, se había alarmado por la suerte de sus amigos; y en el palacio donde residía, el prudente Aldeovazo, rodeado del Consejo Supremo, esperaba con impaciencia el resultado de la misión confiada á los sabios á quienes se había encargado averiguar las causas del fenómeno.

Muy pronto se supo que se había dado orden de evacuar el observatorio, donde no era posible permanecer, y que todo el personal había bajado ya. Los tres habitantes de la Tierra y Merovar eran los únicos que se habían negado á abandonar el sitio; Rugel comprendió la causa.

— ¡Ah, qué grandes corazones! — exclamó. — Van á sucumbir víctimas de su amor á la ciencia; pero yo los salvaré á pesar suyo, si es necesario.

Y había marchado apresuradamente.

Llegado al pie de la chimenea del ascensor, la encontró llena de vapores

meffíticos é irrespirables; y mientras que le explicaban brevemente todo cuanto había pasado, oyóse de pronto como un trueno que, repercutido por los ecos de las paredes pedregosas, bajó mugiendo con sordos fragores.

Casi seguidamente percibióse como un silbido, y la columna de aire, rechazada y cargada de emanaciones sulfurosas, hizo retroceder á los presentes.

— ¡Están perdidos — murmuró uno de los sabios; — al impulso de los gases la grieta se ha ensanchado, y todo está lleno ahora de emanaciones deletéreas! Nada se puede hacer ya.

— ¡Yo iré! — dijo simplemente Rugel con enérgico ademán.

— Pues no irá usted solo — replicó el sabio que había hablado ya; — nosotros le acompañaremos.

Y provistos de respiradores de aire comprimido, semejantes á los que se usaban para recorrer la superficie del satélite, los tres sabios y Rugel se precipitaron en el ascensor, que se remontó con vertiginosa carrera.

Llegados al observatorio, dirigieronse sin vacilar hacia la sala de observaciones, donde estaban seguros de encontrar á los que buscaban, y gracias á los aparatos de que iban revestidos, pudieron atravesar impunemente aquella atmósfera mortal.

Los cuatro cuerpos yacían inertes en el suelo, al parecer privados de vida, y sin detenerse para ver si respiraban aún, levantáronlos y los transportaron al ascensor, que volvió á bajar al punto. Durante el trayecto se prodigaron á los cuatro infelices los cuidados que su situación requería: insuflaciones de ozono sabiamente graduadas por medio de inhaladores perfeccionados; fricciones con reactivos enérgicos y presiones acompasadas sobre la región torácica, todo se puso en obra para devolver la vida que parecía haberse extinguido.

Merovar, cuya conformación, muy diferente de la de sus tres compañeros á causa del desarrollo de su aparato respiratorio, oponía más resistencia á la intoxicación por las vías aéreas, había dado ya algunas señales de vida aun antes de que el ascensor tocase el suelo; mas nada había podido sacar de su insensibilidad á los tres habitantes de la Tierra.

Se les transportó á una vasta sala, sobradamente ventilada por unas grandes ventanas, y continuóse el tratamiento activo y muy acertado que hasta entonces había sido inútil.

Rugel era quien estaba más inquieto y ansioso.

— ¡Desgraciados! — decía. — ¡Qué terrible imprudencia, ó más bien, qué obstinación tan sublime! ¿Van á perecer de este modo, sin recoger el fruto de sus esfuerzos? ¡Con tal que Azali llegue á tiempo!

Y volviéndose hacia uno de los sabios que se agrupaban alrededor de los tres amigos, añadió:

— He mandado avisar al hábil Azali, quien nos dirá si queda todavía alguna probabilidad de que recobren la vida..... ¡Ah, ahí viene!

Y se adelantó hacia el que llegaba.

Era hombre que estaba en toda la fuerza de la edad; su frente alta y espaciosa indicaba un espíritu meditabundo; en sus ojos brillaba la más viva inteligencia, y las facciones, aunque graves, tenían una expresión bondadosa. Había profundizado las ciencias de la vida, y con justo título pasaba por ser uno de los



Azali se aproximó á los tres cuerpos

más versados en el conocimiento de todas las cuestiones que interesan al organismo.

Cuando llegó, Merovar había recobrado ya sus sentidos y dábase cuenta de lo que pasaba á su alrededor; pero demasiado débil aún por la conmoción que había sufrido en todo su ser, debía limitarse á ser espectador conmovido, pero impotente, de los esfuerzos intentados para salvar á sus compañeros.

Azali se aproximó á los tres cuerpos, que estaban extendidos en un ancho

lecho, y por su orden despojóseles de sus ropas; luego auscultó cuidadosamente, y levantándose al fin, dijo:

— No se ha perdido toda esperanza; pero es preciso apresurarse.

Hizo una seña al joven Diemide que le había acompañado; éste se alejó, y muy pronto presentóse de nuevo llevando tres aparatos especiales que Azali había tenido cuidado de traer consigo, en previsión de lo que pudiera ocurrir. Estos aparatos consistían en una especie de jaula compuesta de hilos metálicos que abrazaban exactamente el tórax, y dispuesta de modo que pudiera funcionar libremente. Los hilos estaban arreglados de manera que sus puntas se apoyaran sobre los músculos cuya contracción y extensión determinan en el ser viviente los movimientos de aspiración y espiración. Una corriente eléctrica, de intensidad proporcionada á los resultados que se querían obtener, obraba con ayuda de los hilos sobre los músculos del pecho y determinaba así un fenómeno artificial de respiración de perfecta regularidad.

Aplicáronse á los tres cuerpos inanimados estos aparatos, que bajo la influencia del fluido eléctrico comenzaron á funcionar al punto, mientras que el fisiólogo observaba su acción con atenta mirada. Al mismo tiempo los inhaladores, puestos en movimiento con minuciosas precauciones, hacían penetrar en el pecho de los moribundos ondas benéficas de ozono, destinadas á sustituir el aire viciado que lo llenaba y á purificar los órganos atacados.

Este trabajo paciente y asiduo duró algunas horas, sin que nada cambiase en el aspecto cadavérico de Marcelo; pero ya Santiago y lord Rodilan parecían volver lentamente á la vida: su piel, más flexible, no estaba tan fría; sus mejillas se coloreaban de un tinte casi sonrosado, y sus ojos, cuyos párpados levantaba Azali de vez en cuando, estaban menos vidriosos, mientras su pulso, hasta entonces insensible, comenzaba á latir.

— Ahora no se ha de temer ya por su vida — dijo Azali, levantándose.

Y dejándolos al cuidado de los que les rodeaban, se acercó á Marcelo.

El ingeniero seguía en el mismo estado; no se manifestaba ninguna apariencia de vida, y á pesar de la acción de las corrientes eléctricas, la respiración artificial no había producido resultado.

— Ha absorbido más largo tiempo que sus compañeros los gases ponzoñosos — murmuró el fisiólogo — y lo que debemos combatir es la intoxicación.

Había previsto el caso, y armándose entonces de un pequeño instrumento de metal, análogo á las jeringuillas que se emplean en la Tierra para las inyecciones hipodérmicas, hizo penetrar profundamente en el tejido muscular del costado izquierdo de Marcelo cierta cantidad de un líquido incoloro, pero de poderosa energía antitóxica. El dolor de la herida no había determinado en Marcelo el menor estremecimiento; pero muy pronto, bajo la acción del agente inyectado, el corazón, cuyos movimientos parecían haber cesado, comenzó á latir débilmente; y al mismo tiempo que la circulación de la sangre recobraba su actividad, producíanse movimientos respiratorios.

El rostro sombrío de Azali se iluminó.

— ¡Valor — exclamó, — le salvaremos!

Infirió al paciente dos nuevas picaduras, y después de cada una de ellas se pudo ver cómo se producían de nuevo y se aceleraban los movimientos vitales.

Al cabo de una hora, también Marcelo estaba fuera de peligro.

Rugel, que había observado con sentida atención aquella lucha de la ciencia contra la muerte, estrechó la mano de Azali: su rostro estaba radiante de alegría.

— No se regocije usted demasiado pronto, amigo mío — dijo el fisiólogo; — su vida material está asegurada; pero el veneno que han absorbido ha obrado profundamente en su organismo, y sobre todo en el cerebro, centro de todo pensamiento y de toda sensibilidad. Necesitarán mucho tiempo y no pocos cuidados antes de que puedan recobrar el libre ejercicio de sus funciones y la integridad de sus facultades intelectuales.

— De esto me encargo yo — contestó Rugel.

Y he aquí por qué los tres amigos fueron transportados al tranquilo refugio donde su restablecimiento debía completarse.

CAPÍTULO II

UN AMOR SIN ESPERANZA

Las previsiones de Azali se habían realizado.

Gracias á la cariñosa solicitud de que habían sido objeto, Marcelo y sus dos amigos recobraron bastante pronto la salud física; pero habíase producido en ellos un fenómeno extraño. Bajo la influencia del veneno que invadió todo su organismo, su inteligencia había quedado como aletargada y su espíritu sumido en profundas tinieblas; la memoria había desaparecido; las ideas no se encadenaban sino confusamente, y hasta las percepciones de los sentidos eran incoherentes y como incompletas.

En una palabra, parecía que su cerebro se hubiese convertido en una tabla rasa donde nada quedaba ya de las nociones adquiridas y de las ideas acumuladas; parecían niños cuya alma, nueva y cándida aún, recibe las primeras impresiones de la vida, y todo debían aprenderlo otra vez.

Era un espectáculo á la vez singular y triste ver aquellos hombres robustos que en toda la madurez de su vida volvían á ser ignorantes y tímidos, como niños que están en el umbral mismo de la existencia.

Durante los pocos días que siguieron á la terrible sacudida habían sido objeto de la más vigilante solicitud por parte de la hija de Rugel.

Así como todos los demás habitantes del mundo lunar, conocía su historia y no había podido reprimir un sentimiento de admiración profunda ante aquellos hombres que habían hecho tan heroicamente el sacrificio de su vida. Quiso presenciar ella misma los cuidados que se les prodigaban; siguió con mirada conmovida los rápidos progresos de aquella resurrección, y cuando reconoció que á pesar de haber recobrado la salud física su imaginación tardaba en adquirir de nuevo toda su fuerza y lucidez, perturbóse profundamente y manifestó sus temores á Azali.

Hacía largo tiempo que el joven sabio era su novio.

Habían vivido uno junto á otro, y en aquel mundo donde los sentimientos se desarrollaban en toda libertad sin que ninguna conveniencia llegase jamás á reprimirlo, sintieron mutua inclinación y habíanse entregado al encanto de un afecto compartido. Como no tenían nada que ocultar, ni podían tampoco disi-

mular cosa alguna de lo que experimentaban, Rugel tuvo conocimiento de aquella inclinación recíproca apenas nació. En aquel amor, que en nada se parecía á las pasiones terrestres, todo era puro, sencillo y leal; así pasaban siempre las cosas en aquel mundo privilegiado; y según todas las probabilidades, muy pronto debían unirse y formar alrededor de Rugel una nueva familia.

El accidente sobrevenido á los habitantes de la Tierra había estrechado más la intimidad de la joven con el que todos consideraban ya como su prometido.

Atento á los cuidados de que los tres enfermos eran objeto, Azali no se alejaba apenas de la casa donde habían sido transportados. Todo el tiempo que no estaba junto á ellos, consagrábalo á la elegida de su corazón.

Con la inocencia y la libertad de costumbres en que nada impuro germinaba jamás, iban con frecuencia, cuando Rugel era llamado á la capital para desempeñar los deberes de su cargo, á pasearse á lo largo de las amenas riberas de la isla ó por los bosquecillos floridos de que estaba cubierta.

Y sus conversaciones, tan pronto graves como alegres, revelaban la serenidad de su alma, su tranquila confianza en el porvenir. No había en Orealis nada de esos manejos de la coquetería, de esas hábiles maniobras, de esas provocaciones estudiadas en que se ejerce aquí abajo la astucia femenina cuando se trata de asegurar, en la caza al marido, la conquista de un buen nombre ó de una brillante fortuna.

Y por parte de Azali, nada que se asemejara á esas protestas de amor que á veces encierran tanta falsía, á esas exageraciones aceptadas, á esos cumplidos insulsos y vulgares, bajo los cuales se oculta en la Tierra tan á menudo la sequedad del corazón ó la vileza de la codicia.

Cierto día, en uno de sus acostumbrados paseos, Orealis interrogó al joven sabio sobre el asunto que, hacía algún tiempo, comenzaba á preocuparla.

— Amigo mío — le dijo, — me pregunto con cierta inquietud si debemos regocijarnos de haber librado de la muerte á los que ésta tenía cogidos ya entre sus garras. Su cuerpo parece haber recobrado la salud, pero el estado en que se halla su espíritu me disgusta y atormenta. Parece haber retrocedido hasta la primera edad de la vida, y no tiene más fuerza ni alcance que el de un niño. ¿Han de estar siempre reclusos en esos limbos de la inteligencia? Si tal fuera, no los habríamos salvado más que para condenarlos á una existencia indigna de ellos y del todo mísera.

— También yo — contestó Azali con tristeza — estoy inquieto por la situación en que los veo. Ya sabía yo que la conmoción que habían sufrido era profunda; mas no creía que estuviesen tan gravemente atacados. El recuerdo de lo que pasó parece haberse perdido del todo para ellos, y no sienten más que las impresiones fugitivas del momento. Lo que debe hacerse para que vuelvan á ser lo que eran es despertar por todos los medios posibles el sentimiento de su personalidad olvidada. A usted, Orealis, buena y bondadosa y ya tan maternal para

ellos, corresponde reavivar en su alma los recuerdos momentáneamente desvanecidos, evocando sin cesar los sucesos por que pasaron. Así se desarrollará su inteligencia rápidamente, y recobrarán muy pronto, gracias á la generosa influencia de usted, el sentimiento de sus grandes proyectos y la voluntad para llevarlos á cabo.

— Que el Espíritu Soberano le escuche — murmuró Orealis con aire pensativo.

Desde entonces se consagró en cuerpo y alma á la curación que había entendido; y era encantador y melancólico á la vez ver á la hermosa joven convertida en institutriz paciente y fiel de aquellos tres hombres curtidos por tan rudas luchas, pero que, niños otra vez, la escuchaban con avidez como á una hermana amada.

En maravillosos relatos, que con ingeniosa habilidad apropiaba al estado de su ánimo, la joven hacía revivir á sus ojos las terribles pruebas por que habían pasado, los trabajos que consiguieron realizar y las esperanzas que concibieran, despertando así poco á poco la conciencia de su ser. Los tres quedaban suspendidos de sus labios; algunas veces sus cejas se contraían, como si en un trabajo de reflexión se desgarrase una punta del velo que les ocultaba aún la realidad, y se podía prever ya el momento en que debían recobrar la plena posesión de sí mismos.

Pero Marcelo era quien parecía más particularmente sensible aún que sus dos amigos á la mágica influencia de la joven. El sonido de su voz le sumía en una especie de éxtasis; el encanto que se desprendía de toda su persona obraba en él de una manera irresistible, y algunos movimientos confusos que no acertaba á comprender agitaban su corazón. Y cuando, vuelto en sí, reflexionó sobre lo que experimentaba, preguntóse, no sin cierto temor, si aquel sentimiento delicioso no era más que el de la gratitud ó merecía un nombre más tierno.

Muy pronto no le fué ya posible hacerse ilusión: experimentaba emociones hasta entonces desconocidas, y su espíritu activo é investigador, que no se había apasionado nunca más que por la solución de problemas científicos ó la realización de alguna atrevida empresa, parecía haber perdido su iniciativa y su vigor. Le había sobrecogido una especie de lánguida dejadez, y se dejaba mecer por dulces ensueños. El canto de las aves y el susurro del viento entre el follaje le encantaban; su imaginación sobreexcitada representábale sin cesar á la hermosa Orealis, de la cual no podía separar su pensamiento, y lejos de ella quedaba sumido en una melancolía cuya tristeza no dejaba de tener encanto.

No le era permitida ya la duda: amaba á la joven.

El instante en que esta verdad se le apareció sin nubes fué cruel para Marcelo. Sabía que Orealis era la prometida de un hombre á quien él mismo debía estar agradecido, y en la rectitud de su conciencia, estremecebase al pensar que no podía entregarse á su amor sin ser odiosamente ingrato. Y además, ¡qué obstáculos entre él y aquella hacia la cual le inclinaba su corazón!

Aun suponiendo que sus almas hubieran podido comprenderse y que Orealis hubiese participado del sentimiento que él experimentaba, ¿cómo habría sido posible un enlace entre dos seres de naturaleza tan distinta?

Marcelo tenía demasiada lealtad en el alma para no juzgar juiciosamente la nueva situación que se le presentaba, y trató de combatir con valor la pasión que se había apoderado de él poco á poco. Esta lucha fué para él la causa de dolorosos disgustos.

Ahora rehuía la presencia de aquella que antes buscaba; pero había perdido, ignorando el estado de su corazón, el reposo y la tranquilidad de espíritu.

Aquel estado de perturbación y de incertidumbre con que Marcelo luchaba no había pasado inadvertido de sus dos compañeros. Santiago y lord Rodilan, atacados como el joven ingeniero, habían pasado por las mismas fases que él; y gracias á la solicitud atenta y cuidadosa que se les prodigaba, habían remontado ellos también, poco á poco, la pendiente en que su razón se extravió. Habían reconquistado toda la libertad de su inteligencia, recobrando Santiago sus generosos entusiasmos, y lord Rodilan la posesión de sí mismo, con la calma algo desdeñosa de que rara vez se había separado desde que abandonó la Tierra.

A los dos les inquietaba la extraña tristeza de Marcelo; pero no tardaron en averiguar su causa.

Santiago estaba otra vez tal como había estado cuando su corazón se abrió al amor, que ahora le llenaba de nuevo por completo; y de aquí que Marcelo le inspirase mayor y más afectuosa simpatía.

En cuanto al inglés, lo que le preocupaba sobre todo era la cuestión del desenlace final de su empresa.

¿Qué sería de ellos si el jefe natural de su expedición perdía, entregado á un amor loco é imposible, la lucidez de espíritu y la energía necesarias para conducirla hasta el fin? A pesar de las singulares aventuras en que le habían lanzado su deseo de nuevas emociones y su disgusto de un mundo que conocía demasiado bien, lord Rodilan no había perdido del todo el amor á la vida. Sin duda las peripecias de aquel extraño viaje habían hecho vibrar en su alma sensaciones que se creía ya incapaz de experimentar y que le habían seducido. El espectáculo de aquel mundo, tan distinto del que había dejado, no pudo serle indiferente, y más de una vez, á pesar de su flema británica y de su voluntad de no asombrarse de nada, había quedado sorprendido ó lleno de admiración.

Esto era para un hombre hastiado como él alguna cosa del todo nueva, que le había conmovido deliciosamente.

Hasta se había prometido asombrar á su vez á los habitantes de la Tierra, (pues confiaba en volver algún día) con la descripción de aquella humanidad superior; y por esto se había consagrado, con un ardimiento de que él mismo se admiraba, al estudio de las costumbres, de las instituciones y de la historia del mundo lunar. Y no era poca satisfacción para su orgullo pensar que, gracias á él, Inglaterra tendría su parte de gloria, y no la menor, en aquella maravillosa epope-

ya que revelaría á la Tierra un universo desconocido, siendo á la vez el punto de partida de una era de progreso que nadie hasta entonces hubiera osado soñar.

Pero si todo esto satisfacía el orgullo de lord Rodilan, había otras exigencias contra las cuales luchaba, y no sin sufrir en ciertas ocasiones. Aunque afectase en otro tiempo haber llegado á ser indiferente á los placeres delicados de una mesa bien servida, bajo pretexto de que para su paladar fatigado nada podía ser nuevo, no había tardado en echar de menos lo que en otro tiempo despreciaba.

No se avenía nada bien con aquella composición química que era suficiente para sus amigos, y que él llamaba con desdén «alimento científico.» Las tentativas de siembra practicadas por Marcelo, y de las que tan sólo algunas habían tenido buen éxito, producían ciertamente para los tres desterrados de la Tierra cereales y legumbres, á los cuales se habían acostumbrado, pero sin sazonarlos, y como estaba prohibido todo alimento animal, el infortunado hijo de Albión sufría cada día más, pensando en las grandes tajadas de *roastbeef* casi crudo, en la sopa de tortuga y en las variantes, á cuyo recuerdo se le hacía la boca agua.

Por eso pensaba seriamente en el regreso.

Aún no había dicho nada de ello á Marcelo, comprendiendo bien que el joven ingeniero no podía acoger esta idea mientras no hubiera realizado lo que era el objeto inmediato de su empresa, es decir, el establecimiento de comunicaciones regulares entre los dos planetas.

Pero si Marcelo, dejándose llevar de los tiernos sentimientos que parecían dominarle ahora, llegaba á perder de vista el proyecto formado, la esperanza de aquel regreso quedaría indefinidamente aplazada. Además, si el ingeniero se proponía consagrar definitivamente su existencia á la que él amaba, ¿qué sería de sus dos compañeros?

Tal era la cuestión que se imponía en el pensamiento de lord Rodilan y que le hacía considerar con inquietud. Decididamente no había nacido él para aquel mundo superior.

La hija de Rugel no había dejado de observar el cambio producido en el humor y el carácter de Marcelo. No podía leer en el fondo de su corazón, pues el habitante de la Tierra carecía de ese sentido sutil que en el mundo lunar establecía entre la palabra y el pensamiento tan estrecha unión, que nada podía disimularse; mas por la expresión de la mirada de Marcelo, por las tiernas inflexiones de su voz y por su turbación cuando estaba en su presencia, había comprendido al fin el sentimiento de que era objeto.

En aquel afán de Marcelo de buscar su compañía no vió en un principio más que las manifestaciones de un alma agradecida, algo semejante á la gratitud inconsciente que el niño siente por la que vela alrededor de su cuna, sonríe por sus alegrías y dulcifica sus padecimientos; pero poco á poco, á medida que la ternura de Marcelo se hacía más evidente y su humor más desigual, ella misma se sintió turbada.

Al observar que había perdido de vista el objeto de su viaje, que no hablaba

ya de sus grandes trabajos y que parecía limitar su vida al estrecho círculo de aquella nueva intimidad, se fijó en él con más atención y no tardó en quedar convencida respecto al carácter del sentimiento que por ella experimentaba.

Esto fué para la joven un penoso descubrimiento. Cierta que le inspiraba profunda simpatía el héroe de tan maravillosa aventura, sobre todo el que, gracias á su solicitud, había recobrado la vida del corazón y de la inteligencia; pero tenía el alma demasiado elevada y su naturaleza era demasiado superior para que pudiera abandonarse, en presencia del amor que inspiraba, á la pueril alegría de una vanidad satisfecha.

En su corazón no había lugar para el orgullo, y con tristeza veía á Marcelo sufrir así de un amor que no podía ser correspondido.

Desde entonces se consagró á curar aquella alma herida.

Lejos de irritar la pasión de Marcelo huyendo de él, buscaba las ocasiones de encontrarle y de hablarle, de atraerle, mostrándole la serenidad de su corazón, ó un sentimiento más justo de la realidad, de desvanecer las quimeras en que pudiera mecerse su imaginación y de hacer revivir las altas ambiciones á que había consagrado en un principio su vida.

Juntos recorrían los deliciosos jardines que rodeaban la casa de Rugel; iban á pasear por la orilla del lago, ó algunas veces, tomando una ligera embarcación, dejábanse mecer suavemente por la perfumada brisa que flotaba sobre las tranquilas aguas.

— Amigo mío — le decía, — ¿no le parece llegado el momento, ahora que ha recobrado por completo la salud, de continuar sus tentativas tan bruscamente interrumpidas? Sus amigos de la Tierra esperan con ansiedad contestación á las señales que usted les dirigió. ¿Piensa usted dejarles largo tiempo todavía en tan cruel incertidumbre?

— ¡Ah! — contestó Marcelo con un movimiento de impaciencia que no pudo reprimir. — ¿Por qué arrancarme así de mi sueño encantado? Desde que vivo junto á usted, Orealis, me considero feliz como nunca esperé serlo. ¿Tan cansada está usted ya de mi presencia? ¿Qué la he hecho para que trate de alejarme así de su lado?

— Deseche usted tales pensamientos, amigo mío — contestó con dulzura la joven. — Si pudiera usted leer en mi corazón, vería qué afecto tan profundo le profeso, y precisamente porque usted me es caro, me inquieta el indigno reposo á que se entrega olvidándose de sí mismo. Aprecio en mucho sus grandes proyectos, aprecio la audacia de su empresa; pero amo también la gloria que le espera y no quiero que usted renuncie á ella.

— Sí — contestó Marcelo con vehemencia, — usted ama en mí lo que ahora tiene poco precio á mis ojos. Lo que yo quisiera que amase es mi persona, mi corazón, lleno de usted, pues no puedo retener más tiempo la declaración que abrasa mis labios. Orealis, yo.....

— Deténgase usted, amigo — interrumpió vivamente la joven, recalcando la

palabra «amigo» que parecía sonar en falso al oído de Marcelo; — ya sé lo que iba á decirme. Largo tiempo hace que su secreto me es conocido y que me esfuerso todo lo posible para que el sentimiento que le domina quede encerrado en los límites de una sincera y leal amistad. Ningún otro podría existir entre nosotros, y aunque no nos separasen insuperables obstáculos, bien sabe usted que no podría corresponder á su amor. Yo no me pertenezco ya, porque soy prometida de un hombre que usted debe amar y respetar. Mi corazón ha confirmado la elección que el pensamiento me dictaba, y solamente de aquel que me ha juzgado digna de él debo esperar la parte de felicidad á que todo ser humano tiene derecho de aspirar. Yo no sé cómo se arreglan las cosas en el mundo de donde usted viene; pero aquí nuestras almas no podrían pasar de un amor á otro, y cuando nuestro corazón ha hablado una vez, es para siempre.

— ¡Ah! Usted me atormenta — murmuró Marcelo; — lo que me dice me lo he repetido cien veces, y solamente vencido por el exceso de mi amor á usted, he dejado escapar el secreto que hubiera querido guardar en lo más profundo de mi alma. Lo que me laceró el corazón es esa virtud soberana, esa serenidad de ánimo que tanto la eleva sobre nuestras pasiones terrestres, y tal vez porque sé que es inaccesible á mis votos me siento más violentamente atraído hacia usted.

— Vamos — dijo Orealis sonriendo, — veo que lo imposible es siempre lo que le tienta; ese deseo de alcanzar lo irrealizable es el que le ha impulsado hasta aquí, y una esperanza análoga es la que le extravía también hoy. Tan noble y generosa era la primera ambición como sensible y funesta la pasión que siente usted ahora, y que llegaría á ser miserable si debiera hacerle olvidar por más tiempo su elevada misión.

— ¿Y qué quiere usted que sea de mí ahora que rompe usted de repente la única esperanza que me hacía agradable la vida y podía darme fuerzas para llegar hasta el fin?

— Lo que yo quiero es que sea usted hombre; que deseche esas vanas quimeras que obscurecen su inteligencia y ofuscan su voluntad; y que, esclavo del deber que se ha impuesto, avanzando con paso firme, sin mirar hacia atrás, por la senda que se ha trazado, persista sin debilidad en la realización de su obra fecunda. ¡Ah! — prosiguió Orealis, animándose por grados, — sueño para usted grandes y nobles destinos; quiero que después de haber explorado nuestro mundo vuelva usted á la Tierra para anunciar que aquí existe toda una humanidad dispuesta á trabar relaciones con sus habitantes, y que sea usted, en fin, el primer explorador de esa vía por donde ha de entrar el genio humano. Y mi corazón le seguirá; estaré orgullosa al pensar en usted, y me será grato creer que el deseo de merecer mi aprecio y mi admiración no ha sido extraño á los esfuerzos que habrá hecho para llevar á buen fin ese glorioso proyecto.

Mientras Orealis hablaba, su rostro se había transfigurado y radiaba de entusiasmo; tenía los ojos brillantes, el seno dilatado por la emoción, y hasta parecía haber crecido. Hubiérase dicho que veía ya mentalmente aquel porvenir

brillante en que los dos mundos, reunidos en un pensamiento fraternal, irían uno junto á otro con el mismo paso hacia la luz y el progreso.



Deténgase usted, amigo - interrumpió vivamente la joven

Marcelo la miraba con sorpresa: jamás le había parecido tan hermosa y radiante, y no imaginaba semejante elevación en los sentimientos y en el alma; pero también comprendía hasta qué punto aquel ser de tan perfecta naturaleza

era superior á él, y veía abrirse más profundo é infranqueable el abismo que le separaba de ella.

Y confusos sentimientos agitaban su corazón.

Renunciar al amor que hacía algún tiempo halagaba tan dulcemente su vida, parecíale imposible; mas por otra parte, ¿cómo no mostrarse digno de las magníficas esperanzas que Orealis había concebido?

En su rostro se podía adivinar la lucha que se libraba en su interior; pero al fin pudo más lo que había de bueno y de noble en su corazón.

— ¡Pues bien, sea! — exclamó. — Se hará como usted lo exige; renuncio á la esperanza de ser amado de usted, y me contentaré con su aprecio y su amistad; mas los quiero completos, y ya que para obtenerlos y conservarlos es necesario consagrarme sin reserva á concluir la obra comenzada, obedeceré.

CAPÍTULO III

NECEDAD Y RUTINA

— Nada todavía — dijo con aire de desaliento el astrónomo Mathieu-Rollère, separándose con disgusto del ocular del telescopio. — Tres meses han pasado ya desde que nuestros amigos nos revelaron su presencia; comienzo á temer que les haya ocurrido una desgracia y que nos veamos precisados á renunciar á esperanzas que parecían tan halagüeñas.

— ¡Bah! — replicó el digno W. Burnett con su flema americana, — no se debe desesperar sino cuando está absolutamente demostrado que el buen éxito es imposible.

— Sin duda; pero si pudieron hacer las primeras señales que usted vió, ¿por qué no las han repetido?

— ¡Ah! ¿Sé yo acaso por qué? Han podido sobrevenir mil accidentes de que es imposible tener la menor idea y uno solo de los cuales bastaría sin duda para explicar su silencio; pero reflexione usted que, por lo pronto, tan sólo el hecho de que hayan podido llegar á la superficie de la Luna, y desde allí ponerse en comunicación con nosotros, aunque no sea más que una vez, proporciona á la ciencia la solución de importantes problemas.

— Sí, pero yo quisiera.....

— Usted es demasiado impaciente, mi venerable amigo. ¿No le parece ya mucho saber que la vida es posible en la superficie del satélite? Y sobre este punto no es permitida la duda: se encuentra aire, si no alrededor de la Luna, por lo menos en ciertas partes, puesto que nuestros amigos viven y han podido hacer desde allí sus señales. En cuanto á estas últimas, es difícil precisar su naturaleza: á juzgar por su forma y sus intermitencias, parecen ser de carácter eléctrico; pero ¿cómo nuestros viajeros hubieran podido producirlas con los modestos recursos de que disponían? La contestación á esta pregunta es bastante difícil. ¿Cómo han llegado á ponerse en relación con la humanidad lunar? Hasta aquí no podemos saber nada, y solamente nuevas señales podrán informarnos.

— Muy cierto; pero precisamente esa falta de nuevas señales es lo que me desconsuela. Si pudieron hacer las primeras, nada se opone á que las repitan; y

aun suponiendo que uno de ellos haya muerto, los otros hubieran podido comenzar de nuevo la experiencia. Para que no se haya visto nada es forzoso, mucho lo temo, que los tres hayan dejado de existir. Y le confesaré francamente, querido amigo, que este pensamiento me atormenta y me aflige, pues yo soy quien impulsó á mi sobrino á tomar parte en esa temeraria empresa; he querido realizar para él, para mí y para mi país una conquista sublime, y he separado á Santiago de aquella á quien amaba. Mi hija no ha perdido nada de su confianza y está siempre segura de que volverá á ver á su prometido; pero ¡ay!, si mis temores son harto fundados, como yo preveo; si Santiago no vuelve, ¿qué será de mí ante su desesperación? ¡Ah! Hoy comprendo cuán terrible es la responsabilidad en que he incurrido y en la cual no pensé en mi loco orgullo de sabio; pero ahora gravita sobre mí con todo su peso y me pregunto con temor si no he sido sacrilego, tentando así al cielo.

— Tranquilícese usted, amigo mío; lo que han hecho es para nosotros garantía de lo que podrán hacer aún. En cuanto á mí, tengo la convicción profunda de que en un plazo que no nos es posible fijar nos harán aún señales evidentes de su presencia. Por otra parte, ¿no es todo maravilloso en esa increíble odisea? ¿Se ha preguntado usted alguna vez cómo nuestros viajeros, á quienes hemos visto desaparecer en una grieta al pie del cráter de Aristilo, pudieron ser transportados á la inmediación del cráter de Hansteen, es decir á unos sesenta grados, que componen más de cuatrocientas leguas de cuatro kilómetros?

— Es verdad — murmuró Mathieu-Rollère, — jamás había pensado en ello.

— Pues bien: si pudieron franquear semejante distancia bajo las condiciones en que debe hallarse la superficie de la Luna, según las observaciones astronómicas, difícil es admitir que lo hayan logrado con sus propias fuerzas, y es evidente que recibieron auxilio, aunque es imposible saber de quién y cómo. Todo cuanto podemos deducir, y ya lo sabíamos por el descubrimiento del proyectil que determinó la marcha de los tres amigos, es que la Luna está realmente habitada y que aquéllos han podido ponerse en comunicación con los seres que allí viven, cualesquiera que sean.

— Pero ¿cómo es entonces que con el poderoso telescopio de que disponemos, y el cual permite distinguir los objetos de nueve pies de lado, no hemos visto jamás nada que denotase la presencia de seres vivos é inteligentes?

— Sin duda hay alguna cosa inexplicable, ó más bien sin explicar, pues todo vendrá á su tiempo. Por lo pronto, lo cierto es que nuestros amigos han llegado á la Luna, han vivido, franqueado considerables distancias, y hecho señales sobre cuya existencia no es permitida la duda. Si le parece á usted que este no es un resultado magnífico, será muy difícil de contentar. No les escatimemos el tiempo, y esperemos con paciencia.

El tono de seguridad con que el astrónomo americano hablaba había producido en el ánimo algo inquieto del viejo sabio una consoladora y saludable impresión; por lo cual con ardor verdaderamente juvenil se ocupó, ayudado por el

ingeniero Jorge Dumesnil, en preparar la gran instalación de señales destinadas á asegurar las comunicaciones futuras.

Después regresaron apresuradamente á Francia.



¡Basta de discusión! Nosotros somos los guardianes...

Se había convenido en que durante su ausencia, y cuantas veces fuera el momento favorable, sir William Burnett repetiría á intervalos regulares la señal hecha ya y todavía no contestada. Los tres viajeros comprenderían así que

su mensaje se había recibido y que se esperaban de su parte otras comunicaciones.

Si aparecía alguna cosa nueva en la superficie del satélite, el director del observatorio de Long's Peak debía dar aviso inmediatamente á Mathieu-Rollère, y arreglado todo así, el viejo astrónomo se puso en campaña resueltamente.

Recordará el lector que se trataba de obtener del gobierno francés autorización para colocar en una llanura del Sud de Argel los aparatos eléctricos necesarios para hacer las señales, y de inducir también al observatorio de París á disponer, en favor de la empresa, de los fondos que se le conceden con destino al capítulo de *Investigaciones científicas*.

La autorización se obtuvo, pero no sin trabajo. Mientras el sabio se hallaba en América, el ministerio había caído, y los poderosos amigos con quienes el sabio contaba hallábanse ahora disfrutando de las dulzuras de la vida privada. Bajo el pretexto de mejorar se había cambiado todo el alto personal administrativo, y el astrónomo no conocía ya á nadie; de modo que las cosas no se activaron tanto como él esperaba.

Desde los primeros momentos debió chocar contra la rutina ordinaria de las oficinas, y al pronto no se comprendió lo que pedía.

Cuando lo entendieron al fin, fué preciso averiguar por qué ministerio se debía conceder la autorización. Parecía que esto era de la competencia del de Instrucción pública; mas como se trataba de una instalación en el territorio de un departamento francés, esto podía depender muy bien del ministerio del Interior. Por otra parte, el llano elegido estaba en la zona sometida á la autoridad militar, y por lo tanto era muy difícil prescindir del consentimiento del ministro de la Guerra. De lo que fué necesario hacer en cuanto á redactar solicitudes, acumular papelotes y practicar diligencias, no podrían formarse idea sino aquellos que han tenido la desgracia de verse obligados á tratar con esos autócratas envanecidos de sí propios, fatuos é inabordables, que por echarla de hombres importantes creen tener alguna importancia.

El desgraciado sabio se sofocó durante algunas semanas yendo de ministerio en ministerio, y pudo convencerse por sí mismo de la exactitud de las palabras de un hombre de quien es bien conocida esta administración que Europa haría muy mal en enviarnos:

«Necesita más tiempo un expediente para franquear el Sena, que un barco de vela para cruzar el Atlántico.»

Por fin llegó un día en que la dichosa autorización, revestida de todos los sellos, notas, firmas, timbres y «vistos» requeridos por un formalismo tan pueril como inquisitorial, se halló en manos de Mathieu-Rollère.

Ahora era preciso ocuparse de la cuestión de dinero, y esto fué otra cosa muy distinta.

A las primeras insinuaciones que el astrónomo hizo al director del Observatorio de París, éste, sin desaprobar su proyecto, declaró que no estaba en sus

atribuciones disponer de los fondos, y que dependía de una comisión sin cuyo dictamen nada se podía resolver; pero que, por lo demás, estaba dispuesto a reunirlos.

La discusión fué borrascosa, y las objeciones contra el proyecto propuesto



Cuando de improviso recibió un parte...

por Mathieu-Rollère fueron numerosas y apasionadas. ¿A qué venía aquel visionario, cuyos caprichos daban al traste con toda la ciencia oficial? ¿No era cosa entendida hacía largo tiempo que la Luna, sin aire y sin agua, estaba deshabitada y era inhabitable? ¿Qué venía á contar de seres humanos llegados al satélite,

que habían vivido y manifestado su presencia allí? Si esto fuese verdad, ya se sabría, y nadie había oído decir una palabra. Mathieu-Rollère era quien estaba con el pensamiento en la Luna; era preciso dejarle y no ocuparse de semejantes locuras.

En medio de este desencadenamiento de furiosos clamores elevaronse algunas voces tímidas. ¿Por qué condenar así, al menos sin examen, una proposición que podía ser formal? Si no se quería dar fe á las declaraciones del observador americano, se podía, sin embargo, conceder algún crédito á las afirmaciones más reservadas del director del observatorio de Niza, que no era un patrañero y seguramente había visto alguna cosa. ¿No se tenían allí indicaciones preciosas? ¿Era digno de una asamblea de sabios franceses considerar con desdén el asunto sin querer intentar nada? ¿Qué sería del renombre de Francia, que siempre se había enorgullecido de ser la primera en la vía de los descubrimientos científicos? ¿Qué baldón no recaería sobre ella si alguna otra nación, más avisada y más audaz, le robase la gloria de semejante iniciativa?

Pero el presidente de la comisión, viejo sabio rutinario que vivía de su reputación mucho más que de verdadero mérito y que temía todo descubrimiento de que él no fuera autor, levantóse y dijo, dominando el tumulto:

— ¡Basta de discusión! Nosotros somos los guardianes severos de los fondos que el Estado nos concede para disponer de ellos, y no tenemos derecho para aventurarlos en empresas insensatas, de malgastarlos para satisfacer necias vanidades. Si se tratase de alcanzar un objeto preciso y definido, veríamos lo que convenía hacer; pero aquí no nos traen sino cuentos de viejas, sueños vacíos de un cerebro enfermo, y seríamos culpables si continuásemos escuchándolos un instante más.

— ¡Pues bien, sea! — exclamó Mathieu-Rollère exasperado. — Os traigo aquí resultados ciertos, reconocidos científicamente y que se comprobaron por reiteradas experiencias. ¡Ciegos que no queréis ver!.... ¡Ah! Buena excusa es hablar de despilfarro y hacer alarde de prudencia y economía. ¿No se prodiga diariamente y á manos llenas el dinero de Francia para satisfacer mezquinas ambiciones ó proporcionar á enojosas medianías ocasión de darse á luz? ¡Y hoy que se trata de la obra más grandiosa que la ciencia moderna intentó jamás, habláis de escrúpulos y de conciencia!.... ¡Sois indignos del nombre de sabios, sois unos miserables!

La cólera le cegaba, y fué preciso sacarle de allí.

— ¡Pues bien! — decía mientras se lo llevaban, — yo sabré prescindir de vosotros, y no se dirá que la estúpida obstinación de algunos viejos rutinarios me obliga á renunciar á mis proyectos. Triunfaré, á pesar de todo, contra todos...

Al hablar así Mathieu-Rollère creía firmemente en el éxito; pero cuando fué necesario poner por obra el proyecto, tropezó con dificultades que no había previsto.

Había pensado por lo pronto en una suscripción pública; mas para llevar-

la á buen fin se necesitaba reclamo, mucho reclamo, y este es un género que, atendidas las actuales costumbres del periodismo, cuesta terriblemente caro. Los directores de los periódicos científicos le trataban por lo bajo de viejo loco y no querían, asociándose á semejante utopía, comprometer el nombre y la dignidad de sus revistas; mientras que los demás órganos de publicidad tan sólo consentían en hacer algunas insinuaciones á precios exorbitantes.

Mathieu-Rollère, que había comenzado por pagar con inalterable confianza, veía disminuir rápidamente sus recursos personales; la suscripción pública estaba abierta hacía un mes, y no se había recogido más que la insignificante cantidad de 1.967'50 francos.

El astrónomo no lo comprendía.

¿Cómo se podía permanecer insensible á la solución de semejante problema? El sabio se indignaba al ver á las gentes ir y venir, correr á sus placeres ó á sus negocios, y gastar sumas considerables en frivolidades, sin cuidarse de proporcionar á la ciencia los medios de llevar á cabo la más magnífica conquista que haya podido soñar el espíritu humano, la de un mundo.

El astrónomo cayó muy pronto en un estado de profundo abatimiento: había perdido esa exuberancia de vida y esa actividad casi juvenil que le habían proporcionado hasta entonces una vejez tan verde; pensaba con melancolía en todas sus esperanzas frustradas, y los temores y remordimientos de que había hablado ya al digno W. Burnet acosábanle y le atormentaban.

Su hija, que desde la marcha de Santiago no se había separado de él nunca, conservaba más firmeza de alma. El amor que llenaba su corazón parecía cerrarle á todo sentimiento que no fuese la fe y la esperanza, y cuando vió á su padre tan desalentado, dijole sencillamente:

— ¿Por qué desesperar, padre mío? Si es una mísera cuestión de dinero la que le detiene, tome usted la fortuna que mi madre me dejó y haga de ella el uso que le plazca. Yo la sacrifico con alegría, y estoy muy segura de que aquel á quien amo aprobará mi decisión cuando vuelva á verle, porque estoy persuadida de que le verá otra vez. Viviremos pobres si es necesario, pero seré feliz por haber cumplido con una gran misión.

— Niña — dijo Mathieu-Rollère muy conmovido, abrazando á su hija y besándola en la frente, — tienes un noble corazón; eres digna hija de un sabio y mereces el sincero amor de un hombre honrado; pero, niña, ¿qué son los setenta ú ochenta mil francos de que puedes disponer? Con centenares de miles y acaso con millones necesitamos contar, y esto es lo que el egoísmo y la codicia de un siglo consagrado á los más viles intereses nos niegan con tenacidad. ¡Ah! Estoy profundamente abatido y temo mucho morir antes de poder llevar á buen término nuestra obra.

— ¡No hable usted así! — exclamó Elena. — Tome usted ese dinero que desprecio y que ahora me repugna. Tal vez pueda usted hallar con él un medio para sacudir la apatía de los indiferentes.

El anciano movió la cabeza sin contestar.

Se consumía en sus tristes reflexiones, y su desaliento aumentaba de día en día, cuando de improviso recibió de Long's Peak un parte anunciándole que las tres letras luminosas M. S. R. habían reaparecido al Sud del Océano de las Tempestades, en la inmediación del cráter de Hansteen.

Esta noticia devolvió al viejo astrónomo todo su ardimiento y energía, y juró triunfar.

CAPÍTULO IV

VUELTA AL OBSERVATORIO

La entrada al observatorio quedaba otra vez libre.

El trabajo había sido largo y difícil: por lo pronto fué necesario buscar la fisura por donde se escapaban los gases méfíticos que después de llenar la chimenea del ascensor habían invadido todo el edificio, faltando poco para causar la muerte de Merovar y de los tres extranjeros. Al efecto, varios hombres revestidos de los aparatos que les permitían explorar la superficie de la Luna habían recorrido cuidadosamente la larga chimenea, examinando con minuciosidad sus paredes.

Largos días transcurrieron en esta exploración, y se acabó por reconocer que á la altura de unas seis leguas terrestres la pared pedregosa había cedido bajo la presión de los gases interiores.

Estos últimos produjeron una grieta, y por un enorme agujero se había precipitado el gas, invadiéndolo todo. Por fortuna, esta primera oleada no fué seguida de ninguna otra, pues á no ser así, nada habría resistido á la presión de aquel torrente formidable y la parte superior del observatorio se habría volado; pero los vapores ponzoñosos habían sustituido en todas partes al aire respirable, y ocupando todo el espacio, obligaban á los trabajadores á tomar las más minuciosas precauciones.

Para tajar la ancha abertura había sido necesario izar hasta allí numerosas moles de roca, encajarlas profundamente en la pared donde se produjo la fisura, para sepultarlas después en un cemento tenaz, y este trabajo de titanes no se había efectuado sin duros y penosos esfuerzos.

Así quedó formada una gruesa pared artificial, que formaba cuerpo con la mole pedregosa misma y era tan sólida como ella.

Hecho esto, se había pensado en desalojar de la chimenea y del observatorio el aire viciado que los llenaba.

Para conseguirlo se practicaron varias aberturas en la parte superior del vidrioado de la sala, que las grandes lunetas ocupaban, y en las ventanas que daban luz á la parte inferior del monumento. Después, poderosos ventiladores dispuestos al pie de la chimenea y funcionando sin descanso para agregar su acción á

la de las bombas que servían de ordinario, habían sustituido poco á poco con un aire puro la atmósfera mortal que la llenaba. Esto había durado largo tiempo, y mientras se efectuaba la obra para conseguir la depuración completa, la región en que estaba situado el observatorio había pasado sucesivamente del período de luz al de sombra.

Y era extraño espectáculo ver aquel torrente de gas y de vapores condensarse de pronto bajo la acción del frío del espacio y caer en el suelo á manera de copos de nieve.

Cuatro meses habían transcurrido desde el percance que interrumpiera tan deplorablemente el cambio de comunicaciones comenzado con los astrónomos de Long's Peak.

Los trabajos habían vuelto á seguir al fin su curso, y el sabio Rugel se apresuró á reunirse con Marcelo, que después de su conversación decisiva con Orealis regresó sin tardanza á la capital del mundo lunar, donde esperaba impaciente el momento en que podría renovar sus tentativas.

Santiago y lord Rodilan no habían tenido las mismas razones que Marcelo para olvidar el objeto apetecido; tenían acaso más prisa que él por emprender de nuevo una vida más activa. Los tres se enteraron con alegría de la buena noticia que les llevaba Rugel, y acordaron volver al observatorio. El padre de Orealis, aunque acogió con igual amabilidad á los tres extranjeros, parecía no obstante manifestar á Marcelo un afecto más cariñoso que antes y que tenía algo de paternal. En sus frecuentes visitas no había dejado de notar el estado de ánimo del joven ingeniero, y como su hija no podía tener secretos para él, le había sido fácil seguir en todo su desarrollo la fase de pasión por que Marcelo había pasado.

Sin duda no se había inquietado jamás respecto á su hija, ni temido que la pasión de que era objeto pudiese turbar la paz de su alma; mas no le fué posible reprimir una secreta simpatía por sufrimientos morales que su inteligencia superior comprendía, y admiró la fuerza con que Marcelo triunfó, la energía con que aquella alma viril se dominaba. Ahora, en efecto, Marcelo parecía haber olvidado completamente aquel momento de debilidad.

La verdad es que su corazón estaba dolorido aún; pero había jurado á Orealis ser digno de ella y parecía resuelto á cumplir su promesa.

Apenas los tres amigos se hallaron de vuelta en el observatorio, fueron á examinar los aparatos de que se habían servido ya para hacer sus señales luminosas: todo se conservaba en buen estado, y nada se oponía á que las comunicaciones se continuasen de nuevo en el punto en que habían quedado interrumpidas.

Terminado aquel examen, Marcelo, seguido de sus compañeros, pasó á la sala de observaciones. Los dos astros estaban en su primer cuarto, y para los dos puntos desde donde se debían hacer las señales la concordancia de las noches era completa; mas en la Tierra el continente americano estaba iluminado

aún en aquel instante, y era necesario esperar algunas horas antes de que entrase en la sombra y fuera posible ver de nuevo el punto luminoso ya entrevisto.

Los tres se hallaban dominados por la más viva impaciencia.

— Me creará usted ó no, mi querido Marcelo — exclamó lord Rodilan; — pero de buena gana daría mil guineas por saber lo que piensan de nosotros en la Tierra. ¿Nos consideran como locos ó nos tienen por audaces sabios que van á producir una revolución en todo cuanto se sabe ó se cree saber de la Luna?

— Mucho honor hace usted á nuestros compatriotas terrestres, querido lord — contestó Marcelo. — Tenga usted por seguro que, excepto nuestros amigos de Long's Peak y también sin duda el tío de Santiago, nadie se interesa por nosotros. Hasta estoy convencido de que si la noticia de la aparición de nuestras letras luminosas se ha comunicado al mundo sabio por el digno Sr. Burnett, habrá sido recibida con la más estúpida incredulidad. ¡Tantas personas deberían alterar sus costumbres y su rutina, y tan sencillo es negar lo que no se comprende!

— Ciertamente — dijo Santiago, — y basta recordar lo que ha pasado ya. ¿Acaso se agitó el mundo sabio cuando Barbicane, Miguel Ardan y Nicholl emprendieron su maravilloso viaje? Seguramente que esto hizo algún ruido en América, y sobre todo en la Florida, donde se intentó el experimento, pues se paseó en triunfo á los audaces exploradores y la cosa sirvió de pretexto para dar magníficos banquetes y pronunciar largos discursos; pero aquel entusiasmo no llegó al día siguiente, y para conmemorar el recuerdo fué necesario que un ilustre escritor francés (1) hiciese la historia de aquella increíble epopeya, describiendo con su talento habitual sus conmovedoras peripecias. Sin él, toda esa fantástica historia se habría relegado muy pronto al olvido y hoy sería completamente ignorada.

— Santiago tiene razón — repuso lord Rodilan; — pero ustedes olvidan que en ese primer viaje no figuraba ningún inglés. A no ser así, Inglaterra no hubiera permitido que semejante hazaña hubiese quedado desconocida.

— ¡Pues bien! — dijo Marcelo sonriendo, — esta vez va con nosotros un ciudadano de la libre Inglaterra, y estamos seguros de que nuestros nombres serán inmortales.

Un poco de ironía encerraba esta contestación; pero como contenía en suma un elogio bastante directo, el noble lord no juzgó conveniente fijarse en ella.

— Por lo demás — dijo, — no tardaremos ahora en saber á qué atenernos sobre este punto, pues supongo que ya habrá pensado usted en el regreso.

La frente de Marcelo se nubló.

— En efecto — dijo, — he reflexionado sobre ello. A decir verdad, si no siguiese más que mis propias inspiraciones, me agradaría terminar mis días en medio de esta humanidad que ocupa un lugar tan elevado en la escala de los seres vivien-

(1) JULIO VERNE: *De la Tierra á la Luna. — Alrededor de la Luna.*

tes, pues abandonar este mundo tan próximo á la perfección, donde todo es noble y grande, para caer de nuevo en la Tierra, donde todo es mezquino, tosco y pequeño, no tiene nada que pueda tentarme. Otras muchas razones además podrían retenerme en el mundo lunar, mas no debo pensar en mí solo; sé que tenéis más de un motivo para regresar á la Tierra, y cuando llegue el momento marcharé con vosotros.

Santiago le estrechó la mano.

— Mas — continuó Marcelo — creo que pasará todavía algún tiempo antes de que podamos pensar seriamente en los preparativos de regreso. Ante todo necesitamos asegurar las comunicaciones con la Tierra: este es nuestro cometido, al que debemos consagrarnos por completo, y en mi opinión será cosa larga, como vosotros mismos podréis juzgar. Desde que nos hicieron la señal, que solamente hemos entrevisto, sin poder contestar á ella, nuestros amigos carecen de noticias nuestras, y evidentemente no quieren intentar nada sin estar seguros de que vivimos aún; pero sin duda tendrán de aquí á pocos instantes la certidumbre de que no hemos perecido y de que se han visto sus señales. Los conocéis como yo, y no podemos dudar de que se ocuparán inmediatamente en hacer todo lo necesario para que las comunicaciones lleguen á ser regulares, seguidas y útiles. Buscarán el sistema más práctico y rápido á la vez; pero ignoramos aún cuál será.

— En efecto — dijo Santiago, — y añadiré que es muy poco probable que elijan, para dirigirnos señales seguidas, la región de las Montañas Pedregosas. Ni en este país tan quebrado, ni á semejante altura, podrían establecerse fácilmente y funcionar con regularidad.

— Justamente — contestó Marcelo, — y nos es imposible adivinar de qué región del globo terrestre llegarán para nosotros las próximas llamadas. ¿Qué llanura elegirán al efecto? Solamente el porvenir podrá informarnos sobre este punto. Como quiera que sea, no podríamos intentar nada más de lo que ya hemos hecho, antes de estar del todo al corriente sobre estas cuestiones.

Mientras que Marcelo hablaba, la noche se había extendido poco á poco sobre el Atlántico, alcanzando al fin á Long's Peak, y los tres observadores ocupaban otra vez sus puestos en los oculares de los anteojos. Grande era su emoción, y en la sala reinaba el más profundo silencio.

Una hora, dos horas transcurrieron sin que apareciese nada.

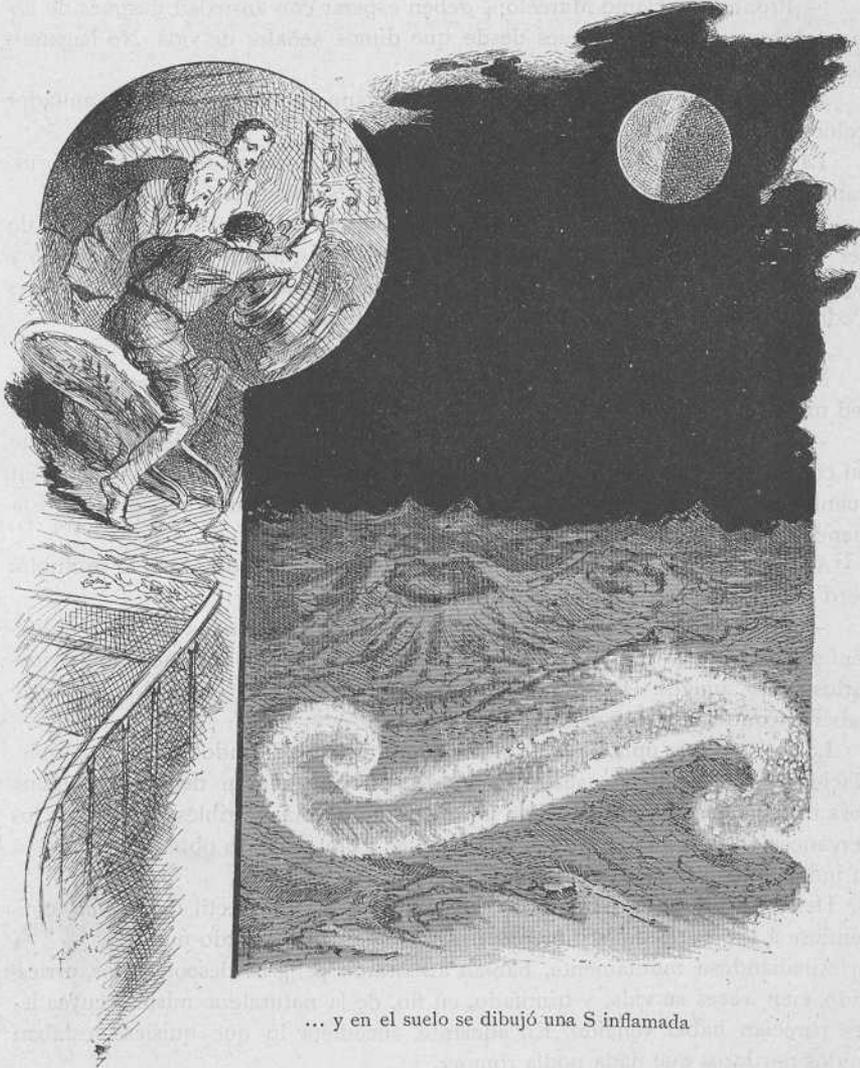
De repente brilló en medio de las tinieblas un punto luminoso, y oyóse un triple grito de alegría.

Esta vez no era posible ninguna duda; la señal estaba allí, inmóvil y fija bajo sus ojos, y no era una ilusión, un sueño de su imaginación sobrecitada, sino una realidad viviente.

Y parecíales que aquellos rayos de fuego les llevaban la voz misma de los que los habían lanzado á través del espacio; los sentían agitarse y vibrar; el alma de sus amigos se estremecía allí, y aquello era, más que un men-

saje luminoso, una corriente magnética que hacía latir los corazones al unísono.

¡El problema, pues, quedaba resuelto! Sus señales, pacientemente esperadas, se habían visto y comprendido y contestádose á ellas; y sin desanimarse por el



... y en el suelo se dibujó una S inflamada

largo período de inacción que siguió, habíase renovado, sin cansarse, la señal de contestación.

¡Qué admirable constancia habían manifestado los observadores de Long's

Peak! ¡Qué sublime fe en el porvenir de la ciencia! ¡Y qué agradecidos les estaban hoy los tres viajeros porque no se habían dejado abatir por la menor desconfianza!

El fuego brillaba siempre; mas al cabo de una hora se extinguió.

— ¡Pronto! — exclamó Marcelo; — deben esperar con ansiedad después de haber transcurrido cuatro meses desde que dimos señales de vida. No hagamos padecer más tiempo á nuestros amigos.

Al pronunciar estas palabras apoyaba la mano en el mango del conmutador colocado á su alcance.

Las densas tinieblas que rodeaban las llanuras lunares se iluminaron bruscamente, y en el suelo se dibujó gigantesca una S inflamada.

— Sea para ti, amigo mío — dijo, volviéndose hacia Santiago, — el honor de ser el primero en revelar nuestra presencia á los que nos esperan. Si tu tío y aquella á quien tu corazón no ha olvidado jamás, se hallan aún en las Montañas Pedregosas, quiero que sin tardanza queden tranquilizados con respecto á ti.

— Gracias — contestó Santiago estrechándole la mano.

Me dispensará usted, querido lord — añadió Marcelo sonriendo; — pero ni usted ni yo estamos enamorados....

— ¡Oh! En cuanto á mí — interrumpió lord Rodilan — largo tiempo hace que mi corazón dejó de latir por esa causa, si es que ha latido alguna vez; pero en cuanto á usted, amigo mío, tal vez sería temerario afirmar que el amor á la ciencia ha reinado siempre sola y exclusivamente en su alma.

Al oír esta alusión, por benévola que fuese, la frente de Marcelo se nubló; pero el inglés, aparentando que no lo notaba, continuó:

— Nadie me espera en la Tierra ni se acuerda de mí, pues á los pocos indiferentes con quienes me he tratado en mi vida no les haré el honor de considerarlos como amigos. Deberé á este viaje, por lo menos la envidiable dicha de haber encontrado dos, y esto me basta.

La amistad que unía á aquellos tres hombres había llegado á ser indisoluble. Nacida por efecto de la casualidad, del pensamiento común de intentar alguna cosa inusitada, habíase fortalecido en medio de las más terribles pruebas, de los percances más diversos, sufridos juntamente, y hoy, el éxito obtenido, gracias á su indomable energía, la consagraba para siempre.

Desde el día en que se embarcaron los tres en el proyectil *Columbiad*, confiándose á los azares de la inmensidad, no se habían separado nunca.

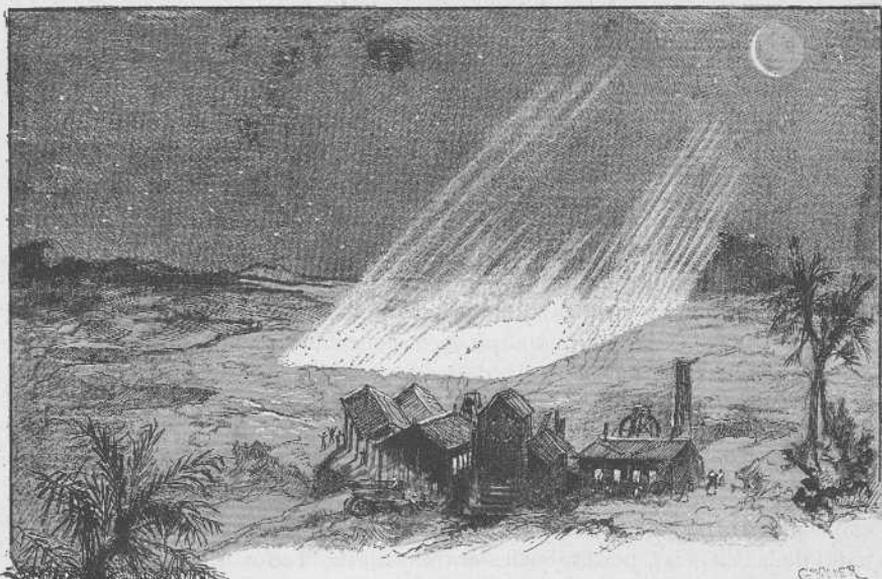
Auxiliándose mutuamente, habían arrostrado peligros desconocidos, arriesgado cien veces su vida, y triunfado, en fin, de la naturaleza misma, cuyas leyes parecían haber vencido. En adelante, sucediera lo que quisiese, estaban unidos por lazos que nada podía romper.

Entretanto, las letras mágicas se habían sucedido á intervalos regulares, y cada vez que á su resplandor fulgurante seguían las tinieblas, veían brillar á lo lejos, inmutable y fija, la señal de Long's Peak.

— Decididamente — murmuró lord Rodilan — nuestros amigos carecen de imaginación, pues sus fases no son largas: un punto y nada más.

— Usted se burla, amigo Rodilan — dijo Marcelo; — pero eso mismo confirma mis previsiones. A mi modo de ver es muy cierto que si contaban transmitirnos de América las señales que deben permitir corresponderse útilmente, habrán encontrado ya el medio de asegurar estas comunicaciones. Sin duda se preparan. ¿Cuánto tiempo necesitarán para estar en disposición de obrar? Solamente ellos pueden saberlo; pero estoy convencido de que en un momentos dado, muy pronto tal vez, veremos aparecer alguna cosa nueva que nos dejará del todo satisfechos. Repito que no hemos de hacer más que esperar.

Y se convino que hasta nueva orden se atenderían á las señales cambiadas hasta entonces.



Aquel monstruoso anal brilló durante una hora

CAPITULO V

EN ARGEL

Al Sudeste de Biskra, á unos cincuenta kilómetros de la capital de los Ziban, en la orilla derecha del Oued-Djeddi, se extiende una vasta llanura que se prolonga al Este hasta el Chott Melhir, y al Sud hasta el Oued Melah.

Por la parte del Oeste limitan el horizonte las colinas de arena que separan la cuenca de esas corrientes de agua, por lo regular secas; y en esa región, visitada por los romanos y después por los conquistadores árabes, que expulsaron á los berberiscos, fué donde Mathieu-Rollère y el ingeniero Jorge Dumesnil resolvieron establecer el sistema de señales que debían permitirles corresponderse con los habitantes de la Luna.

El viejo astrónomo había jurado triunfar y guardaba su palabra; mas no sin que le costase trabajo. Después del lastimoso descalabro de la suscripción pública abierta por él, no debía pensar ya en bacer un nuevo llamamiento al público, pues la multitud egoísta, esclava de los intereses materiales, era incapaz de apa-

sionarse por una gran idea científica que estaba aún en el dominio de la teoría y cuya utilidad práctica no veía. Los mismos que por sus estudios ó sus funciones debían estar dispuestos, al parecer, á mirar favorablemente aquel gran proyecto, mostrábanse incrédulos y poco inclinados á aflojar los cordones de sus bolsas.

Mathieu-Rollère se había dirigido hasta al generoso donador que tantos sacrificios había hecho ya por el progreso de las ciencias astronómicas, dotando al observatorio de París de los instrumentos más perfeccionados; mas en aquel instante, el rico banquero que tan noble uso hacía de su fortuna acababa de consagrar considerables sumas á la creación del observatorio de Niza, y á pesar del entusiasmo que le produjo el proyecto concebido por Mathieu-Rollère, forzoso le fué dejar á otros la gloria de hacer posible aquella grandiosa empresa. A pesar de su confianza, el anciano sabio sentía que la duda invadía su alma, cuando una noticia, leída por casualidad en un diario, le devolvió toda su seguridad.

Ocupaba entonces el trono del Brasil, más que un soberano, un sabio. El emperador D. Pedro II compartía su vida entre los deberes de su cargo y el estudio de las ciencias, por las cuales era entusiasta. Todos los años, después de atender á los asuntos del Estado, iba á Francia, á ese foco de las luces, que á pesar de los golpes de la mala fortuna, no ha dejado de radiar sobre el mundo. Socio corresponsal de la Academia de Ciencias, se interesaba en todos los trabajos de la docta asamblea; y hombre de talento, ansioso de saber, no había podido menos de preocuparse de los importantes problemas que sin cesar enuncia la astronomía para las imaginaciones ávidas de investigaciones especulativas.

En un viaje anterior, al hacer una visita al Observatorio de París, se había encontrado ya con Mathieu-Rollère, cuyos trabajos sobre los satélites de Urano le habían parecido muy notables. Aquel príncipe, tan diferente de la mayor parte de los que ciñen corona real, era bastante mal comprendido de la mayoría de sus súbditos, acostumbrados á ver en los que gobiernan hombres que nada tienen de filósofos ni de sabios. Por eso debían sublevarse contra él algunos años más tarde y expulsarle brutalmente del trono.

Cierto día, al dirigir una mirada distraída al *Figaro*, Mathieu-Rollère leyó estas líneas:

«Su Majestad el emperador D. Pedro acaba de llegar á París, donde se propone permanecer bastante tiempo para dar la última mano á un importante trabajo sobre el cual desea consultar á varios de sus colegas del Instituto.»

El rostro del viejo sabio se iluminó, y si no exclamó como Arquímedes «¡Eureka!», fué por no haber pensado en ello; pero se frotó vigorosamente las manos, diciendo en buen francés:

«He aquí mi negocio; ese es el único hombre que puede ayudarme y comprenderme.»

Sin perder momento se presentó en casa del augusto soberano, que con su bondad acostumbrada le recibió al punto.

En aquella primera entrevista Mathieu-Rollère dió á conocer á su colega imperial todo cuanto había ocurrido: el viaje efectuado por Marcelo y sus amigos; la aparición de las letras luminosas en el disco lunar, y los trabajos practicados ya en el observatorio de Long's Peak para trazar un principio de comunicaciones. Después le mostró los telegramas que se habían cruzado con el digno W. Burnett, y los planes combinados ya para obtener de tantos heroicos esfuerzos consecuencias útiles y duraderas.

El emperador quedó entusiasmado.

Siguiéronse varias conferencias en las cuales se examinaron con atención todos los presupuestos que el ingeniero Dumesnil había formado cuidadosamente y cuyo total era muy subido, pues excedía de tres millones.

D. Pedro hizo una mueca.

— ¡Diablo! — exclamó, — no soy un soberano bastante rico para costear semejante gasto. La lista civil que mis súbditos me conceden, y que mi parlamento vota todos los años de mala gana, no podría sufrir semejante aumento. ¡Ah, querido amigo!, los monarcas de hoy son caballeros muy pobres, y pienso algunas veces con tristeza que nuestro gran rey Luis XIV, que sacaba á su antojo del bolsillo de sus súbditos cuanto quería, no se valía de tantos rodeos cuando se trataba de hacer brotar del suelo las maravillas de Versalles ó de Marly.

— Todo degenera — murmuró el viejo sabio. — A Luis XIV debemos también el Observatorio, y si no existiese hoy, Dios sabe si los que nos gobiernan consentirían en sufragar los gastos. Sin embargo, yo había contado con V. M.: era mi última esperanza, y si no me atiende, todo está perdido.

— Vamos — dijo el emperador, — tal vez haya medio de entenderse. ¿No podría usted hacer algunas modificaciones en el plan ya trazado, aplazar al menos ciertos gastos?

Una tabla de salvación se ofrecía al astrónomo, y se cogió á ella desesperadamente.

— Sin duda alguna — contestó. — Nuestro colaborador ha previsto un camino de hierro Decauville desde Biskra hasta el lugar elegido, es decir, de unos cincuenta kilómetros. Se puede renunciar á él provisionalmente y efectuar con ayuda de carretas, ó por todos los demás medios de que el país dispone, los transportes necesarios, lo cual sería un ahorro importante. Creo que también se podrán reducir los gastos de personal y de habitación; mas en lo tocante á la red eléctrica, no es posible suprimir nada. Yo me entenderé con Dumesnil.

— Pues bien — dijo el emperador, — hágalo usted. Yo pongo á su disposición la suma de un millón y medio de francos; es todo cuanto puedo hacer, y seguramente me reñirán por esta nueva locura — añadió sonriendo.

— Esa suma nos bastará — dijo Mathieu-Rollère; — es preciso que nos baste. ¡Dios bendiga á Vuestra Majestad!

En los últimos días del mes de enero de 188... las orillas del Oued-Djeddi habían llegado á ser centro de una actividad extraordinaria. Todas las piezas necesarias para la instalación proyectada eran conducidas en camino de hierro hasta Biskra, y diariamente salían de esta ciudad largas filas de carros y camellos cargados de pesadas cajas ó de objetos diversos, cuyas formas extrañas inquietaban mucho á los naturales del país. En aquella región, de ordinario triste y desolada, reinaban ahora una animación y una vida insólitas; el chirrido de las ruedas, los relinchos de los caballos y los votos de los conductores turbaban el silencio de las soledades.

Secundados por una veintena de operarios electricistas llegados de París y elegidos con cuidado, Mathieu-Rollère y el ingeniero Dumesnil se multiplicaban. Por todas partes se les veía con sus cascos de corcho y sus trajes blancos, activando los convoyes y la descarga de materiales. Muy pronto se pudo comenzar á construir los cobertizos y las casetas de madera desmontables destinados al personal de la empresa, y necesitábase tan sólo ajustar todas las partes preparadas de antemano y cuidadosamente numeradas.

El trabajo progresó con mucha rapidez, y desde el 8 de febrero pudieron ocuparse en preparar el suelo donde se debía establecer la red eléctrica.

En la extensión de unas dos hectáreas de terreno cuidadosamente nivelado se dispuso desde luego una armazón maciza, compuesta de vigas separadas por un metro de distancia y cortándose en ángulo recto. Esta armazón constituía un rectángulo de ciento veinticinco metros de longitud por ochenta de anchura, dividido en diez mil cuadros de un metro de lado. En cada una de las intersecciones de las vigas se fijó sólidamente por la base una poderosa lámpara eléctrica de arco, provista de un reflector parabólico argentado, de cincuenta centímetros de radio, y cada uno de estos reflectores se enlazaba con los inmediatos por medio de grapas y tornillos de presión que daban al conjunto una cohesión perfecta.

Durante un mes los veinte operarios electricistas, estimulados por el ingeniero, á quien devoraba una impaciencia febril, trabajaron sin descanso, y con gran asombro de los indígenas, á quienes la curiosidad atraía sin cesar hacia aquel taller de nuevo género, los diez mil focos se extendieron sobre el suelo.

Cuando el sol, tan ardiente en aquel clima abrasador, reflejaba sus rayos en aquellas superficies pulimentadas, las hacía ya brillar con irresistible fulgor. Más de una vez había sido necesario desviar á los importunos, cuya insistencia amenazaba perturbar los trabajos, y Mathieu-Rollère acabó por disponer que se cercase la instalación y sus dependencias con una sólida empalizada, cuyas inmediaciones vigilaban algunos centinelas.

En la red así dispuesta se podían trazar fácilmente en rasgos luminosos todas las letras del alfabeto. Un sistema de hilos eléctricos, cuidadosamente aislados, enlazaba cada foco, por un lado con las poderosas dinamos que producían

las corrientes, y por el otro con veinticinco conmutadores dispuestos en forma de teclado, cada uno de los cuales llevaba una letra del alfabeto.

Como muchos focos podían entrar en la combinación de varias letras dife-



Don Pedro hizo una mueca

rentes, se había tenido cuidado de enlazarlos por hilos distintos con los conmutadores destinados á inflamar cada una de las letras con que debían corresponder.

Así, por ejemplo, cierto número de focos que servían para la letra D podían

utilizarse para las letras B, E, R, L, etc. Cada uno de ellos estaba, pues, empalmado por hilos con los conmutadores que se debían manipular para la formación de estas diversas letras; y á fin de obtener la señal que se quería producir bastaba bajar un mango de marfil. Al levantarle, todo se apagaba, y por otra maniobra, bajo la acción de nuevas corrientes, inflamábanse los focos destinados á formar la letra siguiente.

Esto era la aplicación sencilla y práctica del sistema de señales concebido por el ingeniero Jorge Dumesnil. En una superficie relativamente bastante reducida, y siempre la misma, se podían producir sucesivamente en un espacio de tiempo muy breve todos los caracteres necesarios para expresar el pensamiento en lo que tiene de más preciso y concreto. Era imposible concebir una realización á la vez más completa y segura de la teoría del telégrafo óptico.

Una de las habitaciones se había preparado para instalar la serie de los conmutadores y hallábase situada á una distancia bastante considerable de la red eléctrica para que no fuera tan molesta la maniobra de las palancas á causa del insufrible brillo de los focos luminosos.

A fin de preservar el rectángulo así establecido de las lluvias que todos los años trae consigo la estación de invierno, se habían dispuesto grandes toldos embreados que, una vez extendidos, cubrían toda la superficie.

Todo aquel trabajo, tan delicado y minucioso, había exigido mucho tiempo; un mes bastó para fijar sólidamente en su armazón de vigas las diez mil lámparas eléctricas; mas para formar aquella red múltiple de hilos que se tocaban casi sin confundirse, se emplearon cinco largas semanas.

Durante este tiempo, varios mecánicos habían montado las máquinas de vapor y dinamo-eléctricas.

Todo quedó dispuesto para funcionar el 14 de abril.

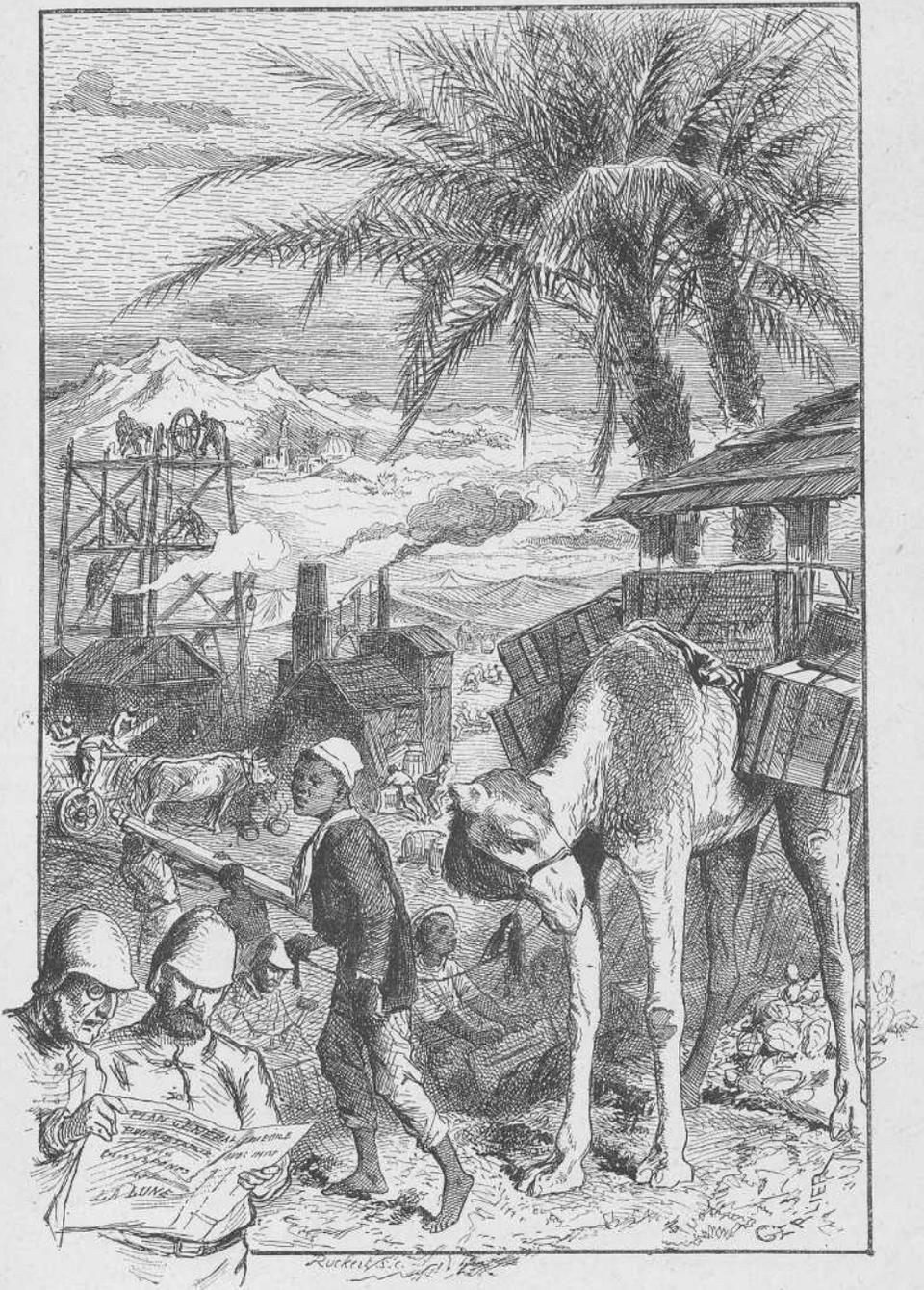
Se acercaba la hora de la luna nueva.

— Aprovechemos la ocasión — dijo Mathieu-Rollère — para cerciorarnos de que todo marcha bien. En estos momentos podemos ensayar durante la noche nuestros aparatos sin temor de que nos vean nuestros amigos, los cuales estarán sin duda en constante vigilancia. No debemos exponernos, comenzando á hacer señales que se habrían de interrumpir forzosamente, á darles una falsa alegría; se ha de obrar sobre seguro.

La precaución era buena. Antes de llegar á un funcionamiento perfecto ocurrieron algunos contratiempos: varios hilos se habían roto; otros, á pesar del cuidado que se tuvo, se enredaron entre sí, quedando destruídas por el frotamiento las materias que los aislaban, y de aquí perturbaciones en las corrientes y reparaciones que exigieron varios días.

Por fin todo quedó arreglado y se pudo intentar el último ensayo.

En una noche sombría, en la que espesos nubarrones cubrían el cielo, las diez mil lámparas se inflamaron, y aquel torrente de luz, surgiendo bruscamente de la tierra, reflejóse en las nubes y las hizo resplandecer con inusitado brillo.



El trabajo progresó con mucha rapidez

Para completar la experiencia y darse cuenta exacta de la manera de funcionar los aparatos, se hicieron aparecer sucesivamente todas las letras del alfabeto, y entonces se vió, espectáculo extraño, que aquellos caracteres gigantescos se dibujaban fulgurantes en la sombría bóveda del cielo. Hubiérase dicho que una mano misteriosa trazaba aquellas líneas de fuego, como en otro tiempo en el festín de un rey bárbaro brillaron en el mármol pulimentado de los muros las letras amenazadoras que anunciaban el derrumbamiento de un imperio. Y las poblaciones vecinas, poseídas de terror á la vista de aquel meteoro de nuevo género, prosternábanse en el polvo, preguntándose qué sortilegios acababan de traer á la comarca aquellos extranjeros malditos, y murmurando el nombre de Alá.

Todos los europeos que habitaban en Biskra y buen número de viajeros, atraídos por la curiosidad, se aglomeraban alrededor del recinto y saludaban con sus aclamaciones y sus vivas aquella tentativa, que ya comenzaba á interesar al mundo sabio.

El acto de liberalidad del emperador del Brasil no había tardado en ser conocido, y el sacrificio de una suma tan importante llamó la atención de los que hasta entonces habían sido los más incrédulos. Decíase que para que aquel monarca de tan clara inteligencia se hubiese decidido así, sin vacilar, era necesario que Mathieu-Rollère le hubiera suministrado informes muy precisos y pruebas bien decisivas, y una especie de reacción comenzaba á efectuarse en la opinión pública. Se había vuelto á tocar la cuestión de las comunicaciones posibles con el satélite de la Tierra, y el problema no parecía ya insoluble. Volvían á estar en favor las teorías en virtud de las cuales ciertas partes de la Luna podían ser habitables; recordábanse aquellas apariciones de puntos luminosos que ciertos observadores pretendían haber divisado en épocas diferentes sobre el disco lunar, y se decía que, bien mirado, en aquel dominio astronómico la experiencia había desmentido á menudo los asertos que parecían más firmes, llevando á la ciencia revelaciones inesperadas.

Aquella agitación de los ánimos había franqueado los estrechos límites del Instituto y de las sociedades científicas, mientras que los periódicos especiales, apoderándose del problema, le examinaban bajo todas sus fases. Después de ellos, los grandes órganos de publicidad habían creído de su deber hablar del asunto á sus lectores, y con la fiebre de correspondencia y la necesidad de obtener noticias rápidas que caracterizan nuestra época, se había ido muy de prisa y muy lejos por este camino.

Por lo pronto, se había querido tener convencimiento pleno respecto á la marcha de los tres viajeros, que, según afirmaba Mathieu-Rollère, pudieron alcanzar la superficie de nuestro satélite. Varios corresponsales inteligentes fueron á la Florida y vieron por sus propios ojos el *Columbiad*, interrogaron á la gente del país, magistrados ó simples particulares, y dieron á conocer al mundo entero que el segundo disparo del proyectil fundido por el Gun-Club se había efectuado en realidad el 15 de diciembre de 188...

De todas partes llegaban pruebas confirmando aquel suceso extraordinario.

En Baltimore se había encontrado el acta de venta por la que lord Rodilan había adquirido el *Columbiad* con todos sus accesorios.

En el observatorio de Long's Peak, sir W. Burnett, interrogado varias veces, había referido la vida de Marcelo en aquellos parajes, el hallazgo de la bala misteriosa, y confirmado la realidad de la aparición en el disco lunar de las letras luminosas que indicaban la llegada de los tres viajeros.

Ante aquella abundancia de informes, difundidos por todas partes gracias á la publicidad, apenas era posible la duda, y los nombres de Marcelo de Rouzé, Santiago Deligny y lord Rodilan llegaron á ser muy pronto célebres.

En Inglaterra, sobre todo, fué donde este movimiento de excitación tomó el carácter más agudo.

Desde el día en que se supo que un individuo de la aristocracia inglesa figuraba entre los audaces exploradores, la orgullosa alegría de los habitantes del Reino Unido no tuvo límites, y en las columnas del *Times*, que con tanta exactitud reflejan siempre los sentimientos de sus numerosos lectores, resonó el nombre del noble lord. Se sabía ahora qué parte había tenido en aquella obra colosal, y repetíase que sin él nada hubiera sido posible, lo cual probaba una vez más que Inglaterra era siempre y en todas partes la primera nación del mundo. Por poco más se le hubiera atribuído todo el honor de aquella concepción grandiosa, dejando á Santiago y Marcelo reducidos al papel de modestos comparsas.

A la apatía y la indiferencia con que Mathieu-Rollère había tropezado antes había sucedido un increíble entusiasmo. Los sabios que en otro tiempo le trataron de loco hablaban ahora de él con profunda admiración, y todos querían haber presentado la grandiosidad de sus proyectos y haberle estimulado. A cada instante recibía en los confines del desierto las cartas más halagüeñas, y cuando ya no tenía necesidad de nada, llegábanle de todas partes los más brillantes ofrecimientos.

Mas consagrado completamente á su obra, el viejo sabio despreciaba aquellas nuevas perspectivas de celebridad, apreciando en su justo valor semejantes palinodias más ó menos interesadas: había chocado demasiado rudamente contra el egoísmo y la ignorancia de los hombres para que pudieran conmoverle las muestras de tardía simpatía de que era objeto. Esperaba con paciencia el momento en que la noche lunar iba á concordar con la noche terrestre, y prometíase, apenas brillaran de nuevo las letras luminosas, lanzar á través del espacio el primer mensaje que debía inaugurar las comunicaciones interestelares.

Los sacrificios pecuniarios hechos por el emperador del Brasil no habían bastado, á pesar de la liberalidad del monarca, para hacer todo lo que Mathieu-Rollère soñara. Su ideal hubiera sido instalar cerca de la red eléctrica un instrumento semejante al que en las Montañas Pedregosas permitía observar nuestro satélite, pues las comunicaciones hubieran podido ser así rápidas y continuas.

Pero fué necesario renunciar á ello, y como el telescopio de Long's Peak era el único en todo el mundo capaz para distinguir exactamente las señales dirigidas á la Tierra, el viejo astrónomo debió mantenerse en relaciones con él. Un hilo telegráfico le ponía en comunicación con Biskra, y desde aquí, por la vía ordinaria, correspondía directamente con sir W. Burnett. Se había convenido que, apenas apareciese una nueva señal en la Luna, se informaría de ello inmediatamente á Mathieu-Rollère. Como los observadores se relevaban sin descanso en el ocular del telescopio, nada podía escapárseles, ni era posible ningún retraso en la transmisión.

Preparado todo así, Mathieu-Rollère quiso reservar para aquel á quien consideraba como su bienhechor el honor de enviar el primer mensaje, y D. Pedro había aceptado muy gustoso esta prueba lisonjera de distinción. Era llegado el 20 de abril; la Luna iba á entrar en su primer cuarto, y la sombra rodeaba la región en que se halla el Océano de las Tempestades. El cielo estaba despejado y en aquella atmósfera límpida lucían millares de estrellas, en medio de las cuales brillaba con vivo fulgor la parte de nuestro satélite iluminada por el sol.

El momento parecía solemne. Mathieu-Rollère, el ingeniero Dumesnil, el anciano emperador y todos los asistentes sentíanse poseídos de profunda emoción.

A una señal del viejo sabio, el emperador bajó con rápido movimiento el mango que debía inflamar los diez mil focos.

Todo se iluminó bruscamente, y la oleada de luz, no contenida ya, como en los ensayos anteriores, por la bóveda de las nubes, cruzó el espacio, trazando en toda la extensión en que la vista podía seguirla un surco resplandeciente.

Aquel monstruoso fanal brilló durante una hora.

— Nuestro llamamiento — decía Mathieu-Rollère, muy contento — ha sido observado seguramente por nuestros amigos, y creo que podremos comenzar sin temor á transmitir nuestro telegrama.

Y sucesivamente, durante las cuatro horas en que la Luna permaneció en el horizonte, brillaron cada cual por espacio de diez minutos las letras que formaban el primer mensaje enviado desde la Tierra á su satélite; y este mensaje, testimonio de agradecimiento y admiración á los que tanto habían osado, estaba concebido en los términos siguientes:

«HONOR A LOS VIAJEROS AUDACES.»

CAPÍTULO VI

LA TIERRA HA HABLADO

Desde que Marcelo, Santiago y lord Rodilan vieron el fanal de las Montañas Pedregosas, habían transcurrido cuatro meses, y nunca dejaron de brillar, en la noche oscura, las señales que de uno á otro planeta mantenían la certidumbre de una correspondencia establecida ya y la esperanza de completarla muy pronto.

El inglés se burlaba.

— ¡Pardiez! — decía, — no valía la pena de hacer tan largo viaje para alcanzar tan nimio resultado. Confiese usted, querido Marcelo, que su conversación con nuestros amigos de América tiene una incontestable y algo fatigosa monotonía.

— ¡Paciencia, querido amigo! — murmuraba Marcelo.

Los tres viajeros utilizaban todo el tiempo en que las observaciones debían quedar forzosamente interrumpidas á causa de la posición de los dos astros. Recorrían todas las regiones del mundo lunar, estudiando minuciosamente la fauna y la flora y observando con atención las costumbres, y penetrábanse de los progresos científicos realizados por aquellas inteligencias de un orden tan elevado.

No se ocultaban que, por seguras que pudieran ser las comunicaciones establecidas entre los dos mundos, jamás serían bastante completas y rápidas para que fuera posible abarcar todo cuanto hubiese interesante y digno de saber por una y otra parte.

Gracias á los libros, á los álbums y á las diversas muestras de que estaban provistos, habían dado ya á los habitantes de la Luna una idea bastante precisa de la historia y de la civilización de sus hermanos terrestres. También querían, cuando volviesen á la Tierra, poder dar á conocer, tal como era en sus rasgos principales, aquella humanidad hasta entonces ignorada y en la que habían descubierto tantas y tan brillantes cualidades y ejemplares virtudes, que habían encantado su corazón y deslumbrado su espíritu. Marcelo y sus compañeros se entregaban á todos esos trabajos con una actividad febril; acumulaban los documentos y multiplicaban las investigaciones, como si comprendiesen ya que tenían

el tiempo tasado y que muy pronto llegaría el momento en que, terminada su tarea, deberían prepararse para el regreso.

Este trabajo no interrumpido hacía menos penosa la espera.

Cada vez que la posición respectiva de los dos astros permitía cambiar señales, subían al observatorio, y mientras coordinaban sus notas, clasificando sus documentos, no dejaban de observar el disco de la Tierra, atentos á sorprender toda nueva manifestación. Después, cuando el período de concordancia de las noches había terminado sin que se divisara más que el punto luminoso que brillaba siempre en la cima de Long's Peak, volvían á sus estudios, diciéndose, no sin exhalar un suspiro: «Otra vez será.»

El 20 de abril la Luna estaba en la víspera de su primer cuarto. Fieles á su costumbre, los tres amigos acababan de llegar al observatorio, y según lo hacían siempre, habíanse aproximado presurosos á los anteojos dirigidos sobre la Tierra, para recorrer de una rápida mirada toda la parte sumida en la sombra.

— Nada todavía — murmuró Marcelo; — decididamente es cosa larga.

Lord Rodilan se encogió de hombros.

— Tiene usted la fe robusta, querido Marcelo; para tranquilizar mi conciencia y para complacerle á usted he querido acompañarle hasta aquí, pues el diablo me lleve si espero que seamos más felices hoy. En cuanto á mí, comienzo á creer que nuestros amigos carecen de imaginación. Quisiera que fuesen un poco más listos.

Entretanto, Santiago se había acercado al ocular, del que Marcelo acababa de separarse.

— ¡Gracias á Dios! — exclamó de repente.

Y se restregó con fuerza los ojos como para ver mejor.

— ¿Qué hay? — preguntó vivamente Marcelo.

— Mire usted allí abajo, sobre el ecuador. ¿Qué es aquello?

Santiago acudió presuroso, y el mismo lord Rodilan ocupó al punto su puesto de observación.

Un foco luminoso, de intensidad muy superior al fanal de las Montañas Pedregosas, brillaba en la obscuridad de la noche. Su claridad siempre sostenida y su fijeza alejaban toda duda: aquello no era un fenómeno geológico, como la erupción de un volcán, ó accidental, como un vasto incendio, sino que era evidentemente obra de una inteligencia humana; y confirmaba esta opinión la circunstancia de que el foco de donde se escapaba aquella poderosa luz tenía una forma regular y geométrica, constituyendo como un rectángulo de aristas vivas claramente marcadas.

— ¿No es verdad que son ellos? — preguntó Santiago.

— Así lo creo — contestó Marcelo.

— ¡Ah! — exclamó lord Rodilan, riéndose. — Si nos han hecho esperar tanto tiempo para eso, verdaderamente no valía la pena. Un punto cuadrado en vez de un punto redondo; ya ven ustedes que no saldrán de ahí.

— Ya lo veremos — dijo Marcelo; — muy pronto vamos á saber á qué atañernos.

El misterioso rectángulo brillaba siempre.

— ¿Pero dónde están? — preguntó Santiago.

— Fácil es de determinar — contestó Marcelo. — Fíjese usted en que la punta oriental del Brasil no ha entrado aún en la sombra que reina en la mayor parte del Atlántico y en todo el antiguo continente. Podemos calcular por medio del micrómetro — y al mismo tiempo manipulaba este delicado aparato, del que estaba provisto cada antejo — la longitud y latitud del lugar donde se hallan nuestros amigos. Sabemos que la punta del Brasil, hacia Pernambuco, se halla á unos 37° de longitud Oeste del meridiano de París; y yo encuentro precisamente cerca de 37° entre este punto y el lugar donde brilla la señal. Por otra parte, siguiendo la dirección del ecuador terrestre, en cuanto lo permite la distancia, creo poder afirmar que la latitud de ese lugar es de unos 35°.

Mientras que hablaba así, lord Rodilan, inclinado sobre un planisferio terrestre, seguía atentamente todas estas indicaciones y tomaba la altura, como se dice en términos de marina.

— ¡Muy bien! — exclamó; — esto nos coloca en la región argelina, un poco al Sud, entre Argel y Constantina. ¡Qué torpes! — añadió á media voz. — ¿Por qué diablos no habrán elegido Malta ó la isla de Chipre? Al menos Inglaterra hubiera tenido en sus manos la llave de las comunicaciones.

— Usted es verdaderamente insaciable, mi querido Rodilan — replicó Marcelo. — ¿No es bastante grande la parte de su gloriosa nación hallándose usted entre nosotros? Usted tiene un pie en todas partes, en Europa, en Asia, en Africa, en América y en Oceanía, y además quiere la Luna. En cuanto á mí, permítame regocijarme de que nuestros amigos hayan elegido tierra francesa para realizar una idea que lo es también.

Y como el inglés frunció el ceño, Marcelo añadió:

— Tal vez no hayan podido hacer otra cosa; no sabemos lo que habrá ocurrido.

Lord Rodilan iba á contestar, cuando Santiago, que durante este ligero debate no había dejado de observar, profirió una exclamación.

— ¡Ah! La luz ha desaparecido.

Los tres amigos volvieron á ocupar sus puestos en los oculares de los antejos; mas no esperaron largo tiempo.

En el punto mismo donde había brillado el rectángulo luminoso, y sobre el campo que cubría el espacio de fuego, se destacó de improviso una letra flamígera que todos distinguieron al punto.

— ¡Una H! — exclamaron al mismo tiempo.

— ¿Qué significará eso? — murmuró lord Rodilan.

— Evidentemente es el principio de una palabra — dijo Santiago.

Marcelo había sacado su cronómetro.

— ¡Ah, bien por nuestros amigos! — exclamó, radiante de alegría; — han improvisado todo un alfabeto.

Al cabo de diez minutos se efectuó un cambio á la simple vista: la letra O apareció allí donde brillaba un momento antes la letra H.

— ¡Es admirable! — exclamó Marcelo, que con su espíritu práctico de ingeniero experto lo había comprendido todo. — Vamos á ver sucederse en el mismo sitio todas las letras del primer mensaje que se ha cruzado entre ambos mundos.

Apenas se hubo probado la presencia del rectángulo luminoso en la superficie de la Tierra, el rumor de este gran acontecimiento circuló por todo el observatorio, y el sabio Merovar, que le dirigía, habíase apresurado á enviar un aviso al jefe del Estado lunar, que, como era sabido, tenía el mayor interés en todo cuanto se refería á las comunicaciones interplanetarias.

Discretamente y sin ruido, todos aquellos á quienes su jerarquía se lo permitía habían penetrado en la sala de observaciones, y desde la aparición de las primeras letras manifestaban en su semblante un entusiasmo que solamente su reserva habitual impedía que fuese ruidoso.

Las letras de fuego se sucedían de diez en diez minutos sin solución de continuidad. Hubiérase dicho que aquellos que las proyectaban á través del espacio, comprendiendo que no podían disponer más que de algunas horas de noche, se apresuraban para que les fuese posible transmitir á sus amigos un pensamiento completo. Al cabo de cincuenta minutos habíase transmitido una palabra entera: «honor.»

Apenas hubo comprendido Merovar que se trataba esta vez de un mensaje verbal, comenzó á multiplicar los avisos dirigidos al Consejo Supremo, y tan pronto como la primera palabra lanzada de un mundo á otro llegó al satélite de la Tierra, esta palabra, reproducida por aparatos eléctricos, se mostraba ante los ojos del Consejo, convocado á toda prisa.

La emoción era profunda, tanto como el instante solemne.

El problema tan largo tiempo buscado por tantas generaciones y confiado hasta entonces á la casualidad obtenía al fin una ruidosa y definitiva solución. Aldeovazo veía realizadas las esperanzas que le había hecho concebir la llegada de los habitantes de la Tierra, y de las cuales les había hablado con tan entera confianza. En adelante, los dos planetas hermanos no girarían ya extraños uno á otro en su eterna órbita; irían unidos por un pensamiento común, y se podía esperar de esta unanimidad de esfuerzos un desarrollo más rápido y completo del espíritu de justicia y de amor.

Entretanto, en la costa septentrional de Africa el rectángulo mágico seguía enviando nuevas señales, y durante las cuatro horas que la transmisión duró, sin cesar, vióse cómo se formaba una frase entera, que hizo latir con violencia el corazón de Marcelo, de Santiago y hasta del mismo lord Rodilan:

«HONOR A LOS VIAJEROS AUDACES.»

Gracias á los medios de comunicación rápida usados en el mundo lunar, toda la población había recibido prontamente noticia del hecho notable que acababa de efectuarse.

La emoción había sido profunda, y todos, desde aquellos que se relacionaban con el Consejo Supremo hasta los Diemides que ocupaban el último lugar de la jerarquía social, esperaban con ansiedad la segunda parte de una comunicación de la que no se tenía evidentemente más que la primera.

En efecto, ahora era seguro que durante todo el período en que la parte de la Luna donde se hallaba el observatorio permaneciera en la sombra, los amigos de los tres viajeros continuarían enviándoles mensajes.

Apenas se hubo completado la frase enviada desde la Tierra, como el punto de donde partió debía estar aún algunas horas en la obscuridad, se resolvió inflamar simultáneamente y hacer que brillasen de continuo las tres letras M, S y R: los corresponsales terrestres comprenderían así que se les había visto y que podrían continuar con toda seguridad sus comunicaciones.

El jefe del Estado, Aldeovazo, en persona había querido ir al observatorio para recoger, apenas se produjesen, las nuevas manifestaciones de simpatía de ambas humanidades. También deseaba concertar con Marcelo la pronta ejecución de las medidas que convenía adoptar para responder á esos hermanos tan distantes con la misma precisión y rapidez.

Le habían acompañado los individuos del Consejo cuyas funciones no les retenían en la capital, y entre ellos figuraba Rugel.

La hermosa Orealis y Azali, que habían salvado la vida y la razón á los tres extranjeros, el uno con su ciencia y la otra con su abnegación, se hallaban allí también para ser testigos de su triunfo; y lo que para todo el mundo lunar era como una fiesta universal, significaba para ellos en cierto modo una fiesta de familia.

En circunstancia tan solemne, no vió otra vez Marcelo sin emoción á la mujer cuya imagen llevaba siempre en el fondo del alma; pero el rostro de la joven expresaba una alegría tan pura, y las miradas de Azali revelaban tanta lealtad y confianza, que le hubiera avergonzado acariciar pensamientos vulgares é indignos de aquellas generosas naturalezas.

El joven sabio estrechó con efusión la mano de Marcelo, y comprendíase que, lejos de haber concebido un sentimiento de desconfianza por el ingeniero, le apreciaba tal vez más por haber comprendido hasta qué punto era digna de ser amada aquella á quien él mismo quería.

— Amigo mío — le había dicho Orealis con radiante sonrisa, — hoy soy muy feliz. Vuelve usted á ser tal como yo deseaba; ha concebido y realizado grandes cosas, y adquirido derechos eternos al agradecimiento de las dos humanidades.

Marcelo se inclinó sin contestar.

Aquella multitud de visitantes eminentes producía en el observatorio una animación inusitada. Ya no reinaba allí la calma silenciosa que conviene á los

estudios formales, sino una especie de agitación que revelaba en aquellos hombres tan serios la alegría por el gran acontecimiento que acababa de ocurrir, y la impaciencia por verle confirmado.



Aquella multitud de visitantes eminentes producía en el observatorio...

Tan pronto como el movimiento de rotación de la Tierra hubo llevado de nuevo á la sombra el punto de la superficie donde el mensaje apareció la víspera, Aldeovazo quiso seguir con sus propios ojos las observaciones que iban á continuarse; y durante las cuatro noches terrestres que se sucedieron, brillaron

sucesivamente en el rectángulo luminoso las siguientes frases, que hacían vibrar el alma de todos los asistentes.

Primeramente se leyó:

«SALUD A NUESTROS HERMANOS DE LA LUNA.»

Luego:

«EL MUNDO ENTERO PIENSA EN VOSOTROS.»

Después se vió brillar este llamamiento urgente:

«ESPERAMOS CONTESTACIÓN CON ANSIEDAD.»

Por último, Santiago y Marcelo pudieron leer con profunda emoción estos dos nombres, que para ellos decían tantas cosas:

«MATHIEU-ROLLERE, DUMESNIL »

— ¡Ah, valeroso tío! — exclamó Santiago; — bien sabía yo que con su indomable tenacidad acabaría por ponerse en comunicación con nosotros. Pero si él está ahí, Elena debe hallarse á su lado.

Y su corazón latía con fuerza al pronunciar este nombre siempre querido.

— ¡Y mi fiel amigo Dumesnil! — exclamó Marcelo con aire triunfante. — Si Mathieu-Rollère fué la voluntad que dirige, él ha sido el brazo que ejecuta, y veo con claridad todo lo que ha debido pasar. Evidentemente, él es quien ha organizado el fanal de las Montañas Pedregosas, y él también quien ha imaginado, seguro estoy de ello, ese rectángulo luminoso en el cual se marcan sucesivamente todas las letras del alfabeto, aparato tan sencillo como práctico; pero que exigía meditación.

— ¡Siempre el huevo de Colón! — murmuró lord Rodilan. — ¡Ah! Ustedes dos son felices, porque tienen allí abajo, en la otra extremidad de esa vía de luz, amigos cuyo corazón late á la par del suyo. Yo no tengo nadie.....

— ¿Pues y nosotros? — exclamaron á la vez Santiago y Marcelo, estrechando con efusión la mano de su compañero.

— Tienen ustedes razón — contestó, — y yo sería ingrato si olvidase todas las pruebas de amistad que me han dado.

Hacía largo tiempo que Rugel y los diversos individuos del Consejo con quienes los tres amigos habían estado en relaciones conocían todos los detalles de su vida. Sabían quién era el astrónomo Mathieu-Rollère, y el ingeniero Dumesnil, así como el digno W. Burnett, no eran tampoco desconocidos para ellos. Habían puesto al prudente Aldeovazo al corriente de los detalles de la vida an-

terior de sus huéspedes, y todos felicitaban ahora calurosamente á Santiago y á Marcelo por haber tenido tranquilizadoras noticias respecto á la situación de los que les eran caros. Hasta ellos mismos creían reconocer en los dos nombres



... revestidos de los aparatos ya descritos, desplegaban tal celo y actividad...

que habían brillado en el espacio los de antiguos amigos de quienes hubieran estado separados largo tiempo y á los cuales volverían á ver con gusto.

Si Aldeovazo se había mostrado impaciente por consagrar al fin de una manera definitiva las comunicaciones comenzadas, Marcelo no lo estaba menos. Con la prontitud de imaginación que le distinguía, no tardó en explicar á los sabios

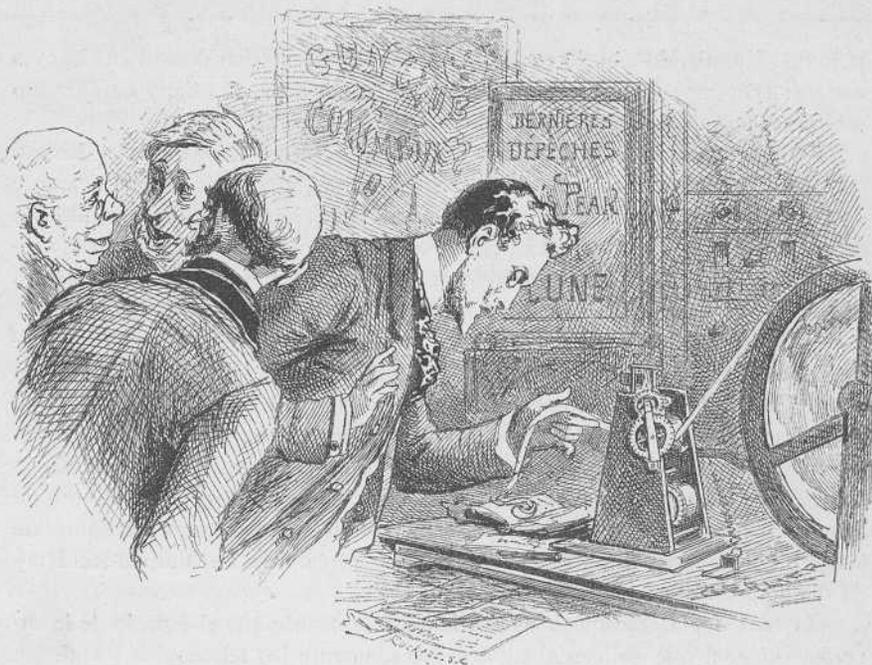
que le rodeaban y cuya inteligencia, por lo demás, se anticipaba á sus demostraciones, lo que el ingeniero Dumesnil había hecho y lo que pensaba hacer él mismo.

— Es toda una revelación — decía, — pero nosotros necesitamos hacer más aún. Y explicó en el acto su proyecto.

La idea de un rectángulo dispuesto de manera que todas las letras pudiesen aparecer en él sucesiva é instantáneamente era en extremo práctica, y había comprendido al punto su mecanismo; pero tenía empeño de que las frases que él enviase á la Tierra, aunque tardías, fueran por lo menos más completas y rápidas. Por eso resolvió disponer, en la vasta llanura donde había establecido ya sus primeras señales, doce rectángulos análogos al que había visto funcionar y que le permitirían formar de un solo golpe palabras enteras. En efecto, en la mayor parte de las de la lengua usual no entran más de doce letras; y hasta nada impedía, cuando se tratase de palabras de una ó dos sílabas, transmitir varias á la vez.

Resuelto este plan, la ejecución fué rápida, y muy pronto reinó una animación extraordinaria en la llanura inmediata al observatorio. Un ejército de Die-mides, elegidos entre aquellos que por sus ocupaciones habituales debían ser más aptos para aquel trabajo gigantesco, se agitaban y oprimían en una confusión aparente, donde reinaba, sin embargo, el orden más perfecto.

Bajo la dirección de los sabios que se habían penetrado de la idea de Marcelo y que participaban de su ardimiento, todos, revestidos de los aparatos ya descritos, desplegaban tal celo y actividad que muy pronto debían asegurar la conclusión de la obra emprendida. Los unos nivelaban el terreno, los otros encajaban en la misma roca los montantes de poderosos focos eléctricos, y varios, en fin, colocaban los múltiples hilos, que correspondían todos á una mesa colocada en la gran sala de los anteojos del observatorio. Al cabo de un mes todo estaba terminado, y en el momento mismo en que los dos astros volvieron á su primer cuarto, se estaba en disposición de contestar.



Inclinado sobre la cinta en que se imprimían los caracteres...

CAPITULO VII

LA LUNA CONTESTA

Gran agitación reinaba en el observatorio de Long's Peak. Sir W. Burnett, que estaba en relaciones telegráficas con Mathieu-Rollère, había recibido informe sobre el instante preciso en que el sabio astrónomo debía enviar á nuestro satélite su primer mensaje. En aquel momento, como la región de las Montañas Pedregosas estaba iluminada aún por la luz diurna, no pudo asegurarse en el acto de que aquel mensaje había llegado á su destino y sido comprendido; mas apenas la noche cerró sobre el país y fué dado continuar las observaciones, reconoció en el disco lunar la presencia de las señales acostumbradas.

Esta vez, sin embargo, se había producido algo nuevo: las tres letras M, S, R, en vez de aparecer sucesivamente: como hasta entonces, se veían todas juntas, y ya no brillaban de una manera uniforme y continua durante un tiempo determinado, sino que se apagaban y encendían de nuevo precipitadamente, sin que hubiese nada regular en aquellas apariciones bruscas y desordenadas. Hubiérase dicho que los misteriosos corresponsales, ansiosos de obrar

pero no disponiendo aún de medios más completos, querían decir á sus lejanos amigos: «Estamos aquí y os hemos visto; un poco de paciencia, y muy pronto estaremos en disposición de contestaros.»

Y los partes se sucedían rápidos y apresurados entre Long's Peak y Biskra.

Conociendo la impaciencia de su colega francés, el astrónomo americano le decía: «Tenga usted confianza, pues nuestros amigos han recibido su saludo. La agitación casi febril con que multiplican sus demostraciones prueba que allí arriba se preparan con ardimiento. Evidentemente tocamos ya la solución definitiva del problema estudiado.»

Y Mathieu-Rollère se hallaba en un estado de exaltación de la cual participaban el ingeniero Dumesnil y el emperador D. Pedro, y que al fin se había comunicado á todos los europeos á quienes la curiosidad agrupaba á su alrededor. Los partes de sir W. Burnett se leían y se comentaban públicamente, comunicándose después á todos los diarios. Durante las pocas noches en que las señales hechas en la Luna se conservaron visibles aún, los observadores de Long's Peak no dejaron de reconocer la aparición irregular, pero constante, de las letras simbólicas, y así se mantuvieron las esperanzas de Mathieu-Rollère y de sus compañeros.

Un mes debía transcurrir necesariamente antes de que el espacio de la superficie lunar á que se asestaban desesperadamente los telescopios y anteojos del mundo entero volviese á ser observable; y durante este plazo forzoso, todas las crónicas científicas aparecieron llenas de interminables discusiones y de teorías indefinidas, que dieron por resultado tener siempre despierta la curiosidad pública.

Nuevos visitantes afluían sin cesar á las inmediaciones de Biskra, y ahora se notaba mucha vida y movimiento en toda aquella región, hasta entonces casi desierta. Al mismo tiempo, no pocos sabios, deseosos de ver confirmadas sus hipótesis ó desmentidas las teorías contrarias, y muchos ociosos, ávidos de nuevas sensaciones ó de espectáculos desconocidos, afluían alrededor del observatorio de Long's Peak.

Se habían ofrecido ya sumas considerables al digno W. Burnett para comprar el derecho de aplicar los ojos al telescopio y observar las próximas señales, pues nadie dudaba ahora que en la próxima fase favorable de la Luna se debía ver alguna manifestación decisiva; pero el director del observatorio se había mostrado inflexible.

— Quiero ser el primero — contestó — que reciba el mensaje de los tres viajeros; pero á medida que aparezcan las señales, las transmitiré á la estación telegráfica de Deuver, donde todo el mundo podrá tomar conocimiento de ellas.

Los curiosos debieron contentarse forzosamente con esta contestación, y la mayor parte de los grandes diarios de ambos mundos habían enviado á Deuver redactores encargados de informar sin tardanza sobre el gran acontecimiento que todo el mundo esperaba con impaciencia.

Al fin llegó el día tan ardientemente esperando: era el 18 de mayo, que debía hacerse famoso en los anales de la ciencia.

Como todos los representantes de los diarios y todos los curiosos se agolpaban en las inmediaciones de la estación telegráfica, y atendido que en el apresuramiento general se podrían producir desórdenes, la autoridad pública había juzgado oportuno intervenir. Habíase resuelto que todos los representantes de los diarios que hubiesen justificado su calidad se reunirían en una especie de congreso para elegir un solo individuo encargado de mantenerse junto al aparato receptor, á fin de recoger y transmitir á todos sus colegas las comunicaciones de Long's Peak.

La elección de los interesados designó al representante del *Figaro*, el diario francés de más circulación y que había defendido ya con ardimiento la causa de Mathieu-Rollère.

Eran las once y veintitrés minutos de la noche en el meridiano de Long's Peak, cuando de pronto resonó el timbre del aparato. Todos estaban ansiosos, palpitantes, y todas las cabezas se alargaban. Inclinado sobre la cinta en que se imprimían los caracteres tipográficos, el representante del *Figaro* leyó con voz temblorosa de emoción:

«Observatorio de Long's Peak. — Leo distintamente en el disco lunar la palabra *Gracias*.

»Continuaré transmisión si aparecen otras palabras.»

Al punto resonó un grito de entusiasmo.

Todos se felicitaban; aquella simple palabra era la contestación al saludo enviado de la Tierra. Los viajeros le habían recibido y comprendido, hallando en tan breve plazo el medio de ponerse en comunicación con la Tierra de una manera más completa y rápida de lo que se hubiera osado esperar, puesto que podían transmitir de una vez, no ya letras aisladas, sino palabras enteras, y seguramente no se atendrían á esto.

Apenas transcurridos diez minutos, el timbre resonó de nuevo.

En la cinta telegráfica se leyó: «M, S, R vivos.»

No había, pues, equivocación; eran los tres atrevidos viajeros, que desde el fondo del espacio hablaban á sus amigos y querían tranquilizarlos desde luego sobre su suerte.

Aquel mismo día, con pocas horas de intervalo, reinaba semejante animación en las inmediaciones de Biskra. Allí también se esperaba una nueva manifestación: las comunicaciones regulares del digno W. Burnett habían tenido á Mathieu-Rollère y á sus compañeros en la más absoluta confianza.

Por eso en aquel rincón perdido del Africa, cuando llegó el primer telegrama enviado de Long's Peak, el astrónomo y el ingeniero Dumesnil experimentaron profunda alegría. ¿Qué importaban, ante el magnífico resultado que se obtenía, las pruebas pasadas, las dificultades vencidas tan penosamente á costa de luchas y sacrificios? Habían tenido razón contra la envidia y la ignorancia, y gracias á

ellos comenzaba una era fecunda para la humanidad; la ciencia iba á ver desarrollarse ante sí horizontes hasta entonces desconocidos. Y el bienhechor imperial, cuya inteligencia comprendió cuanto había de grande en su idea, haciendo posible la realización, participaba de su alborozo.

A las primeras palabras transmitidas por W. Burnett, el corazón del viejo sabio se dilató. Los tres amigos estaban vivos; tenía ya la seguridad de ello, y veía confirmarse, contrariamente á sus fúnebres previsiones, la indomable esperanza que jamás había dejado de abrigar el corazón de su hija. Elena se hallaba á su lado y sus lágrimas de felicidad se confundieron con las de su padre.

Pero las comunicaciones recibidas después imprimieron muy pronto á sus ideas otra dirección.

Sobre el espacio sombrío del disco de la Luna se habían leído claramente, merced al telescopio de las Montañas Pedregosas, las siguientes palabras, que produjeron en todos los asistentes una estupefacción profunda y que parecían propias para refutar las teorías científicas mejor establecidas hasta entonces:

«Superficie Luna inhabitable. – Interior habitado. – Humanidad lunar feliz de entablar relaciones con Tierra.»

¡Qué nuevas perspectivas desarrollaban ante sus ojos estas inesperadas revelaciones!

Si la primera parte del mensaje confirmaba lo que la ciencia había reconocido ya desde hacía largo tiempo respecto á la superficie del satélite, ¿cómo explicar esa presencia de la vida en el seno mismo de una masa compacta? ¿Qué sería aquella humanidad viviente en condiciones que la imaginación más audaz apenas podía concebir?

A juzgar por el carácter científico de los medios empleados para comunicarse con la Tierra, se podía pensar que la humanidad que habitaba allí había llegado al más alto grado en su desarrollo intelectual. Por otra parte, las señales vistas se habían hecho en la superficie. ¿Cómo se explicaba esto, si era imposible vivir allí?

Preguntas misteriosas eran estas, que no obtenían contestación, y en la cabeza del anciano astrónomo las ideas se agolpaban y agitaban en indecible confusión.

La noticia de aquel extraordinario acontecimiento se había propagado por el mundo entero. Todos los Institutos, todas las Sociedades científicas habían recibido rápidamente el informe, y muy pronto apasionadas discusiones llevaron la perturbación á los ánimos. El vulgo, al que seduce siempre lo maravilloso, acogía con entusiasmo los relatos más fantásticos que le proporcionaba diariamente la imaginación sobreexcitada de los periodistas; y cuanto más increíbles eran, con más fervor se aceptaban. La opinión pública, exaltada, acusaba ya á los gobiernos de inercia y de indiferencia; quería que se fundieran apresuradamente cañones monstruos para proporcionar á nuevos viajeros la ocasión de repetir la prueba, y que se construyesen telescopios gigantesco iguales ó superiores por su potencia al de Long's Peak.

El amor propio nacional intervenía.

¿Por qué dejar á los Estados Unidos el monopolio de las correspondencias con la Luna? ¿No debía cada nación hacer todos los esfuerzos posibles para llegar primero en aquella carrera hacia la conquista de grandes verdades científicas?

Las exigencias eran imperiosas en Francia.

¿Y no era la obra, en suma, particularmente francesa?

Cierto que uno de los tres viajeros era inglés; pero ahora se sabía que lord Rodilan no era un sabio, sino un hombre hastiado, ansioso de nuevas emociones, por lo cual no tenía en el asunto la menor importancia.

Y por otra parte, Mathieu-Rollère era también francés y él quien había llevado á cabo tan grandes cosas, con su indomable tenacidad, á despique de la rutina. ¿No era justo que, después de haberle hecho sufrir tantos desdenes y amarguras, quedase encargado de continuar y concluir la obra que había comenzado? Para él había sido el trabajo; para él debían ser los honores.

CAPÍTULO VIII

EN BUSCA DE UN CRÁTER

Diez y ocho meses habían transcurrido desde que Marcelo y sus compañeros llegaron al satélite de la Tierra, y cuando pensaban en todo lo que habían pasado, lo que habían aprendido y llevado á cabo, tentaciones les daban de preguntarse si no vivían en un sueño continuo.

Un viaje extraordinario, emprendido en condiciones que parecían desafiar todas las previsiones humanas; un mundo nuevo descubierto, mundo cuya superioridad moral é intelectual realizaba las concepciones más sublimes de los soñadores y de los utopistas que imaginan una humanidad mejor; una quimera grandiosa, cual era la de establecer comunicaciones regulares entre las esferas que giran en el espacio, realizada á través de mil dificultades y peligros: he aquí lo que habían hecho con su audacia y su fe en la ciencia.

Mas ahora que habían conseguido su objeto y que la obra estaba concluída, sentían en su corazón un vacío profundo. El celo que les había sostenido mientras tuvieron alguna coña que hacer se extinguía ahora por falta de alimento, y echaban muy de menos aquella Tierra que habían dejado, aquellos amigos cuyo pensamiento les llegaba á través del espacio, pero á quienes deseaban con ansia estrechar la mano y sentir sobre su pecho el latido de sus corazones.

Y es que nada puede reemplazar la patria ausente, y á pesar de los encantos que les habían seducido, decididamente la Tierra les faltaba. En aquel centro reducido y encerrado, donde vivían hacía tantos meses, donde había una luz y una temperatura constantes, con horizontes siempre limitados, de tonos suaves, pero opacos, donde todo estaba tranquilo y sereno, sin lo imprevisto ni accidente alguno, y donde nada excitaba el deseo, inflamando la imaginación, con frecuencia habían echado de menos los horizontes tan vastos y variados de la Tierra, la cálida y brillante luz del sol, la profundidad del cielo azul, la vida agitándose en la superficie del suelo, en los espacios aéreos y en el abismo líquido de las olas.

Muchas veces habían deseado un temporal, una tempestad, alguna cosa, en fin, que fuese á interrumpir la eterna monotonía de aquella inalterable serenidad. El género de vida de aquellos seres superiores no les bastaba; toda su

existencia, tan juiciosa, tan sobria y tan regulada, les parecía tener algo de ficticio, y preguntábanse si en el fondo el género de vida en la Tierra, con sus luchas é incertidumbres, sus peligros y aventuras, sus alternativas de días buenos ó malos, no era para seres sensibles y activos preferible á esa uniformidad ideal semejante á un lago de aguas inmóviles, cuya superficie no riza jamás ningún sople de la brisa.

Marcelo, que conservaba aún el vago sentimiento, adormecido más bien que apagado en el fondo de su corazón, se hubiera resignado tal vez, aunque sin ninguna esperanza, á continuar aquella existencia tranquila, que mecía dulcemente en cierto modo su amor; pero Santiago y lord Rodilan comenzaban á cansarse é instaban á Marcelo á pensar en la vuelta. Y éste, cediendo á sus ruegos y fiel al compromiso que con ellos contrajera, se decidió á hablar de ello con Rugel.

— Amigo — le dijo, — los deseos del gran Aldeovazo se han realizado ya. El vínculo que debe unir á las dos humanidades hermanas queda ya establecido, y según lo había previsto la inteligencia de ese sabio, podrán marchar de consuno por la vía del progreso. Nuestra misión ha concluído, y sus resultados exceden con mucho á lo que habíamos osado soñar al lanzarnos en una aventura desconocida. Si nuestra ambición y nuestras aspiraciones más altas quedaron satisfechas, también nuestro corazón ha encontrado aquí dulces recompensas, preciosas simpatías, firmes amistades, y de todo esto conservaremos un recuerdo eterno; pero dispénsenos usted, amigo mío, esto no nos basta ya. Usted lo comprenderá seguramente, usted que da toda su vida y cuanto tiene de fuerza é inteligencia á este mundo que le vió nacer y donde viven los que usted ama. También nosotros tenemos una patria querida; hemos podido resignarnos á estar separados de ella mientras nos sostenía el deseo de trabajar por su gloria y su felicidad; pero hoy el amor al país natal se despierta imperioso en nuestras almas; aspiramos á él con toda la energía de nuestro corazón, y padecemos al vernos separados de la tierra natal.

Mientras Marcelo hablaba de este modo, el rostro de Rugel se había velado de tristeza.

— Lo que usted dice, amigo mío — contestó, — me aflige, pero no me sorprende, pues lo esperaba. He comprendido bien que una vez pasada la sorpresa que debió causarles un mundo tan diferente del suyo, cuando no tuvieran ya á la vista el noble objeto á que se habían consagrado, les faltaría alguna cosa que todo nuestro afecto sería impotente para proporcionarles. Ustedes quieren dejarnos — añadió con melancólica sonrisa, — y su marcha nos contristaría; pero les amamos demasiado para pensar ni siquiera en retardarla. En cuanto á mí, para apresurar ese momento que tanto ansían, emplearé tanto celo y solitud como los que tuve para guiarles en nuestro mundo y ayudarles en todos sus trabajos.

La más viva alegría se pintó en el rostro de Santiago y en el de lord Rodi-

lan al pensar, el uno que iba á ver de nuevo á la dulce prometida que llenaba su corazón, y el otro á dejar al fin el alimento químico con que nunca pudo avenirse, para saborear los succulentos *rostbeefs* del Pall Mall Club.

— ¡Pues bien! — dijo el inglés, — ya que estamos de acuerdo sobre este punto importante, tal vez fuera oportuno informarse sobre las vías y medios conducentes á asegurar nuestro regreso.

— La cuestión — contestó Rugel — me parece resuelta en su principio; no debemos preocuparnos más que de la ejecución.

Marcelo reconoció, en efecto, que el único medio que se podía emplear era el que había permitido á los tres viajeros llegar á la Luna. Siendo el peso específico del satélite seis veces menor que el de la Tierra, la fuerza de atracción que se debería vencer quedaba reducida á las mismas proporciones.

Por otra parte, hallándose mucho más próximo á la Luna el punto neutral en que las dos atracciones se anulan, en realidad á ocho mil leguas, la distancia que se había de recorrer era infinitamente menor y necesitaba una celeridad inicial mucho menos considerable. Era preciso, pues, ocuparse en establecer un cañón capaz de semejante esfuerzo y que aunque de proporciones menos desmesuradas que las del *Columbiad* del Gun-Club, no por eso dejaría de ser enorme.

— No somos novicios — decía Rugel — en materia de construcciones de esa naturaleza, y no hemos apelado á otros medios para enviar á ustedes los numerosos proyectiles destinados á llamar su atención. La máquina que sirvió para lanzar la bala que tan felizmente recogieron se fundió no lejos de aquí; yo les conduciré muy pronto al sitio, y podrán apreciar por sí mismos el estado de nuestros conocimientos en balística.

Poco tiempo después, en efecto, revestidos de sus aparatos, en compañía de Merovar, con algunos de sus colegas, y seguidos de varios Diemides, salieron del observatorio. Guiados por Rugel, franquearon las pendientes del cráter por el lado opuesto al que habían recorrido cuando se trató de establecer señales, y llegaron muy pronto á la entrada de un desfiladero profundamente encajonado entre elevaciones de rocas graníticas, que en aquel amontonamiento caótico parecían trazar un surco sinuoso.

Con gran sorpresa suya vieron una especie de gruesa faja de hierro que, colocada sobre el suelo, seguía los contornos del barranco.

Marcelo se apresuró á enganchar en la esfera de Rugel su hilo telefónico y preguntó:

— ¿Han tenido ustedes aquí camino de hierro?...

— Y aún le tenemos — contestó Rugel, que sonreía disimuladamente al ver el asombro de los tres amigos, pues Santiago y lord Rodilan manifestaban también con sus ademanes una verdadera estupefacción.

— Nunca acaban las maravillas en este mundo extraordinario — murmuró Santiago.

– He ahí una cosa – decía al mismo tiempo lord Rodilan – que haría abrir mucho los ojos á los lechuguinos de la Cité.

– Sigamos á Merovar – dijo Rugel.

El director del observatorio se dirigía, en efecto, hacia una roca que formaba saliente y detrás de la cual se vieron muy pronto varios vagones, semejantes por



Cómodamente sentados en aquel espacioso vagón...

su forma á los que habían visto circular en el interior de la caverna, provistos como ellos de aparatos giroscópicos, destinados á mantenerlos en equilibrio sobre un riel único.

– Este camino de hierro – explicaba Merovar – se construyó largo tiempo ha á fin de facilitar precisamente la colocación del cañón que nos servía para enviar á la Tierra proyectiles; pero desde la llegada de ustedes á nuestro mundo no había razón para que funcionase y esperábamos no vernos obligados tan pronto á recurrir á él.

Los Diemides terminaron muy pronto los preparativos de la marcha.

Los vagones de aquella vía férrea, destinados á circular en el vacío, diferían

de los que los viajeros conocían ya, componiéndose de sólidas armaduras á fin de poder resistir á la presión del aire que debía acumularse.

En uno de ellos habíase instalado un aparato propio para fabricar químicamente aire respirable y que proporcionaba á todo el tren una atmósfera que los viajeros podían aspirar tan holgadamente como en el interior mismo del observatorio. Varias mesas, asientos elegantes y cómodos, se hallaban dispuestos en los demás vehículos, cuyas paredes laterales estaban provistas de vidrios gruesos y fijos que permitían ver todos los detalles de la región que se atravesaba.

Rugel y sus compañeros penetraron en uno de ellos, y cerrada cuidadosamente la puerta, apenas el barómetro indicó una presión atmosférica suficiente, apresuráronse á despojarse del traje especial, algo incómodo, que acababan de ponerse.

Entretanto, los Diemides encargados de aquel trabajo habían puesto en acción los motores eléctricos, y muy pronto los aparatos giroscópicos alcanzaron su celeridad normal de rotación y el tren se puso en movimiento, deslizándose rápido sobre el riel.

Cómodamente sentados en aquel espacioso vagón que rodaba sin sacudida y sin ruido y donde la luz penetraba á torrentes, los tres habitantes de la Tierra creían soñar.

Solamente la idea de recorrer en camino de hierro la superficie de la Luna bastaba para perturbar cerebros menos bien equilibrados, y lord Rodilan se pellizó vigorosamente los brazos como para asegurarse de que estaba verdaderamente despierto.

Pero no era un sueño, y el maravilloso espectáculo que se desarrollaba á sus ojos era una realidad.

Después de seguir durante algún tiempo las sinuosidades del desfiladero, que cerraban por ambos lados escabrosas rocas, el tren había penetrado en una región descubierta, donde la mirada podía abarcar un vasto horizonte. A su derecha veían el cráter en cuya cima elevábase el observatorio, en el que un sol ardiente hacía resplandecer las bóvedas de cristal y los gigantescos anteojos.

Visto desde aquella distancia, á la que no se distinguían ya las muchas asperezas de las rocas, era una mole imponente coronando un magnífico foco de luz.

A lo lejos, por la izquierda, veían cordilleras de montañas, cuyas crestas denticuladas destacábanse vivas y limpias sobre el fondo oscuro del cielo; y aquella oposición de colores tan marcados, cuya brusca transición no atenuaba vapor alguno, producía un efecto mágico.

De repente pareció que el suelo se hundía y que el tren circulaba en el vacío.

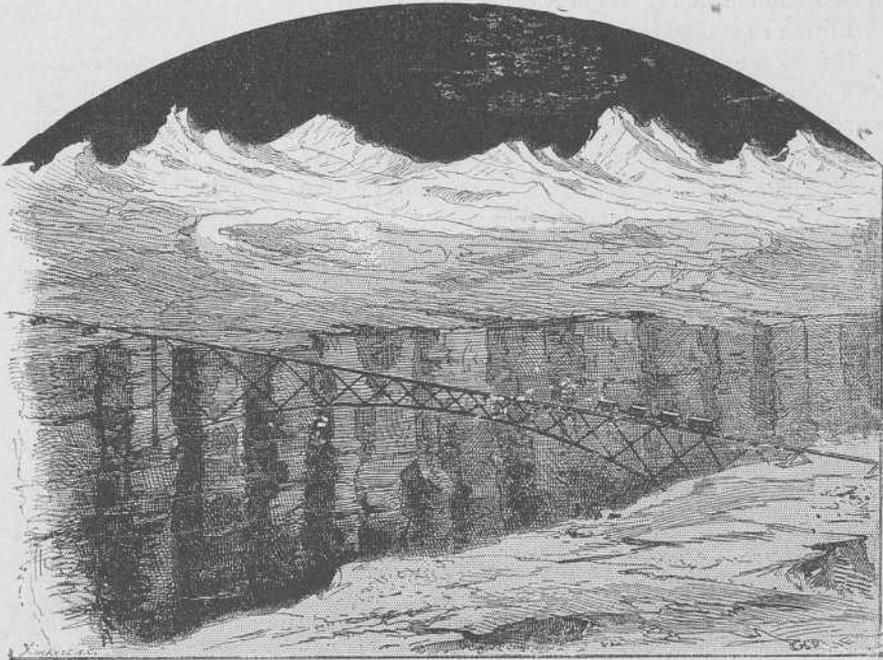
—¿Qué es eso? — preguntó Marcelo, echándose instintivamente hacia atrás.

—¡Oh! Es un puente — contestó Rugel sonriéndose.

Santiago y lord Rodilan se habían levantado con la frente ligeramente páli-

da, pues bajo ellos abríase un abismo cuyo fondo se perdía en una densa obscuridad. La impresión que experimentaban á pesar suyo, suspendidos sobre un hilo que ni siquiera veían, les recordaba aquella que sufrieron en el momento en que, encerrados en su granada y llegando á la superficie de la Luna, se hundían en las entrañas del satélite, de donde no pensaban que les fuera posible salir jamás.

Pero eran hombres valerosos y se repusieron prontamente. Habían fran-



Nada más atrevido é imprevisto que aquella construcción audaz

queado ya la grieta, y como la vía trazaba una curva de radio corto, muy pronto les fué posible contemplar aquella obra sorprendente, que se veía entonces á través de su vagón.

Nada más atrevido é imprevisto que aquella construcción audaz: una simple barra de acero reposando sobre un arco inmenso del mismo metal y de una extensión de cuatrocientos metros por lo menos, empotrada por sus dos extremos en la pared misma de la roca: y á esto se reducía todo.

La imaginación de Marcelo no hubiera osado concebir jamás nada semejante.

— ¡Diablo!, amigo Rugel — exclamó, — los ingenieros de aquí son por demás

atrevidos; he ahí una cosa que deja muy atrás todo cuanto han podido realizar sus cofrades de la Tierra.

— ¡Oh! — exclamó Merovar, á quien halagaba el asombro del joven, — no hay aquí nada muy extraordinario, y ese puente, por atrevido que parezca, no deja de tener la más perfecta solidez.

El tren continuaba, sin embargo, su rápida marcha; pero muy pronto, menos de media hora después, su celeridad comenzó á disminuir.

— Ya nos acercamos — dijo Rugel, — y es hora de ponernos nuestros trajes. El sitio adonde vamos está muy cerca de aquí.

El tren se detuvo sin sacudida, y los viajeros se apearon.

Hallábanse junto á una especie de construcción maciza, de dimensiones bastante considerables, donde se penetraba por una puerta de esclusa, semejante á la que ponía en comunicación el observatorio con el exterior. Recibía la luz por grandes ventanas, entonces herméticamente cerradas, y en el interior veíanse aparatos para fabricar el aire artificial, máquinas y útiles de todas clases.

— Aquí es donde habitaban durante los trabajos — dijo Merovar — los que se ocupaban en ellos.

Los viajeros prosiguieron su marcha, y al cabo de media hora habían llegado al punto de su destino.

Ante ellos vieron el orificio del cañón.

Se había abierto en la misma roca, verticalmente, un pozo de 2^m,54 de diámetro por setenta metros de profundidad, y sus paredes se habían revestido de una aleación metálica, especie de bronce muy resistente, de ochenta centímetros de grueso, lo cual dejaba al cañón un calibre de noventa y cuatro centímetros.

Este era el instrumento con el cual los habitantes de la Luna habían enviado muchas veces á la Tierra aquellos mensajes de los cuales el último había caído por una feliz casualidad en manos de Marcelo.

Y Merovar les explicó que se había debido elegir para su instalación un lugar bastante lejano del observatorio — en realidad diez y ocho leguas en línea recta — para evitar que las vibraciones comunicadas al suelo por las explosiones no comprometiesen la estabilidad del edificio y la precisión de los instrumentos que contenía.

— Es muy enojoso — dijo entonces lord Rodilan — que ese cañón sea demasiado pequeño para servirnos de él, porque podríamos fijar desde luego la hora de nuestra marcha.

— Mucha prisa tiene usted para abandonarnos, amigo mío — contestó Rugel, en cuyo acento se adivinaba como una triste queja.

El inglés, comprendiendo que había resentido inútilmente el alma generosa de Rugel, añadió:

— No; pero puesto que es necesario separarnos, me parece que cuanto antes mejor, pues así para usted como para nosotros la espera será tanto más penosa

cuanto más se prolongue. Bien sabe usted que nosotros le amamos y que no le olvidaremos nunca.

— Ya lo sé, en verdad; pero es forzoso esperar, porque se necesita un nuevo cañón capaz de lanzar un proyectil semejante á aquel en que vinieron, y el trabajo será largo y difícil. No dudo que el jefe del Estado, el prudente Aldeovazo, á pesar de su deseo de conservarles entre nosotros, autorizará esta empresa, proporcionando todas las facilidades para realizarla; pero nuestra tarea se abreviará mucho si podemos encontrar en la región donde estamos algún cráter de dimensiones reducidas, abierto en la dirección que se desea, y susceptible de arreglarlo de modo que sirva de receptáculo á nuestro cañón. La experiencia nos ha demostrado, en efecto, que las materias que obstruyen las chimeneas de los cráteres no forman más que una capa de un grueso variable, pero nunca de mucha consideración, y que cuando se la ha atravesado, se halla debajo el vacío. Así tendríamos un pozo abierto ya, en el cual bastaría regularizar las paredes.

En aquel momento uno de los Diemides que estaba detrás de Rugel se adelantó y dijo:

— Maestro, creo conocer no lejos de aquí un cráter que reúne todas las condiciones apetecidas por usted; yo estaba entre aquellos que se ocuparon en el envío del último mensaje dirigido á la Tierra y he tenido oportunidad de explorar toda esa región. Si quieren ustedes seguirme, yo les conduciré al sitio.

— Vamos — contestó Rugel.

Prosiguieron la marcha y en menos de una hora llegaron al pie de una especie de pezón truncado que se elevaba á poca altura sobre el suelo. Después de subir por sus pendientes, halláronse en el borde de uno de los cráteres más pequeños de la superficie de la Luna; Merovar y Rugel examinaron atentamente la disposición de los lugares, midieron el diámetro del orificio interior y persuadiéronse de que allí se hallaban reunidas todas las condiciones apetecibles para la instalación que proyectaban.

— ¡Perfectamente! — dijo Rugel en conclusión, — tenemos la cosa resuelta: de aquí partirán ustedes cuando llegue el momento de separarse de nosotros, y podrán estar seguros de que, aunque vea llegar con sentimiento el instante de nuestra separación, lejos de hacer nada para retardarla, emplearé toda mi solicitud para que los trabajos se practiquen con la mayor rapidez posible.

Los viajeros volvieron apresuradamente al lugar donde el tren se había detenido; cada cual ocupó su sitio en los vagones y muy pronto llegaron al observatorio.

CAPITULO IX

LA SUPERFICIE INVISIBLE

De vuelta al mundo lunar, Rugel, acompañado de sus tres amigos, había ido á ver al jefe del Estado para darle cuenta de los últimos hechos que acababan de ocurrir. Aunque la noticia respecto á la intención que Marcelo, Santiago y lord Rodilan tenían de volver á la Tierra le afectase penosamente, su inteligencia era demasiado elevada para no comprender su deseo de ver otra vez su patria, y su alma demasiado justa para oponerse á ello.

Los trabajos necesarios para asegurar su regreso se emprendieron, pues, sin tardanza; mas por mucha actividad que se desplegase, debían durar al menos siete ú ocho meses, y este largo plazo aumentaba la impaciencia de los tres viajeros.

Las comunicaciones que se habían establecido con la Tierra continuaban de una manera regular cada mes en las épocas bastante cortas durante las cuales se hacían posibles las observaciones; pero por la escasez misma de estos instantes era forzosamente muy lento el cambio de ideas entre los dos mundos. Mathieu-Rollère, cuya curiosidad se hallaba excitada en el más alto grado por la indicación que se le hizo desde los primeros días respecto á la existencia de una humanidad que vivía en el interior de la Luna, multiplicaba sus preguntas, á las cuales contestaba Merovar con inalterable complacencia; pero no se iba de prisa, y aunque se hubiesen transmitido ya informes preciosos, era evidente que transcurriría aún largo tiempo antes de que los habitantes de la Tierra estuviesen definitivamente informados sobre la naturaleza y las condiciones de sus hermanos de la Luna.

Marcelo y sus dos compañeros habían seguido desde el principio con interés aquel cambio de comunicaciones; pero muy pronto esta ocupación no bastó ya para satisfacerles, y con frecuencia iban al sitio donde, bajo la dirección de expertos sabios, los Diemides preparaban el cráter que debía servir de molde al cañón libertador. Sin embargo, también aquí, á pesar de toda la actividad desplegada, las cosas avanzaban poco á poco; las dificultades que se debían vencer eran considerables, y su fiebre, sobrecitada cada día de espera, hacíales insoportable todo retraso.

Entonces fué cuando Marcelo pensó en emprender un viaje de exploración destinado, según su idea, á completar los estudios sobre aquel mundo nuevo, que debía revelar á la Tierra. Sin duda había tenido á la vista cartas astronómicas, formadas por los sabios de la Luna, de aquella parte misteriosa del satélite que se oculta eternamente á la curiosidad de los observadores terrestres, y pudo juzgar que era casi en todo semejante á la parte visible, árida como ella, erizada también de montañas y sembrada de innumerables cráteres.

Sabía que solamente la imaginación de algunos soñadores había podido suponer la presencia de mares inmensos, de bosques profundos, de rápidos ríos, toda una vida, en fin, cuya hipótesis está en contradicción absoluta con la ley general que preside en la evolución de los mundos; pero quería asegurarse por sí mismo y llevar á los que él pensaba ver muy pronto el testimonio de su experiencia personal; quería poder decir: he visto. Santiago y lord Rodilan acogieron con afán aquella proposición que respondía á sus secretos deseos, calmando la agitación sin objeto que les impedía permanecer tranquilos donde estaban.

Se consultó á Rugel, y éste, mostrándose dispuesto á secundarlos en aquella empresa, ofrecióse á acompañarles.

— El proyecto es audaz — dijo, — digno de vuestro valor, y ya que estáis dispuestos á llevarle á cabo, podremos tal vez examinar una importante cuestión que hace largo tiempo me preocupa y que me complacería mucho resolver. A juzgar por antiguas tradiciones, conservadas en nuestras historias, debe existir muy lejos, por la parte del Este, una vasta depresión de considerable profundidad, y con frecuencia nuestros sabios se han preguntado si no quedaría aún allí cierta cantidad de la atmósfera que en otro tiempo rodeaba al planeta y que podría conservar restos de vida vegetal. He aquí el punto que muchas veces he deseado esclarecer; siempre me faltó ocasión para ello.

Estas palabras habían producido en Marcelo gran entusiasmo.

— ¡Ah! — exclamó, — algunos astrónomos de la Tierra han creído ya ver en el fondo de ciertos cráteres ligeros vapores y variaciones de tintes que atribuían á la presencia de un aire muy enrarecido, pero capaz aún de mantener huellas de vegetación. No se les ha querido dar crédito, ¡y qué gloria sería para nosotros llevar la prueba evidente de que no se engañaron!

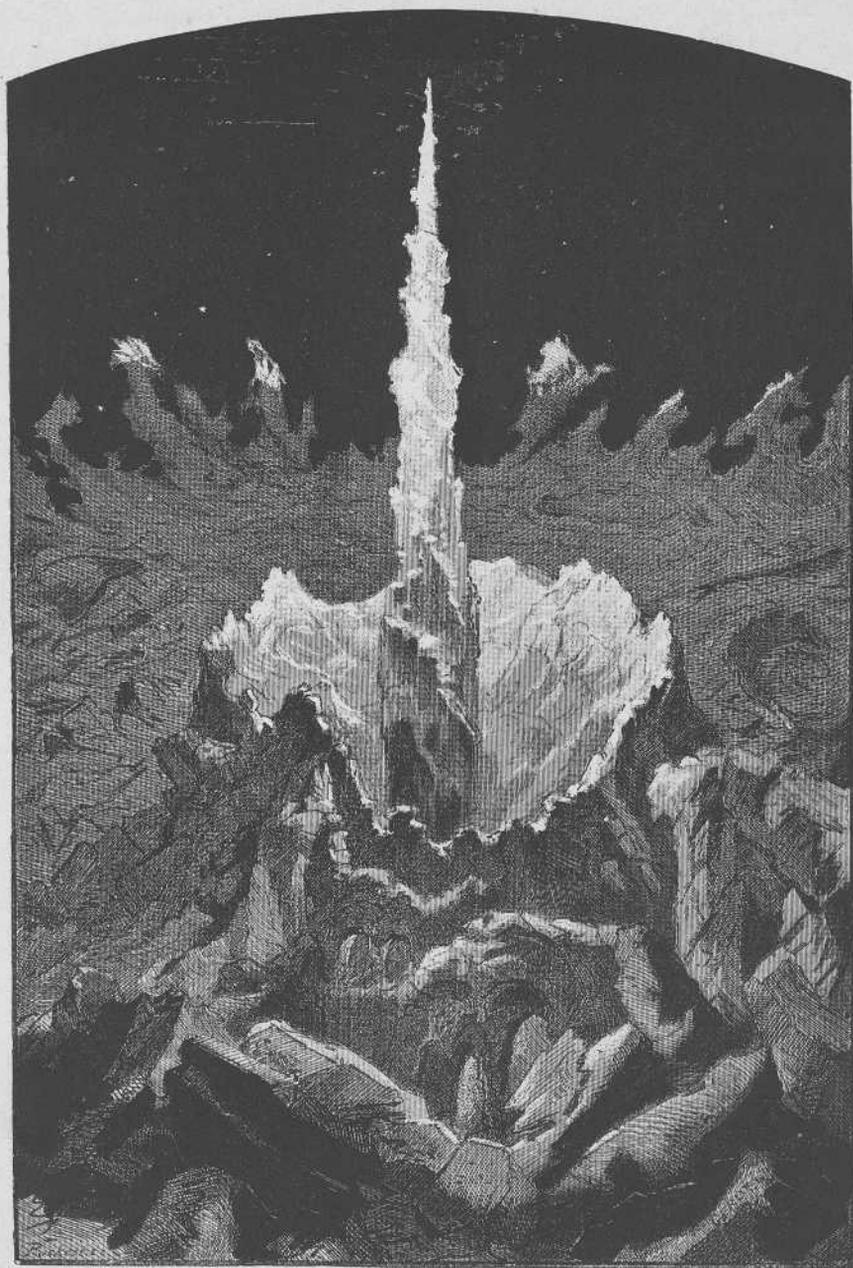
El entusiasmo de Marcelo se había comunicado á Santiago, y el mismo lord Rodilan, á pesar de su poca afición á los problemas puramente científicos, parecía poseído de ardimiento.

Aunque las exploraciones de ese género habían llegado á ser cada vez más raras á medida que la vida se concentraba en el seno de su planeta, los habitantes de la Luna las efectuaban, sin embargo, algunas veces y érales familiar el uso de todas las máquinas necesarias para el objeto. Aparatos ligeros y portátiles, destinados á fabricar químicamente el aire; acumuladores poderosos, capaces de almacenar la electricidad de alta tensión, produciendo un alumbrado suficiente durante las largas noches lunares; todo estaba preparado de una manera perma-

nente y á disposición de aquellos á quienes el amor á la ciencia impelia á lanzarse en la superficie deshabitada. La mayor dificultad con la cual debían luchar los exploradores que emprendían viajes de larga duración, era el descenso considerable que la temperatura sufría durante los períodos de sombra; pero el arte ingenioso de los sabios la había allanado. Antes de ponerse sus trajes impermeables, los viajeros se cubrían todo el cuerpo de una especie de envoltura, compuesta de mallas metálicas, cuya elasticidad igualaba á su ligereza y que dejaba á los miembros toda la libertad de movimientos. Debajo del depósito de aire que llevaban á la espalda se había dispuesto un acumulador eléctrico de gran potencia en reducido volumen, y de aquí partían hilos en comunicación con la envoltura metálica, que hacían circular una corriente de bastante intensidad para mantener el cuerpo, y el aire de que estaba rodeado, á una temperatura siempre soportable.

En cuanto á la necesidad en que se hallaban los tres habitantes de la Tierra de reparar por el alimento la pérdida de sus fuerzas, se había satisfecho fácilmente. En el interior de la esfera que cubría su cabeza se hallaba un pequeño recipiente metálico lleno del misterioso licor que, desde hacía largo tiempo, constituía, con no poca desesperación de lord Rodilan, su principal alimento. De este recipiente partía un tubo fijo en la esfera, de modo que estuviese al alcance de los labios, y un ligero movimiento les permitía cogerle y aspirar los elementos químicos que bastaban para mantener á los tres compañeros.

Como el observatorio estaba á 30°, es decir, novecientos dos kilómetros de la región siempre invisible á la Tierra, Rugel había juzgado que esta distancia se podría recorrer durante el período de una noche lunar, ó sea catorce días terrestres, y se alcanzaría el otro hemisferio al volver el día. En efecto, era interesante para Marcelo y sus compañeros recorrer á la luz del sol aquella parte de la superficie del satélite que deseaban conocer. Salieron, pues, del observatorio el 1.º de junio, en el momento en que la sombra comenzaba á rodearle, componiéndose la pequeña caravana, además de Marcelo, Santiago, lord Rodilan y Rugel, de sesenta Diemides. La marcha se ordenó así: delante iban doce batidores provistos de poderosas lámparas eléctricas, cuyos rayos iluminaban el espacio alrededor de ellos, permitiéndoles distinguir á varios kilómetros de distancia todos los detalles del paisaje que atravesaban; en el centro se colocaron los tres viajeros y su guía, y cerraban la marcha los demás Diemides, llevando con varios instrumentos científicos y de precisión los aparatos para fabricar y almacenar el aire necesario á la respiración. Las alternativas de marcha y de descanso se habían regulado anticipadamente teniendo en cuenta las fuerzas de los viajeros. No se ha de perder de vista, por lo demás, que la fuerza de la gravedad en la superficie de la Luna es infinitamente menor que en la Tierra, y por eso los viajeros no sentían en modo alguno el peso de los trajes de que iban cubiertos ni el de los aparatos que llevaban. Así eran capaces de recorrer sin fa-



¡Qué magnífico es todo eso!.

tiga distancias que en nuestro globo hubieran podido exceder al límite de las fuerzas humanas.

Iban ligeros, alegres y poseídos de ardimiento.

Las primeras jornadas no tuvieron nada de particular; los exploradores atravesaban la vasta llanura en cuyo centro se eleva el cráter de Hansteen, y avanzaban en dirección Este, inclinándose hacia el Sud.

En efecto, el examen de los mapas detallados de que iban provistos les indicaba la existencia de dos ranuras profundas, situadas, una en las inmediaciones del cráter de Grimaldi, la otra un poco más lejos, y ambas infranqueables.

A medida que se acercaban á las colinas que forman el lado oriental del Océano de las Tempestades, el suelo se elevaba sensiblemente, y muy pronto se hallaron en el continente, no lejos del cráter de Sirsalis. Aquí su marcha se retardó un poco por la necesidad de escalar las estribaciones de dicho cráter, mole de rocas escabrosas á través de las cuales no podían avanzar sin grandes precauciones, á pesar de la luz que proyectaban sus lámparas eléctricas. Por lo demás, Rugel había tenido cuidado de destinar dos jóvenes Diemides al servicio especial de cada uno de sus tres amigos, encargándoles particularmente que les ayudaran en los pasos difíciles. Orgullosos con esta misión, que consideraban como un honor, mostráronse muy solícitos para sostener lo mejor posible á los viajeros cuya custodia se les confiaba, y sin su auxilio, más de una vez alguna caída peligrosa hubiera puesto fin al viaje de los audaces exploradores.

Vencido aquel obstáculo, volvieron otra vez á la llanura, y avanzando siempre hacia el Sudeste, pasaron á igual distancia de los cráteres de Cruger y de Asaph Hall.

A partir de este punto, los viajeros, siempre guiados por Rugel, tomaron más directamente la dirección Este, avanzando sin demasiado trabajo hasta que hubieron llegado al pie de las Cordilleras, serie de montañas cuya elevación media alcanza cerca de cuatro mil metros. No debía pensarse en abordar de frente aquel formidable muro de granito; mas por fortuna los Diemides que formaban la vanguardia conocían perfectamente aquella región por haberla recorrido con frecuencia, y sabían que en las inmediaciones de la extremidad meridional del cráter de Trouvelot la cordillera era más baja, existiendo entre las dos moles montañosas un paso estrecho, pero fácilmente practicable.

En su consecuencia se aventuraron por allí con toda confianza.

Al salir de aquel desfiladero, y después de dar la vuelta al circo, halláronse cerca del límite más allá del cual no han penetrado jamás las miradas humanas.

Aquella prolongada marcha de catorce días, efectuada en las tinieblas — pues á pesar de la potencia de sus lámparas eléctricas habían atravesado todas estas regiones sin verlas casi, — no había debilitado en nada el ardimiento de Marcelo y de sus amigos. A cada paso que les acercaba al término de su maravilloso viaje, sus fuerzas parecían redoblar á la vez que su impaciencia iba en aumento.

Cuando franquearon el meridiano que limita eternamente el disco visible del satélite, sintiéronse penetrados de una profunda emoción.

Sabían muy bien que el espectáculo que les esperaba en el otro hemisferio era sensiblemente el mismo que aquel á que sus miradas se habían acostumbrado hacía largo tiempo; pero realizaban lo que ningún ser humano había creído jamás posible y lo que, sin duda, nadie haría nunca después de ellos.

Ya se acercaban al momento en que el día iba á suceder bruscamente á la noche.

Dada la falta completa de atmósfera donde puedan refractarse los rayos luminosos, en la superficie de la Luna no hay crepúsculo ni aurora. En vez de esos tintes suaves y graduados que hacen tan poético en la Tierra el tránsito de la noche al día, la invasión de la luz es en cierto modo brutal: el sol surge de repente y lo ilumina todo con una luz igual.

Rugel, deseoso de combinar sus efectos, como hábil artista, había resuelto elegir para sus compañeros un puesto de observación que les permitiera disfrutar tan completamente como fuese posible de aquel curioso fenómeno.

A cierta distancia del punto donde habían alcanzado el hemisferio invisible, elevábase una montaña aislada de fácil acceso; á ella les invitó á subir, y allí esperaron la aparición del astro del día.

Pocos minutos antes del instante preciso en que se iba á ver la luz, dióse orden de apagar las lámparas eléctricas y todo el país quedó sumido en densas tinieblas, cuya profundidad en vano hubieran tratado de sondear los ojos.

De repente, cual si se hubiese rasgado un velo, una claridad deslumbradora inundó el espacio; la sombra, como si la rechazase el dardo de oro lanzado por el disco del sol, que aparecía en el confín del horizonte, parecía huir hacia el Occidente.

El panorama que se extendía ante los ojos de los viajeros maravillados era imponente y sublime. La montaña en que se hallaban elevábase en la orilla de una inmensa depresión, lecho de un mar seco que se extendía á su izquierda hasta perderse de vista y en el fondo del cual distinguíanse cráteres aislados que, según les explicó Rugel, formaban en otro tiempo islas circulares que surgían sobre las olas.

Enfrente, limitando el lejano horizonte, divisábase una serie de montañas mucho más altas que las Cordilleras, y cuyas cimas, irregularmente denticuladas, destacábanse con claridad á pesar de la distancia.

Y toda la región que se extendía hasta su base, más profundamente accidentada aún que todas aquellas que habían visto ya, presentaba la imagen de un caos indefinible, donde no se veían sino moles accidentadas, de formas extravagantes, surcadas de anchas grietas con innumerables cráteres de todas dimensiones. Tal vez nunca se había manifestado á ellos con semejante carácter de magnificencia y horror la fuerza irresistible que anima el universo y se emplea en formar ó destruir los mundos.

A su derecha, el más inmediato de aquellos cráteres les hizo proferir una exclamación de asombro: en el centro de un circo de colosales dimensiones, y formando un redondel casi perfecto, elevábase un pico de roca de gran altura, de forma casi piramidal y que el sol, ardiente ya, hacía resplandecer con insoponible brillo.

— ¡Qué magnífico es todo eso! — exclamó Santiago, poniéndose en comunicación con Marcelo y lord Rodilan. — ¡Qué imponentes y terribles son esa soledad y ese eterno silencio!

— ¡Ah! — dijo lord Rodilan, — he ahí una cosa que deja muy atrás el famoso circo de Gavarnie. Si el pico que tenemos á la vista se hallase en los Pirineos, mucho tiempo hace que una línea férrea de cremallera conduciría á su cima y que se habría establecido en lo más alto un hotel donde los camareros, con frac negro y corbata blanca, servirían á los *turistas* hambrientos buenas chuletas de carnero.

— Ya sospechaba yo — contestó Marcelo — que había usted de echar de menos una cosa ú otra en este viaje de exploración.

Y su alma se llenaba de alegría al pensar que tenía ante los ojos una parte de aquel país inabordable del que se había ocupado hasta entonces al azar la imaginación de los sabios.

Ya no se trataba para él de vanas teorías; la realidad misma era lo que abarcaba su mirada.

CAPITULO X

UNA CIUDAD MUERTA

Después de disfrutar hasta la saciedad de aquel espectáculo grandioso, los viajeros bajaron á la llanura para proseguir su marcha, guiados siempre por Rugel.

Una vez en las orillas de aquel océano seco que contemplaron desde lo alto de la montaña, no tardaron en llegar á la cresta de una ribera escarpada, cuya pared vertical batían en otra época las olas; y siguiéronla durante largo tiempo, teniendo siempre á su derecha la vasta cuenca árida en que se deslizaban sus miradas hasta los últimos límites del horizonte visible.

La marcha era monótona y difícil por aquel suelo pedregoso y agrietado: debían franquear escabrosas cuevas, bajar por rápidas pendientes, seguir todas las sinuosidades de aquella costa irregular, y preguntábanse dónde les llevaba su guía. Aquella penosa excursión en la que fué necesariamente preciso detenerse con frecuencia y descansar largo tiempo, duró varios días.

Según el cálculo de Marcelo, habían recorrido así más de ciento sesenta kilómetros, cuando vieron que la ribera descendía bruscamente y entonces halláronse ante una extensa llanura que terminaba en una suave pendiente en el lecho del océano.

Hacia el centro de esta llanura, en el sitio donde en otro tiempo debían morir las olas del mar desaparecido, distingúanse masas confusas que desde lejos se hubieran podido tomar por los restos de algunas rocas hundidas en un cataclismo, ó una acumulación de cantos erráticos.

En dirección á este punto les condujo Rugel.

A medida que se aproximaban, lo que habían tomado al pronto por una acumulación irregular y fortuita adquiría un aspecto simétrico. Según se acortaba la distancia, las formas comenzaban á ser más precisas, y hubiérase dicho que aquello eran restos de poderosos muros, vastos cuadriláteros que formaban como grandes plazas, y fustes de columnas gigantescas diseminados acá y allá, rotos en parte, y alrededor de los cuales acumulábanse montones de escombros.

— He ahí — les dijo Rugel, extendiendo la mano — las ruinas de una de las ciudades que en el tiempo en que la humanidad lunar habitaba en la superficie

fué floreciente por sus artes y por su civilización. Con frecuencia les he hablado á ustedes de la vida de nuestros antecesores, cuando la necesidad nos les había obligado aún á refugiarse en las cavernas que hoy ocupamos. Ahora tienen á la vista uno de los raros vestigios de su presencia que han sobrevivido á los espantosos cataclismos á los cuales se debe que desapareciera la vida de estas regiones.

Hallábanse ya bastante próximos para poder formar juicio de las considerables dimensiones de la antigua ciudad. Todos los edificios que fueron casas de particulares se habían reducido á polvo por la acción lenta é ineludible del tiempo.

Solamente habían quedado en pie algunos restos de los monumentos edificados de modo que pudieran resistir á los siglos, restos imponentes que daban alta idea de la fuerza y de la inteligencia de los seres cuya vida había llenado aquellos países.

Rugel, con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía sumido en profunda meditación. Todos los Diemides que formaban la escolta se habían detenido también y estaban inmóviles, como si la vista de aquellas ruinas inspirase en sus almas un religioso respeto.

— No puedo menos de sentir una profunda melancolía — dijo Rugel — al pensar en esa existencia de otro tiempo, tan diferente de aquella á que nos vemos reducidos ahora. En otra época, la vida circulaba abundante en estos lugares; el agua llenaba esas cuencas recorridas por numerosas naves, y espesos bosques cubrían las montañas, cuyas pendientes se revestían de verde césped. En esa ciudad, hoy destruída, se aglomeraba una población numerosa, activa, contenta de vivir, que respiraba con embriaguez las brisas del mar y el aroma penetrante de los grandes bosques..... ¡Y todo ha desaparecido! Todo lo que de nosotros queda vive hoy encerrado en un reducido espacio, sin disfrutar de la luz del sol. ¡Y nuestros días están contados! ¿Quién sabe si sobrevendrá otra vez algún espantoso cataclismo que abrevie la duración de esta mísera humanidad y destruya hasta sus últimos vestigios?

Lo grandioso de aquella escena no podía menos de impresionar á Marcelo y sus dos amigos. Lo que tenían á la vista era el cuadro conmovedor de la destrucción de un mundo. He aquí á qué conducía ese juego formidable de las fuerzas de la naturaleza, que después de crear un globo en que se podía habitar, desarrollando y manteniendo allí la vida durante largos siglos, se empeñaba en destruir su obra con irresistible tenacidad. ¿Qué eran ante aquella evolución fatal los más magníficos descubrimientos del genio humano, las más elevadas aspiraciones, siempre despiertas y nunca saciadas, hacia las cuales tendía su naturaleza mortal? Con el tiempo todo se disolvía, se desvanecía; y extinguidos sucesivamente los mundos que giraban en el espacio alrededor de un centro de luz y de vida, estaban destinados de una manera irrevocable á no ser más que una materia inerte y estéril.

Y la destrucción no había de cesar aquí.

Aquellos cadáveres que flotaban en el vacío debían, en un tiempo dado, disgregarse á su vez, volver al estado de polvo cósmico, para formar otros mundos que concluirían lo mismo para volver á comenzar eternamente.

Una seña de Rugel les interrumpió en estas graves reflexiones; penetraron en las ruinas de la ciudad muerta y las recorrieron con un respeto mezclado de ternura. Allí pudieron ver restos de los edificios donde se reunían los hombres encargados de dictar leyes á la ciudad; los sitios donde se congregaban los habitantes, puntos todos en que se había vivido y, por lo tanto, amado y sufrido, y de todo lo cual no quedaba más que la sombra de un recuerdo.

Rugel les invitó á detenerse ante una ruina cuya forma recordaba la de los mausoleos, pero de considerables proporciones.

— He ahí — dijo — la tumba destinada á perpetuar la memoria de un hombre que por sus virtudes y sus nobles actos se hizo merecedor del agradecimiento público. El tiempo no ha respetado ese asilo de la muerte más que los monumentos donde se agitaba la vida.

El sepulcro derruido permitía ver en el interior algo así como un polvo muy fino, todo cuanto restaba tal vez de aquel que tuvo allí su última morada.

Marcelo se extrañó de aquellas grandes proporciones.

— Es que — le dijo Rugel — los hombres que habitaban en la superficie de la Luna tenían más talla que la nuestra. Al cabo de tantos siglos que la humanidad lunar vive en un centro más limitado, su estatura ha disminuído poco á poco.

— Es decir — pensó Santiago, — que las generaciones se han sucedido aquí como en la Tierra, dejando á las que debían venir después de ellas misteriosos recuerdos; y las que vivieron en estos lugares, si hubiesen sospechado nuestra venida, hubieran podido decir con el poeta:

*Scilicet et tempus veniat cum finibus illis
Agricola inveniet....
Grandiaque effossis mirabitur ossa sepulcris.*

Fué necesario ponerse en marcha, y no sin sentimiento se alejaron los viajeros de aquel espectáculo desolador, cuya vista despertaba en sus corazones tantas y tan diversas emociones.

Continuaron su camino, siguiendo la pendiente insensible del suelo.

Hacia largo tiempo que Rugel tenía intención de hacerles visitar el lecho de uno de los antiguos mares de la Luna, y la ocasión era favorable: los viajeros podían disponer aún de una docena de días de luz, que no era posible emplear más útilmente.

A medida que iba en aumento la distancia que les separaba de la orilla, el suelo se deprimía cada vez más, el continente se elevaba y el horizonte parecía

estrecharse. El terreno mismo por donde avanzaban ofrecía un aspecto singular: á la blancura deslumbradora que bajo los rayos del sol presentaba el país pedregoso de donde acababan de salir, había sucedido un tinte más sombrío; y en vez



Rugel les invitó á detenerse ante una ruina...

de la tosca y áspera superficie, desigual y difícil, sobre la cual caminaran hasta entonces, sus pies hollaban ahora una especie de material flexible y resistente á la vez, que parecía ceder bajo sus pasos. Muy sorprendido, Marcelo se había inclinado para examinarla más de cerca, y hasta arrancó, no sin esfuerzo, algunas partículas para analizarlas atentamente, cuando Rugel intervino.

— Ha visto usted hace poco — le dijo — lo que ha quedado de la vida de la humanidad; ahora tiene usted ante los ojos uno de los últimos vestigios de las transformaciones de la materia en la superficie de este mundo, donde todo está muerto ahora.

Marcelo seguía examinando con curiosidad los restos que tenía en la mano: eran una especie de fibras flexibles y sedosas, de gran tenacidad, las cuales presentaban admirable analogía con el amianto, que se encuentra en la Tierra en los lugares donde se halla acumulado ese silicato de magnesia vulgarmente conocido con el nombre de *serpentina*.

Rugel le explicó entonces que las aguas que en el origen cubrían una vasta extensión de la superficie de la Luna contenían en grandes proporciones esa substancia que los químicos terrestres llaman óxido de magnesio, y que no se encuentra nunca en la naturaleza sino en combinación con otro cuerpo. A medida que los mares iban secándose, esa magnesia se combinaba con la sílice mantenida en suspensión en las aguas, y poco á poco formaba esos enormes depósitos de que veían ahora una de las más curiosas muestras.

— He ahí — dijo Marcelo — la solución de un problema que durante largo tiempo ha preocupado á los sabios de la Tierra, sugiriendo muchas hipótesis. No acertaban á deducir de dónde podía provenir el tinte sombrío y verdoso observado en las inmensas depresiones lunares, y todos se empeñaban en explicarlo atribuyéndolo á la presencia de una vegetación inexplicable. Es evidente que ese musgo mineral absorbe una gran parte de los rayos luminosos que le hieren, y la luz reflejada por esas grandes extensiones es muy débil si se compara con la que reflejan los continentes y las rocas desnudas.

— ¡Pues bien! — exclamó lord Rodilan, á quien aquel diálogo había interesado vivamente, — nuestra exploración no habrá sido inútil si enriquece con un descubrimiento más la ciencia astronómica.

Continuaron su marcha, hundiéndose siempre cada vez más en el lecho de aquel antiguo océano. Algunas veces encontraban varios cráteres de mediana elevación, que formaban sin duda en otro tiempo volcanes submarinos, y pensando en la multiplicidad de aquellas cavidades que se encontraban por todas partes en la superficie de la Luna, hasta en el seno de los mares, no podían menos de hacer comentarios sobre la poderosa fuerza que habría tenido el fuego interior que llenaba el planeta, y sobre las espantosas revoluciones que habrían producido aquellas expansiones incesantes en la corteza sólida que le cubría sin comprimirle.

Habían llegado á la profundidad extrema del mar que recorrían, y Marcelo la evaluó en más de cuatro kilómetros.

Allí el musgo mineral que alfombraba el suelo se hallaba acumulado en capas más densas, y cuando la necesidad de reposar les obligaba á detenerse, los tres habitantes de la Tierra hubieran podido creer que estaban echados sobre una gruesa alfombra de césped y figurarse que se hallaban en la hondonada de

algún valle de Suiza ó de los Pirineos, si el silencio y la desolacion que reinaba á su alrededor no les hubiesen recordado la realidad.

El aspecto de aquella capa, de un verde sombrío uniforme, sobre la cual ningún árbol proyectaba su sombra, que no esmaltaba tampoco flor alguna y cuya implacable inmovilidad no agitaba la más leve brisa, producía en los viajeros una tristeza intolerable.

Por eso ansiaban escapar de aquella influencia que oprimía sus almas; y así es que cuando Rugel tomó la dirección que debía conducirles otra vez al continente, siguiéronle afanosos, pareciéndoles que recobraban la libertad cuando hallaron de nuevo lo que, en el mundo de que habían salido, se hubiera podido llamar la tierra firme.

Hallábanse entonces, sin transición, en un país quebrado, donde á medida que avanzaban la marcha se hacía más penosa. Enormes rehenchimientos del terreno, abismos de paredes cortadas á pico, les obligaban á cada instante á tomar otro camino; pero se dirigían sensiblemente hacia el Norte, donde se divisaba en el horizonte un cráter, aparentemente el punto que Rugel se proponía alcanzar. Bajo la fe de su guía, avanzaban valerosamente, pues las maravillas que acababan de ver eran segura garantía de que sus molestias quedarían recompensadas.

Llegados al último de los picos que formaban aquella región motañosa, vieron á sus pies una llanura bastante extensa en cuyo centro se elevaba en majestuoso aislamiento el cráter cuya cima habían distinguido ya desde lejos.

El suelo que tenían á la vista presentaba un aspecto muy particular: de la cima de la montaña en que se hallaba el cráter partían una especie de rayos de una blancura deslumbradora que se prolongaban en líneas rígidas por sus costados y hasta muy lejos en la llanura, donde disminuían poco á poco de anchura, acabando por extinguirse. Entre esos rastros brillantes el suelo pedregoso parecía opaco y casi sombrío: Marcelo, Santiago y lord Rodilan estaban poseídos de sorpresa y admiración.

— ¡Ah! — exclamó Marcelo, — ¡un cráter radiante!

Rugel sonreía; el asombro de sus amigos le causaba al parecer una viva satisfacción.

— Hubiera querido — dijo — conducirles á visitar el gigantesco circo que los astrónomos de la Tierra, según me han dicho ustedes, designan con el nombre del sabio Tycho Brahe; pero nos faltan el tiempo y los medios. Sin embargo, deseo que por lo menos vean una muestra de los más asombrosos fenómenos cósmicos observados en nuestro mundo. Algunos pasos más, y podrán examinarle de cerca.

Bajaron á la llanura, y los viajeros avanzaban hacia el más próximo de aquellos singulares rayos.

A medida que se acercaban distinguíase en el suelo como una capa regularmente distribuída de materias cristalizadas, pulimentadas y tersas como un es-

pejo, en las cuales se reflejaba con toda su intensidad la ardiente luz del sol.

— Nuestros sabios — dijo Rugel — explican este fenómeno del modo siguiente: en el tiempo en que la superficie lunar comenzaba á solidificarse, y en que el fuego central estaba aún en toda su actividad, formábanse en el seno de la masa ígnea enormes cantidades de gas y de vapores; y en ciertos puntos donde la presión interior era más irresistible, bien porque la corteza fuese más delgada, ó la chimenea del volcán insuficiente para dar paso á las materias gaseiformes, la corteza debió agrietarse alrededor del cráter, formando como una estrella. Por aquí escapaban gases á una temperatura que no podríamos imaginar, y bajo la acción de ese calor de formidable intensidad, el suelo se cristalizó, los bordes de las fisuras se soldaron, y así se produjeron esos rayos regulares y brillantes, que deben presentar tan extraño aspecto á los que los contemplan desde lejos.

— He ahí — dijo Marcelo — lo que pondrá término á todas las controversias sobre este punto, dando plenamente la razón á la teoría formulada por uno de los más célebres astrónomos de la Tierra (1), único que ha entrevisto la verdad.

La ascensión del cráter fué larga y difícil.

El suelo, desigual y erizado de numerosas asperezas, y de materias escoriiformes, no permitía á los viajeros avanzar sino con suma lentitud; pero cuando hubieron alcanzado la cima, el espectáculo deslumbrador que tenían ante los ojos les hizo olvidar muy pronto su fatiga.

De sus pies partían una infinidad de fajas luminosas que formaban como otros tantos radios de una estrella gigantesca que hubiese caído del cielo, y aquellas superficies pulimentadas y transparentes, descomponiendo la luz, hacían resplandecer todos los colores del prisma.

— ¡Qué hermoso es esto! — exclamó Marcelo. — En este mundo árido y desolado, la naturaleza ha sabido encontrar el medio de producir efectos grandiosos, y nuestra vieja Tierra, por variada que sea, no presenta en ninguna parte nada parecido.

— Admiramos — dijo Rugel — al Ser Soberano que hasta en la muerte imprime en todas sus obras las señales de su grandeza suprema y de su inagotable magnificencia.

Santiago y lord Rodilan miraban silenciosos: la imaginación soñadora del uno y el espíritu escéptico del otro estaban como anonadados por la majestad de aquel cuadro sublime.

Sin embargo, fué preciso arrancarse á su contemplación.

— Ya hemos llegado — continuó Rugel — á los límites extremos de la región que los habitantes de la Luna han explorado hasta aquí. Cuando les hablé á ustedes de la posibilidad de adelantar más en nuestras investigaciones, acogieron con entusiasmo mi proposición; mas en este momento, ante las dificultades que nos esperan y los peligros que tal vez tendremos que vencer, vacilo en proseguir

(1) Camilo Flammarion.



¡Ah! - exclamó Marcelo, - ¡un cráter radiante!

esta empresa. Si tuviese un resultado funesto, no me perdonaría haberles comprometido en ella.....

Marcelo le interrumpió vivamente.

— Gracias por su solicitud, amigo Rugel; pero nosotros no somos hombres que retrocedan ante los obstáculos, cualesquiera que sean. Los que han franqueado la distancia que separa la Luna de la Tierra no se dejarán intimidar por unas cuantas toperas que sea preciso franquear, ó por algunos fosos que deban atravesarse.

— ¡Fosos, toperas! — exclamó Rugel sonriendo; — pero ¿qué opinan los compañeros de usted?

— Yo iré dondequiera que usted vaya — dijo Santiago. — También profeso el culto de la ciencia, y si este viaje debe proporcionarnos algunas nuevas revelaciones, quiero mi parte de gloria. Además tengo la certidumbre de que volveremos sanos y salvos, y estoy seguro de regresar á la Tierra.

— En cuanto á mí — dijo lord Rodilan con esa flemma que no le abandonaba nunca en las circunstancias más graves, — solamente pido que me dejen ir delante. Si hay peligro, tanto mejor; será un atractivo más; hace ya largo tiempo que debía haber muerto, y poco me importa ahora cuanto pueda sucederme.

— ¡Pues bien! — contestó Rugel, — vamos á lanzarnos en lo desconocido.

Después de un descanso de varios días (1) y de un minucioso examen de todos los aparatos de que iban provistos, los cuales se hallaban en perfecto estado, los viajeros tomaron resueltamente la dirección del Este.

Durante un mes prosiguieron su marcha en el mismo sentido, y con gran sorpresa suya observaron que la región que atravesaban tenía un aspecto muy diferente del de aquella que habían recorrido ya. El suelo granítico que pisaban no tenía ahora esas asperidades violentas, esos bruscos levantamientos de las capas inferiores que comunicaban al otro hemisferio de la Luna un carácter tan escabroso. Delante de ellos se extendían inmensos espacios, cuya superficie, casi plana, no presentaba más que ligeras ondulaciones. Nada detenía su marcha, nada limitaba sus miradas; el horizonte parecía alejarse siempre de ellos, y dondequiera que estuviesen formaba un círculo perfecto, del que los viajeros eran el centro invariablemente.

La noche de trescientas cincuenta y cuatro horas les había sorprendido, dejando después su lugar al día de igual duración, y siempre avanzaban por aquellas lúgubres soledades donde no vibraba ningún grito, donde ningún viento levantaba polvo á sus pasos, donde todo estaba inmóvil y como congelado.

Era como un mar inmenso sorprendido en la calma y petrificado de repente; y á no ser por el tinte sombrío de las rocas que hollaban, hubieran podido creer que estaban en los vastos desiertos del Sahara.

(1) Aquí se trata, como en otras partes, del día terrestre, es decir, de un espacio de tiempo de veinticuatro horas.

Pero allí ningún oasis ofrecía á sus ávidas miradas la sombra de sus palmeras ni el murmullo de sus fuentes; ninguna caravana les saludaba al paso, y seguían siempre adelante, guiados solamente por las estrellas.

Era necesario que los viajeros tuviesen almas muy bien templadas, y corazones intrépidos para no sucumbir bajo el peso de aquel espantoso aislamiento.

Marcelo y sus dos amigos no habían sentido nunca, ni aun en las horas más tristes, flaquear tanto su resolución; mas á pesar de su firmeza, se penetraban poco á poco de una impresión de duelo, y en aquellos espacios libres se sentían oprimidos como en el fondo de un sepulcro.

Algunas veces Marcelo trataba de reanimarse y á sus labios acudían palabras de estímulo, con las que se esforzaba en mostrarse alegre; pero sus tentativas no tenían eco: la melancolía de Santiago parecía aumentar, y lord Rodilan no encontraba ya su buen humor ni su burlona ironía. Rugel conservaba su gravedad; su rostro no había perdido nada de su tranquila dulzura; parecía inaccesible á la fatiga, y en su corazón, lleno del amor á la ciencia, el desaliento no era posible.

La tropa de Diemides avanzaba con maravillosa uniformidad, sin que se revelase en ellos ningún desfallecimiento. Reclutados entre los más jóvenes, los más vigorosos é inteligentes de su clase, comprendían toda la importancia de la misión aceptada por su jefe, y como tenían en él absoluta confianza, no abrigan la menor duda sobre el resultado final de la empresa.

Acababa de terminar el segundo período de noche, y ya los primeros rayos del sol iluminaban el cielo, cuando en el horizonte apareció una línea negra é irregular, que los viajeros saludaron con alegría. ¡Al fin se iba á salir de aquella interminable llanura! Al lado de esta monotonía que desesperaba, el país más escabroso y difícil les ofrecería al menos la imagen de la vida.

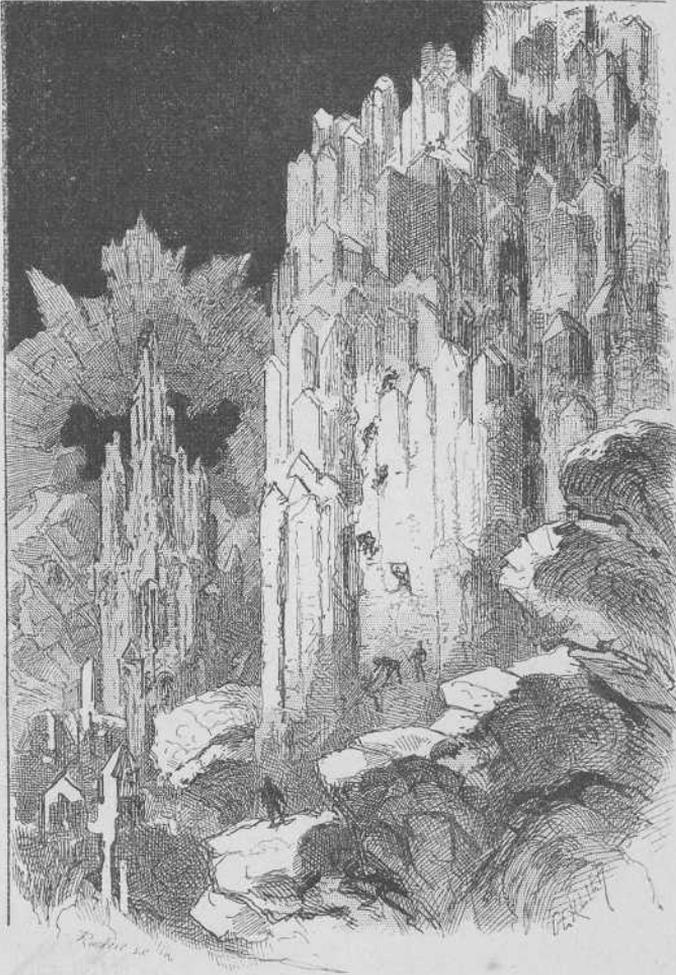
Muy pronto llegaron al pie de una especie de muralla formada por moles gigantescas, de un basalto negro y pulimentado, que surgían bruscamente, como si en un levantamiento de incalculable fuerza las masas ígneas, desgarrando la superficie del suelo, se hubieran lanzado al espacio, donde petrificadas de improviso por la baja temperatura del medio ambiente se hubiesen cristalizado sin deformarse.

Esta formidable expansión se prolongaba hasta perderse de vista en la dirección Norte y Sud; no se debía pensar en dar la vuelta por ella, y se resolvió atravesarla orientándose siempre hacia al Este.

La empresa era difícil y de tal naturaleza, que hubiera hecho retroceder á hombres menos valerosos.

Entre las moles violentamente surgidas, y que por lo regular se entrecruzaban, confundiéndose en su base, no se veían más que estrechos y peligrosos pasos, apenas de suficiente anchura para que los viajeros pasaran de uno á uno, y cuyo suelo, liso como una superficie helada, hacía la marcha incierta y peligrosa. A cada instante resbalaba el pie y ocurrían caídas que hubieran podido ser

fatales, á no haber tenido los viajeros la precaución de atarse unos á otros con largas cuerdas. Cuando uno de ellos perdía pie y estaba á punto de caer en alguna estrecha fisura, donde se hubiera destrozado inevitablemente, reteníanle



... y entonces era preciso escalarla

los que iban delante y los que le seguían. Después era preciso, con gran trabajo, subirle con la cuerda hasta la superficie del suelo para continuar la marcha interrumpida.

Algunas veces encontrábanse ante una mole colosal en cuya compacta masa

no había ningún paso, y entonces era preciso escalarla. Algunos Diemides, encaramados sobre los hombros de sus compañeros, practicaban en la roca viva, con ayuda de los picos que llevaban, varios agujeros para introducir varillas de hierro, y después, subidos en escalones improvisados, abrían otros sobre sus cabezas, elevándose así hasta la cima del obstáculo. Todos le seguían, y más de una vez lord Rodilan, suspendido de pies y manos de aquella percha de loro, se admiraba de haber conservado una elasticidad y un vigor en los miembros que le permitían ejecutar semejantes ejercicios de fuerza acrobática.

Franqueada la mole, encontráronse ante nuevas dificultades y nuevos peligros.

Pero los maravillosos espectáculos que ofrecía á las miradas de Rugel y de sus amigos aquella naturaleza extrañamente convulsionada, les recompensaba con creces sus fatigas.

Allí se elevaban, alineadas con la más perfecta simetría, largas series de columnas enormes, de fustes cilíndricos, con capiteles que se hubiera creído cincelados por mano de los más hábiles artistas.

Más allá veíanse finas nerviaciones destacándose de gruesos muros, que iban á reunirse en bóvedas ojivales, y se hubiera creído estar en una de esas catedrales góticas erigidas por la fe ardiente y mística de los cristianos de la Edad Media.

Con frecuencia varias estrías de altura y dimensiones diferentes figuraban órganos colosales, y admiraba no oír torrentes de armonía surgiendo de sus flancos.

En su caprichosa formación las rocas afectaban las más diversas formas: aquí Marcelo señalaba con el dedo á sus amigos un antiguo burgo semejante á los que dominan las orillas del Rhin, sin que faltase nada; las largas murallas, con sus almenas y troneras, flanqueadas de trecho en trecho por torrecillas y sobrepuestas de un torreón donde parecía que iba á resonar la voz del vigía anunciando la llegada de nobles visitantes.

En otros sitios creíase ver imponentes catedrales, con sus poderosos cimientos, sus atrevidos arcos y sus finas agujas, elevando hacia el cielo sus agudas puntas.

Hasta hubo un instante en que lord Rodilan, cogiendo del brazo á Santiago, le detuvo de pronto.

— ¡Oh! — exclamó, — ¡la abadía de Westminster!

En efecto, ante ellos se destacaba, aislada en un considerable espacio, como una maravillosa construcción gótica, con esbeltas columnitas, ojivas regulares y rosetones denticulados, que recordaban singularmente la joya arquitectónica cuyas labores de piedra se reflejan en las aguas del Támesis.

— He ahí una cosa en extremo sorprendente — dijo Santiago. — ¡Los caprichos de la naturaleza son infinitos, y preciso es confesar que el cincel de los más hábiles artistas no ha producido nada más regular, más acabado y perfecto.

Rugel y Marcelo se habían detenido, llenos de admiración, y detrás de ellos los mismos Diemides estaban mudos de sorpresa.

Ningún ser humano había contemplado jamás aquellos sublimes espec-



Las rocas afectaban las más diversas formas

táculos, y todos sentían en su corazón el legítimo orgullo de haber osado penetrar en unas regiones inaccesibles para sorprender sus asombrosos secretos.

Seguían adelante, y los palacios fantásticos sucedíanse á las enormes basílicas, á los circos desmesurados que parecían dispuestos para recibir innumerables

multitudes de espectadores. Y sobre todos aquellos tesoros de arquitectura, cuya asombrosa variedad no hubiera podido ni aun concebir la más rica imaginación, el sol lanzaba sus rayos, cuya intensidad y calor nada podía mitigar. Bajo su luz ardiente, aquellos muros y pilastras, aquellas columnas y graderías, aquellos obeliscos y pirámides resplandecían con un brillo deslumbrador.

Tantas maravillas acumuladas dejaban muy atrás todo lo que en la Tierra habían celebrado los viajeros entusiastas ó cantado los poetas, las columnatas famosas de la costa de Autrún y la calzada de los Gigantes de que tanto se glorifica Irlanda, y hasta la gruta de Fingal, donde se reunen, durante las noches heladas, pálidos espectros, héroes de las leyendas de Osián, los cuales acuden allí para hablar todavía de batallas y de amores.

A pesar de las dificultades de todo género que la marcha oponía á través de aquellas moles desordenadas, no sin sentimiento se alejaron de ellas los viajeros, y á menudo volvieron la cabeza para ver una vez más, antes de que desaparecieran en el horizonte, las singulares siluetas de aquellos edificios monstruosos que parecían construídos por la mano de los genios.

El país donde penetraron al salir de la región basáltica ofrecía un aspecto muy diferente. Aquí, por un extraño capricho de la naturaleza, las antiguas conmociones del suelo habían lanzado á la superficie una enorme capa de rocas primitivas, donde los pórfidos dominaban. El camino era más fácil, porque el enfriamiento parecía haber sorprendido á la masa en fusión en un momento de calma; y excepto algunas moles diseminadas al azar, ningún grave obstáculo retardaba la marcha.

Pero bajo los pies de los viajeros todo tenía un color rojo de sangre y las rocas que veían presentaban á sus ojos admirados, tan pronto rastros sangrientos, como el tinte rojizo y violáceo de las carnes de seres que se acaban de inmolar.

Los habitantes de la Luna, extraños á toda idea de carnicería y de asesinato, no experimentaban más impresión que la producida por una curiosidad excitada ante aquel espectáculo nuevo; pero Marcelo y sus dos amigos, que en la Tierra habían presenciado con frecuencia los furores de los hombres y visto correr la sangre ó retorcerse en los campos de batalla cuerpos mutilados, estaban poseídos de un sentimiento de horror. Su imaginación evocaba el recuerdo de escenas crueles; sentíanse oprimidos, y exhalaban un suspiro de alivio al salir por fin de aquella región, que les parecía maldita.



¡Nubes, verdaderas nubes! — exclamaron Marcelo, Santiago y lord Rodilan

CAPITULO XI

LA ERUPCIÓN

La pequeña caravana continuaba intrépidamente su marcha hacia al Este. La noche reinaba otra vez en el cielo, donde resplandecían mil luminares, y la transparencia del éter era tal que sin dificultad se distinguían hasta las estrellas de décima magnitud.

La vía láctea, que listaba la bóveda celeste sobre sus cabezas, se les presentaba no ya como un rastro de luz difusa, sino como una acumulación de innumerables soles, que por la distancia parecían estar tocándose uno con otro, brillando cada cual con su luz propia.

Atravesaban entonces un continente bastante análogo á los que se encuentran en considerable número sobre la superficie visible de la Luna: eran los mismos cráteres apiñados, que perforaban por todas partes la corteza pedregosa, de dimensiones desiguales y que á cada instante se debían contornean, sin dejar por eso de seguir la dirección prefijada. Se habían detenido para descansar un poco, y todos, fatigados de tan larga marcha, quedaron dormidos, cuando uno de los Diemides se levantó de pronto dando muestras de gran sorpresa.

— Maestro — dijo á Rugel, acercándose, — si no me engaño, mi oído acaba de percibir en las profundidades del suelo como un sordo fragor, semejante al de carros que ruedan por un puente de hierro.....

Sin dejarle concluir, Rugel se inclinó, é imponiendo silencio con un ademán, aplicó el oído sobre la roca desnuda para escuchar atentamente.

Percibíase un rumor lejano aún, transmitido por las vibraciones de la corteza sólida.

Y despertó apresuradamente á Marcelo y á sus dos amigos.

— Creo — les dijo — que se prepara algún formidable cataclismo y que vamos á ser testigos de una de esas convulsiones de la naturaleza que en otro tiempo eran tan frecuentes en nuestro globo, formando en él una superficie tan extraña y variada.

El ruido subterráneo era ya más distinto y se oía sin que fuera necesario inclinarse hacia el suelo. Todos los Diemides se hallaban ya en pie, y su actitud revelaba temor.

— Creía — dijo Marcelo — que al cabo de tan larga serie de siglos la superficie de la Luna se habría enfriado completamente y que el fuego central se hallaba relegado á tales profundidades, que le era imposible para siempre abrirse paso al exterior.

— Pero — observó Santiago — ¿está bien establecida esa teoría? ¿No han observado ciertos astrónomos terrestres en varias ocasiones, aun en nuestros días, cambios apreciables sobrevenidos en la parte visible, tal como la aparición de nuevos cráteres y modificaciones en la forma de aquellos que se conocían ya?

— Todo esto es muy vago y no tiene el carácter de verdades científicamente demostradas.

Rugel les interrumpió.

— Desde que la humanidad lunar — dijo — se vió obligada á renunciar á vivir en la superficie y á encerrarse en las cavernas en que pasa ahora su existencia, ninguna conmoción profunda ha venido á modificar la parte del esferoide que se extiende sobre nuestras cabezas; pero el fuego interior que mantiene nuestra vida ocupa aún en el centro un espacio considerable, y siempre es de temer su acción. El accidente ocurrido en la chimenea de nuestro ascensor, del que estuvisteis á punto de ser víctimas, prueba bien que los gases que se forman en el interior, sometidos á una presión formidable, pueden hallar á veces fisuras por las cuales se escapan, con tendencia á diseminarse por fuera. Es muy posible que en el sitio donde nos hallamos se produzca un fenómeno de la misma naturaleza, y que presenciemos alguna temible erupción. Por eso conviene no permanecer más tiempo en este país, todo él sembrado de rocas, y trasladarnos á un espacio bien descubierto, donde habrá menos exposición.

Los viajeros retrocedieron para detenerse en una vasta llanura que habían cruzado al salir de la región de los pórfidos. El fragor subterráneo se oía siempre, y bajo sus pies el suelo comenzaba á moverse ya; pero no era como en

nuestro globo, cuando se manifiestan esas sacudidas profundas que llaman terremotos, ondulaciones de más ó menos extensión. La densidad y el grueso de la costra pedregosa que encubría los fuegos interiores no podían prestarse á esos movimientos que se asemejan á los de las olas del Océano: era una especie de trepidación continua, de agitación en un mismo sitio, en medio de la cual se percibían sordos crujidos.

Aquellos síntomas parecieron á Rugel amenazadores, y aconsejó alejarse más del punto que parecía ser el centro de aquel fenómeno geológico; pero no hubo tiempo para ello.

Un ruido sordo, transmitido por las capas sólidas, estalló de repente, semejante á la lejana descarga de cien piezas de artillería disparadas á la vez. Al mismo tiempo el espacio se iluminó con una luz rojiza, y vieron que uno de los cráteres, cuya cima podían divisar aún, acababa de abrirse.

La fuerza expansiva de los gases había despedido al aire, á una altura incalculable, el obstáculo que la oponían las lavas enfriadas que desde hacía siglos cerraban su chimenea, y de aquella abertura precipitábase hacia el cielo una enorme columna de materias en fusión. Esta columna ascendía en línea recta por el espacio: en el centro parecía de oro líquido; en los bordes presentaba un color rojo sombrío, y en su periferia veíanse llamas verdes y violáceas.

Aquel torrente de fuego que se lanzaba fuera del cráter arrastraba consigo enormes moles incandescentes, que sobrecogidas de pronto por el frío del espacio, estallaban formando chorros de chispas.

Y en aquel medio privado de aire ninguna onda sonora llevaba á los oídos de los espectadores el rumor de las detonaciones, que en la atmósfera terrestre hubieran sido formidables. El gigantesco torrente de llamas se diseminaba silencioso en la noche profunda, y parecía tener alguna cosa de sobrenatural que helaba el alma, imponiendo un religioso terror. Al mismo tiempo salían del volcán densas columnas de humo cargadas de una espantosa cantidad de cenizas y de escorias, que elevándose en forma de siniestra cúpula formaron muy pronto como una bóveda sombría que ocultó el cielo enteramente.

Las estrellas habían desaparecido; las lámparas eléctricas, en aquel medio saturado de moléculas sólidas, no producían más que pálidos fulgores.

Aquel espectáculo de sublime horror había infundido en todos los corazones indecible espanto.

A pesar de sus bien templadas almas, Rugel y sus tres compañeros se sintieron anonadados por la grandiosidad aterradora de aquella convulsión de la naturaleza lunar, de la cual no hubiera podido dar idea nada de lo que pasa en la Tierra. Los Diemides, llenos de miedo, se habían agrupado temblorosos alrededor de su jefe. Parece, en efecto, que en esos grandes cataclismos los seres de inteligencia inferior se acercan por instinto á aquellos en quienes reconocen superioridad moral.

Después de un instante de turbación é incertidumbre, aquellos cuatro hombres valerosos se repusieron.

El suelo retemblaba bajo sus pasos, amenazando á cada instante entreabrirse, y sobre sus cabezas se condensaban sombrías é impenetrables nubes; mientras que ellos permanecían impassibles, inmóviles, con los brazos cruzados sobre el pecho, oponiendo á los elementos desencadenados que amenazaban su frágil existencia la tranquila calma de una indomable energía. Resignados, habiendo hecho el sacrificio de su vida, estaban absortos en la contemplación de aquella escena imponente.

Entretanto las materias despedidas por el volcán á prodigiosas alturas comenzaban á caer sobre el suelo movable: era una lluvia de cenizas, con las cuales se mezclaban pedazos de roca abrasadores que rebotaban alrededor de los viajeros.

— Es preciso dispersarnos — dijo Rugel, — alejándose lo más posible de este lugar funesto.

Y á una señal suya los Diemides se apartaron unos de otros, presentando así menos blanco á las piedras, que caían cada vez en mayor abundancia.

Todos, en precipitada carrera, se lanzaron en la dirección Oeste.

Como jefes cuidadosos de la salvación de aquellos que estaban á sus órdenes y que quieren ser los últimos en el peligro, Rugel y los tres habitantes de la Tierra cerraban la marcha á fin de velar para que nadie se quedase atrás; pero apenas comenzado su movimiento de retirada, dos Diemides cayeron al suelo alcanzados por la lluvia de piedras que no cesaba de caer.

Sus compañeros, que huían, no los habían visto; Rugel y sus amigos corrieron á socorrerlos; pero los aparatos de aquellos infelices estaban rotos, el aire vital se había escapado, y la asfixia era completa.

Marcelo y Santiago, obedeciendo á un sentimiento guerrero, se inclinaban ya para levantar los cadáveres y llevárselos; pero Rugel los detuvo con un ademán.

— Esos desgraciados han muerto — dijo, — y ningún esfuerzo humano podría devolverles la vida; no debemos entorpecer nuestros movimientos con semejante carga, y no nos queda más probabilidad de salvación que alejarnos cuanto antes del sitio en que caen las cenizas y las escorias. Más tarde, si aún estamos vivos, volveremos aquí para recoger sus cuerpos y darles el supremo adiós.

Y continuaron su carrera.

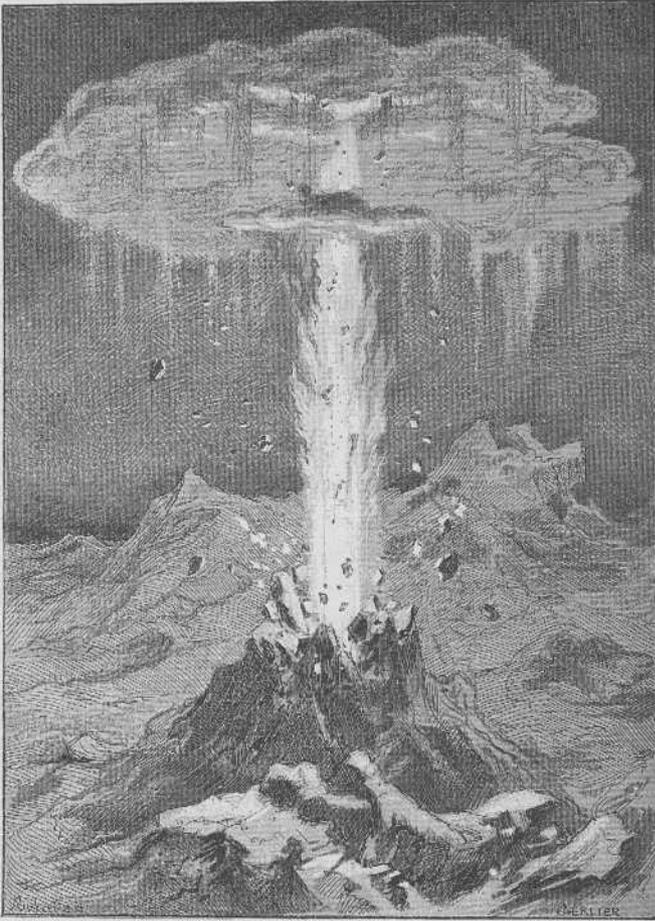
Los Diemides que les precedían no tardaron en echar de ver la ausencia de sus compañeros, é inquietos, y olvidando su propia salvación, retrocedían; pero Rugel les ordenó continuar su marcha, recomendándoles de nuevo separarse unos de otros, á fin de que, si ocurría alguna nueva desgracia, el número de víctimas fuese el menor posible.

Al cabo de pocas horas de aquella fuga precipitada, la situación fué menos amenazadora; la lluvia de restos pedregosos había cesado, y ahora no caían más

que cenizas finas, enfriadas ya, que formaban una espesa capa, retardando su marcha; mas ya estaban fuera de peligro.

Todos se reunieron alrededor de Rugel.

– Amigos míos – les dijo, – el espantoso cataclismo de que acabamos de es-



Esta columna ascendía en línea recta por el espacio

capar ha ocasionado entre nosotros dos víctimas, y nos será imposible llevar á sus familias sus despojos mortales; no reposarán en medio de sus parientes y amigos; pero su recuerdo será imperecedero y su nombre quedará grabado para siempre en el mármol en el templo donde observamos cuidadosamente el

culto de aquellos que hicieron, en interés de todos, el sacrificio de su vida. Tan pronto como sea posible acercarnos al sitio donde cayeron, iremos á tributarles los últimos deberes, para continuar después con nuevo valor nuestra marcha hacia el punto que nos hemos propuesto.

La erupción continuó algunos días: desde el punto donde se hallaban ahora los viajeros distinguíase aún en el horizonte el resplandor amarillento de la columna de fuego que el cráter arrojaba; pero poco á poco su intensidad disminuyó, del amarillo claro pasó al rojo obscuro, y al fin acabó por extinguirse del todo.

Sin embargo, el suelo sufría aún ligeras trepidaciones, y todavía no era prudente avanzar por aquel terreno, agitado aún por las últimas sacudidas del fuego interior. Forzoso fué, por lo tanto, esperar á que la naturaleza, repuesta de aquel trastorno, recobrase su calma é inmovilidad anteriores. Retrocedieron entonces, y llegaron al sitio donde yacían los dos infelices á quienes la muerte había sorprendido. Algún trabajo costó encontrarlos, pues las cenizas escapadas del volcán habían extendido sobre ellos un siniestro sudario, y fué preciso remover largo tiempo la espesa capa antes de llegar hasta ellos. Se practicó una excavación en la roca, y colocáronse los dos cadáveres uno junto á otro.

De pie en medio de todos los demás, que habían doblado la rodilla, Rugel extendió las manos y dijo:

— Descansad en paz, vosotros que habéis muerto en la flor de vuestra edad en este camino donde el amor á la ciencia y el sentimiento del deber os obligaron á seguirnos. ¡Dígnese el Espíritu soberano recibir vuestras almas en su tranquila paz y reservaros una existencia nueva en un mundo superior!

Sobre los cadáveres acumularon enormes cuartos de roca, erigiendo así un monumento fúnebre que ningún mortal debía ver jamás.

Al cabo de algunos días consagrados al reposo se continuó la marcha; pero todos iban sobre manera contristados. La duración del viaje, la comunidad de fatigas, habían estrechado entre todos los individuos de aquella expedición sin precedente los lazos de una simpatía fraternal; formaban como una especie de familia, y la muerte de aquellos que habían sucumbido hizo nacer en todos los corazones una impresión que, sin disminuir su ardimiento, dejaba en su mente profunda huella.

No se podía pensar en seguir de nuevo directamente el camino de antes.

La agitación, aún sensible, de la costra sólida, así como el espesor de la capa de cenizas, hacían la marcha tan difícil como peligrosa. De consiguiente fué necesario dar vuelta á la región, remontando hacia el Norte, para tomar otra vez, después de haberla evitado, la dirección del Este.

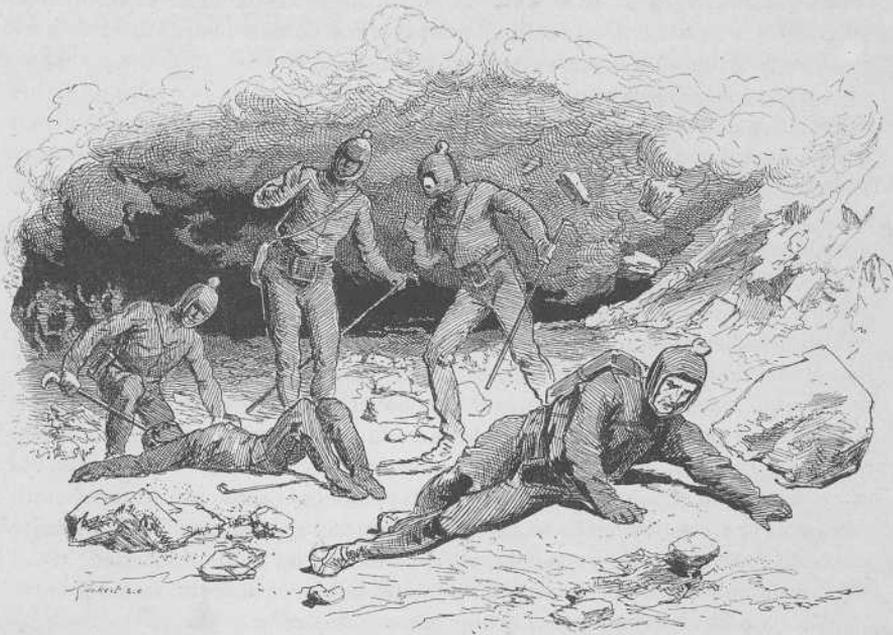
Esta parte del trayecto, recorrida en medio de densas tinieblas, fué particularmente penosa.

Era preciso andar con mucha precaución, pues á cada paso veían los viajeros abrirse bajo sus pies alguna grieta, y á veces hasta grandes precipicios, donde la

caída hubiera sido mortal: tan grande era su profundidad y de tal modo estaban sus paredes erizadas de asperezas agudas y cortantes.

La acción del volcán se había sentido mucho más allá del radio en que habían caído las materias arrojadas por la erupción.

Todo estaba trastornado; parecía que todas las moles que se elevaban en la superficie, agitadas por la conmoción, no habían recobrado aún su equilibrio y



Dos Diemides cayeron al suelo...

amenazaban de continuo aplastar á los temerarios que se atrevían á violar el misterio de aquellas soledades.

Siguieron aún largo tiempo caminando y vieron una vez más cómo el día lunar sucedía á la noche; pero en toda la extensión que la vista podía alcanzar no se divisaba más que una inmensa llanura cuya uniformidad nada interrumpía: era como otro Sahara, donde reinaban la inmovilidad, el silencio y la muerte. El círculo del horizonte se redondeaba en una curva inflexible, como la del Océano cuando las aguas están serenas, y parecía alejarse de continuo á medida que se avanzaba hacia él.

¿Adónde iban así? ¿Cuándo verían el fin de aquel interminable viaje?...

Avanzaban siempre, pero sin el alegre ardimiento que animaba á los viajeros

en un principio; poco á poco, todos se sintieron poseídos de la infinita tristeza que inspiraban aquellas lúgubres extensiones.

Andaban ahora absortos y pensativos, cruzándose entre ellos tan sólo algunas raras palabras, y el desaliento parecía dominarles.

El alma de Santiago, más impresionable tal vez que la de sus amigos, estaba poseída de dolorosa angustia. Hasta entonces los incidentes del camino le habían interesado, sosteniendo su valor; mas ahora sentíase oprimido, y hubiérase dicho que todo el peso de aquella naturaleza muerta caía sobre él como para aniquilarle. Su paso era vacilante y tardo; algunas veces se quedaba atrás y parecía seguir á sus compañeros con disgusto.

Marcelo lo echó de ver.

— Amigo mío — le dijo, — creo que tus fuerzas no están á la altura de tu energía. La obra que hemos emprendido es más difícil de llevar á cabo de lo que yo pensé al pronto, y tal vez te hago ir demasiado lejos; mas por grande que sea mi afán de sondear lo desconocido de este mundo, que abandonaremos muy pronto, estoy dispuesto á retroceder si tú lo deseas.

— Gracias, querido Marcelo; jamás he dudado de tu corazón y sé que me sacrificarías sin pesar tus más caras esperanzas. Confieso que estoy dominado por un desfallecimiento del que yo mismo me asombro, sin duda por la horrible monotonía de este desierto sin fin, en el que estamos al parecer perdidos y que deprime mi alma. A veces me pregunto si no es una quimera el objeto que nos proponemos, si no estamos destinados á verle huir de continuo á nuestra vista, como esas sombras que en sueños se persiguen sin poder alcanzarlas jamás.

— ¿Cómo creer, no obstante, que las tradiciones, sobre cuya fe nos hemos aventurado en esta empresa, hayan podido transmitirse de tal modo, sin variar jamás de generación en generación, si no contienen un fondo de verdad? ¿Puedes creer que Rugel, tan avisado y prudente, hubiera consentido en servirnos de guía, si no hubiese aquí más que engañosos sueños?

— ¿Qué cálculo formal se puede hacer sobre vagos indicios, que parecen desmentidos por todo cuanto ya conocemos del mundo lunar? ¿Hemos encontrado jamás nada que se asemeje á vestigios de vida, ni siquiera vegetal? No, todo está bien muerto en la superficie de este mundo envejecido, y es una locura creer que se pueda encontrar más cosa viva que los imprudentes que se aventuran aquí.

— ¡Ah! Si piensas de ese modo, es preciso retroceder.

Y en la voz de Marcelo se traslucía cierto pesar.

— ¿Quién habla de retroceder? — dijo lord Rodilan. — ¿Acaso hemos venido aquí para eso, y habremos de hacer como los niños que se desaniman porque no han podido coger á la primera tentativa el objeto que codician?

— ¡Oh! Ya sé, milord, que nada bastaría para detenerle, y es porque nada le llama tampoco ni le induce á retroceder. Hemos llegado casi al centro de la superficie invisible del satélite, á más de mil leguas de nuestro punto de partida,

y no hemos descubierto nada aún de lo que venimos á buscar. ¿No hay razón para que esto termine? ¿Habéis resuelto, pues, dar la vuelta completa á la Luna?

— La perspectiva — repuso lord Rodilan — no tiene nada que me desagrade, ni se puede negar que la expedición ha sido hasta ahora bastante accidentada, y nos vemos en condiciones que, dado el mundo en que nos hallamos, no dejan de ser agradables. Con los aparatos de que vamos provistos se pueden resistir los ataques del frío; comienzo á conformarme á mi alimento científico, y gracias á los beneficios de la gravedad específica, podemos franquear, como jugando, trayectos ante los cuales retrocederían los más intrépidos andarines del globo. Escalamos las montañas con la agilidad de los clowns; las caídas que en la Tierra serían mortales, parecen aquí del todo inofensivas, y salvo el enojoso accidente sobrevenido á esos dos pobres diablos que enterramos allí abajo, hemos efectuado un viaje cuyo relato haría palidecer de envidia á todos los Livingstone, los Stanley, los Cameron; y sin que usted lo lleve á mal, querido Santiago, á todos los Binger pasados, presentes y futuros.

Rugel se había acercado, y hacía algunos instantes que escuchaba la conversación de los tres amigos.

— Comprendo — dijo á Santiago — el cansancio que le agobia. Todos nosotros experimentamos también la influencia que á usted le oprime; pero creo poder asegurarle que nos acercamos al punto que nos hemos propuesto. Las tradiciones piadosamente conservadas entre nosotros hablan de un vasto desierto de varias jornadas de marcha, que es preciso recorrer para llegar á la región que guarda en sus misteriosas profundidades los últimos vestigios de la vida de otra época. Largo tiempo hace ya que andamos, y debemos estar próximos á él.

— ¡Pues bien, adelante! — dijo Santiago, á quien las palabras de Rugel habían reanimado; — mi valor no cederá ante el vuestro, y no quiero haceros perder el fruto de tantos esfuerzos.

Continuaron la marcha con nuevo ardimiento.

La seguridad de Rugel había disipado todas las dudas, y el mismo Santiago no sentía ya al parecer el cansancio y el abatimiento que habían dominado un instante su energía.

El terreno iba entretanto elevándose por una pendiente insensible; pero no aparecía cosa alguna á las miradas inquietas, y la línea del horizonte presentaba siempre la misma implacable rectitud.

Algunos Diemides, formando una especie de vanguardia, iban delante, á bastante distancia del grueso de la caravana, y su silueta se destacaba bajo el fondo del cielo. De improviso se les vió detenerse y hacer ademanes de gran asombro; uno de ellos se destacó muy pronto del pequeño grupo y volvió corriendo hacia Rugel y sus compañeros.

— Maestro — dijo, acercándose, — creo que hemos llegado al término de nuestro viaje.

Todos apresuraron el paso, y á los pocos instantes el espectáculo que tuvieron á la vista les arrancó un grito de asombro.

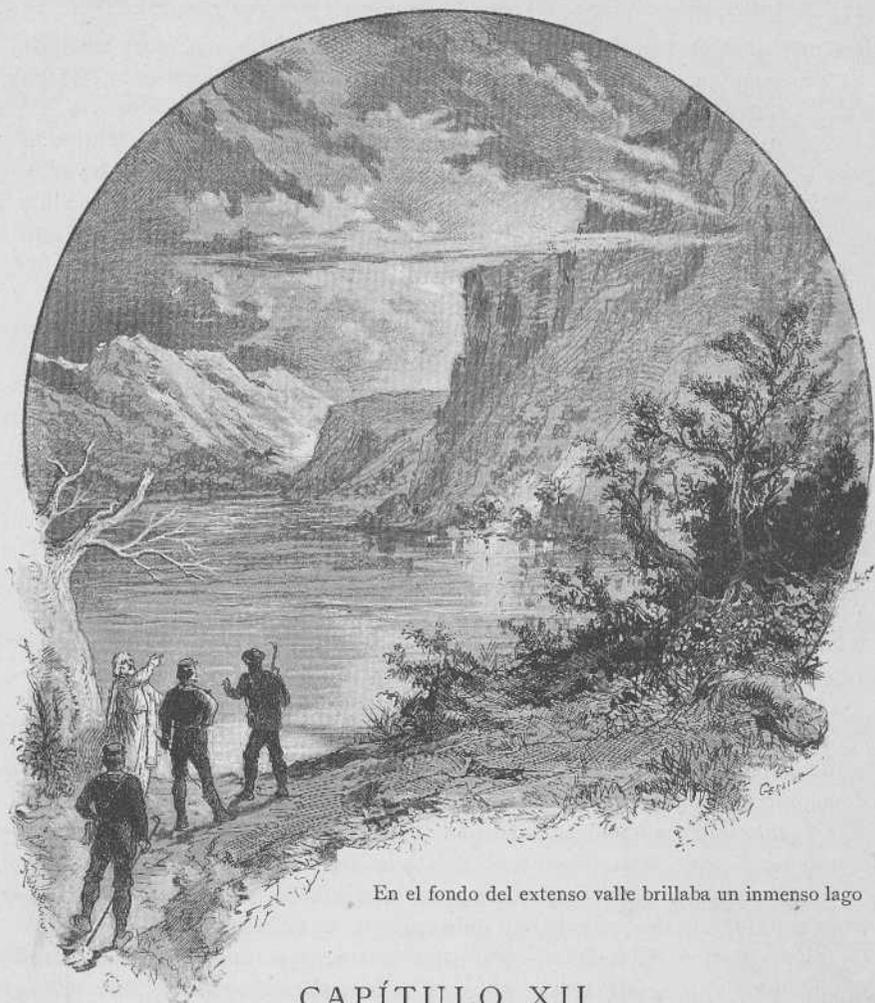
El desierto que acababan de atravesar formaba una inmensa meseta que á derecha é izquierda se extendía hasta perderse de vista, pero de la cual, sin embargo, se podía distinguir en lontananza la forma circular.

Delante de ellos se veía como una hoya enorme, en cuyo borde se habían detenido; apenas alcanzaban sus miradas á ver la otra orilla á lo lejos, y las pendientes, casi á pico, eran muy rápidas.

— ¡Oh prodigio! En aquella profundidad, mucho más abajo de la arista en que se agrupaban, veíanse como vapores en forma de nubes, sobre los cuales el sol lanzaba sus rayos, y hubiérase dicho que eran las olas, formadas por copos de nieve, de un mar inmóvil.

— ¡Nubes, verdaderas nubes! — exclamaron á la vez Marcelo, Santiago y lord Rodilan.

— Nuestras tradiciones no mentían — dijo Rugel; — la vida no se ha extinguido completamente en la superficie de nuestro mundo, y ahora vamos á explorar sus últimos vestigios.



En el fondo del extenso valle brillaba un inmenso lago

CAPÍTULO XII

EL VALLE MISTERIOSO

El descenso se efectuó sin demasiadas dificultades. La certidumbre de haber conseguido el objeto de su empresa, la singularidad del fenómeno que tenían á la vista, del que nada les había podido dar idea hasta entonces, y la esperanza de enriquecer la ciencia con nuevos descubrimientos, habían reanimado todos los corazones.

Cierto que en diversas ocasiones fué preciso franquear algunos pasos peligrosos, y que también se encontraron á veces pendientes rápidas, á lo largo de

las cuales era necesario deslizarse atados unos á otros, produciéndose numerosas caídas; pero no ocurrió ningún accidente funesto. ¿Qué era todo aquello para hombres que habían realizado tan audaz odisea?

A medida que se acercaban á la capa de los vapores que desde la altura les parecieron nubes, comenzó á sentirse la presencia de una atmósfera, muy enrarecida aún, pero cierta. La vista de los viajeros, que en la superficie de la Luna podía alcanzar distancias prodigiosas, no alargaba ahora tanto; los accidentes del terreno se destacaban con menos claridad, los contornos estaban esfumados y los colores eran menos vivos.

Al fin se llegó á aquel mar invisible que se había contemplado desde la altura.

De pronto, los viajeros se vieron rodeados como de una densa bruma de color blanco lechoso, bastante opaca para que no les fuese posible distinguir la menor cosa á dos pasos de distancia; sentíanse aislados unos de otros, como perdidos en un océano sin límites y sin fondo; no osaban mover un pie, no sabiendo á qué lado dirigirse y temerosos á cada momento de separarse de sus compañeros y no poder encontrarlos.

Fué preciso adoptar nuevas y minuciosas precauciones.

De orden de Rugel, las lámparas eléctricas se encendieron de nuevo; pero su luz, que por la bruma tomaba un color rojizo, no se percibía más que en un corto radio y solamente proyectaba en el suelo un resplandor dudoso.

Otra vez fué necesario atarse con cuerdas.

Dos de los Diemides más vigorosos se colocaron delante, y armados de picos debían sondear el camino, sin avanzar hasta haberse asegurado bien de que el suelo donde ponían el pie podía sostenerlos.

En semejantes condiciones no se podía bajar sino muy lentamente, y la capa de nubes que se debía atravesar tenía una densidad considerable.

Rugel explicaba á sus amigos que aquella misma densidad bastaba para tener la certidumbre de que hallarían debajo restos de vida vegetal.

— Esos vapores acumulados — dijo — que deben ser permanentes sobre la región inferior, forman como una gruesa cortina que, mientras el sol está en el horizonte, modera su calor tórrido, impidiendo, durante las largas noches lunares, que radie en el espacio el calor así acumulado. De este modo se establece una especie de equilibrio en la temperatura, sin el cual toda vida sería imposible.

A medida que penetraban más profundamente en aquella claridad pálida, en aquella atmósfera cuya densidad aumentaba de continuo, parecían que sus movimientos comenzaban á ser menos fáciles y libres, y su marcha más penosa.

Marcelo, que lo notaba, atribuyó con razón estos fenómenos á la presión que ejercía en la superficie de los aparatos de que iban revestidos la capa de aire ambiente en la cual penetraban; y pensó que como esta presión debía aumentar necesariamente á medida que penetraran más adentro, llegaría sin duda el momento en que aquel aire sería bastante denso para que pudieran respirarlo seres

humanos. Esta perspectiva, que se apresuró á poner en conocimiento de sus dos amigos, les colmó de alegría, pues por muchos servicios que les hubiesen prestado aquellos aparatos tan ingeniosos, pero tan delicados por su complicación, no les disgustaba desembarazarse de ellos algún tiempo para vivir un poco más humanamente.

Por fin salieron de la capa de nubes, como los dioses de Homero, que se muestran de improviso á las miradas sorprendidas de los mortales; pero allí no había nadie para presenciar su aparición súbita.

Hallábanse ahora en el flanco de una montaña donde se veían algunos escasos restos de vegetación. Varias plantas descoloridas, pero que presentaban notable analogía con los musgos y líquenes terrestres, extendíanse bajo sus pies, cubriendo la roca desnuda con una ligera capa de color verde amarillento. Las miradas de los viajeros distinguían más abajo arbustos achaparrados, con tallos nudosos y follaje descolorido, flora lánguida y mustia, á la que la atmósfera en que buscaba la vida no proporcionaba ya suficiente alimento.

En el fondo del extenso valle brillaba un inmenso lago, de aguas opacas, cuya superficie no rizaba la más leve brisa.

En sus orillas, flanqueadas por plantas acuáticas de un color verde más vivo, elevábanse algunos grupos de árboles, cuyos troncos cubiertos de musgo apenas tenían algún raro follaje en la copa.

En toda aquella naturaleza empobrecida la luz aparecía velada de un tinte uniforme y gris que ningún rayo de sol atravesaba, bastante análogo al de los días sombríos del invierno que en la Tierra preceden á las largas noches polares.

Aquel resto de vida, tan singularmente conservado en la superficie muerta de la Luna, era muy triste y melancólico; pero á Rugel y á los Diemides que le acompañaban parecíoles, sin embargo, delicioso y encantador. Comparado con las áridas regiones que acababan de atravesar, el contraste era tan asombroso, que embargó sus almas. Desde que abandonaron el observatorio, habían vivido en un medio donde todo era hostil é inhospitalario, y parecíales encontrar ahora un rincón de su planeta nativo tal como era en las antiguas edades, antes que las revoluciones del satélite obligaran á sus habitantes á refugiarse hacia el centro.

Marcelo y sus dos amigos experimentaban sensaciones muy diferentes.

Lo que predominaba en ellas era la alegría de haber resuelto, á costa de fatigas sin nombre, un problema que nadie hasta entonces hubiera creído ni siquiera abordable. Tenían ante sí, y esto en la parte para siempre invisible del satélite, una de esas depresiones en cuyo fondo los ojos de algunos astrónomos obstinados creyeron reconocer vestigios de vapores y de vegetación; pero la imaginación de Marcelo se elevaba á mucha mayor altura.

Lo que se desarrollaba á su vista era una de las últimas fases de la vida de un mundo. En aquel reducido rincón, donde á causa de circunstancias excepcio-

nales había sido más lenta la evolución de un planeta, presenciaba en cierto modo la agonía del astro.

Antes de llegar al estado de completo enfriamiento que reinaba en toda su superficie, el satélite de la Tierra había pasado por transformaciones sucesivas, y en un momento dado fué todo él semejante al mismo valle donde los últimos fulgores de la vida parecían á punto de extinguirse. Por la disminución del calor central y la lenta desaparición de las aguas y de la atmósfera, estas condiciones necesarias para la vida habían escaseado poco á poco; el frío lo invadió todo insensiblemente, y cuanto quedaba vivo aún acabó por desaparecer. Fué como un milagro ver este fragmento de mundo conservando su existencia, cual si se le hubiera olvidado en el momento de la destrucción universal.

Y fijando su pensamiento en la Tierra, se dijo:

«He aquí la suerte que también espera á nuestro planeta; dentro de algunos miles de siglos, también verá terminarse la evolución cuyo principio presenciarnos hoy. Al mismo tiempo que el fuego central vaya disminuyendo, el sol que ilumina y caldea la superficie de la Tierra se debilitará; y los hielos polares se extenderán, encerrando á la raza humana en un espacio cada vez más reducido. Con el tiempo la vida se concentrará en una estrecha lengua de tierra á lo largo del ecuador, y los restos de la humanidad, no teniendo, como los habitantes de la Luna, el recurso de refugiarse en las entrañas del globo, perecerán miserablemente, maldiciendo la Tierra, que ya no puede alimentarles, y maldiciendo también el cielo avaro que les rehusará toda luz y todo calor.

Entretanto los viajeros habían acabado de bajar la ladera de la montaña y llegaban al fondo del valle.

Todos tenían prisa por desembarazarse de los aparatos que les aprisionaban hacía tanto tiempo, y querían respirar el aire libre; pero no se debía dejar nada á la casualidad.

Gracias á la previsión de Rugel, habían llevado en los bagajes instrumentos de precisión que los Diemides tenían bajo su custodia, y desde luego se consultaron.

El barómetro metálico indicaba una presión de quinientos veintiocho milímetros, inferior aún á la de la ciudad de Quito en la Tierra; y en cuanto el termómetro centígrado, señalaba 3°,4.

Sin duda era una temperatura algo baja; mas, á pesar de esto, soportable; siendo evidente, sin embargo, que durante la noche de trescientas cincuenta y cuatro horas debía descender considerablemente, paralizando el movimiento de la vida.

Estos resultados eran satisfactorios, y obedeciendo la orden de su jefe, los Diemides se despojaron de su pesado traje.

Marcelo, Santiago y lord Rodilan no habían esperado aquella orden, en su afán de recobrar la holgura de sus movimientos y el libre uso de la palabra.

— ¡Ah! — exclamó lord Rodilan, esperezándose con delicia y aspirando ansio-

so aquel aire que le parecía tan dulce, — ¡qué felicidad es respirar á gusto! Ya comenzaba yo á cansarme de esa atmósfera artificial, con la que debemos contentarnos desde que emprendimos la marcha. ¡Aire químico, alimento químico! Seguramente todo esto es muy bueno, pero me disgusta mucho, y si alguna vez vuelvo á la Tierra, profesaré un odio mortal á la química, á todos sus adeptos y á todas sus invenciones.

— No hable usted tan mal de la química, querido lord — replicó Marcelo sonriéndose, — pues sin ella, ni usted ni yo estaríamos aquí, y seguramente sentiría usted no habernos seguido hasta el fin en un viaje tan fecundo en asombrosos descubrimientos.

Los Diemides se habían diseminado por las riberas del lago, cuya orilla opuesta apenas se distinguía en lontananza; al parecer tenía mediana profundidad, y todo el país de los alrededores era uniforme y llano.

Las fuerzas de la naturaleza habían obrado allí: las lluvias y las aguas corrientes, arrastrando sin cesar hacia la parte más baja del valle las partículas friables, habían elevado poco á poco el fondo, y no quedaba más que una ligera capa líquida, que la evaporación disminuía incesantemente y que no tardaría en desaparecer.

Por todas partes reinaba el silencio; no se oía ningún canto de ave, ni el rumor de animales sorprendidos; á excepción de los vegetales languidecientes que se marchitaban en aquel rincón destinado á la muerte, nada parecía vivo allí.

A cierta distancia divisábase un bosque de bastante extensión, hacia el cual se dirigieron los viajeros. El suelo que pisaban estaba cubierto de una hierba corta y ruda, la cual crecía como á pesar suyo en la escasa capa de tierra que resistía aún á todas las causas destructoras.

Penetraron en el bosque; la luz era allí más sombría y opaca que fuera, y el aspecto de aquella espesura, extraño, melancólico y lúgubre, producía en el alma un profundo sentimiento de tristeza. No se veían esos arbustos, esa hojarasca y esos matorrales que se forman en los bosques de la Tierra, poblados de tantas esencias diversas en un fondo tan agradable á la vista; los troncos negruzcos elevábanse rígidos y desnudos y asemejábanse bastante á una especie de coníferas que cubren las laderas de las montañas terrestres. Solamente hacia la copa algunas ramas tenían escaso follaje.

Bajo aquella cúpula de verdura sentíase un frío húmedo y penetrante, y todos deseaban ya salir de allí.

Franqueado el bosque, los viajeros se encontraron en las orillas de un arroyo que se deslizaba por un lecho de cieno sin dejar oír el alegre murmullo que induce tan suavemente á la meditación cuando después de un caluroso día de verano agrada respirar en el campo la brisa embalsamada de la tarde.

Aquel arroyo descendía de una angosta cañada formada al parecer en un repliegue del terreno. Mientras Rugel y sus tres amigos se echaban sobre la hierba á fin de reposar un poco, enviaron varios Diemides á la descubierta.

— Ya hemos llegado — decía Marcelo á Rugel — al punto que nos proponíamos, y vemos que las antiguas leyendas de ustedes son exactas; de modo que nos será dado anunciar á los sabios lunares á quienes el problema interesaba la certidumbre de que, si aún subsiste en este fondo perdido de la superficie lunar un resto de vida, este vestigio está próximo á desaparecer, con lo cual la muerte extenderá muy pronto su sombrío imperio por todas partes. ¿Cuáles son ahora los proyectos de usted, amigo mío? ¿Se propone que permanezcamos largo tiempo aquí?

— Sin duda necesitaremos — contestó Rugel — un espacio de tiempo bastante largo para recorrer toda esta región, estudiar su relieve y recoger algunas muestras de su flora expirante.

— ¿Pero cuáles pueden ser, á juicio de usted — preguntó lord Rodilan, — las dimensiones de este extraño valle?

— Difícil es apreciarlas exactamente — contestó Rugel; — pero en cuanto es posible juzgar por la curva de esa especie de acantilado que le encierra por todas partes, el valle, de forma oblonga, tiene en mi concepto de quince á veinte de las leguas terrestres en su mayor diámetro.

— Uno de nuestros departamentos franceses — dijo Santiago — apenas cabría en él, y no es probable que la exploración que hiciéramos nos reservara grandes sorpresas. No hay aquí ningún accidente de terreno algo importante, ni montañas, ni grandes corrientes de agua, ni vastos bosques; no hemos encontrado hasta aquí ningún vestigio de vida animal, y sin duda se llegará muy pronto al término de nuestras investigaciones. Para volver á nuestro punto de partida, por otra parte, hemos de sufrir largas fatigas, y á pesar de la fuerza de resistencia de que hemos dado pruebas hasta aquí, creo que sería oportuno permanecer en estos lugares el tiempo suficiente para reparar nuestras fuerzas, á fin de que nos sea dado soportar las pruebas que nos esperan.

— Eso es hablar juiciosamente — dijo lord Rodilan; — el sitio me agrada, y si tan sólo pudiese cazar liebres y becadas, me acomodaría en él de buena voluntad.

— ¡Incorregible glotón! — dijo Marcelo, — siempre será usted esclavo de la materia y no sabrá hacerse superior á esas vulgares necesidades, á esos goces ordinarios que embotan el alma y la alejan de la contemplación de lo ideal.

— Habla usted con mucho aplomo, querido Marcelo — replicó lord Rodilan, — y nada le cuesta echarla de indiferente respecto al alimento; pero yo quisiera ver á usted ante uno de esos pasteles de venado que tienen tan buen aroma y un gusto tan sabroso. La boca se me hace agua no más que al pensar en ello. ¡Lo ideal, lo ideal! Es muy bonito sin duda; pero eso de oprimirse el vientre vacío no tiene nada de lisonjero. Después de una buena comida, cuando mi estómago está satisfecho y algunas copas de vino generoso me han calentado la sangre; cuando lo veo todo de color de rosa, me hallo dispuesto á dejar que mi imaginación se explaye por los espacios céruleos; mas cuando estoy en ayunas, todo mi ideal se reduce á disfrutar de una buena comida.

Marcelo y Santiago no pudieron menos de reirse al oír esta contestación. Rugel miraba al inglés con cierto asombro.

— Veamos — repuso Santiago, — ¿no ha envidiado usted nunca la condición de nuestro amigo Rugel y de aquellos que, como él, están libres del cuidado, siempre penoso, de reparar por el alimento las fuerzas del cuerpo? ¿No ha admirado usted hasta qué punto su imaginación, libre de esas preocupaciones, podía ser más sutil y más clara? Han alcanzado ese grado de perfección que la sabiduría de nuestros antiguos previó: no tener necesidades, no verse obligados á trabajar para satisfacerlas, y no sufrir cuando se contrarían.

— ¡Ah, no! — replicó lord Rodilan. — ¿No consiste todo el encanto de la vida en la facultad de aumentar el número de goces, y no es aquel que tiene más necesidades el que al satisfacerlas todas puede obtener la mayor suma de placeres? Chistoso es que condene usted los míos; pero ¿qué hacéis vosotros mismos cuando os apasionáis por la ciencia, cuando os gastáis en esfuerzos para enriquecerla con alguna nueva conquista ó algún descubrimiento imprevisto? Os habéis creado necesidades ficticias y agotáis vuestra vida para satisfacerlas. Uno de vuestros sabios ha dicho: «El hombre debe vivir de conformidad con la naturaleza.» Ahora bien: la mía quiere que yo coma y beba, y no me inclina de ningún modo á saber lo que pasa en Saturno ó en Júpiter; de modo que estoy más cerca que vosotros de la verdadera sabiduría.

Santiago se rió sinceramente.

— He aquí — dijo Marcelo — una aplicación del todo imprevista de la máxima de los estoicós; y el viejo Zenón quedaría seguramente muy sorprendido al verse alistado así bajo la bandera de Epicuro. Pero diga usted, querido lord, hombre material, ¿no ha pensado nunca en distinguir entre las necesidades nobles del alma y los apetitos del cuerpo?

— ¡Bah, bah! — exclamó lord Rodilan, — no conozco ninguna máxima filosófica que valga lo que una buena tajada de *roastbeef* y una botella de vino, cuando se tiene buen apetito.

Rugel había escuchado atentamente esta discusión.

— No soy competente — dijo — para intervenir en este debate, puesto que, en su sabiduría soberana, el Autor de todas las cosas simplificó para nosotros las condiciones de la vida material; pero me parece que esas alegrías que tanto echa de menos nuestro amigo, y que yo no podría apreciar, puesto que no las conozco, no merecen que se lamente tanto su falta. Si puedo juzgar por lo que sé de vuestra manera de vivir y de la organización de vuestras sociedades terrestres, la satisfacción de estas necesidades no se realiza para los más de los habitantes de vuestro planeta sin esfuerzos y sufrimientos de toda especie, y lo que llamáis la lucha por la existencia lleva en sí, á mi modo de ver, más tristezas y amarguras que verdaderas alegrías. Es comprar muy caro, en mi concepto, algunos placeres de corta duración, y si se comparan con los puros goces del espíritu, la elección no podría ser dudosa.

Así hablaban cuando vieron volver á varios de los Diemides que habían remontado el curso del arroyo.

Sus fisonomías expresaban singular turbación.

— Maestro — dijo uno de ellos, — no estamos solos en este valle, pues acabamos de ver un ser humano.

CAPITULO XIII

LA ÚLTIMA FAMILIA

Todos se habían levantado á la vez y rodeaban al Diemide, que se expresó en estos términos:

«Hemos remontado durante algunas horas el curso de ese arroyo, y acabábamos de dar la vuelta á la eminencia que desde aquí ven ustedes, cuando nuestras miradas se fijaron en un espectáculo imprevisto. A cierta distancia de la orilla y en un lado de la colina, vimos un montón de piedras, que al pronto nos pareció un desprendimiento de rocas; mas al acercarnos reconocimos que eran los restos de una construcción evidentemente erigida por manos humanas, pues había paredes regulares y aberturas simétricas. El conjunto estaba en parte destruído; los techos se habían derrumbado, y sus escombros cubrían el suelo. Algunas plantas silvestres crecían en medio de aquellas ruinas, largo tiempo abandonadas.»

»Este descubrimiento nos había impresionado profundamente: era indudable que algunos seres humanos habían vivido mucho tiempo en aquellos lugares, que hasta entonces creíamos inhabitables, y nos preguntábamos desde cuándo habrían desaparecido los últimos representantes de aquella raza olvidada. Avanzábamos siempre, y los vestigios de una vida anterior eran más numerosos; otras paredes ruinosas, otras viviendas devastadas aparecían á nuestros ojos, y hasta algunas veces nuestros pies tropezaban en el suelo con algunos fragmentos, fáciles de reconocer, de objetos que debían haber servido para los usos de la vida. Nuestra emoción iba en aumento, y avanzábamos vacilantes y turbados en medio de aquellos residuos de una época pasada que parecía reciente aún, cuando de repente nos detuvimos mudos de estupor. A cierta distancia de nosotros veíase un ser humano; apoyado en un lienzo de pared, manteníase inmóvil y parecía extraño á todo cuanto le rodeaba; vestía un traje obscuro, de tejido muy grueso, y su silueta se destacaba claramente sobre la blancura de la piedra.

»Ningún rumor anunció nuestra aproximación; no nos había visto ni oído; poseídos de asombro, le contemplábamos sin atrevernos á dar un paso, cuando de pronto el desconocido se irguió, y sin volver la cabeza hacia nosotros, perdióse de vista casi súbitamente. Todo esto fué tan rápido, que apenas nos atre-

víamos á creer en el testimonio de nuestros ojos. Algunos de mis compañeros querían lanzarse en su persecución; pero yo les detuve, deseoso de informar antes á usted sobre este descubrimiento para que decidiera lo que conviene hacer.»

Este relato produjo en Rugel y en sus tres amigos una especie de estupefacción. Varias reflexiones, llenas de ansiedad y de esperanza, cruzaron tumultuosas por su mente.

¡Cómo! ¿Aún sobrevivían allí restos de la raza de los hombres? ¿Les sería dado hallar descendientes de las antiguas edades, milagrosamente conservados en la superficie de aquel mundo, donde todo parecía haber muerto? ¿Qué podían ser aquellos vestigios de la humanidad lunar reducidos á vivir en tan mísera condición? ¿En qué estado les encontrarían? ¿Habían conservado algo de la cultura intelectual y de la civilización de otro tiempo? ¿Se ocupaban, por el contrario, en defenderse contra las fuerzas de la naturaleza que los oprimía, volviendo casi á la primitiva barbarie?

Una angustiosa emoción agitaba el alma de los exploradores; un nuevo interés se presentaba á sus ojos.

Mientras creyeron desiertos los lugares donde les condujera su espíritu aventurero, no habían podido desechar la impresión de tristeza que les infundían; mas ahora todo se animaba. Seres semejantes á ellos vivían allí; era preciso verlos, oír de su propia boca la historia de aquel pasado misterioso á través del cual se había prolongado su existencia, y arrancarlos tal vez á la muerte que los amenazaba.

— Es preciso encontrar á ese hombre á toda costa — exclamó Marcelo; — sin duda no está solo, y si se hallan allí algunos de nuestros semejantes: nuestro deber es salvarlos.

— Sí — dijo Rugel, — y si este viaje, que sólo hemos emprendido para satisfacer una curiosidad científica, debiera terminar por un acto humanitario, siéndonos posible librar de la miseria y de la muerte á algunos de nuestros hermanos, tendríamos en ello la más hermosa recompensa de nuestros esfuerzos y fatigas. ¿No es vuestra opinión esta? — preguntó, volviéndose hacia Santiago y lord Rodilan.

Por toda contestación Santiago estrechó la mano de Rugel.

— ¡Oh! En cuanto á mí — repuso lord Rodilan, — no me ha sido dado con frecuencia en mi vida hacer mucho bien; mas puesto que se presenta oportunidad de hacer una buena acción, la aprovecharé de muy buena gana. Esto me cambiará un poco.

— Siempre está usted dispuesto á calumniarse — contestó Marcelo; — pero ya sabemos que vale usted tanto como el mejor de nosotros. Vamos allá sin detenernos.

Eligieron algunos de los Diemides más listos y vigorosos, pues ignoraban cuánto tiempo y en qué radio se extenderían las pesquisas, y el resto de la comitiva debió acampar en las orillas del arroyo para custodiar los bagajes.

Guiados por el Diemide, cuyo informe les había impresionado tanto, Rugel y sus tres compañeros emprendieron la marcha.

Muy pronto llegaron al paraje donde se había visto al habitante de aquel salvaje país, y los viajeros atravesaron las ruinas de lo que habían sido viviendas humanas, de las cuales no quedaban ahora más que vestigios diseminados. En cualquiera otra circunstancia, se habrían detenido para explorar aquellos recuerdos de los tiempos pasados; pero un interés más poderoso les animaba: urgíales averiguar qué eran aquellos seres humanos que sobrevivían así, contrariamente á todo cuanto se podía esperar, á la agonía de un mundo.

Mas, por mucha que fuese su impaciencia, pensaron que era necesario no avanzar sin muchas precauciones, pues ignorábase con qué seres iban á encontrarse; bueno era estar en guardia contra las sorpresas, y debía temerse también que aquellos habitantes desconocidos se asustasen. Convenía hacer lo posible para acercarse á ellos sin que se alarmaran y también sin que hubiese nada que temer por su parte.

Habían pasado de aquella especie de pueblo destruído, y avanzaban á la descubierta, siguiendo el fondo de un estrecho valle, en cuya extremidad la llanura parecía tener mayor anchura, cuando de pronto vieron salir de una pequeña arboleda, á su derecha, un hombre que iba encorvado bajo el peso de una carga de leña.

Todos se detuvieron.

— ¡Es él! — exclamó el Diemide.

Pero el desconocido los había visto ya.

Dejando caer á sus pies el fardo que llevaba, permaneció de pie, inmóvil y como helado de estupor.

Rugel hizo seña á sus compañeros para que no se adelantasen, y él solo avanzó lentamente hacia el extranjero.

Este último no había hecho ni un solo movimiento; sus ojos, muy abiertos por el terror, estaban fijos, y su rostro expresaba como un espanto supersticioso.

Sin duda se preguntaba si aquellos hombres, aparecidos tan repentinamente, no serían seres celestiales, llegados para apresurar la última hora de aquella lenta destrucción; y sus miembros temblaban convulsivamente.

Rugel se había adelantado hasta tocarle.

Era un hombre que parecía tener de treinta á treinta y cinco años; en su rostro pálido y demacrado veíase la huella de largos sufrimientos; sus ojos inteligentes parecían velados de tristeza; sus labios oprimidos no se entreabrían al parecer jamás para sonreír; y bajo su traje, de un tejido muy tosco, adivinábanse miembros enflaquecidos, aunque robustos aún.

— Hermano mío — le dijo Rugel, — el Espíritu Soberano ha permitido que llegásemos hasta aquí para librarte de la suerte que te amenaza. Regocíjate, porque tus males van á concluir.

El desconocido no comprendía al parecer.

Poseído de emoción, se había arrodillado y murmuraba como una vaga plegaria.

En las palabras que pronunciaba, Rugel reconoció, con gran sorpresa suya, un antiguo idioma que en otro tiempo hablaban los habitantes de la Luna, cuando vivían en la superficie del planeta, y que en desuso hacía largo tiempo, no era estudiado ya por los sabios sino como lengua muerta.

Rugel estaba familiarizado con este lenguaje de los antiguos tiempos, y sirvióse de él para tranquilizar al hombre á quien su presencia intimidaba tanto.

— No temas nada — le dijo, — no somos seres bajados del cielo para hacerte daño, sino humanos, como tú. Venimos, á través de mil peligros, de las lejanas regiones donde viven aún, en la seguridad y la abundancia de todos los bienes, los restos de esa humanidad que en otro tiempo vivió en este mundo condenado hoy á la muerte. Para tí somos amigos y hermanos y puedes hablarnos sin temor. ¿Eres tú el único representante de la raza olvidada en este valle perdido? ¿Tienes compañeros y familia? La salvación es lo que te traemos.

Mientras Rugel hablaba así, el rostro del desconocido se había serenado, y ahora iluminábale una expresión de alegría profunda. Por lo pronto se tranquilizó al oír al recién venido hablar la lengua que le era familiar, y en su corazón renació la esperanza.

— Extranjero — dijo, — no sé aún cómo ni por qué has penetrado con tus compañeros en estos lugares, á los que la muerte impide á todos acercarse; pero el sonido de tu voz y la expresión de tus facciones me inspiran confianza. Tienes á tu presencia uno de los individuos de la última familia que aún habita estas soledades. Mi padre, mi hermano, una hermana muy joven y yo somos todo cuanto queda de una humanidad numerosa y próspera en otro tiempo. Destinados á morir pronto, esperamos resignados el momento de ir á reunirnos con aquellos que amábamos y que nos han precedido en la tumba; pero vuestra llegada ha hecho renacer en mi corazón esperanzas á que no osaba entregarme.

Decía todo esto con voz melancólica y dulce, y Rugel se admiraba de hallar en aquel ser desheredado tal nobleza de sentimientos y tan firme conformidad con la suerte fatal á que estaba condenado.

— Cuente usted con nosotros — le dijo; — haremos todo lo posible para salvarles.

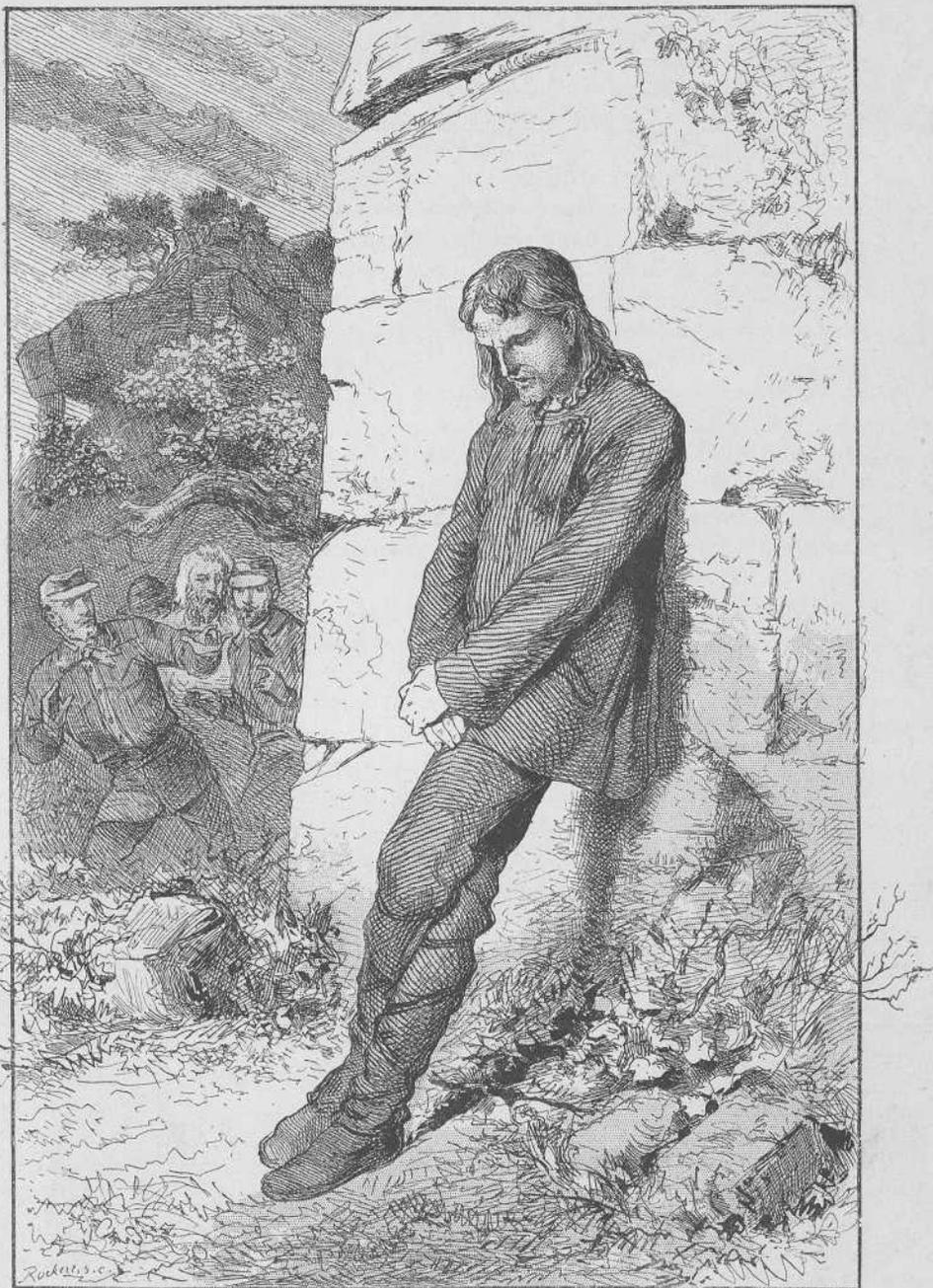
A una señal suya, Marcelo, Santiago y lord Rodilan se habían acercado.

— He aquí mis compañeros — continuó Rugel; — así como yo, están resueltos á librar á usted y á los suyos de una triste situación. Condúzcanos á presencia de aquellos que le son caros.

El extranjero los miraba enternecido, con los ojos velados de lágrimas.

— ¡Oh! — murmuraba, — ¿me será dado creer en días mejores para aquellos á quienes amo? ¡Gracias les doy por hacer brillar en nuestras tinieblas un destello de esperanza!

Ninguno de los que allí estaban conocía la lengua del desconocido; pero



A cierta distancia de nosotros veíase un ser humano

Rugel les servía de intérprete, y ante las pruebas de simpatía que le prodigaban, su rostro expresó una alegría que hacía largo tiempo dejó de conocer.

— Antes de introducir á ustedes en nuestra vivienda — dijo, — permítanme avisar á los míos. Mi padre está agobiado por la edad, y mi hermana, endeble y delicada, es como una planta que florece tristemente en este país desolado, por lo cual una emoción demasiado viva, ó una repentina alegría, podrían serle funestas. Síguenme ustedes, y se detendrán á cierta distancia del lugar donde habitamos; entraré solo, y les llamaré cuando los haya preparado para la visita.

Mientras que, obedeciendo la orden de Rugel, los Diemides se detenían para esperarles, continuaron la marcha y desembocaron en una llanura bastante extensa.

El desconocido les señaló á lo lejos una colina de mediana elevación que cerraba el horizonte.

— Detrás de ese otero — dijo — se halla la vivienda que contiene todo cuanto queda de nuestra triste humanidad.

Y mientras que caminaban así, les refirió cómo hacía varias generaciones que la vida iba disminuyendo en aquella especie de prisión, de la cual estaban condenados á no salir más.

— En otro tiempo — dijo — nuestros antecesores vivían allí en paz, aislados del resto del mundo, y no teniendo muchas necesidades, llevaban una vida tranquila, sin sospechar lo que pasaba á su alrededor. Poco á poco, sin embargo, y por lentos é insensibles cambios, las condiciones de la existencia llegaban á ser más duras: el aire parecía perder algo de sus propiedades vitales, el agua disminuía en nuestros valles, la temperatura bajaba, y durante nuestras largas noches el frío comenzaba á ser de todo punto intolerable. Aquellos cuya complexión era menos robusta fueron los primeros en desaparecer; los pueblos perdían sus habitantes, el número de familias iba decreciendo, y muy pronto fué imposible no reconocer que estábamos condenados á un fin próximo. No sabiendo á qué causa atribuir tales desastres y tal ruina, nuestros padres pensaron en abandonar los lugares donde habían vivido y trasladarse á regiones más hospitalarias; mas no había medio de evadirse. Cuando hubimos subido, después de algunas horas de marcha, á los montes que nos rodean, el aire faltó completamente á nuestros pulmones agotados; trepar á mayor altura era entregarse á una muerte inevitable y pronta; se hacía preciso bajar de nuevo y resignarse á un fin lento é ineludible.

En tiempo de la juventud de mi padre, aún existían en estos países des poblados dos ó tres familias que luchaban penosamente contra la destrucción: mi padre las vió desaparecer una tras otra, y nosotros somos ahora los únicos que sobreviven. Yo he visto morir á mi madre, víctima de este desapiadado clima y desesperada al pensar que aquellos á quienes amaba morirían como ella miserablemente.

A medida que hablaba, Rugel traducía á sus compañeros las palabras del

desconocido y todos tenían el alma angustiada por el relato de aquellos largos padecimientos; su corazón rebosaba ternura, y felicitábanse de haber podido llegar á tiempo para sustraer á la muerte á las deplorables víctimas á quienes su destino parecía haber señalado con un sello fatal.

Habíase atravesado la llanura y ya llegaban al pie de la colina. El desconocido rogó á los que le acompañaban que le esperasen breves momentos. Santiago no podía reprimir apenas la emoción que le causaba aquella angustiada miseria.

El mismo lord Rodilan estaba sumamente impresionado.

— ¡Ah, pobre gente! — exclamó. — ¿Pero cómo los antecesores de usted han podido olvidar, amigo Rugel, á esos infelices, cuando se refugiaron en las cavernas que hoy habitan? ¡Qué descuido tan punible!

— Amigo mío — contestó Rugel, — la humanidad lunar no abandonó de una vez y toda al mismo tiempo la superficie de nuestro globo. Lentamente, poco á poco, se efectuó nuestra emigración subterránea. Muchas generaciones se sucedieron antes que aquélla concluyese, y sin duda los que se obstinaron más tiempo en vivir á la luz del día, no cediendo sino con pesar á una necesidad imperiosa, ignoraban la existencia de los que dejaban tras sí. En las tradiciones que han llegado hasta nosotros no se hace mención alguna de todas esas familias olvidadas, y crea usted que, á no ser por esto, lo habríamos intentado ya todo para asegurar su salvación.

El desconocido volvía presuroso.

— Vengan ustedes — les dijo, — los míos les esperan ya como libertadores.

Al revolver la colina vieron una construcción pesada y sólida cuyo buen estado de conservación contrastaba con las viviendas ruinosas que había alrededor: gruesos muros, destinados á proteger á los habitantes de los rigores del frío, formaban el recinto; la puerta era baja y las ventanas estrechas; parecía una guarida, donde se resguardaban contra las amenazas de la naturaleza hostil los tres seres desanimados que parecían no esperar ya de la vida nada bueno.

A la luz vacilante de un hogar donde acababan de consumirse algunos troncos de árboles, vieron tendido á medias sobre un mísero lecho un anciano de larga barba blanca, completamente calvo y que parecía mover con dificultad sus enflaquecidos miembros. De pie junto á él, estrechándole las manos, veíase un joven de expresión enérgica, que parecía tener unos veinticinco años, y una joven de cabello rubio y facciones regulares, cuyo rostro, de palidez enfermiza, se había coloreado ligeramente al acercarse los recién llegados: parecía no haber entrado aún en el período de la adolescencia.

Los dos fijaban en Rugel y sus amigos ávidas miradas; la esperanza, hacía largo tiempo perdida, reanimaba sus corazones.

— Benditos sean ustedes, quienesquiera que fueren — dijo el anciano con voz temblorosa, haciendo un esfuerzo para incorporarse, — porque ustedes hacen brillar en nuestra noche un rayo de la aurora. Moriré feliz si al expirar puedo

tener el consuelo de pensar que esos hijos á quienes amo se librarán de la muerte que les amenaza.

Y los dos jóvenes alargaban hacia Rugel sus manos suplicantes.



Vieron tendido á medias sobre un mísero lecho...

– No morirá usted, padre mío – dijo Rugel; – le sacaremos de ese lugar maldito y vivirá largos años para ver la felicidad de los suyos.

– Mis días están contados – replicó el anciano; – y aunque pudiese, no abandonaría la tierra donde reposan mis antecesores: quiero dormir el último sueño

junto á la que fué la compañera de mi vida. Que se vayan esos jóvenes, si ustedes tienen medios para conducirlos; se hallan en la flor de su edad y el porvenir les pertenece.

Al oír estas palabras, el rostro de ambos jóvenes había tomado una expresión lúgubre y los ojos de la niña se velaban de lágrimas.

El estado del viejo, debilitado por largos padecimientos, apenas permitía á Rugel pensar en llevarle consigo; no se hallaba en situación de soportar las fatigas de semejante viaje, é imponérselas habría sido una crueldad inútil.

Por lo demás, la vida le abandonaba poco á poco; nadie podía hacerse ilusiones sobre su estado y llegaba al término de su triste existencia.

Transcurrieron algunos días.

Los Diemides más activos é inteligentes quedaron encargados de explorar toda la región para reconocerla con exactitud. Rugel y sus tres amigos no habían querido abandonar á los infelices tan milagrosamente encontrados, y acababan de instalarse en la morada donde su vida hubiera terminado á no recibir auxilio.

En sus largas conversaciones á la cabeza del lecho del anciano moribundo, referían á sus nuevos amigos cómo la humanidad lunar, ahuyentada de la superficie del globo, había encontrado asilo en las inmensas cavernas del interior. Les dieron á conocer aquel mundo nuevo, algo artificial, en donde vivían, describiéndoles los progresos de sus artes y de sus ciencias y haciéndoles una risueña pintura de la existencia feliz y tranquila que los esperaba. Asegurábanles un porvenir libre de cuidados y les hacían esperar amigos y una familia.

El anciano, comprendiendo que la vida le abandonaba poco á poco, sonreía ante aquellos cuadros encantadores y su alma se llenaba de alegría al pensar que sus hijos podrían contar aún largos días de felicidad, reviviendo en sus descendientes.

CAPITULO XIV

EL FIN DEL VIAJE

Los recién venidos, á pesar del vigor de su constitución, comenzaban ya á sentir las funestas influencias de la región empobrecida donde habitaban hacia algún tiempo. Su respiración no era tan fácil, sus fuerzas disminuían, y era necesario apresurarse á salir de aquel lugar nefasto.

Solamente lord Rodilan no parecía afectado por el principio de consunción que sus compañeros experimentaban. Un cambio bastante imprevisto se había producido en él, y sentíase vivamente conmovido por el encanto de la delicada niña en cuya presencia le había puesto la casualidad. Aquel rostro de facciones tan regulares y puras; aquellos grandes ojos de un azul cambiante, cuya expresión, de ordinario melancólica y triste, los hacía brillar á veces de improviso, como los de un alma que protesta contra una suerte injusta y cruel; aquellos largos cabellos de color rubio ceniciento, y aquel cuerpo esbelto y flexible que se anquilaba en medio de un clima tan inexorable, todo esto le había producido una impresión que á él mismo le asombraba.

Había experimentado una compasión desconocida por aquella niña tan joven, que tanto había sufrido ya; el afecto comprimido en su alma se había declarado bruscamente, despertándose en su corazón una facultad de amar que no conocía, y sentíase atraído hacia aquella niña por un sentimiento de ternura completamente paternal. Prodigábale las mayores atenciones; parecía tener empeño en anticiparse á sus deseos, evitándole toda fatiga; y con algunas palabras que había aprendido de la lengua de la joven, esforzabase en hacerla vislumbrar un porvenir mejor. Esta simpatía no le pasó inadvertida á la joven; y con el seguro instinto de los seres débiles, que tan bien saben conocer quién les ama, buscaba la sociedad de su nuevo amigo.

A él recurría en toda circunstancia, y en su brazo se apoyaba con la mejor voluntad en las excursiones que hacían para formar idea completa de aquel extraño país antes de abandonarlo.

El cambio sobrevenido en el modo de ser de su compañero no dejaron de notarlo Santiago y Marcelo, los cuales sonreían al ver cómo se humanizaba

así por aquella frágil criatura el hombre á quien conocieron tan frío, tan entero é insensible.

Solamente la situación desesperada del anciano retardaba la marcha de Rugel y de los suyos; pero muy pronto se comprendió que su última hora sonaría en breve y que no le quedaban sino algunos instantes de vida; él mismo conocía que su muerte estaba próxima, y la esperaba sin temor.

— Me han dado ustedes una alegría que jamás hubiera osado esperar — dijo, dirigiéndose á Rugel y á sus tres amigos. — Su valor y su audacia les han conducido, á través de mil peligros, hasta estos tristes lugares, para llevar á cabo una obra de salvación. Muero tranquilo, porque sé que gracias á ustedes esos niños se salvarán; yo se los confío, y expiraré bendiciéndoles. ¡Que el Espíritu Soberano vele sobre ellos y ustedes!

Todos estaban conmovidos; la joven y sus hermanos sollozaban.

La muerte del anciano había dejado en todas las almas una impresión de tristeza. Habíase llamado á todos los Diemides, que se habían quedado á alguna distancia, y en medio de un cortejo que hacía largo tiempo no se había visto en aquellas ruinas y soledades, el cadáver fué conducido á su última morada.

Se le dió sepultura en el modesto cementerio donde él mismo había abierto la tumba de sus antecesores. Un monumento de piedras toscamente cortadas señalaba el sitio donde dormía la que había participado de las angustias de su existencia.

Se le colocó junto á estos despojos venerados, y la losa de aquel sepulcro, último que se debía abrir en aquella tierra abandonada, quedó sellada para siempre.

La desesperación de los dos jóvenes y de su hermana era muy grande, y aunque comprendiesen que no podían retardar más tiempo su marcha sin peligro para sí propios, parecíales que no les era posible arrancarse de los lugares donde tanto habían sufrido, donde reposaba ahora aquel que tan tiernamente les amó.

Sin embargo, era preciso partir.

Hacía ya más de cuatro meses que los viajeros habían salido del observatorio; Marcelo, Santiago y lord Rodilan no perdían de vista su regreso á la tierra, y deseaban no retardar la época.

Desde algún tiempo antes, y en previsión del largo viaje que debían efectuar, los últimos sobrevivientes de aquel mundo destruído se habían iniciado en el uso de los aparatos de que les era preciso servirse. Rugel, en efecto, iba provisto, para el caso de accidentes siempre posibles, de varios aparatos suplementarios que figuraban entre los bagajes.

Era costumbre de los habitantes de la Luna, cuando emprendían alguna excursión por la superficie privada de atmósfera, de proveerse así de todas las

máquinas necesarias para atender á los casos imprevistos; y su manera de proceder era muy sencilla.

Apenas se manifestaba alguna avería en cualquiera de ellas, aquel que la llevaba era revestido al punto de una especie de tiendecilla herméticamente cerrada é impermeable, que dilatándose con el aire que él introducía, producido por



Se le colocó junto á estos despojos venerados

los numerosos depósitos que los Diemides llevaban, ofrecía espacio suficiente para que se pudiera retirar el aparato amenazador á fin de revestir otro.

Había llegado el momento de marchar.

Para trepar por las pendientes de aquel circo inmenso se eligió el sitio donde la cuesta era más suave. Rugel se preocupaba de economizar las fuerzas de la frágil criatura que llevaba consigo y que lord Rodilan había tomado decididamente bajo su protección.

Antes de llegar á la capa de nubes, ó sea en el momento en que el aire co-

menzaba á ser irrespirable, cada cual se puso el aparato de viaje, y á pesar de su pena, la joven no pudo menos de sonreirse al verse equipada así.

Desembocaron en la cima de los acantilados, un poco al Norte del sitio por donde se había efectuado el descenso, y avanzaron en dirección Oeste. Primeramente fué necesario franquear las vastas llanuras desoladas que formaban las mesetas superiores, y cuya travesía fuera tan penosa para los viajeros; pero ahora regresaban hacia las regiones habitadas, y todos se alegraban de volver á entrar en el mundo de los vivos: se había obtenido buen resultado en la más temeraria empresa, y librado de una muerte espantosa á seres desgraciados llamados á perecer.

Por eso los viajeros avanzaban alegres y triunfantes.

Todos los sufrimientos pasados se olvidaban; la certidumbre de llegar al punto deseado tranquilizaba todos los corazones.

La sorpresa que este extraño viaje producía en los nuevos amigos era para Rugel y sus compañeros motivo de interesantes estudios. Todo les parecía nuevo é imprevisto: aquel mundo extinguido, cuya existencia nada les pudo hacer sospechar; aquella manera extraña de viajar; aquellos aparatos que les permitían moverse holgadamente, respirando con facilidad en un medio donde toda vida parecía imposible, eran cosas que les maravillaban de continuo.

Y los tres habitantes de la Tierra, orgullosos de su nueva ciencia, complacíanse en contestar á las preguntas sin fin que hacían en su cándido asombro.

Mas era necesario, sobre todo, ver á lord Rodilan en el nuevo papel que había aceptado junto á la joven, de la cual se había constituido en guardián paternal. Velaba sobre ella con celosa solicitud, sin ceder á nadie el derecho de acercarse á la niña; sosteníala cuando se debilitaba, y hasta la llevaba en sus robustos brazos cuando su paso indicaba alguna fatiga, contestando con inalterable paciencia á todas sus preguntas. Una madre cuidadosa no habría manifestado más ternura y abnegación.

Atravesado el desierto, Rugel resolvió evitar la región de los basaltos, donde tantas fatigas debieron sufrir.

En su consecuencia dirigió la marcha de la caravana un poco hacia el Norte para dar la vuelta á la temible región; el camino se alargaba así, pero recobrábase el tiempo perdido, porque no se tendría que luchar con tan grandes obstáculos y la marcha era más rápida.

El país en que habían penetrado no presentaba ya más que los accidentes ordinarios que se encuentran en las regiones menos escabrosas de la superficie lunar, y para hombres que habían vencido tan numerosas y temibles dificultades todo esto no era más que un juego.

Durante la noche habían doblado el cabo que formaba en el centro de la llanura la mole de los basaltos. Los tres jóvenes que consigo llevaban los viajeros no se habían repuesto aún del asombro que les causara aquella excursión á través de las tinieblas.

Las lámparas eléctricas, cuyo brillante fulgor iluminaba la noche, proyectaban á lo lejos su claridad azulada, prestando á todos los objetos un aspecto fantástico, y esto producía en los jóvenes la mayor sorpresa y admiración.

La marcha prosiguió así, sin que ocurrieran incidentes notables, hasta la proximidad de los límites de la superficie visible de la Luna. Por lo demás, todos tenían prisa por llegar al meridiano que señala el límite, y ver de nuevo el astro terrestre que ilumina con tan viva luz, aunque tan suave, las largas noches lunares, luz de que estaban privados hacía tanto tiempo.

Hacia largo rato que andaban por un suelo pedregoso de extremada dureza, que no presentaba asperezas salientes, cuando de improviso el sol, elevándose detrás de ellos, iluminó bruscamente el cuadro más asombroso.

En toda la extensión que la vista alcanzaba, delante de ellos y alrededor, desarrollábase una meseta de la más maravillosa coloración, donde se reunían y combinaban todos los colores del prisma.

Los mármoles verdes, amarillos ó azulados, los granitos gris y rosa, las calizas de un blanco deslumbrador, las areniscas de tinte anaranjado y rojo, las dioritas negras, las traquitas y los esquistos cristalinos cubrían la superficie, mezclando sus tintes suaves, y formaban en el suelo como una alfombra de incomparable riqueza.

A su izquierda veíase una fisura estrecha, pero de insondable profundidad, cuyas paredes se hundían en sentido perpendicular en aquel sombrío abismo, y que se prolongaba indefinidamente en la dirección del Noroeste.

El sol, dándola de lado, iluminaba aquellos formidables muros y los hacía resplandecer con los tintes más variados é imprevistos: hubiérase dicho que eran montones de pedrerías desbordadas en desorden de algún cofrecillo gigantesco, diseminadas por el suelo y prendidas en todas las asperezas de aquellos muros enormes.

— He visto en América — dijo Marcelo — algo análogo á lo que tenemos á la vista. Era en el Arizona: en el fondo de unos estrechos desfiladeros que llaman *cañones*, cuyas sinuosidades sigue el Colorado, corren las ondas espumosas de este río, y el país que atraviesan presenta igualmente las más singulares coloraciones; pero nada iguala al grandioso esplendor, á la infinita riqueza de la mágica región que recorremos.

— Sí — dijo lord Rodilan, — este mundo lunar es verdaderamente muy curioso y apenas sé qué podrá ya sorprendernos ó interesarnos cuando regresemos á la Tierra.

— Pero, amigo mío — dijo Santiago sonriendo, — nada le obliga á dejarle; es usted muy dueño de permanecer aquí, y por mucho que nos contriste la separación, nos resignaremos si usted debiese hallar la felicidad en esta nueva patria. Tal vez — añadió, señalando con vago ademán la joven de que el inglés se había constituido en guardián — habrá otras razones más para retenerle aquí.

— ¡Ah, á fe que no! — exclamó lord Rodilan; — cuando se tiene el honor de ser inglés, no cambia uno su patria por otra.

Y contestando á la última alusión de Santiago, añadió:

— Esa niña me interesa, porque ha despertado en mi corazón un resto de ternura que yo creía extinguido; mas cuando la haya dejado en lugar seguro y no me necesite ya, me guardaré muy bien de imponerla un agradecimiento que podría serle oneroso.

— Habla usted como hombre juicioso y de corazón — dijo Rugel, que había escuchado el diálogo.

Continuó la marcha en medio de aquella aglomeración de maravillas: largo tiempo admiraron los diversos juegos de la luz y los cambios de los tintes, que se modificaban á cada paso, según que los rayos del sol herían de frente ó de soslayo las superficies diversamente coloreadas.

Pero hay espectáculos que impresionan vivamente la vista, así como sentimientos que agitan el corazón. No se pueden soportar largo tiempo sensaciones demasiado profundas, y se llega á tener la nostalgia de lo sencillo y de lo ordinario: los viajeros acababan por cansarse de todos aquellos rutilantes colores, de aquel eterno calidoscopio que hacía reflejar á sus miradas sus continuos cambios.

Con un suspiro de alivio, cansados de admirar, penetraron en una región menos favorecida por la naturaleza, pero cuyo aspecto, más opaco y suave, fué para ellos como un verdadero reposo. Veían de nuevo con placer las rocas grises, los cráteres, los circos con que estaban familiarizados hacía tanto tiempo, y continuaron alegremente su camino hacia el Oeste.

La brusca invasión de la noche lunar les sorprendió en el momento en que llegaban á la superficie visible del satélite, al que abordaron á los 6° de latitud Sud.

Fué preciso encender de nuevo las lámparas eléctricas y comenzar otra vez la marcha en las tinieblas.

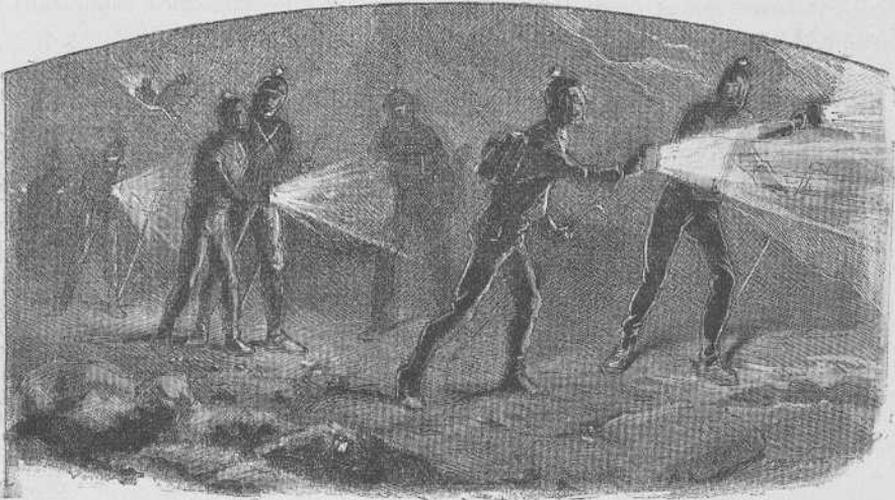
Antes de llegar al observatorio debían vencer muchas dificultades aún, sufriendo no pocas fatigas; pero los importantes descubrimientos que habían hecho y la alegría del triunfo — porque semejante viaje parecía una conquista sobre lo imposible — sostenían su valor. Además veían aproximarse el momento en que, cumplida su misión, podrían regresar á la Tierra para ver á los que amaban, presentar al mundo sorprendido los magníficos resultados de sus trabajos y obtener la gloria como recompensa de sus esfuerzos.

Hallábanse al pie de la cordillera de los montes de Alembert, y la costearon inclinándose hacia el Norte hasta el punto en que se deprime en la inmediación del cráter de Riccioli. Después, dando la vuelta á este vasto circo, encamináronse durante largo tiempo por el valle profundamente encajonado que le separa de Grimaldi. A su derecha é izquierda elevábanse colosales muros, cuya base iluminaban los poderosos reflectores de los Diemides, y en los que apenas dis-

tinguían los ojos confusas moles de formidables rocas, amontonadas allí como por mano de los Titanes.

Cuando hubieron franqueado aquel desfiladero, desembocaron en una llanura bastante extensa; pero no les fué posible costear, manteniéndose cerca de ella, la curva septentrional del circo de Grimaldi.

Allí, en efecto, anchas y profundas ranuras, partiendo del pie mismo de aquel



Fué preciso encender de nuevo las lámparas eléctricas

circo, obstruían el camino, y forzoso fué encaminarse hacia el Norte por el lado del cráter de Lorhmann.

Aquella parte de su viaje fué tal vez de las más laboriosas.

En efecto, toda la región que separa los dos circos es una de las más escabrosas. Cierto que allí no hay más que cráteres de reducidas dimensiones, pero muy próximos, entre los cuales era preciso deslizarse con esfuerzo; ó bien grietas profundas cuyos bordes era preciso seguir hasta que alguna excrecencia del suelo, formando una especie de puente, permitiese franquearlas.

Y los viajeros admiraron el profundo conocimiento que Rugel tenía de aquel país.

A pesar de las dificultades de aquella marcha nocturna, jamás notaron en su guía una duda ó una incertidumbre: avanzaban lentamente, no sin trabajo, pero con seguridad. Vencidos aquellos obstáculos, halláronse á la orilla del Océano de las Tempestades, y desde entonces el viaje no fué más que un juego: una pendiente insensible les conducía á la inmensa llanura que forma el fondo de aquel mar seco; mas para cruzar la región accidentada que acabábase de fran-

quear habían necesitado mucho tiempo, y el día les sorprendió cuando se hallaban solamente á unos cien kilómetros del observatorio.

Los viajeros saludaron con alegría la vuelta de la luz, y veinticuatro horas después vieron á Merovar y á los demás sabios, que hacía largo tiempo les habían divisado y que los acogieron con gran contento.

La vista de los tres jóvenes que los viajeros llevaban consigo, después de salvarlos tan milagrosamente, produjo en todo el observatorio profunda sorpresa.

— Observábamos desde lejos — dijo Merovar, — y no podíamos explicarnos cómo el número de ustedes había aumentado.

Rugel hizo entonces en pocas palabras una rápida narración de los acontecimientos ocurridos en el transcurso del viaje: refirió la muerte desgraciada de sus dos compañeros, y dijo cómo habían hallado aquellos restos del mundo vivo de que hablaban las antiguas leyendas, librando de una muerte horrible á los únicos que habían quedado de una humanidad extinguida.

Y todos rodearon á los tres jóvenes, que libres ahora de sus aparatos, estaban sorprendidos de respirar con facilidad, moviéndose libremente, y encantados por la acogida simpática de que eran objeto.

Se les miraba con interés, interrogábanlos con benevolencia, y ellos, muy conmovidos, sin saber qué contestar, paseaban á su alrededor miradas de asombro.

Todo era nuevo para ellos en aquel centro de que antes nada pudo darles idea, y andaban y hablaban como si estuvieran soñando.

Pero muy pronto su entrada en el mundo lunar debía reservarles otras muchas sorpresas.

CAPÍTULO XV

SUEÑOS HUMANITARIOS

Los trabajos emprendidos para asegurar el regreso de los tres habitantes de la Tierra á su patria habían durado ocho meses; comenzados en el mes de junio, terminaban en fin de enero, y durante todo este tiempo había reinado una actividad silenciosa, pero continua, alrededor del cráter elegido por Rugel. Aunque todos, Diemides y Meolicenos, vieran con sentimiento aproximarse el instante en que debían separarse de unos huéspedes á quienes habían llegado á estimar, cada cual se ocupó lo mejor que le fué posible en llevar la obra á buen fin.

Las paredes del cráter se habían regularizado en una profundidad de ciento cincuenta metros, longitud que podía parecer excesiva, dado que el punto neutro de atracción entre los dos planetas tan sólo dista ocho mil leguas de la Luna; pero los sabios encargados de este trabajo, de acuerdo con Marcelo, habían creído conveniente exagerarla, á fin de que el proyectil pudiese franquear la zona de atracción lunar y dirigirse con seguridad hacia el punto apetecido, sin que fuese de temer que ninguna desviación modificara la dirección inicial.

Se había elevado desde el fondo del cráter hasta su orificio un molde cilíndrico, dejando entre su superficie y la pared pedregosa un vacío de 1^m,35; y en este intervalo se echó la aleación metálica que debía formar el cañón gigantesco. Después, cuando el metal, completamente enfriado, llegó á ser una masa del todo homogénea, aquel molde interior se destruyó y retiró; el alma de la pieza se había alisado cuidadosamente, y todo estaba dispuesto para funcionar.

Antes de abandonar aquel mundo que no debían ver más, Marcelo y sus compañeros quisieron pasar los pocos días que faltaban para su marcha en aquella quinta de Rugel donde estuvieron á punto de perder la razón y donde los cuidados de sus queridos y fieles amigos les hicieron volver en sí. Aunque fuese mucha su impaciencia por ver de nuevo la Tierra, en el momento de alejarse no pudieron reprimir un sentimiento de melancolía y de pesar.

Las condiciones en que vivían hacía dos años eran tan diferentes de todo cuanto vieran y conocieran hasta entonces, que su alma se había transformado en cierto modo y como depurado en un centro más noble y perfecto.

Desde que se hallaban en el mundo lunar habían olvidado todas las falacias

y las miserias que presenta la humanidad terrestre. Allí todo era digno y elevado, todo propendía hacia lo bello y lo bueno; los esfuerzos de cada cual contribuían á la obra común; y sin competencias ni luchas, sin envidias, sin odios y sin codicia, una sociedad casi ideal parecía realizar el tipo de la perfección.

Así se desgarraba ante sus ojos una punta del velo que oculta la obra divina de la creación. Las inteligencias más elevadas han vislumbrado ya esa ley superior de la jerarquía de los mundos, que, partiendo de las condiciones más ínfimas de la vida, debe ir elevándose por grados insensibles en la vía de un progreso sin límites.

Tenían á la vista uno de los escalones de esa progresión infinita, y preguntábase á qué grado de superioridad intelectual y moral podían elevarse los habitantes de esferas más favorecidas aún.

Decíanse que de regreso á la Tierra iban á encontrarse como quien despierta de un sueño maravilloso y encantador: serían nuevamente testigos de todo cuanto habían dejado de presenciar hacía dos años; iban á recaer de lleno en la lucha por la existencia, y se verían mezclados con una multitud sometida á vulgares necesidades y desaforados apetitos. Había concluído la vida tranquila, la serenidad de ánimo y la paz del corazón; deberían volver á la batalla, chocar con intereses que no ceden jamás, con ambiciones que ningún escrúpulo detiene y que para satisfacerse no retroceden ni aun ante el crimen. Tendrían á la vista el triste espectáculo de la fuerza triunfante, de la injusticia honrada, de los crímenes galardonados ante la virtud perseguida, de la verdad infamada y de las miserias inmerecidas.

Si no hubiesen escuchado más que la voz de su razón, de buena gana habrían seguido siendo individuos de aquella sociedad, cuya concordia y armonía les encantaban; pero el recuerdo de los seres que dejaran tras sí, y aquel amor que la naturaleza ha puesto en el corazón de cada hombre hacia el suelo que le vió nacer, por desheredado que sea, les atraía invenciblemente. Además su alma, más elevada ahora, había concebido nobles proyectos, y el mismo lord Rodilan, con no poca sorpresa suya, sentíase poseído de impulsos generosos que no conociera antes. Varias veces los tres amigos se habían prometido que cuando regresaran al antiguo mundo terrestre pondrían todos sus esfuerzos al servicio de sus míseros hermanos para aliviar en la medida de lo posible los males que les aquejaban.

Tales eran los asuntos de conversación con sus amigos en los días que precedieron á la marcha. A pesar de su deseo de no dar á los habitantes de la Luna una idea demasiado mala de la humanidad terrestre, Marcelo quiso exponer, á los que este asunto interesaba más, las tristes condiciones y las singulares desigualdades que presenta la existencia de los hombres en la Tierra.

No había podido ocultar que hasta en las naciones mas adelantadas, y bajo el aspecto exterior de las civilizaciones más brillantes, se ocultan abismos profundos de vicios y miserias. Les había hablado de aquellos infelices que disputan

penosamente su vida en medio del egoísmo y de la indiferencia, de aquellos abandonados á quienes nadie sostiene ni estimula y á quienes la desesperación conduce con frecuencia al crimen ó al suicidio.

Les había mostrado esos ancianos sin hogar, esas jóvenes sin protección, esos niños sin familia y sin amparo, que vagan por las grandes ciudades, ostentando sus andrajos á las miradas de una multitud poco atenta, y solicitando inútilmente una limosna que se niega, para no morir de frío y de hambre.

Y los que habían escuchado estas tristes confidencias quedaron profundamente sorprendidos, conmoviéndose su alma al pensar en aquellos males, en aquella degradación moral que apenas podían concebir.

Orealis, sobre todo, no había podido oír sin contrastarse hasta el fondo del alma la descripción de tales sufrimientos; rebosaba de indignación contra la injusticia y compadecía la desgracia. Cierta día que los tres viajeros hablaban con Rugel de su próxima marcha y de los proyectos que pensaban poner por obra, Orealis se presentó ante ellos. Su rostro, de expresión tan viva y franca por lo regular, estaba como velado de tristeza, y en su voz revelábase una ligera confusión.

— Amigos — les dijo, — todo cuanto me han expuesto ustedes acerca del mundo donde van á volver me ha interesado, y cuando se hayan ido, mi pensamiento les seguirá á los lugares que por ustedes he llegado á conocer; pero mi corazón se ha conmovido sobre todo ante la pintura que me han hecho de la desgracia de tantos infelices como existen aún en la humanidad terrestre. Ya sé cuáles son los proyectos de ustedes; sé que tratan de consagrarse al alivio de tantas miserias, y se me ha ocurrido asociarme á sus esfuerzos. Espero que no me negarán el placer de ayudarles en esta tarea, porque esto será como un vínculo que nos unirá aún á través del espacio, subsistiendo entre nosotros cuando se hayan marchado. Me parecerá que no estamos del todo separados cuando piense que participo hasta cierto punto en el bien que realicen. Me han dicho que en la Tierra aquel que posee en gran cantidad ciertos objetos á la vez raros y preciosos es el que puede obtener más satisfacciones, dispensando al mismo tiempo mayores beneficios á sus semejantes. Sé que entre los objetos que en más alto valor se aprecian en la Tierra figuran ciertas piedras brillantes que á nosotros no nos sirven sino para adornar nuestros monumentos, comunicándoles mayor esplendor. He reunido algunas, y ustedes tendrán á bien llevárselas consigo como un recuerdo de los que llegaron á quererlos y estimarlos y que no les olvidarán jamás.

Y á una señal de Orealis se presentaron dos Diemides llevando un cofre de metal precioso, curiosamente esculpido y cincelado, donde se destacaban varias figuritas, hojas entrelazadas y finos arabescos.

Los delicados artistas del mundo lunar, con su fecunda imaginación, habían hecho una obra maestra de gracia, de riqueza y de elegancia.

Orealis le abrió, y su contenido dejó deslumbrados á los tres amigos.

Estaba lleno hasta los bordes de diamantes de maravillosas aguas y de dimensiones del todo inusitadas; veíanse allí zafiros, rubíes, esmeraldas, ópalos y topacios enormes de singular belleza. A primera vista, aquel tesoro representaba una fortuna inestimable.

A pesar del desprendimiento de las cosas terrestres á que estaban acostumbrados hacia dos años, Marcelo, Santiago y lord Rodilan se estremecieron, y el antiguo instinto de posesión que el atavismo había inoculado en ellos se despertó: sus ojos brillaron más vivamente, y sin que se diesen cuenta de ello, sus manos se alargaron hacia aquel tesoro digno tan sólo de las *Mil y una noches*.

Rugel los miraba sonriendo, y muy pronto se repusieron de su codicioso asombro.

— Es usted — dijo Santiago á Orealis — el alma más noble y generosa. Aceptamos lo que nos ofrece, y las riquezas que nos prodiga se emplearán en aliviar á los desgraciados, infundiéndoles valor y esperanza. No seremos más que los distribuidores de ese tesoro, y los desgraciados cuyos males se alivien con él aprenderán de nosotros á bendecir el nombre de usted.

— Semejante ofrenda — contestó Rugel — no merece que nos dé tales gracias, pues esas piedras que ustedes llaman tesoros apenas tienen valor para nosotros, y jamás habríamos pensado en utilizarlas de tal modo si no nos hubieran dicho de cuánto podían servir en la Tierra. Si pueden ayudarles para llevar á cabo sus planes, utilizándose para dulcificar algunos padecimientos, nos alegramos mucho de ofrecérselas, sintiendo que no puedan llevarse mayor número.

Mientras que Rugel hablaba así, Marcelo se había acercado á Orealis.

— Mi corazón no me engañó — le dijo — cuando me impulsó hacia usted. Había comprendido bien las altas virtudes que su alma encierra, y conservaré lejos de usted el sentimiento de no haber podido vencer su indiferencia.

Orealis hizo un ademán de protesta.

— Bien sabe, amigo mío — contestó, — que nunca me fué indiferente; pero había usted soñado lo imposible, y yo habría sido culpable si no le hubiese abierto los ojos. Cuando esté usted lejos de mí me olvidará, y espero que muy pronto una compañera digna de usted le proporcionará la dicha que merece.

— Jamás — replicó Marcelo. — Si he debido renunciar á la esperanza de unir mi vida á la suya, no lo haré así en cuanto al sentimiento que me ha inspirado. Este amor, nacido en mi corazón, no saldrá ya de él; le conservo celosamente, y será mi fuerza y mi consuelo en las pruebas que me esperan.

— El tiempo hará su obra, amigo mío, créame usted — repuso Orealis; — cicatriza todas las heridas.

Marcelo se inclinó sin contestar; pero la expresión de su rostro parecía desmentir las esperanzas que hacían concebir las palabras de la joven.

Azali, que había experimentado un afecto sincero por los que le debían la vida, y á quien el carácter de Marcelo inspiraba más que aprecio, había tenido

empeño en permanecer junto á ellos durante los últimos días que debían pasar en el mundo lunar.

Por un sentimiento de reserva y delicadeza había aplazado su unión con la hija de Rugel. El amor que Marcelo inspirara á la joven no había podido dejar entre ellos ninguna nube. El alma de Azali era demasiado elevada para ser accesible á mezquizas desconfianzas ó á celos perturbadores, y jamás abrigó la menor duda respecto á la mujer que amaba.

Por lo demás, sabía muy bien que si su corazón hubiera podido conmovirse



Se presentaron dos Diemides llevando un cofre de metal precioso

por el afecto de Marcelo, no le habría sido posible, ni hubiera querido disimular el cambio que sintiera su corazón; pero nada había turbado nunca la serenidad de su rostro ni velado el límpido brillo de su mirada.

Por lo demás, en los sentimientos de Marcelo había ocurrido una profunda transformación: la ejemplar virtud de Orealis, la convicción de que sus deseos no podían realizarse, acabaron por triunfar de los primeros ardimientos del joven. Ciertamente amaba á Orealis con todas las fuerzas de su alma y que era sincero al afirmar que jamás mujer alguna ocuparía en su corazón el lugar que ella ocupaba; mas este sentimiento se había depurado, y desprendido de toda aspiración vulgar, no era ya más que un culto ideal, culto al que deseaba mantenerse piadosamente fiel, flor exquisita cuyo perfume debía embalsamar toda su vida.

Entre aquellos dos hombres debió nacer la simpatía, y el cariño que ambos experimentaban no sirvió más que para estrechar los lazos que los unían. Azali

se interesaba en los proyectos de que Marcelo había hablado con frecuencia á sus amigos lunares; le interrogaba á menudo y quería saber cuál era el estado de ánimo de aquella multitud de infelices á quienes el viento de la miseria encorbaba, y qué se intentaría en la Tierra para remediar tan espantosas iniquidades.

Y Marcelo le exponía todo lo que las almas generosas, animadas de un profundo amor á la humanidad é inspirándose en la frase divina que en otro tiempo resonó en el mundo: «Amaos unos á otros,» hacían en favor de sus hermanos desgraciados.

Azali escuchaba y no podía reprimir un movimiento de admiración cuando Marcelo le hablaba de aquellos hombres generosos que, arrostrando mortales contagios, van á exponerse á la muerte más cruel para sorprender en la naturaleza algún secreto que sus semejantes podrán utilizar; de aquellas santas mujeres que, sacrificando su juventud y su belleza, renuncian á las puras alegrías de la familia para consagrarse del todo al servicio de los pobres, que respiran atmósferas emponzoñadas, siempre en presencia de las llagas más horribles, de las agonías más espantosas, para morir con frecuencia víctimas de su abnegación.

— Eso es grande, eso es hermoso — murmuraba Azali; — derecho tienen ustedes para enorgullecerse de tal valor y de tan alta virtud; y me inclino con respeto ante la Sabiduría Soberana que ha permitido que en una humanidad menos favorecida que la nuestra puedan nacer y abrirse flores tan preciosas. A decir verdad, no se pueden lamentar demasiado la injusticia y la miseria si por ellas se practican tan sublimes actos.

— Sí — decía Marcelo, — el bien y el mal se comparten nuestro pobre mundo; pero hay en la existencia de los pueblos que viven en la Tierra horas lúgubres en que el mal parece prevalecer. No le ocultaré, amigo mío, que las naciones más adelantadas de nuestra humanidad parecen atravesar en este momento una de esas crisis fatales, y que entre nosotros se ha levantado un viento de odio y de cólera que excita á la revolución á los miserables. Hombres de mala fe, explotando en provecho de sus ambiciones y de sus codicias la credulidad de una multitud ignorante y desgraciada, fomentan las más detestables pasiones. Cierran voluntariamente los ojos á todo el bien que se trata de hacer; la abnegación les parece sospechosa; creen ver en la caridad una ofensa, y reprobaban del mismo modo á los que, explotando á los pobres, se enriquecen con el fruto de su trabajo, que á los que hacen el más noble uso de su fortuna. Presentan á los ojos de aquellos á quienes engañan el espejismo de no se sabe qué ciudad irrealizable, donde el nivel de una igualdad brutal pasaría sobre todas las cabezas, donde en una sociedad, de la cual se excluirían toda iniciativa y todo amor, reinan con el más implacable egoísmo el silencio y la inmovilidad. Y para conquistar ese ideal monstruoso, sueñan con la destrucción del orden establecido; no temen armar manos violentas, y á través de las ruinas, de la sangre y de las lágrimas, pretenden fundar la dicha de la humanidad. De temer es que, en un porvenir

próximo tal vez, las pasiones así sobreexcitadas se desencadenen, y que formidables luchas retarden, Dios sabe cuánto tiempo, toda marcha por la vía del progreso.

— Espero — añadió Marcelo con cierta expresión de melancolía — que gracias á los tesoros que la noble Orealis acaba de poner á nuestra disposición nos será posible hacer algún bien. Si no podemos impedir ni aun retardar las luchas fratricidas que los hombres más sabios prevén, nos esforcaremos por disminuir en beneficio de las generaciones jóvenes las causas de la miseria, consagrándonos á instruir las y moralizarlas, aclarando las filas de ese ejército del crimen que las predicaciones sacrílegas lanzan al asalto de la sociedad.

— El objeto que se propone, amigo mío — contestó Azali, — es digno de usted y de su valor; y si, como todo permite creerlo ahora, continuasen las comunicaciones regulares entre nuestro mundo y el de usted, espero que nos tenga al corriente de sus tentativas y de los resultados. Los seguiremos con todo el interés que nos inspira el afecto que por ustedes sentimos, y seremos dichosos por haber podido ayudarle, aunque muy poco.

Así hablaban, esperando el momento señalado para la separación.

CAPÍTULO XVI

LA DESPEDIDA

Todo estaba preparado para la marcha, que debía efectuarse el 25 de febrero.

El proyectil en que los viajeros hicieron su entrada en el mundo lunar había sido colocado en una de las salas del palacio del gobierno y conservado allí piadosamente cual monumento de la más audaz empresa que el genio de los mortales haya concebido.

Había sido necesario construir otro de iguales dimensiones á las del que sirvió para el primer trayecto, y para fabricarle habíase elegido ese metal de color violáceo, tan ligero como el aluminio, pero de más considerable resistencia, del cual se componía, según se recordará, la placa en que Marcelo leyó la invitación que le indujo á hacer su aventurado viaje. Solamente se habían hecho en él algunas modificaciones.

Como la superficie de la Tierra está cubierta por las aguas del mar en sus siete décimas partes, se tenían por lo pronto siete probabilidades sobre diez de que el proyectil no cayera en un continente. A estas probabilidades, de mucha consideración ya, los astrónomos de la Luna habían agregado la precisión de sus cálculos.

Teniendo en cuenta todos los datos del problema, velocidad inicial, atracción terrestre y lunar, movimiento de rotación y de traslación de la Tierra y de la Luna, el proyectil debía caer en una parte del Océano Pacífico donde sus aguas alcanzaran una profundidad de cuatro á seis mil metros, más que suficiente para amortiguar el golpe. El punto señalado se hallaba en el ecuador á los 130° de longitud Oeste del meridiano de París; es decir, en una región distante 50° del continente americano. La tierra más próxima á este punto se halla á más de seiscientos leguas, lo cual daba un espacio de mil doscientas á mil trescientas, bastante ancho para que no fuera peligrosa cualquier desviación en caso de producirse.

La granada debía caer en pleno Pacífico, lejos de toda tierra habitada, y había sido necesario dotarla de condiciones á propósito para navegar á fin de que, en caso necesario, si no la recogía algún buque en aquellos parajes, pudiera dirigirse hacia un punto dado.

Como era flotable, nada podía temer de las más furiosas tempestades: en un recio temporal bastábale dejarse llevar por las olas, y solamente en un mar sereno podía dirigirse.

Los sabios de la Luna, que no querían dejar á la casualidad nada de lo que pudieran evitar por cálculo y previsión, habían ideado un ingenioso mecanismo. En la pared vertical y en la extremidad inferior de la granada habían practicado una especie de cámara conteniendo una hélice sólidamente encajada entre dos fuertes planchas metálicas. Cuando el proyectil, después de penetrar en las profundidades del Océano, remontara á la superficie, bastaría desatornillar los pernos que le sujetaban, hacer salir fuera la plancha exterior y empujar la hélice, que girando entonces libremente en el agua, serviría de propulsor para aquella embarcación de nuevo género. A fin de poder gobernar el esquife, lo cual sería difícil por su forma cilíndrica, se habían abierto dos cavidades un poco más arriba de la cámara que contenía la hélice, de modo que se pudiera introducir la caña de un timón movable conservado en el interior de la granada hasta el momento requerido, y que se sacaría por la porta superior. La hélice debía funcionar con ayuda de acumuladores eléctricos capaces de imprimirle durante algunas semanas suficiente velocidad.

Con semejante aparato no se podía esperar ni una marcha muy rápida ni una dirección bien segura; pero como en el transcurso de las comunicaciones cruzadas con la Tierra los viajeros habían anunciado á sus amigos su próxima partida, indicándoles la región en que deberían caer, poco más ó menos, era de creer que se enviarían buques en su busca y que no se verían expuestos á ser largo tiempo juguete de las olas.

Los constructores del nuevo proyectil habían adoptado el sistema de tabiques flexibles para amortiguar la violencia del choque producido en él por la deflagración del explosivo que debía lanzarle al espacio, y también los tres juegos de cohetes destinados á disminuir la rapidez de la caída: todo esto les había parecido ingeniosamente combinado y suficiente.

En cuanto al explosivo mismo, los sabios lunares, que poseían una colección muy abundante de ellos, no tuvieron más dificultad que la de elegir. El que habían escogido desarrollaba, con un volumen muy reducido, una fuerza expansiva formidable, sin ocupar en el fondo del alma del cañón más que una altura de diez y ocho metros, lo cual, atendido que la longitud total de la pieza era de ciento cincuenta metros, dejaba al proyectil ciento treinta y dos que recorrer antes de lanzarse al espacio.

Según los cálculos, y á fin de que la granada pudiera encontrar la Tierra en el punto señalado, ó por lo menos en la región cuyo centro formaba, la marcha se debía efectuar el 25 de febrero á las ocho cuarenta y cinco minutos y veintisiete segundos, calculados según el meridiano de París. Un mes separaba aún á los viajeros de esta fecha, y emplearon las semanas siguientes en visitar por última vez el mundo en que habitaban hacía dos años.

En aquella población relativamente poco numerosa, donde cada cual se interesaba en todo cuanto concernía á la vida pública, la noticia de la próxima marcha de los extranjeros había producido una impresión penosa. Hacía tantos meses que se les veía participar de la vida común, ir y venir por aquellas regiones exploradas por ellos en todos sentidos, que no había quien no los conociese y se hubiese acostumbrado á verlos y amarlos.

La exuberante franqueza de Marcelo, la gravedad algo melancólica de Santiago y el carácter familiar de lord Rodilan, con sus ocurrencias imprevistas, formaban en medio de aquellas poblaciones tan tranquilas un contraste que hacía más viva aún la simpatía de que eran objeto. Durante largo tiempo se dudó, pues no podían acostumbrarse á la idea de no verlos más; pero cuando se supo que su resolución era inmutable y que estaban preparados los medios que debían asegurar su marcha, prodújose una verdadera tristeza.

Por todas partes acudían á su encuentro, se deseaba verlos una vez más, estrecharles la mano y escuchar sus últimas palabras.

Por las muestras de simpatía que se les prodigaban y la expresión de sentimiento que se leía en todas las miradas, los viajeros podían juzgar del lugar que habían ocupado en aquella humanidad, de la importancia que tenía á los ojos de cada cual la obra que habían efectuado, y del vacío que iban á dejar tras sí.

Habían manifestado la intención de despedirse del jefe del Estado.

—Se han anticipado ustedes á sus propios deseos—les dijo Rugel.—No puede el prudente Aldeovazo permitir que abandonen nuestro planeta sin despedirlos, y ya está dispuesto á recibirlos.

Rugel y sus huéspedes volvieron, pues, á la capital y dirigiéronse á la residencia del gobierno, siendo introducidos al punto en el gran salón donde se hallaba Aldeovazo rodeado del Consejo Supremo.

Al contemplar por última vez aquella venerable asamblea de hombres á quienes su sabiduría y sus virtudes elevaban á tanta altura sobre la humanidad, los tres viajeros se sintieron poseídos de respetuosa admiración.

Hacia dos años que habitaban el mundo lunar; con frecuencia les fué permitido asistir á aquellas solemnes deliberaciones, y siempre llamó su atención la calma y la dignidad que reinaban en ellas. Cuando las comparaban con las sesiones de las asambleas legislativas de los Estados que se vanaglorían de ser los más civilizados de la Tierra, sonrojábanse por sus compatriotas. Aquí no había nada semejante á esas reuniones de escolares indisciplinados, turbulentos y charlatanes, á quienes un presidente, especie de pedagogo, á duras penas podía gobernar, y en que en las sesiones borrascosas se cruzan las interpelaciones, llueven las injurias y se profieren amenazas, mientras que, en la ansiedad de las ambiciones personales y de las mezquinas competencias, se prescinde del interés sagrado de la patria.

Les parecía tener á la vista como un raro cenáculo donde se hubieran reuni-

do todas esas grandes figuras que la historia ha consagrado y que la humanidad terrestre honrará siempre con un culto casi divino: los Sócrates, los Platón, los Solón, los Marco Aurelio, los Juan Crisóstomo, los Vicente de Paúl, los Miguel del Hopital y los Descartes, todos esos genios grandes por el corazón y por la inteligencia, con que se honra nuestro mundo inferior y que parecen ser como el rescate de sus vicios y de sus debilidades.

Y los sabios que formaban aquel Consejo tenían, por su misma naturaleza, algo de más ideal y más próximo á la perfección absoluta que las más puras glorias terrestres.

El enviado del rey de Epiro había creído, en presencia del Senado romano, hallarse ante una asamblea de reyes: los tres amigos hubieran podido creer que estaban ante una asamblea de dioses.

— Jefe venerado del mundo lunar — dijo Marcelo, después de inclinarse profundamente, — en el momento de regresar á la Tierra hemos querido expresar á usted los sentimientos de respeto y de gratitud de que nuestras almas están penetradas. Hemos conseguido, gracias á usted, alcanzar el objeto que habíamos entrevisto y del que no hubiéramos osado nunca esperar tan completa realización. Las comunicaciones entre los dos astros son hoy un hecho consumado; la elevada idea que usted nos expresó cuando llegamos aquí obtiene su ejecución, y el vasto horizonte de fraternales cambios y de progresos conseguidos en común llega á ser desde ahora accesible á las dos humanidades. Nuestra obra queda concluída, y nuestro deber, así como nuestros afectos, nos llaman á la patria. Otros continuarán lo que hemos comenzado, y siempre guardaremos en el fondo del corazón un recuerdo eterno de la benevolencia de usted y de su generosidad.

Aldeovazo se había levantado, y á pesar de la austera gravedad de su actitud, una emoción reprimida hacía temblar ligeramente su voz.

— Amigos — les dijo, — jamás habíamos confiado en retenerlos aquí siempre; pero creíamos que no pensarían en separarse tan pronto de nosotros. Comprendemos, sin embargo, los sentimientos que les animan, y lejos de tratar de retenerles, hemos procurado con toda nuestra solicitud que ustedes puedan marchar á la hora que señalaron. No sin tristeza veremos alejarse á aquellos con quienes tantos vínculos nos unen ya; mas el recuerdo de las grandes cosas que han hecho será aquí perdurable. El valor de ustedes ha realizado lo que hasta aquí no fué más que una vana utopía, y mientras que los dos mundos vayan uno junto á otro por el camino eterno que la sabiduría divina les ha trazado, los nombres de ustedes serán respetados y bendecidos de edad en edad. Tal vez nuestro globo, que envejeció antes que el de ustedes en su evolución sideral, está destinado á desaparecer más pronto; pero mientras que la vida persista, tendrá el consuelo de no sentirse ya aislado en el espacio y sabrá que á ustedes se debe este inapreciable beneficio. Vuelvan, pues, hacia nuestros hermanos de la Tierra, y díganles que nosotros les amamos y que nuestro deseo

es trabajar de consuno con ellos para la felicidad común de las dos humanidades.

La hora de la marcha había llegado.

Aldeovazo había querido dar á los viajeros, en el momento en que iban á emprender por segunda vez con tal audacia un viaje tan aventurado, una prueba de su aprecio y de su simpatía, y para esto fué con los individuos del Consejo Supremo al observatorio para despedirlos.

Todos cuantos habían vivido en la intimidad de Marcelo, de Santiago y de lord Rodilan se hallaban allí: Rugel y su hija, Merovar y Azali, y también los dos jóvenes y su hermana, á quienes se trajo de tan lejos, los cuales no debían olvidar jamás á aquellos cuyo valor contribuyó por tanta parte á asegurar su salvación. Todos estaban poseídos de un profundo sentimiento de angustia.

Por exactos que fuesen los cálculos de los sabios que habían fijado la hora de la marcha, así como el instante de la llegada, nadie se ocultaba que el más ligero error podía bastar para que el proyectil, en vez de sumergirse en los abismos del Océano, se aplastara sobre un continente.

Pero estos temores, que todos sentían sin atreverse á formularlos, no habían perturbado el alma intrépida de los tres amigos.

A medida que el instante decisivo se aproximaba, su valor parecía exaltarse; una vez tomada su resolución, marchaban sin volver la cabeza, y sus miradas se perdían en el espacio hasta ese mundo terrestre donde iban á entrar de nuevo.

Se habían reunido en la azotea del observatorio, y la Tierra, en aquel instante en su lleno, aparecía brillante de claridad; la aspiraban con toda la fuerza de su alma y ansiaban ponerse en marcha.

Por fin se prestaron á ir al sitio de donde iban á partir.

Rugel, Merovar y Azali se habían propuesto acompañar á sus amigos hasta el último instante; la emoción llegaba á su colmo.

Los tres viajeros estrecharon por última vez las manos que hacia ellos se alargaban, é inclináronse con respeto ante Aldeovazo. La joven para quien lord Rodilan había sido tan paternal fijaba en él sus grandes ojos con expresión de ternura.

— No llores, hija mía — le dijo, — porque has encontrado una madre que te amará más de lo que yo hubiera podido (Orealis, en efecto, se había encariñado con aquella triste abandonada y manifestábale un afecto conmovedor); muy pronto te consolarás, y si quieres conservar el recuerdo de aquel que fué tu amigo, dentro de algunos años podrás dar mi nombre al primer hijo que tengas, llamándole Douglas.

Después, levantando á la niña en sus robustos brazos, estrechóla vigorosamente contra su corazón, y dejándola luego en tierra, se volvió para enjugar furtivamente una lágrima. Aquel momento de emoción fué breve, y casi al punto adelantóse con Santiago para despedirse de la hermosa Orealis. Había sido ésta

para ellos tierna y maternal, y merced á su benévola solicitud, su razón un instante obscurecida se despertó: conservaban en el corazón un profundo agradecimiento, y el beso que estamparon en sus mejillas tenía algo de grave y de sublime.



Orealis se había arrodillado en actitud de orar

– Diga usted á la joven á quien va usted á volver á ver – dijo Orealis, dirigiéndose á Santiago – que tiene aquí una hermana que la amará siempre.

Y volviéndose hacia lord Rodilan, añadió:

– En cuanto á usted, amigo mío, no conserve demasiado mal recuerdo de su permanencia entre nosotros. Ya sabemos que su corazón vale más de lo que usted quiere hacernos creer, y no olvidaremos que en realidad es un hombre tan bueno como generoso.

Marcelo se adelantó el último.

A su vez apoyó los labios en el rostro de aquella con quien había pensado unir su destino, y en este primero y último beso puso todas sus esperanzas perdidas, todo aquel profundo amor que nada debía borrar jamás de su corazón.

Uno y otro estaban demasiado conmovidos para cruzar una palabra; pero sus manos se estrecharon con fuerza silenciosamente.

.....

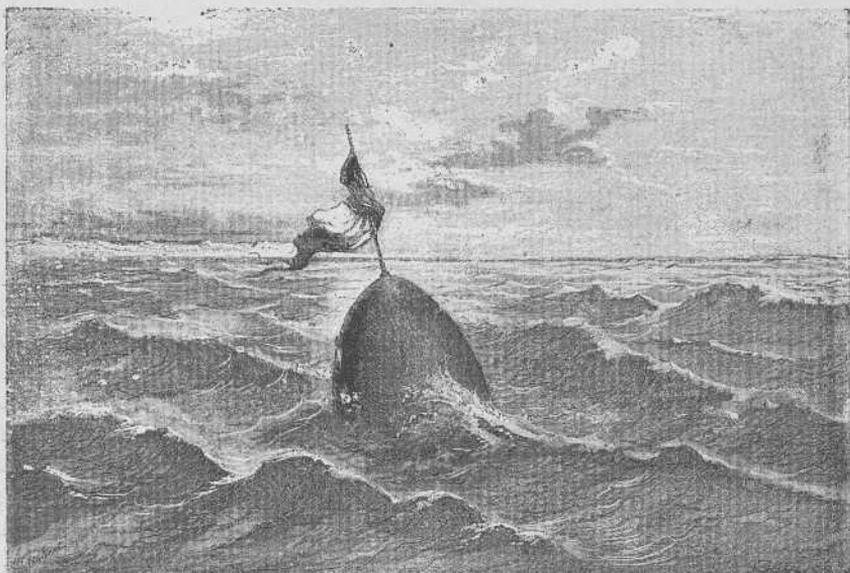
Los tres viajeros habían marchado.

Cuantos habían permanecido en el observatorio se hallaban en la azotea cubierta de cristales, con los ojos fijos en la dirección del punto en que debía efectuarse la partida. De repente el horizonte se iluminó con un vivo resplandor que ofuscó un instante los torrentes de luz que la Tierra lanzaba sobre la superficie de la Luna, y casi al punto se oyó un sordo estruendo.

Orealis se había arrodillado en actitud de orar.

La voz grave de Aldeovazo se elevó entonces:

— ¡Que el Espíritu Soberano que dirige los mundos — exclamó — les proteja y conduzca sanos y salvos al término de su camino!



En el límite indeciso en que el mar parecía confundirse con el cielo
vefase una línea azulada

CAPITULO XVII

EN EL OCÉANO PACÍFICO

— ¡Llévese el diablo á los amigos de usted, querido Marcelo! — exclamó lord Rodilan, separándose de la porta desde la cual inspeccionaba la superficie del Océano. — Tres días hace ya que vagamos por estos parajes, y deberían habernos recogido ya.

— ¡Diantre, querido lord — replicó Marcelo sonriéndose, — cómo ha cambiado usted desde nuestro viaje á la Luna! Usted, en otro tiempo tan flemático y con una fría indiferencia que nada podía alterar, ahora está impaciente y nervioso como una niña.

— ¿Está usted bien aquí dentro? — repuso el inglés.

— Seguramente que no; pero ¿acaso no es nada tener ahora sobre nuestras cabezas, en vez de una bóveda de granito, ese hermoso cielo azulado, esas nubes de formas caprichosas, con sus brillantes tintes, respirar á plenos pulmones las brisas salinas, y sentirnos iluminados por esa refulgente y dulce luz del sol de que tanto tiempo estuvimos privados? ¿Pero qué dice de esto el amigo Santiago?

— ¡Oh! Yo — contestó el joven médico — estoy tan impaciente como lord Rodilan; ansío salir de nuestra prisión flotante y estrechar en mis brazos á los que nos esperan. Tan sólo entonces disfrutaré de la felicidad de haber vuelto sano y salvo á la Tierra.

— Eres muy dichoso, puesto que te aman y te esperan — murmuró Marcelo con voz sorda, mientras una nube obscurecía su frente; pero muy pronto se repuso.

— A fe mía, queridos amigos — continuó, — el éxito os ha hecho exigentes. Todo nos ha salido bien hasta ahora y aún no estáis satisfechos. Hemos realizado en condiciones de todo punto inesperadas el viaje más aventurado, cayendo en la región misma del Pacífico á que nos habíamos propuesto llegar; nuestro proyectil ha penetrado hasta las capas más profundas del Océano, remontando después á la superficie sin obstáculo alguno; y ahora flotamos en un mar tranquilo, bajo un cielo puro. ¿Qué más queréis? Nuestros amigos, prevenidos por el último parte que se les dirigió, y conociendo con exactitud el instante de nuestra partida, así como el de nuestra llegada, nos buscan seguramente; pero, según lo demostramos al señalar el punto, hemos caído á los $136^{\circ} 15'$ de longitud Oeste y $9^{\circ} 23'$ de latitud Sud, es decir, fuera de toda vía de comunicaciones regulares. Nada de extraño tiene que los buques enviados en busca nuestra no nos hayan encontrado aún. Hemos tomado el partido más juicioso enderezando el rumbo hacia la tierra más próxima, que es el archipiélago de las Marquesas; pero nuestro esquife, excelente para las travesías interplanetarias, haría muy triste papel en las regatas del Yachting-club, y á pesar de toda la buena voluntad de nuestra hélice, necesitaremos bastante tiempo para abordar.

— ¡Pues bien, sea! — dijo lord Rodilan con una resignación muy cómica — ¡Ah! Mi viaje á la Luna no habrá sido inútil, pues me ha enseñado á tener paciencia.

Marcelo no se engañaba: numerosos buques surcaban aquellas aguas en busca de los viajeros. Desde el 5 de enero, el observatorio de Long's Peak había transmitido á Biskra el parte siguiente:

«Marcharemos el 25 de febrero á las ocho horas, cuarenta y cinco minutos, veintisiete segundos, y caeremos en el Pacífico, hacia el ecuador, á los 130° de longitud. M. S. R.»

Una inmensa alegría había embargado el corazón de Mathieu-Rollère y de su hija. Varios telegramas transmitidos en el acto al mundo entero habían pagado la asombrosa noticia.

Desde hacía largo tiempo no quedaba ya ninguna duda respecto á la realidad de aquel viaje extraordinario. La regularidad de las comunicaciones cruzadas, de que los más incrédulos pudieron cerciorarse por sus propios ojos, y los informes tan precisos llegados del satélite, algunos de los cuales confirmaban las observaciones adquiridas ya para la ciencia, mientras que los otros daban soluciones racionales y satisfactorias sobre muchos puntos que aún estaban oscuros, habían vencido la mala voluntad y la rutina.

Al anunciarse el próximo regreso de los audaces exploradores, todas las sociedades científicas se impresionaron; manifestóse una corriente de curiosidad y simpatía en todas las naciones civilizadas, y bajo la presión de la opinión pública, las grandes potencias marítimas del mundo habían enviado buques para cruzar por los parajes en que debía efectuarse la caída del proyectil. Mathieu-Rollère, su hija y Jorge Dumesnil se habían dirigido apresuradamente á Panamá y acababan de tomar pasaje en la *Galatea*, crucero rápido destacado de la división del Pacífico y puesto á su disposición por el Gobierno francés.

Habían llegado sin tardanza á la región indicada por el telegrama lunar, la cual recorrían ya con otros dos buques franceses de la misma división y varios ingleses, americanos, rusos y hasta japoneses. En efecto, el gobierno de Tokio, deseoso de estar al corriente de todos los progresos, aprovechaba con afán la ocasión de tomar parte en todos los congresos científicos.

Muchos yates de recreo, á cuyos dueños había atraído la curiosidad, cruzaban también por aquellas aguas, de ordinario poco frecuentadas, donde reinaba, hacía algunos días, un movimiento insólito.

Para facilitar la vigilancia de la parte del Pacífico donde el proyectil debía caer, evitando que todos aquellos buques de nacionalidad distinta la recorriesen al azar, se habían puesto de acuerdo los diversos gobiernos.

El oficial de graduación más antigua debía encargarse de dirigir las pesquisas, señalando á cada buque su puesto de observación, á cuyo efecto toda la región que era preciso explorar se había dividido en diversas zonas, confiando cada una de ellas á un buque.

Al capitán de navío Francisco Clayton, de la marina de los Estados Unidos, viejo lobo de mar, comandante del crucero de primera clase *Maryland*, se confirió el mando de aquella flotilla, compuesta de unos cuarenta buques de todo porte.

Las instrucciones dadas por él prevenían que el primero que viese flotar la granada y recogiese á los viajeros, debería reunirse inmediatamente con el *Maryland*, estacionado en el centro de la región; al mismo tiempo dispararía cañonazos á intervalos regulares durante el día, y por la noche lanzaría poderosos cohetes que se vieran desde muy lejos.

Estas señales se repetirían por todos los buques que las vieses, y cualquiera que fuese el momento en que se hicieran, implicarían la orden de concentración general. Dispuesto todo así, cada cual se dirigió á su puesto para cruzar en los límites que se le fijaron.

Tres días habían transcurrido desde el momento en que el proyectil, partido de la Luna, fué á sepultarse en las profundidades del Océano, y nada había aparecido aún en la superficie del mar tranquilo.

Mientras que se les buscaba en todas direcciones, Marcelo y sus compañeros, perdidos en el Océano, avanzaban penosamente hacia el punto que se habían propuesto.

Su hélice funcionaba con regularidad; pero la forma redonda de la extraña embarcación dificultaba en extremo la maniobra, y para mantener el proyectil en la dirección elegida, era necesario que uno de los tres viajeros estuviera de continuo en la caña del timón. Navegaban, por decirlo así, á la espadilla.

Era llegada la mañana del octavo día después de la caída. Marcelo, en la cima de la escala que terminaba en la porta de avante, examinaba con sus gemelos marinos el horizonte muy limitado que la poca elevación de la granada sobre la superficie del agua le permitía abarcar.

— ¡Tierra! — exclamó de repente.

Sus dos compañeros dieron un salto, y cada cual de ellos fué á reconocer á su vez la presencia de la costa tan ardientemente deseada.

En el límite indeciso en que el mar parecía confundirse con el cielo veíase una línea azulada con ligeras denticulaciones, sin duda la cumbre de una cordillera de mediana elevación.

— ¡Ah!, por fin — exclamó lord Rodilan — vamos á salir de esta condenada prisión, donde ya comenzaba á enmohecirme.

— No hable usted mal de nuestro pobre proyectil — dijo Marcelo, sonriendo, — porque se ha portado á pedir de boca. ¿Sabe usted de muchos esquifes que con semejante marcha hayan franqueado tales distancias? No es culpa suya si, construído para cruzar los aires, le hemos transformado en barco de recreo.

— ¡Elena, tío mío — murmuraba Santiago, — pronto volveré á veros!

Se imprimió á la hélice su máximum de velocidad, y continuaron bogando con furia; de modo que la extraña embarcación avanzó, aunque á duras penas, y acercóse tan rápidamente como era posible á la mole montañosa cuyos contornos se destacaban cada vez más marcados.

Marcelo acababa de consultar su carta geográfica y tomó de nuevo la altura.

— Esa debe ser — dijo — la isla de Fatu-Hiva, la más meridional del grupo de las Marquesas. Allí encontraremos seguramente algún destacamento francés y se apresurarán á recogerlos.

— ¡Con tal que nos puedan ofrecer una buena tajada de *rostbeef* ó de *beef-steak*! — murmuró el inglés, á quien la boca se le hacía agua al pensar en las suculentas comidas que se prometía.

A medida que la distancia iba disminuyendo, precisábase más el aspecto de la costa. Espesos bosques, cuyo verde sombrío se destacaba bajo el azul del cielo, cubrían las montañas que ahora cerraban el horizonte, deprimiéndose hacia una pequeña playa descubierta, limitada á derecha é izquierda por escarpadas rocas y el mar, que iba á estrellarse á sus pies, franjeándolas de espuma.

Hacia aquella especie de caleta se dirigieron los viajeros.

Eran las diez de la mañana, poco más ó menos, cuando el proyectil chocó, quedando inmóvil. Su considerable peso, aumentado por la velocidad de la hélice, había bastado para que encallase profundamente como á medio cable de

la orilla. En toda la extensión que la vista podía alcanzar, todo parecía desierto; no se veía ninguna huella de seres humanos, y ya lord Rodilan se disponía á precipitarse en el mar para ganar la costa á nado, cuando Marcelo le detuvo.

— ¡Poco á poco, amigo mío! — le dijo. — Antes de poner el pie en esa costa, que no conocemos, bueno será adoptar algunas precauciones. El grupo de las Marquesas pertenece sin duda á Francia; pero no estoy seguro de que hayamos tocado tierra en la inmediación de un puerto militar, y podríamos caer entre una de esas tribus salvajes que ocupan todavía las islas y que, lejos de toda vigilancia, tal vez nos jugaran una mala partida. Confiese usted que sería enojoso regresar desde tan lejos para sucumbir en alguna mísera emboscada.

— ¡Por Júpiter! — exclamó lord Rodilan, — no me desagradaría disparar algún tiro; esto me compensaría un poco de la vida monótona que hemos llevado dos años.

— ¡Monótona! — replicó Santiago. — Es usted difícil de contestar; pero Marcelo tiene razón; no debemos descuidar precaución alguna.

Después de meter cuidadosamente en un saco impermeable sus carabinas, sus revólvers y algunas municiones, los tres viajeros se arrojaron valerosamente al agua y en pocas brazadas ganaron la orilla.

Al sentar el pie en aquella Tierra que habían abandonado hacía tan largo tiempo y que tantas veces pudieron temer que no volverían á ver, exhalaron un suspiro de satisfacción. Habían triunfado de lo imposible; su asombrosa odisea había concluído ya, y sus pruebas quedaban terminadas.

Y poseídos de la alegría del regreso, se estrechaban las manos con efusión, cuando de pronto resonó un tiro, partido al parecer de una densa espesura que flanqueaba la playa, y el sombrero de lord Rodilan cayó á sus pies atravesado de un balazo.

— ¡Ah! — exclamó el inglés, — sea enhorabuena. ¡Ahora estoy seguro de hallarme en la Tierra, pues encuentro las dulces y hospitalarias costumbres de mis compatriotas!

* Entretanto, una docena de salvajes, armados de largos fusiles, salían del bosque y adelantábanse tiroteando, muy confiados ante el reducido número de extranjeros, de los cuales creían apoderarse fácilmente. Por fortuna, sus tiros, mal dirigidos, se perdían sin resultado.

Después del primer instante de sorpresa, lord Rodilan y sus compañeros, rodilla en tierra para asegurar sus disparos, habían dirigido contra los agresores el temible fuego de sus carabinas de repetición, y cada uno de ellos tenía bajo su arma la vida de doce hombres.

Sus proyectiles de largo alcance habían causado ya á los salvajes sensibles bajas, y varios cadáveres yacían en tierra.

Desconcertados por tal resistencia, que no esperaban, los indígenas retrocedían, cuando de pronto se vió salir del bosque un grupo considerable de hom-

bres armados. Atraída por el rumor del combate, toda la tribu acudía blandiendo sus fusiles y profiriendo espantosos alaridos.

– Deseaba usted la batalla, milord – dijo Marcelo con admirable sangre fría; – pues me parece que ahora quedará del todo satisfecho.

– Pero no podemos dejarnos matar por esos bestias – repuso Marcelo; – sería demasiado estúpido.

– Tiremos siempre al montón – dijo lord Rodilan, – replegándonos sobre la granada. Cuando estemos allí, se les podrá hacer frente sin temor.

La legión de bárbaros se había diseminado por la playa y amenazaba cercar á los tres amigos, que retrocediendo paso á paso, mientras que apuntaban con cuidado para aprovechar sus municiones, derribaban un hombre á cada tiro.

Algunos salvajes se adelantaban ya á sus compañeros, temerosos de que los extranjeros se escaparan, é iban á interponerse entre ellos y la orilla, cuando de pronto resonó un sordo estrépito y una veintena de los salvajes más encarnizados mordieron el polvo. Mientras que la horda feroz huía espantada, Marcelo y sus amigos, ignorando de dónde les llegaba aquel socorro inesperado, volvieron la cabeza. Unos veinte marineros, vistiendo el uniforme francés, cargaban de nuevo tranquilamente sus armas.

Un hombre, cuyo traje en extremo elegante indicaba así al oficial de marina como al paisano y que parecía mandar aquella gente, se adelantó hacia los tres compañeros, á quienes la sorpresa mantenía inmóviles.

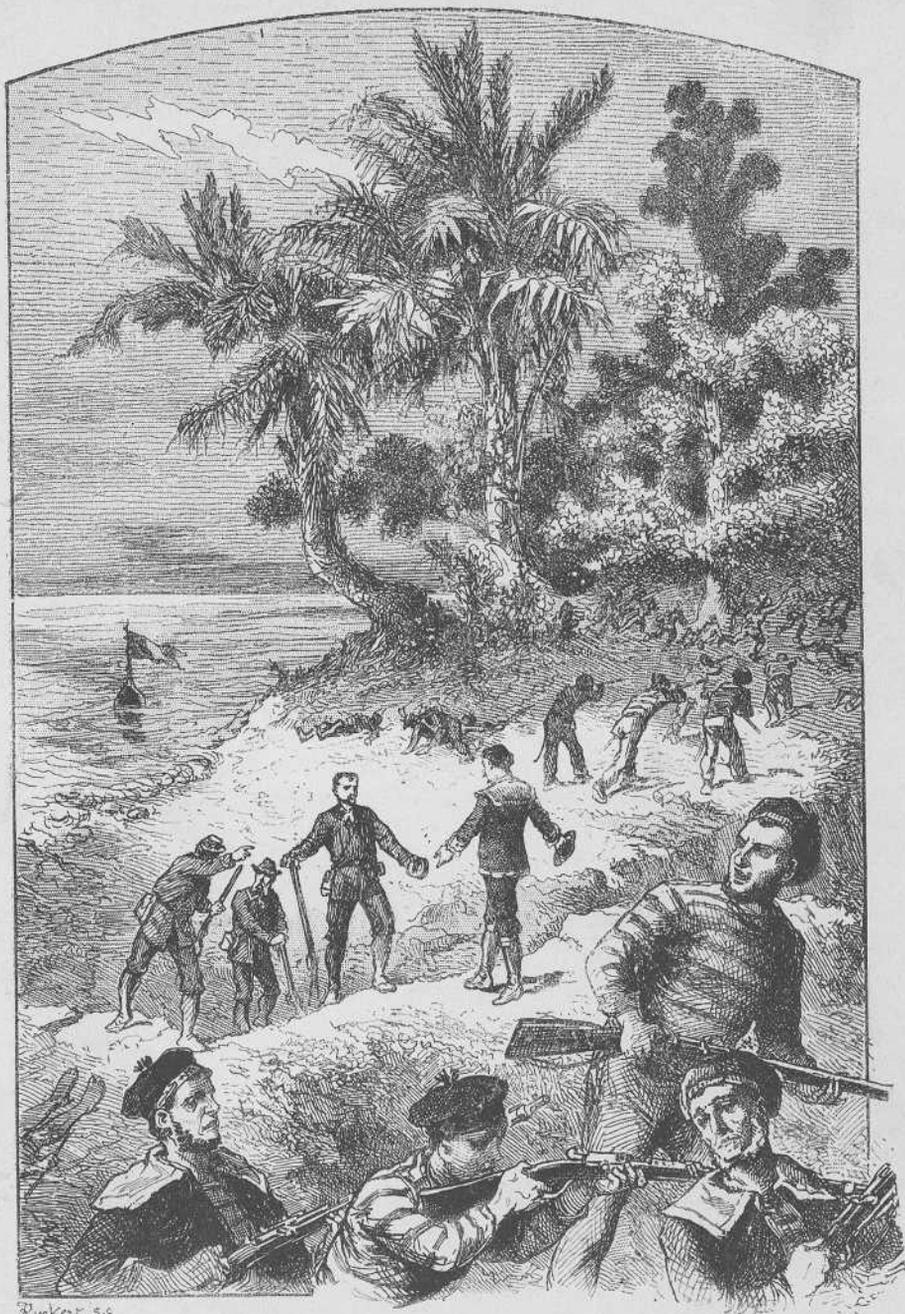
– Señores – les dijo, con su gorra en la mano, – bendigo la casualidad que me ha permitido llegar á tiempo para librarles de esa chusma. No necesito preguntar á quiénes tengo el honor de dirigir la palabra, pues la granada que acabo de ver encallada no lejos de aquí me indica que me hallo en presencia de los tres ilustres viajeros á quienes cuarenta buques buscan en vano ocho días hace. Soy el conde Héctor de Rochebrune; mi yate está anclado detrás de aquella punta, y espero que me harán el honor de embarcarse para ir conmigo á reunirse con todos aquellos que tan impacientes les aguardan.

La facilidad con que el recién venido se expresaba parecía indicar que era hombre de la mejor sociedad.

Su aire de franqueza y sus modales excitaron al punto la simpatía de Marcelo, que estrechó vigorosamente la mano que le presentaba.

Por lo demás, su nombre no era desconocido. Aunque joven todavía – apenas contaba treinta y cinco años, – el conde de Rochebrune era célebre por sus viajes de circunnavegación. Poseedor de una inmensa fortuna, apasionado por la ciencia, había recorrido ya uno y otro hemisferio y traído de cada uno de sus viajes preciosas colecciones zoológicas y etnológicas que habían enriquecido con numerosos documentos el Museo de historia natural de París, al que los había regalado.

– Gracias, señor conde – contestó Marcelo con efusión, – gracias por mí y



Rusker. s.c.

Un hombre, cuyo traje en extremo elegante...

mis compañeros, á quienes tengo el honor de presentar á usted: lord Rodilan y el doctor Santiago Deligny.

Éstos se inclinaban gravemente; pero el conde exclamó con tono alegre:

— Nada de cumplidos, señores; si lo permiten, seamos antiguos conocidos. Hace ya largo tiempo que en todas las bocas están los nombres de ustedes, y han transcurrido ocho días desde que les busco, por lo cual me regocijo mucho de estrecharles la mano.

Hablando así, se dirigían hacia el grupo de marineros, que estaban sobre las armas con una inmovilidad del todo militar.

— Amigos míos — les dijo el conde, — la casualidad nos ha favorecido maravillosamente. He aquí á los tres héroes que buscamos, los que acaban de efectuar una travesía como la que ningún navegante intentó jamás.

Un ruidoso *viva* salió de todas las bocas; los marineros y el mismo conde miraban con respetuosa admiración á aquellos hombres heroicos á quienes rodeaba el prestigio de tan maravillosas aventuras, y hubiérase dicho que no se cansaban de contemplarlos. Aquellos testimonios de entusiasmo ardiente y sincero conmovían el corazón de los tres viajeros, pero no dejaban de confundirles un poco, acostumbrados como estaban hacia tanto tiempo á los modales tranquilos y discretos de la humanidad lunar.

El conde lo echó de ver, y consultando su reloj, dijo:

— Ya es mediodía, señores, la hora de sentarse á la mesa, y espero que me harán el honor de aceptar mi modesta hospitalidad.

La idea de una comida, que á juzgar por la distinción del que les invitaba debía ser muy escogida, hizo brillar de satisfacción los ojos de lord Rodilan: su orgullo británico no le permitió darla á conocer; pero Marcelo y Santiago no se engañaron y miráronle sonriendo.

En la playa estaba amarrada una lancha de elegante corte: el conde y sus nuevos amigos saltaron á ella, y la embarcación, impulsada por doce vigorosos remeros, dobló muy pronto la punta de rocas detrás de la cual hallábase anclado un magnífico yate de vapor, de doscientas toneladas, de formas esbeltas y atrevidas, cuya fina silueta se dibujaba bajo el azul del cielo.

El conde fué el primero en subir por la escala y detúvose en la pequeña plataforma para recibir á sus huéspedes.

— Señores — les dijo, — sean ustedes bien venidos á bordo de la *Esperanza*.

— Aceptamos con agradecimiento su hospitalidad — contestó Marcelo, — y por mi parte me alegro mucho de que la primera mano que me ha sido dado estrechar al volver á la Tierra sea la de un compatriota.

El conde los condujo á un comedor suntuosamente decorado, donde se veía sobre un mantel de blancura deslumbradora un brillante servicio de cristal y de plata.

Al aspecto de aquel lujo de que estaban privados hacia tan largo tiempo, Marcelo, Santiago y, sobre todo, lord Rodilan no pudieron menos de experimen-

tar un sentimiento de profunda satisfacción: comenzaba verdaderamente para ellos la vida terrestre y disponíanse á honrar los delicados manjares y los vinos generosos que se ostentaban en la mesa.

Mientras tanto la *Esperanza*, que tenía encendida su máquina, levó anclas, y remolcando el proyectil amarrado con solidez á su proa, empezó á navegar á todo vapor para reunirse con el capitán Francis Clayton. Según las instrucciones recibidas, disparaba un cañonazo cada cuarto de hora para avisar á los buques que pudieran hallarse próximos que había terminado su crucero.

En el comedor los tres convidados y su anfitrión hablaban alegremente.

El conde manifestaba á sus huéspedes la impresión que había causado en todo el mundo el anuncio de su próximo regreso y explicábales las medidas adoptadas para facilitar la busca del proyectil apenas hubiera caído en el Pacífico, dándoles á conocer las instrucciones del comandante del *Maryland*, según las cuales cada uno de los buques estaba encargado de la vigilancia de una parte de la región que se debía explorar.

— Yo cruzaba — dijo — á los 135° de longitud Oeste y 8° de latitud Sur, cuando la necesidad de renovar mi provisión de agua me obligó á dirigirme á la costa. Después de anclar á pocos cables de la orilla, habíamos botado una embarcación al mar y proponíame saltar á tierra, cuando vi el proyectil de ustedes encallado. Al punto comprendí que la Providencia me había encaminado hacia ustedes, y quería aproximarme al proyectil, cuando el estrépito de un tiroteó llamó mi atención. Ya saben ustedes lo demás.

— Lo que sabemos — contestó Marcelo — es que usted llegó muy oportunamente, porque aquellos condenados salvajes comenzaban á ser bastante molestos.

— ¡Pero qué torpes! — exclamó lord Rodilan; — lo menos eran doscientos, y ninguno de sus tiros nos ha tocado.

— Excepto, no obstante — replicó Santiago, — aquel que agujereó el sombrero de usted. Algunas líneas más abajo, y en este momento no tendríamos el gusto de saborear en su compañía ese exquisito aguardiente de nuestra antigua Francia.

La *Esperanza*, cuya marcha entorpecía el peso enorme que remolcaba, necesitó doce días para reunirse con el *Maryland*.

El tiempo pareció corto al conde de Rochebrune y á sus huéspedes. Ávidos estos últimos de saber lo que había ocurrido en la superficie de la Tierra desde que la abandonaron, Marcelo, Santiago y lord Rodilan multiplicaban sus preguntas, y él contestaba lo mejor posible; pero también quería, puesto que era el primero en verlos, conocer muchos detalles sobre el extraño mundo de que acababan de salir.

Las preguntas y las respuestas se siguieron sin descanso.

En aquellas hermosas noches de los trópicos olvidábanse de todo, hablando largo tiempo sobre cubierta, y apenas pensaban en descansar algunos instantes. ¡Tenían tanto que decirse de una parte y otra!

Mientras que el sol iluminaba el horizonte, el cañón no dejaba de tronar, anunciando á todos los que podían oírle que la misión de los buques había terminado felizmente.

Durante la noche, los cohetes lanzados á intervalos regulares parecían llevar hasta el cielo la buena noticia, y todos los barcos que percibían aquellas señales repetíanlas á su vez; de modo que cuando los viajeros llegaron al punto señalado para la concentración, iban seguidos de más de veinte buques que formaban como una escolta triunfal.

CAPÍTULO XVIII

TRIUNFO Y NOBLES TRABAJOS

Cuando Santiago puso el pie en el puente del *Maryland*, cayó en brazos de Mathieu-Rollère.

El viejo sabio, poseído de profunda emoción, reía y lloraba á la vez.

— ¡Ah, hijo mío, hijo mío! — balbuceaba, estrechando al joven hasta sofocarle casi.

— ¡Tío mío, tío mío! — murmuraba Santiago.

Pero muy pronto el anciano, dejando á su sobrino, volvíase hacia su hija, que de pie á su lado parecía agitada de un temblor nervioso.

— ¡Abraza á tu marido — díjole, — que bien te ha ganado!

Y Santiago estampó en la mejilla de su prima el beso de novio.

Después correspondió á Marcelo y á lord Rodilan recibir los abrazos entusiastas del anciano astrónomo.

— ¿Y yo? — dijo el ingeniero Dumesnil adelantándose á su vez.

— ¡Ah, amigo mío! — exclamó Marcelo abrazándole, — ¡qué alegría para mí verle á verle!

Santiago y lord Rodilan estrecharon igualmente en sus brazos al amigo fiel cuyo concurso había sido para ellos tan precioso.

En la cubierta del crucero americano reinaba un entusiasmo indescriptible. Todas las reglas de la disciplina y de la jerarquía parecían olvidadas por un instante.

El capitán Clayton y sus oficiales, todos aquellos que por su categoría ó notoriedad estaban autorizados para subir á bordo, y hasta la tripulación misma, confundidos todos en un mismo impulso, agrupábanse alrededor de los viajeros. Querían verlos, oírlos, tocarlos; proferían gritos y vivas; en fin, aquello era un verdadero delirio.

Estrechaban sus manos, abrazándolos con frenesí; cada cual quería felicitarles, y en aquella multitud de admiradores sobrecitados, los tres amigos apenas pudieron conservar su sangre fría.

— ¡Uf! — exclamó lord Rodilan, desasiéndose al fin y enjugando su frente, — ¡que el diablo se los lleve á todos! ¿No han visto nunca venir á nadie de la Lu-

na? ¿Qué dirían nuestros amigos de allí arriba si vieran semejantes energúmenos?

La primera emoción se había calmado un poco.

Al oír el silbido del conmaestre, los hombres de la tripulación fueron á



¡Abraza á tu marido - djole, - que bien te ha ganado!

ocupar su puesto, quedando sólo en la cubierta el capitán Clayton con sus huéspedes.

- Señores - les dijo el comandante del *Maryland*, - aquí están ustedes en su casa, y tengo orden de conducirles adonde bien les parezca.

Los tres amigos, después de consultarse, resolvieron dirigirse al Havre y ocuparon los camarotes que se les había preparado á bordo.

No quedaban ya en el crucero sino aquellos que debían ser los huéspedes del capitán Clayton. Entre los visitantes que les habían saludado á su llegada contábanse bastantes *reporters*, que apresurándose á volver á sus buques, se dirigían ahora á todo vapor al puerto más próximo, para telegrafiar desde allí al mundo entero, el cual esperaba la feliz y asombrosa noticia.

El conde de Rochebrune, á quien cupo el honor de recogerlos, no queriendo separarse de sus nuevos amigos, había confiado á su segundo el mando del yate, que debía acompañar al *Maryland* hasta el Havre.

Un crucero francés y otro inglés, destacados de su estación de orden de sus respectivos gobiernos, debían dar escolta de honor al buque americano hasta el término de su viaje. Antes de emprender la marcha se debieron adoptar algunas medidas para transportar la granada á bordo del *Maryland*, pues no se podía pensar en remolcarla durante tan larga travesía.

Aunque el crucero era de seis mil toneladas, el peso enorme del proyectil dificultaba el cargamento, por lo cual se resolvió, como medida de prudencia, retirar del crucero dos de sus cañones de mayor calibre y transportarlos á los buques de la escolta.

Con auxilio de una poderosa grúa, que se hizo funcionar con las máquinas de á bordo, la granada, previamente rodeada de gruesas cadenas, fué izada hasta la cubierta. Para abrirle paso se había ensanchado la abertura de la escotilla mayor, estiviéndole sólidamente un poco sobre la línea de flotación, de modo que su peso, por considerable que fuera, no pudiese comprometer la estabilidad del buque.

En el interior del proyectil todo se había dejado como ya estaba. Marcelo se proponía desde mucho tiempo antes regalar al Museo de París los objetos que había traído de su viaje.

Entre ellos contábanse numerosas fotografías, dibujos preciosos y objetos de toda especie fabricados por los habitantes de la Luna, y los cuales podían dar una idea tan completa como era posible respecto á su civilización.

No obstante, había tenido cuidado de separar el precioso cofre que encerraba las pedrerías, donativo supremo de Orealis, y que, según el deseo de su alma generosa, se debía consagrar al alivio de las miserias humanas.

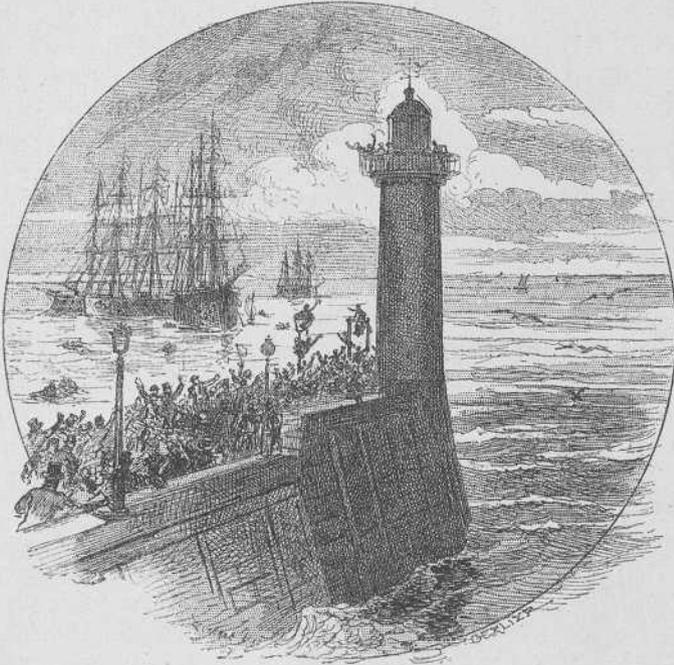
Seis semanas después, el 29 de abril, los cuatro buques navegaban de conserva, avistando ya el Havre, donde los esperaban.

El telégrafo había propagado por todas partes la noticia de su llegada, y hacía algunos días que todos los trenes, atestados de viajeros, y todos los vapores, llenos también, dejaban en la ciudad una multitud que acudía de todas partes para contemplar á los tres héroes, cuyos nombres serían en lo sucesivo inolvidables.

El mismo ministro de Instrucción pública había tenido empeño en recibir

á los viajeros en territorio francés cuando desembarcaran. El director del Observatorio de París y los de las Sociedades Astronómica y Geográfica habían llegado también, así como muchos sabios, deseosos de oír de boca de los exploradores las impresiones que traían de aquel mundo tan maravillosamente abierto para la ciencia.

El Presidente de la República había querido igualmente estar representado en aquella ceremonia, que tomaba un carácter patriótico.



Los cuatro buques navegaban de conserva, avistando ya el Havre

Todas las antiguas oposiciones suscitadas en otro tiempo por el espíritu de rutina y las tradiciones burocráticas se habían olvidado ahora. Ante la realidad del hecho consumado, toda resistencia se había desvanecido, y una irresistible corriente de admiración y entusiasmo arrastraba todos los corazones.

Los que, recientemente aún, se habían mostrado más recelosos y rebeldes, eran ahora los más dispuestos á proclamar la grandiosidad de aquella conquista inusitada en los anales de la ciencia.

¡Tan cierto es que el éxito vence todas las resistencias cuando está probado, y que el genio no se reconoce hasta que su luz ciega hasta á los más incrédulos! Diputados, senadores, representantes de todas las corporaciones, de todas

las sociedades científicas de Francia, de la prensa de París, de los departamentos y del extranjero, se habían agregado al cortejo. Jamás la ciudad del Havre había tenido dentro de sus muros semejante reunión de todo cuanto Francia cuenta de más ilustre y autorizado, y en medio de un entusiasmo indescriptible los viajeros pusieron el pie en el muelle, donde los dejó el crucero americano, empavesado con tal motivo.

Después de los inevitables discursos que las circunstancias reclamaban, y que lord Rodilan no escuchó, por su parte, sin alguna impaciencia, los tres amigos debieron resignarse durante ocho días á no ser dueños de sí propios. Las recepciones, las fiestas, los banquetes, las iluminaciones y las regatas se siguieron sin interrupción; y más de una vez se dió el caso de que echaran de menos la tranquila igualdad de alma de aquellos habitantes de la Luna tan mesurados y reservados, en medio de los cuales habían vivido largo tiempo.

Pero todo tiene su fin, y lord Rodilan, aprovechándose de la calma que sigue de ordinario á las manifestaciones más ruidosas, se embarcó en el *Maryland* para ir á Portsmouth, donde le esperaban nuevas ovaciones, pues sus compatriotas, impacientes por no haberle visto aún, pensaban, recibéndole con ostentación, reivindicar su parte en el éxito final de aquella gloriosa empresa.

El tren que conducía á Marcelo y Santiago hacia París llevaba en un *truc*, arreglado al efecto, la granada en que habían efectuado su travesía interplanetaria.

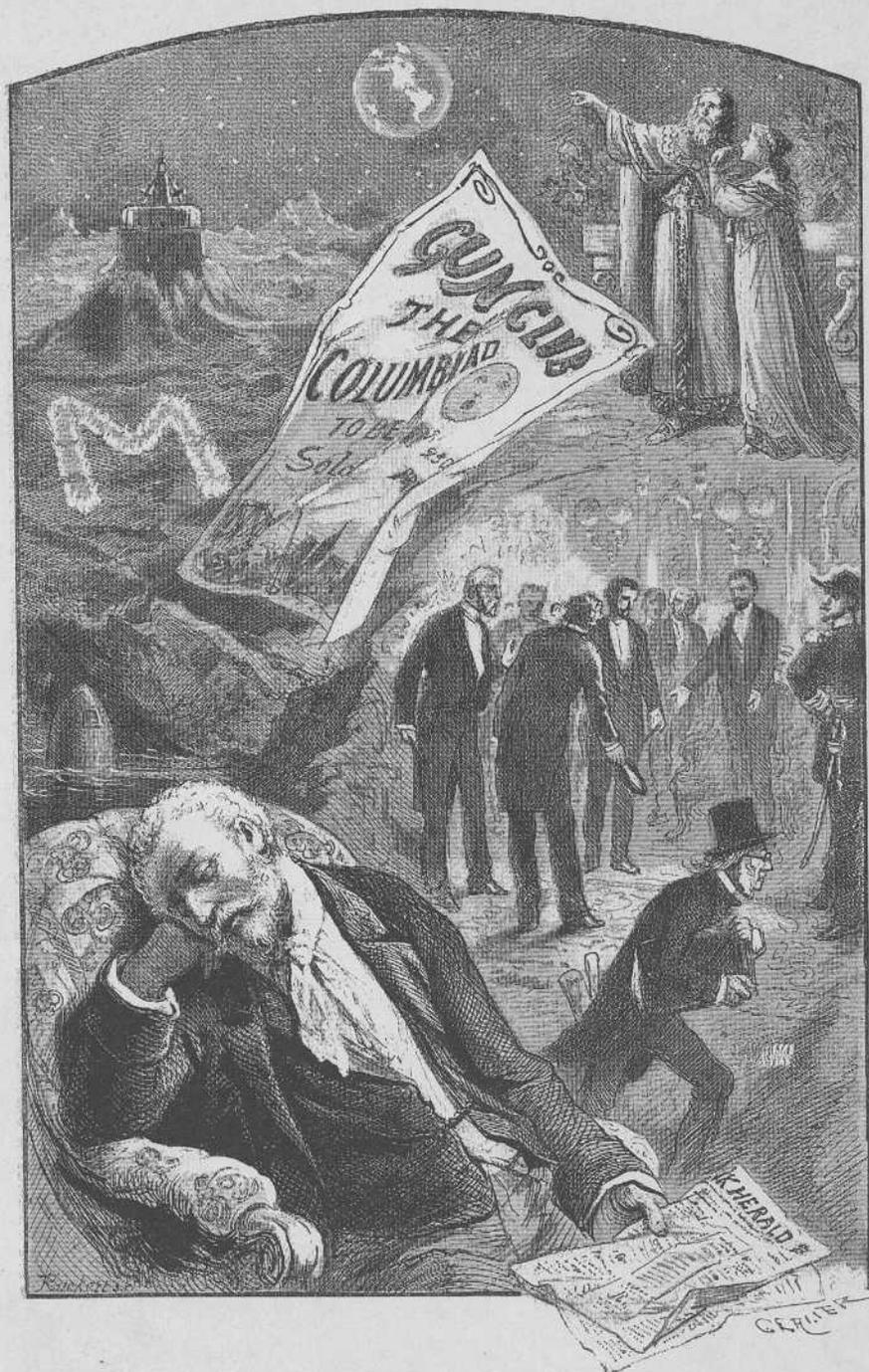
Aquel monumento auténtico de la industria de los habitantes de la Luna, así como los tesoros científicos que contenía y que proporcionaban documentos tan precisos sobre nuestro satélite, debían quedar depositados en un museo especial, como recuerdo imperecedero de un viaje inmortal, alimento fecundo ofrecido á las investigaciones de la ciencia.

En París hubo una nueva serie de recepciones oficiales y de fiestas populares.

El jefe del Estado, con sus ministros, su cuarto militar, representaciones de las Cámaras y de las corporaciones científicas, consideró como un honor recibir en audiencia solemne á los tres viajeros. A propuesta del presidente del Consejo, el Senado y la Cámara de diputados habían autorizado al gobierno para conferir á Santiago y Marcelo, á título de recompensa nacional, la dignidad de gran oficial de la Legión de Honor.

Para lord Rodilan no era necesaria una ley, porque los extranjeros pueden ser nombrados inmediatamente para la recompensa que por sus servicios hayan merecido, y en su consecuencia los decretos con el nombramiento de los tres exploradores se publicaron el mismo día en el *Diario oficial*.

La población de París, con su espíritu ardiente y dispuesto á entusiasmarse, los escoltó por todas partes, acogiéndolos con frenéticos vivas. Si alguna vez su mente había soñado la gloria como recompensa de sus esfuerzos, debieron quedar del todo satisfechos: en todas las bocas estaban sus nombres, y las mil voces



Marcelo preguntábase con tristeza si lo habría soñado ó no (véase pág. 358)

de la prensa llevaban á todos los ámbitos del mundo el relato de aquella fantástica y triunfante aventura.

Algunos meses después, Santiago, recientemente casado con la mujer que tan valerosamente conquistara, sentaba á su mesa á Marcelo y lord Rodilan.

Este último, de vuelta de Londres, había sido objeto también de la más entusiasta acogida y de las más lisonjeras distinciones, y traía para sus dos compañeros el despacho de comendador de la Orden del Baño, que S. M. la reina Victoria, por iniciativa del príncipe de Gales, se había apresurado á concederles. Los otros gobiernos y las sociedades científicas, imitando el ejemplo, les habían otorgado espontáneamente las recompensas más honrosas y envidiadas.

Hablaba, saboreando el café y fumando excelentes cigarros.

— Ahora que todo el entusiasmo causado por nuestro viaje se va calmando — dijo Marcelo, — es preciso pensar en el uso que debemos hacer de los tesoros que nos confiaron y de que no somos más que depositarios. ¿Han pensado ustedes cómo podemos emplearlos mejor?

— Dispénsame — contestó Santiago, sonrojándose un poco y mirando á su esposa con ternura; — pero apenas he tenido tiempo para ocuparme de eso. Las atenciones de mi nueva instalación.....

— Bien, bien — interrumpió Marcelo, — ya comprendo; debiste pensar en tu reciente felicidad antes que en los desgraciados.

Y como Santiago hiciese un ademán, añadió:

— No es una censura, amigo mío; bastante has sufrido para tener derecho á ser feliz. ¿Y usted, querido lord, tiene algún proyecto que someternos?

— A fe mía — contestó el inglés, — estoy muy poco familiarizado con el oficio de filántropo para acertar á darles consejos útiles. Dispongan de mí para obrar; ya saben que les pertenezco en un todo.

— Pues bien — replicó Marcelo, — yo, que no tenía las mismas razones de ustedes para permanecer ocioso, he reflexionado maduramente en lo que podríamos hacer para mayor beneficio de aquellos que sufren, y si me lo permiten, voy á exponerles mi plan.

— Espero — dijo Elena — que me habrá usted reservado una participación en el bien que se proponen llevar á cabo. Santiago me ha hablado mucho de la encantadora Orealis, noble joven á quien amo como á una hermana; quiero asociarme á sus generosos designios y hacer lo que ella misma haría si hubiera podido hallarse entre nosotros.

— Jamás he dudado, señora, de la elevación de los sentimientos de usted, y Santiago no me hubiera perdonado el no reservarla una parte en la misión que se nos confió.

Y Marcelo explicó el vasto plan que había resuelto, y cuyas grandes líneas tenía ya trazadas, gracias á su espíritu práctico.

El total de la pedrerías que el cofre regalado por Orealis encerraba era de

un valor aproximado de ochocientos á novecientos millones de francos, según los tasadores competentes á quienes Marcelo se había dirigido; pero no se debía contar con la pronta realización de semejante suma.

Aquel enorme número de piedras preciosas, lanzadas bruscamente al mercado, hubiera disminuído infaliblemente su valor, ocasionando una pérdida considerable, por lo cual era necesario venderlas poco á poco, según las necesidades de las empresas para que debían servir.

En cuanto á su uso, Marcelo había juzgado que, en la imposibilidad de aliviar todas las miserias humanas, misión para la cual no bastarían todos los tesoros del mundo y contra la cual se oponía por otra parte la gran desigualdad que sobre los humanos pesa, era preciso limitarse á proporcionar algún alivio á los padecimientos más crueles é inmediatos. Según el parecer de todos los economistas y filántropos, en la población obrera de las ciudades es en la que la organización actual de la sociedad hace pesar más la miseria; de modo que los esfuerzos se debían consagrar al alivio de aquella clase.

Los ancianos á quienes la edad ó los achaques no permiten trabajar, las mujeres viudas, las jóvenes sin guía y sin apoyo, los huérfanos ó abandonados por padres indignos, todos aquellos, en fin, á quienes alcanza la enfermedad ó la falta de trabajo y que á pesar de su buena voluntad no pueden hallar medios de subsistencia, tenían, en opinión de Marcelo, derechos incontestables á los beneficios de que iban á ser dispensadores.

Era preciso, pues, que la obra que trataban de fundar comprendiese á la vez cajas de retiros para los obreros ancianos, asilos para las jóvenes sin familia, talleres para los que una prolongada carencia de trabajo dejaba sin recursos, y establecimientos donde se recogiese, educara é instruyera á esa multitud de niños sin hogar que pululan por las calles de las grandes ciudades, donde se recluta más tarde el ejército del crimen.

Sin duda la caridad pública y privada había multiplicado ya las instituciones de ese género; pero hasta ahora todo eso se había hecho en pequeña escala. Las tentativas aisladas, que á menudo se entorpecen mutuamente, lejos de auxiliarse; la rutina, el espíritu burocrático, las ambiciones personales que se sirven de la caridad como de medio de reclamo, y hasta las dilapidaciones; todo esto contribuía á que los resultados obtenidos no estuvieran en proporción con los esfuerzos desplegados y las buenas voluntades.

Los tres amigos, disponiendo de considerables recursos, libres de toda obligación, sin ningún interés personal, y deseosos de trabajar únicamente en beneficio de sus semejantes, podían obrar con más armonía y unidad, de modo que las sumas de que disponían produjeran todo el bien posible.

Se establecerían en algunas de las ciudades más populosas del antiguo continente, París, Londres, Viena, San Petersburgo, etc., centros de acción y establecimientos modelos donde todo se habría previsto y arreglado de la manera más propia para atender á las necesidades inmediatas de los pobres.

Marcelo, Santiago y lord Rodilan, que debían constituir el comité superior de la obra, tenían cada cual su cargo particular.

A Marcelo correspondería todo lo relativo á construcciones, obras técnicas y apropiaciones diversas; á Santiago todo lo concerniente á higiene, alimentación y servicios médicos, y lord Rodilan se encargaría de redactar los reglamentos é instrucciones, vigilando su observancia.

En cuanto á Elena, la parte que se le dejaba no era la menos importante ni la menos preciosa: debía cuidarse de todos los niños, de aquellos que necesitan un afecto maternal, y también de todas esas desgraciadas, niñas, mujeres ó viudas, á quienes la miseria oprime y la desesperación conduce á menudo á deplorables resoluciones.

Agruparían á su alrededor un personal escogido, animado como ellos de un ardiente amor á la humanidad y resuelto también á consagrarse á tan sublime tarea.

Cualquiera que fuese la corrupción del siglo y el duro egoísmo que le devora, Marcelo no dudaba que podría reclutar auxiliares desinteresados, y apreciaba lo suficiente á sus semejantes para creer que aún quedaban entre ellos algunos amantes de la virtud más pura.

El ingeniero había concluído de exponer el plan general de la obra tal como la concebía.

Sus amigos lo aceptaron con entusiasmo: cada cual estaba orgulloso del lugar que se le reservaba y ardía en deseos de entrar en campaña.

Elena había estrechado con emoción la mano de Marcelo, diciéndole:

— Gracias, usted ha comprendido bien lo que mi corazón deseaba.

Apenas la venta de cierto número de piedras preciosas, efectuada en los más importantes mercados del globo, hubo permitido reunir cantidades bastante considerables, se comenzó á trabajar resueltamente. En las capitales elegidas se crearon muy pronto establecimientos benéficos donde se hallaban reunidos todos los recursos de que la ciencia moderna podía disponer, sabiamente administrados, y de los cuales se desterraba todo cuanto se pareciese á la rigidez burocrática y al formalismo brutal, que tanto acibara á veces para los desgraciados el óbolo que la caridad pública deja caer en sus manos.

Todos los que iban allí eran acogidos con benevolencia, tratados con bondad; comprendían que se les amaba, y alejábanse reconciliados con la vida y consolados.

Entonces se produjo un movimiento que los filántropos habían soñado hacía largo tiempo, pero cuya realización no se atrevían á esperar. Ante los admirables resultados obtenidos por aquel proceder verdaderamente cristiano y del todo humanitario para dispensar el bien, prodújose un gran impulso de generosa fraternidad — no de esa que se muestra con ostentación en los monumentos públicos, sino la que debía animar realmente todos los corazones — y manifestóse con irresistible fuerza.

Los poderes públicos se habían impresionado.

Parecía que se hubiese comprendido de pronto, y por primera vez, que los hombres son hermanos; que los que tienen la misión de gobernarlos deben amarlos ante todo, y que en una nación civilizada, digna de este nombre, nadie debe sufrir como no sea por su culpa, ó por efecto de las leyes fatales á que la naturaleza somete á la humanidad.

Y se vió á los autócratas, á las asambleas legislativas, adoptar con fervor una serie de medidas encaminadas á hacer cesar en todas partes las espantosas iniquidades bajo las cuales se doblegan tantos seres humanos, y que dividen las sociedades modernas en dos campos, uno de hombres favorecidos de todos los dones de la fortuna, que no se acuerdan lo suficiente de las miserias del prójimo, y otro de infelices á quienes sus padecimientos hacen con frecuencia injustos, induciéndoles á escuchar los consejos de la envidia y del odio.

Y gracias á la iniciativa de algunas almas generosas, llenas de abnegación, una era de justicia, de felicidad y de amor parecía comenzar para la Tierra.

CONCLUSIÓN

Después de asistir al triunfo de sus amigos, Mathieu-Rollère había vuelto á ocupar su puesto en el Observatorio de París y disfrutaba modestamente de la gloria que todos aquellos acontecimientos hacían recaer sobre su persona. Ahora se le escuchaba con deferencia, tratábanle de grande hombre, y no sin una sonrisa irónica, pensando en el pasado, recibía tantas muestras de respeto de aquellos mismos que lo habían desconocido tan indignamente.

Por lo demás, muy pronto la muerte del ilustre sabio que dirigía el primer establecimiento astronómico de Francia dejó aquel puesto vacante, y el ministro de Instrucción Pública se apresuró á llamar á aquel cuya fe robusta había contribuído por tanto á la solución del gran problema de las comunicaciones interplanetarias.

Este fué el digno coronamiento de una vida consagrada por entero al culto de la ciencia.

El ingeniero Dumesnil, cuyo nombre había llegado también á ser célebre, se había apasionado por la obra de que fué organizador y habíase apresurado á regresar á Argelia para continuar la serie de sus comunicaciones con el mundo lunar.

Al cabo de un año se realizó un gran progreso. El Gobierno francés había obtenido sin dificultad del Parlamento los fondos necesarios para la construcción de un telescopio de igual potencia que el de las Montañas Pedregosas, y ahora se hallaba instalado en una de las más altas cimas del Atlas.

Un alambre telegráfico especial permitía al ingeniero Dumesnil estar en relación continua con aquel puesto, y por lo tanto podía transmitir sin tardanza á Marcelo y á sus amigos todos los informes que recibía de la Luna.

El cambio de señales, á decir verdad, proseguía lentamente, pues no se podía operar sino durante muy poco tiempo en cada lunación; pero era continuo y regular.

Preciosos datos é interesantes detalles se habían recogido así, y cada día los dos astros se iban conociendo mejor.

Aquellos que por espacio de dos años participaron de la misma vida no se habían olvidado.

Los de la Tierra tenían á sus amigos al corriente de todo cuanto hacían pa-

ra realizar los deseos de Orealis. Los de la Luna, á su vez, les habían notificado que el prudente Aldeovazo no existía ya; que Rugel, llamado por el Consejo Supremo, le reemplazaba, y que Orealis se había casado con Azali.

Ni el tiempo ni la distancia podían debilitar los vínculos de amistad que unían aquellas almas escogidas. Las comunicaciones duraban hacía seis años, y se podía esperar que por los progresos siempre mayores de las ciencias podrían llegar á ser más frecuentes y rápidas, cuando un día Marcelo recibió del ingeniero Dumesnil un telegrama concebido así:

«Gran llamarada en el campo del telescopio; comunicaciones interrumpidas.»

Y á partir de aquel momento los ojos de los observadores escudriñaron inútilmente el disco del satélite; nada vivo se volvió á ver en su superficie, que parecía haber caído de nuevo en el seno de la muerte.

¿Qué habría pasado? ¿Qué formidable explosión de las fuerzas subterráneas había aniquilado aquella humanidad en medio de la cual vivieron los tres exploradores? ¿Le habría hecho volver á la nada de un solo golpe la naturaleza inexorable, cuyas leyes parecía infringir?... Nadie lo ha sabido jamás. Los años pasaron; las generosas instituciones debidas á la iniciativa de Marcelo y de sus amigos se descuidaron poco á poco, abandonándose al fin, y el mundo recayó en su rutina é indiferencia.

El recuerdo mismo de aquellas maravillosas aventuras se debilitó también, y en el alma de aquellos que habían sido los héroes quedó reducido á un sueño cuyos contornos se borraban cada día más.

Y más adelante, cuando Marcelo, anciano ya, evocaba la memoria de su prodigioso viaje, preguntábase con tristeza si lo habría soñado ó no.

FIN

ÍNDICE

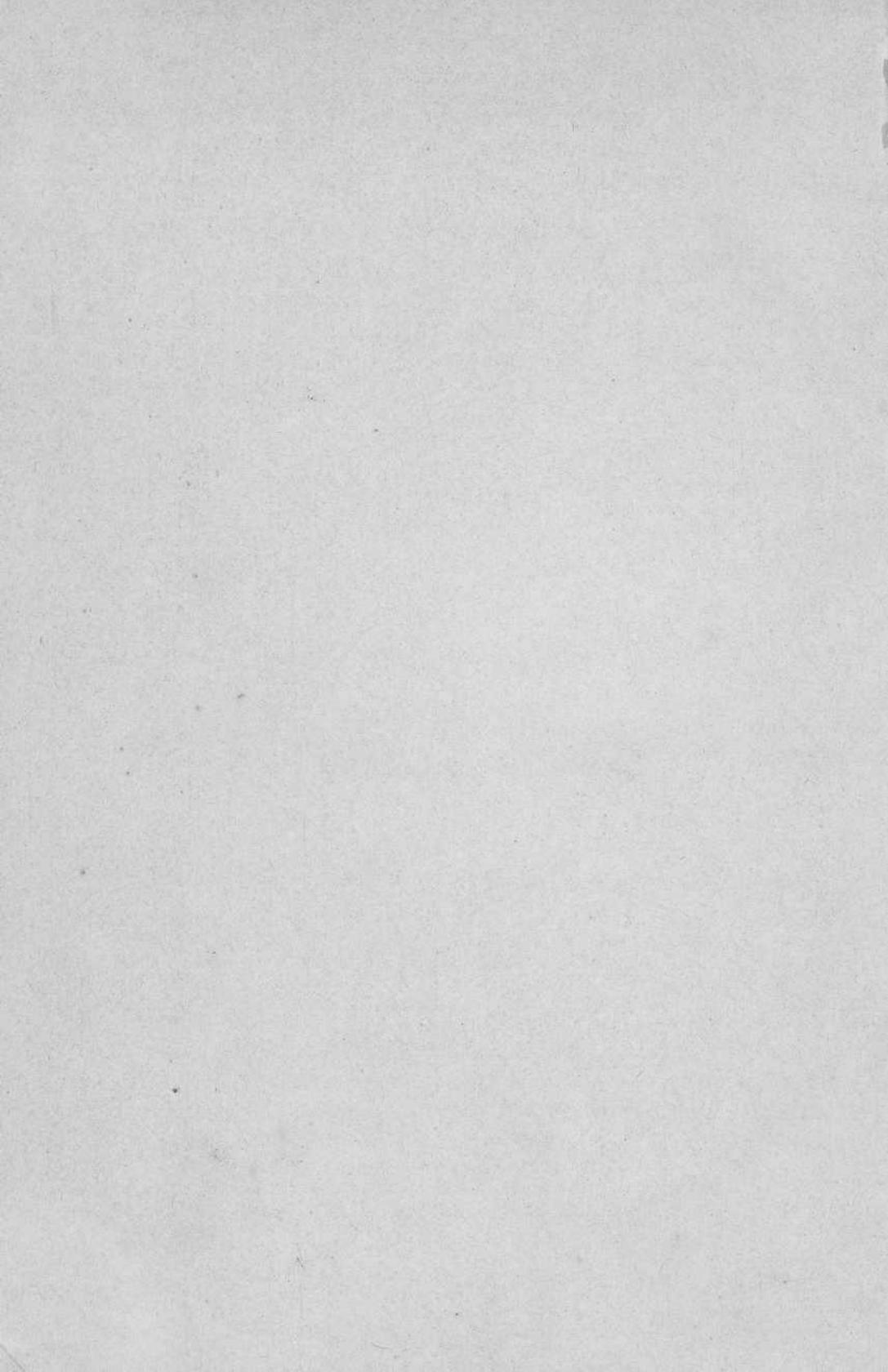
PRIMERA PARTE

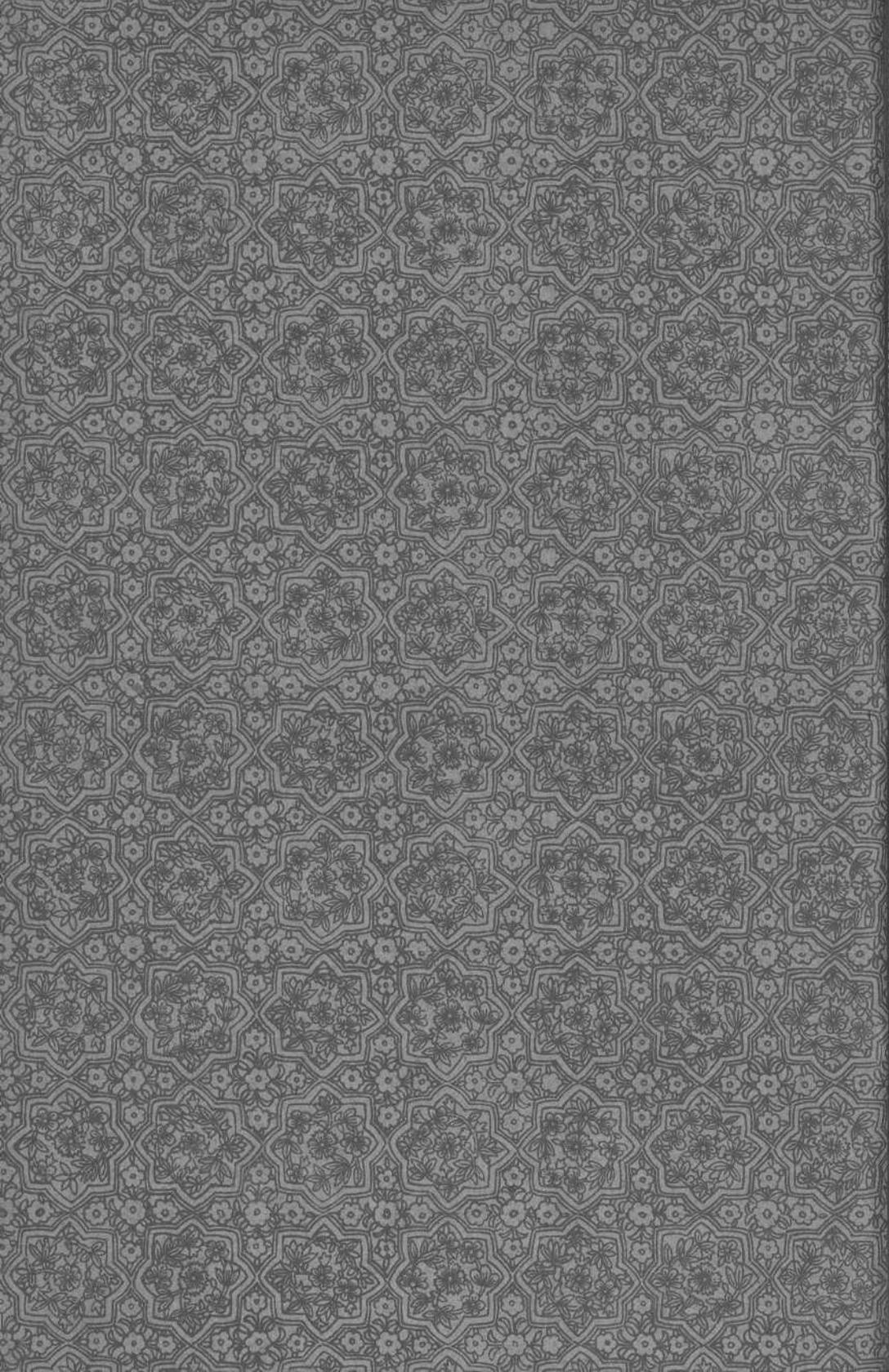
	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO PRIMERO. — El anuncio del <i>New-York Herald</i>	5
— II. — El documento.	13
— III. — La adjudicación.	23
— IV. — Mathieu-Rollère.	27
— V. — Preparativos de marcha.	33
— VI. — Los observadores de Long's Peak.	41
— VII. — La caída.	47
— VIII. — En el fondo del abismo.	51
— IX. — Exploración en lo desconocido.	61
— X. — Una humanidad que no quiere perecer.	71
— XI. — La llegada.	78
— XII. — El mundo lunar.	85
— XIII. — Diemides y Meolicenos.	98
— XIV. — La recepción.	107
— XV. — Primeras señales.	117
— XVI. — Estudios é investigaciones.	129
— XVII. — Letras y artes.	141
— XVIII. — Una ascensión gigantesca.	149
— XIX. — El observatorio.	157
— XX. — Mecánica y óptica.	165
— XXI. — En la superficie de la Luna.	173
— XXII. — Catástrofe.	185

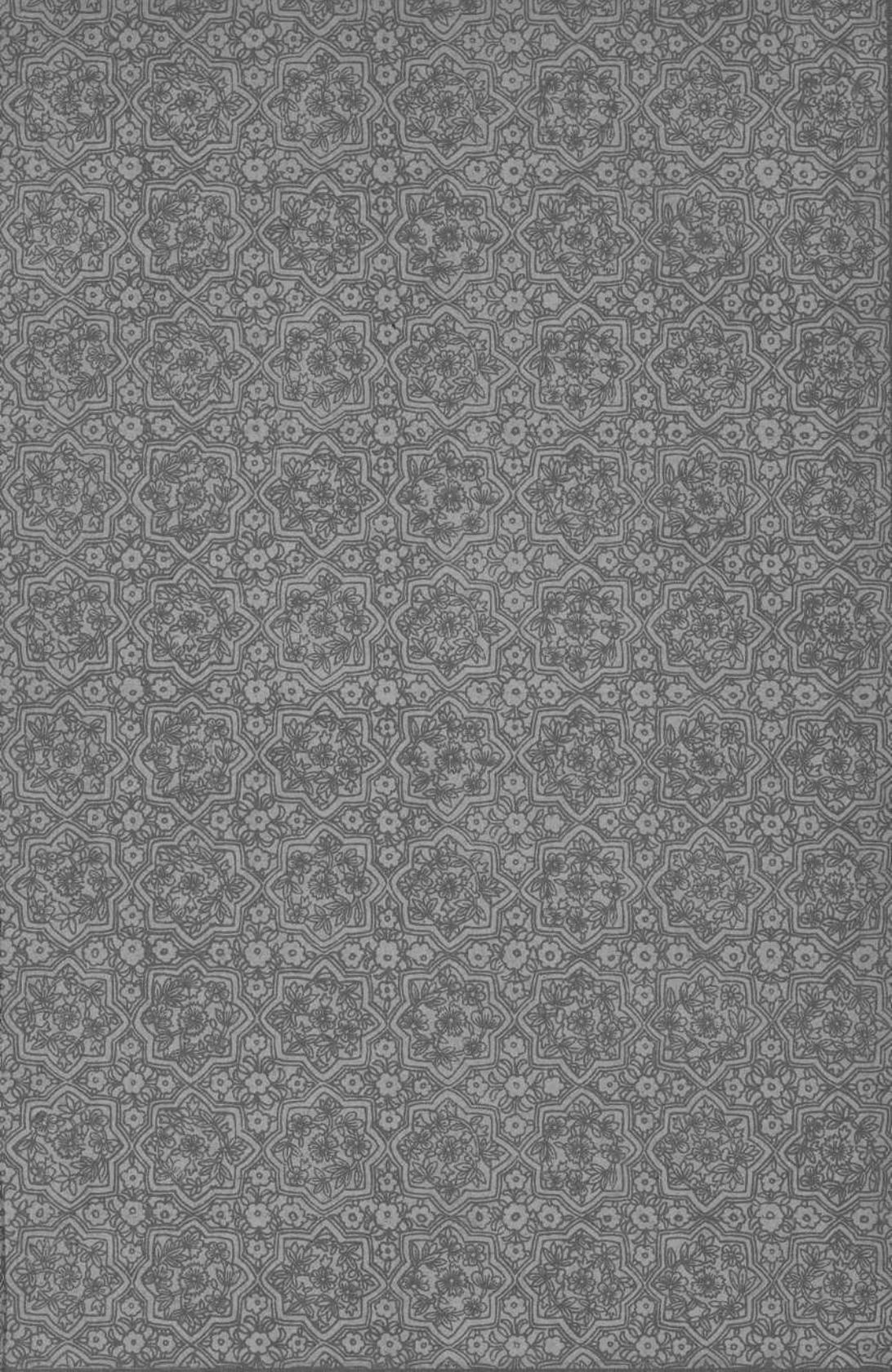
SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO. — La quinta de Rugel.	195
— II. — Un amor sin esperanza.	204
— III. — Necedad y rutina.	213
— IV. — Vuelta al observatorio.	221

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO V. - En Argel.	229
- VI. - La Tierra ha hablado.	240
- VII. - La Luna contesta.	249
- VIII. - En busca de un cráter.	254
- IX. - La superficie invisible.	262
- X. - Una ciudad muerta.	270
- XI. - La erupción.	285
- XII. - El valle misterioso.	295
- XIII. - La última familia.	303
- XIV. - El fin del viaje.	313
- XV. - Sueños humanitarios.	321
- XVI. - La despedida.	328
- XVII. - En el Océano Pacífico.	335
- XVIII. - Triunfo y nobles trabajos.	346
Conclusión.	357









9



9011